

Juan Crisóstomo

HOMILÍAS SOBRE JUAN

I

HOMILÍA 1

1. Los aficionados a las competiciones deportivas, cuando se enteran de que participa un atleta de valía, que ha conseguido ya varios trofeos, acuden en masa para disfrutar del espectáculo que ofrecen en los combates su vigor y su destreza. En tales ocasiones, se presenta el estadio abarrotado por una multitud de espectadores, atentos con los ojos del cuerpo y con los de la mente a no perderse ni un solo detalle de cuanto sucede en la pista.

E igualmente, los melómanos llenan los auditorios cuando comparece una celebridad musical. Olvidados todos sus asuntos, hasta los más importantes, se afanan por entrar al teatro y, ocupado su lugar en las gradas, caen en éxtasis al oír el canto y su acompañamiento instrumental y comentan como entendidos los lances de la ejecución.

He nombrado sólo las aficiones más comunes. Pero también los expertos en retórica se comportan de modo semejante cuando se trata de controversias entre sofistas. Que también éstos dan conferencias en los teatros y tienen su público que les aplaude o les pita y que al final comenta sus intervenciones con agudeza y con sentido crítico.

Pues bien, si tanta es la pasión que domina a quienes asisten a las exhibiciones de atletas, de flautistas y oradores, sea como simples espectadores o como espectadores y oyentes al mismo tiempo, ¿cuál no ha de ser vuestro interés en una ocasión como ésta, en la que habéis sido convocados para asistir no a las proezas y virtuosismos de atletas, mú-

sicos y sofistas, sino para escuchar a un hombre que, con voz como de trueno, os habla del cielo?

Pues, en verdad, su palabra se ha propagado por todo el mundo y lo ha llenado, no con un ruido ensordecedor, sino por la virtud de la gracia divina que la dotaba de una fuerza sobrenatural e irresistible. Y es muy de admirar que, con ser altísima, no sea esa voz áspera ni desagradable sino que, por el contrario, guarda en sí una delicada armonía que la hace seductora y preferible a cualquier género de música. Es a la par santa y estremecedora, llena de tan grandes misterios, portadora en sí de bienes tales, que quienes la acogen y devotamente la conservan en su corazón no son en adelante simples hombres sujetos a esta tierra, sino que, elevados sobre todo lo terreno y hechos partícipes de la vida de los ángeles, viven sobre esta tierra como si estuvieran en el cielo.

El «hijo del trueno»¹, el predilecto de Cristo, la columna de todas las iglesias existentes en el mundo, el que posee las llaves del paraíso, bebió del cáliz de Cristo y fue con su bautismo bautizado, quien reclinó confiadamente su cabeza en el pecho del Señor, se halla ahora presente entre nosotros. No quiere representar un drama con el rostro cubierto por la máscara (muy lejos de esto sus palabras); no sale a la escena para recorrerla danzando, ni viste una túnica bordada en oro.

Y, sin embargo, está ante nosotros con un traje de incomparable belleza, pues se nos aparece revestido de Cristo², calzados los hermosos pies con las sandalias de quien predica el evangelio de la paz³; ceñido, no el pecho, sino la cintura alrededor de los lomos y no con pieles teñidas de púrpura y orladas de oro, sino labradas artísticamente con la verdad misma.

Así se nos presenta, sin máscara, que no hay en él simulación ninguna, ni fingimiento o artificio. Él se limita a anunciar la verdad a pecho descubierto.

En modo alguno intentará valerse de gestos, miradas o tonos de voz persuasivos para convencer a quienes le escuchan de que crean y hagan determinadas cosas, muy distintas de las que él mismo hace en realidad. Para anunciar la verdad no necesita de ningún instrumento, ni cítara, ni arpa, ni de ninguno otro de ese estilo. Le basta su lengua para emitir una voz más suave y saludable al alma que todas las cítaras y músicas. Tiene por escenario el cielo infinito; su teatro es el mundo y sus espectadores y oyentes son los ángeles y quienes de entre los hombres son como ángeles o, cuando menos, aspiran a llegar a serlo. Ya que sólo ellos pueden oír claramente esa melodía y, como buenos oyentes, cumplir, en armonía con ella, labores que dejan huella visible. Los demás, como chiquillos que son, la oyen, pero no entienden lo que escuchan, pues están entregados a la glotonería y a juegos pueriles. Quienes están dados a la alegría de este mundo, a los placeres, a la ambición de las riquezas o el poder, y viven para su vientre, quizá oigan esa voz, pero no consiguen imprimir en sus obras ninguna huella de magnanimidad ni señorío, pues aún están sumergidos en las cosas materiales y en el fango.

Junto a este apóstol están las virtudes celestes, que admiran la belleza de su alma, su sabiduría y su virtud extraordinarias, merced a las cuales ha podido atraerse al mismo Cristo, recibiendo de Él la gracia espiritual. Pues tañendo su alma como si de una citara adornada con gemas y cuerdas de oro se tratara, consiguió entonar, gracias a la asistencia del Espíritu Santo, un cántico grande y excelso.

2. Escuchémoslo, pues, no como el canto de un pobre pecador, o del hijo de Zebedeo, sino como la voz de quien

conoce a Dios en su misma íntima existencia, es decir, como la voz del Espíritu Santo, que es quien tañe esta cítara.

Nada nos dirá de humano. Todo cuanto hable versará sobre abismos espirituales, sobre arcanos que, antes de que fueran revelados, ni siquiera por los ángeles eran conocidos. También los ángeles, en efecto, aprendieron junto a nosotros, de boca de Juan y por medios humanos, lo que de tales misterios hemos llegado a conocer también nosotros. Pues eso es lo que significan las siguientes palabras de otro apóstol: «para que fuera conocida gracias a la Iglesia por los Principados y las Potestades la infinita sabiduría de Dios»⁴. Los Principados, las Potestades, los Querubines y Serafines han aprendido de la Iglesia todo esto y es evidente que han escuchado con un vivísimo afán de aprender. No es pequeño, por tanto, el honor que se nos hace al aprender los ángeles ahora junto a nosotros cosas que antes ignoraban. Y no es sólo eso, sino que, además, según luego explicaré, aprenden ellos por medio de nosotros.

Permanezcamos, por tanto, en recogido silencio, y no solamente hoy o el día en que lo escuchemos, sino durante toda la vida, pues siempre nos será de provecho escucharlo. Si siempre nos interesa saber lo que sucede en la Corte, qué hace el emperador, qué providencias se dispone a tomar sobre sus súbditos, y ello aunque a menudo son cosas que en nada nos atañen, mucho más debemos desear oír lo que ha dicho Dios, máxime cuando eso sí que nos afecta de modo directo. Por su parte, este hombre a buen seguro nos contará todo con sumo cuidado y acierto, porque es amigo del rey, aún más, porque el rey mismo habla por su boca y él oye de su señor todo lo que el Hijo recibe del Padre: *Os he llamado amigos porque os he dado a conocer cuanto oí de mi Padre*⁵. Si nos sucediera ver de re-

pena a alguien que descendiera del cielo y nos prometiese contar cuanto allí ocurre, todos nos precipitaríamos a escucharlo: hagamos eso ahora. Pues este hombre nos habla, ciertamente, del cielo. Él no es de este mundo. El mismo Cristo lo dice: *Vosotros no sois de este mundo*⁶. En él habla el propio Paráclito, presente por doquier, que conoce las cosas de Dios como el alma del hombre conoce las suyas, que es el Espíritu de la santidad, de la rectitud, que nos orienta y conduce hacia el cielo, dándonos ojos nuevos que nos permiten conocer lo futuro como si ya fuera presente y contemplar las cosas del cielo aunque sigamos aún sobre la tierra. Presentémonos a Él con ánimo sereno y pacífico, a lo largo de toda nuestra vida. Que ninguno de nosotros quede atrás por culpa de la pereza o por cierta somnolencia o por estar aún contaminado por sus pecados. Vayamos hacia el cielo, al lugar donde el evangelista habla a quienes allí arriba habitan. Ningún provecho sacaremos de permanecer en la tierra. Las enseñanzas de Juan, en nada afectado por las cosas terrenales, no procuran su benéfica influencia a quienes no se apartan de una vida que es propia de cerdos.

Sucede a veces que el trueno, por su ruido ensordecedor, nos asusta. La voz de Juan, empero, a ninguno de los fieles turba, antes por el contrario, los libra de toda inquietud y angustia y hace temer sólo a los demonios y a sus siervos. Si deseamos comprobarlo, permanezcan silenciosos nuestro ánimo y nuestros labios, pero en especial nuestro ánimo. Pues ¿qué provecho obtendremos de que permanezcan callados nuestros labios si carecemos de recogimiento interior? Busco yo la quietud del alma, porque deseo que el alma esté atenta. Que no nos distraiga la avidez de dinero ni el afán de gloria. No nos dejemos esclavizar por

la ira ni por ninguna otra pasión. El alma que no esté purificada de sus vicios y deseosa de enmienda no podrá entender la sublimidad de lo que a continuación diremos, ni conocerá la entraña arcana y temible de estos misterios, ni captará el cúmulo de verdades de profundo contenido moral que guardan estos divinos oráculos. Si jamás se oyó que nadie aprendiera a tocar la flauta o la cítara sin dedicar mucho tiempo y esfuerzo, ¿cómo podría ser que quien está sometido a la acedia espiritual pudiera permanecer sentado prestando atención a místicas voces?

3. Refiriéndose a eso nos amonesta Cristo con las siguientes palabras: *No deis las cosas santas a los perros ni echéis perlas a los cerdos*⁷. Aunque estas palabras valen mucho más que cualquier perla, las llama así el Señor porque nada hay en la tierra que sea de más valor que las perlas. También compara a la miel la dulzura de su doctrina, sin que con ello quiera decir que la miel pueda rivalizar en dulzura con ella, sino sólo porque nada hay en la tierra más dulce que la miel. Pero sus palabras, como se ve por el profeta, superan con mucho el valor de las perlas y la dulzura de la miel. He aquí sus palabras textuales: *Más deseables que el oro y las perlas preciosas, más dulces que la miel*⁸. Pero lo son solamente para quien tiene buenas disposiciones. Y por eso añade: *por eso las observa tu siervo*. Y en otro lugar, luego de haberlas calificado de dulces, añade: *para mi boca*. *Qué dulces a mi paladar tus palabras*, dice, añadiendo para resaltar su excelencia, *más que la miel de un panal lo son para mi boca*⁹, y todo ello porque poseía un espíritu puro. Por tanto, no queramos acercarnos a estas cosas con el alma enferma, sino

que, tras haberla sanado y purificado, podremos gustar este alimento.

Ésta es la razón por la que, aun habiendo hecho una preparación tan larga, no os he admitido todavía a este sagrado banquete: para conseguir que, tras haber arrojado de sí todo mal, todos se acerquen a él como si entraran al paraíso, esto es, libres de la ira y de las preocupaciones, inquietudes y pasiones del alma. No podremos sacar provecho de cuanto oigamos si antes no hemos purificado de este modo nuestra alma. Y que nadie venga a objetar que es breve el tiempo que media entre esta predicación mía y la siguiente. ¿Acaso no es posible que, ya no sólo en el corto espacio de cinco días, sino en un solo instante, cambie por entero toda una vida? ¿Quién habrá más criminal que un ladrón y homicida? ¿No pertenecería éste a la peor calaña de delincuentes? Y, sin embargo, el buen ladrón alcanzó de repente el más alto grado de virtud y entró en el paraíso. No necesitó para ello de muchos días, ni siquiera de media jornada: le bastó un instante. Es posible mudar la vida de golpe y pasar de barro a oro. Pues, en efecto, dado que ni la virtud ni el vicio son innatos a nuestra naturaleza, sus cambios se producen fácilmente y con independencia de toda ley. *Si quisierais escucharne* —dice el profeta—, *os alimantaríais de los bienes de la tierra*¹⁰.

Basta la voluntad. Pero no una débil, como muchos la tienen, sino decidida y firme. Sé bien que todos querrían ir al paraíso, pero es menester que avalen con las obras sus buenas intenciones. Si un comerciante quiere enriquecerse, no se contenta con desearlo con el pensamiento. Comienza por armar una nave, elige después a los marineros, al timonel y prepara todo lo necesario para una travesía. Luego toma a crédito el dinero y emprende un viaje hacia tierras

lejanas atravesando el mar. Afronta muchos peligros y se expone a los riesgos que son bien conocidos por cuantos están habituados a navegar. Así debemos manifestar nuestra voluntad nosotros. Naveguemos, pues, pero no de una tierra a otra, sino de la tierra al cielo. Dispongamos nuestro entendimiento para que nos guíe como experto timonel hacia lo alto. Procurémonos una tripulación disciplinada y una nave sólida, para prevenir que vayamos a pique por culpa de las tempestades de este mundo o de la fatiga. No llevemos con nosotros el espíritu de arrogancia, antes bien aligerémonos de todo lo superfluo. Si así preparamos nave, timonel y tripulación, navegaremos con buen viento y atraeremos hasta nosotros al Hijo de Dios, único piloto verdadero, que no permitirá que se hunda nuestro barco. Aunque soplen vendavales de desatada violencia, Él increpará a los vientos y al mar, y una gran calma sucederá a la tempestad.

4. Venid así dispuestos a la próxima predicación, si es que deseáis obtener algún beneficio que perdure en vuestro corazón. Que ninguno de nosotros sea un camino lleno de guijarros y abrojos. Hagamos de nosotros campos bien dispuestos para el cultivo. Viendo la tierra preparada, gozoso hará la siembra el sembrador. Si, por el contrario, la ve árida y pedregosa, comprended que no quiera trabajar en vano. Habrá de ponerse, entonces, a arrancar las zarzas y postergar la siembra, pues sería necedad y locura derramar la siembra sobre una tierra aún no preparada.

Quien escuche discursos no debe en modo alguno participar en el festín de los demonios. Porque ¿qué tienen en común la justicia y la impiedad? Tú, que estás ahora en actitud devota escuchando a Juan y aprendiendo de él las cosas del Espíritu Santo, ¿irás luego a escuchar a mujeres de ligeras costumbres? ¿Asistirás a sus declamaciones obscenas y a sus aún más obscenas pantomimas y a las de histriones

afeminados que con vileza la emprenden a bofetadas sobre el escenario? ¿Cómo habrás de purificarte y de mudar de vida si acudes a enfangarte de ese modo? No es menester describir con pormenor todas sus obscenidades. En esas reuniones todo es bajeza, perdición, villanía y maldad. Todo, lascivia y ruina. Por tanto, solemnemente os amonesto a todos: que ninguno de los que participan en este sagrado banquete mande a la perdición a su propia alma por causa de tan perniciosos espectáculos. Cuanto allí se dice y hace es en honor del diablo. Vosotros, iniciados en nuestra fe, tened conciencia de cuáles son los compromisos adquiridos al agregaros a nosotros o, mejor, a Cristo, pues Él es quien os inicia. ¿Qué le habéis dicho, qué le habéis prometido a propósito de las pompas y seducciones de Satanás? Habéis renunciado de una vez para siempre a Satanás y a sus ángeles malos y os habéis comprometido a no ceder jamás en el cumplimiento de vuestras promesas.

Mucho se ha de temer que quien viola sus promesas se hace indigno de estos misterios. ¿No ves cómo en la Corte son nombrados miembros del consejo real no los caídos por cualquier motivo en desgracia, sino los que gozan de la amistad y la estima del rey?

Ha venido del cielo un embajador enviado por Dios mismo para hablarnos de cosas que son para nosotros de sustancial importancia. Y vosotros, descuidando escuchar lo que tiene que decir, os marcháis para asistir a pantomimas. De cuáles y cuántas condenas no será digna una conducta semejante. Si no es lícito participar en el banquete de los demonios, tampoco lo es asistir a cosas diabólicas y acercarse después con un vestido indigno a la rica mesa repleta de muchas cosas buenas preparadas para nosotros por Dios mismo. A condición de que nos acerquemos a ella con mente sobria, tan grande es el vigor que ha de infundirnos que nos llevará en un momento al paraíso. Quien ha escuchado ya muchas veces los sagrados sermones, no sigue en

esta vil condición terrena, sino que una fuerza irresistible lo conduce hacia lo alto, hasta alcanzar aquel lugar sublime donde puede gozar de tesoros inconmensurables. Quiera el cielo que también nosotros lleguemos a tanto, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 2

Al principio era el Verbo

1. Si Juan fuera a hablarnos de ideas y doctrinas suyas, convendría introducirlas diciendo algo de su ascendencia, su patria o su educación. Pero como no es él quien habla, sino Dios en él, por medio suyo, y se dirige así a todo el género humano, parecería innecesario hacer tales precisiones. Y, sin embargo, no lo será, sino muy oportuno. Pues cuando hayáis aprendido quién fue, de dónde procedía, cuáles eran sus padres y cuál su condición, al escuchar sus palabras y toda su filosofía, os convenceréis de que las palabras que ha escrito no son suyas, sino que le fueron dictadas por la virtud divina que inspiraba su alma.

¿Cuál fue, pues, su patria? No la tuvo: nació en una aldea de una región miserable que jamás gozó de estima ninguna. Los escribas desprecian Galilea, diciendo: *Estudia y verás que de Galilea no salen profetas*². Y en nada la tiene tampoco el que fue llamado *un verdadero israelita*, quien dijo: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?*³. No era, por tanto, su pueblo un lugar renombrado en aquella región. Y él ni siquiera pertenecía a una noble familia de aquel pequeño lugar, pues era su padre un pobre pescador. Tan pobre

que no pudo enseñar a sus hijos otra cosa que su propio oficio. Sabéis vosotros muy bien cómo ningún artesano desea que su hijo herede su propio oficio, a no ser que se vea obligado a ello por la miseria. Y, sobre todo, si se trata de un oficio despreciado. Y nadie hay más pobre que un pescador, nadie más despreciado, quebrantado e ignorante. Pero también entre ellos hay quien está mejor y quien está peor. A decir verdad, nuestro apóstol pertenecía a la categoría más baja: no pescaba en el mar, ni en un gran lago, sino en una minúscula charca. Y era allí precisamente donde estaba, en compañía de su padre y de su hermano Santiago, afanado en remendar las redes, indicio claro de pobreza suma, cuando lo llamó Cristo. Bien puede deducirse por todo ello cuán falto estaría de formación. Pero es que, además, san Lucas, en sus escritos⁴, confirma que Juan no sólo era miserable, sino, además, ignorante. Y tiene razón. Quien era tan pobre que jamás podía acudir al foro, ni tratar con nadie respetable, siendo la pesca su única ocupación y que si se encontraba con alguien era con pescadores y gentes del puerto, ¿en qué podía distinguirse de un animal? En cuanto a su capacidad de hablar, ¿no sería acaso muy semejante a los peces?

Veamos, pues, cuáles son los temas de que habla y discute este pescador que vivía a las orillas de una laguna, entre peces y redes, en Betsaida de Galilea, hijo de un pobre, de un mísero pescador, despreciado e ignorante en sumo grado, que nunca fue a la escuela, ni antes, ni después de haberse convertido en discípulo de Cristo. ¿Habla de campos, de ríos, del precio del pescado? Eso es lo que nos esperaríamos al oír hablar a un pescador. Pero no temáis: no es de eso de lo que oiremos hablar, sino de cosas celestiales, de cosas que, hasta entonces, nadie había sabido nunca.

Nos enseñará verdades tan sublimes, reglas de conducta tan nobles y una filosofía tan profunda como sólo puede ser poseída por quien ha alcanzado los inmensos tesoros del Espíritu: exactamente como si hubiera descendido ahora del cielo. Aún más: según ya he dicho, es muy probable que ni siquiera los habitantes del paraíso supieran estas cosas antes de él. ¿Estaban semejantes cosas al alcance de la mente, no ya de un pescador, sino de la de un rétor, un sofista o un filósofo? ¿Podrían haber sido descubiertas por quien hubiera frecuentado las lecciones de los sabios más famosos? No, de ninguna manera. Supera la capacidad de la mente humana hacer razonamientos tan profundos sobre la naturaleza incorruptible e infinitamente feliz de Dios, o sobre las sustancias espirituales que, en la jerarquía de los seres, vienen inmediatamente tras de Dios, o sobre la inmortalidad y la vida eterna, sobre la resurrección de nuestros cuerpos mortales, sobre el castigo de los impíos, sobre el juicio final, en el que habrán de rendirse cuentas de las palabras, de las obras e incluso de los pensamientos, sobre la naturaleza y el destino de la humanidad y del universo, sobre lo que es verdaderamente el hombre y sobre lo que cree ser, sin serlo, sobre lo que es el vicio y sobre la virtud.

2. También los filósofos pertenecientes a las escuelas de Platón y Pitágoras indagaron, es verdad, sobre estos problemas (el resto de los filósofos no merece, siquiera, ser mencionado, tan ridículas fueron sus teorías). De aquéllos, los más admirados y quienes son considerados maestros insignes de esta disciplina son, precisamente, los dos jefes de escuela que acabamos de mencionar. Escribieron varios libros que trataban sobre el sistema político ideal y sobre las leyes. Pero a ese respecto se quedaron a la altura de niños ridículos, pues sostenían que se debían poner en común todas las mujeres, envileciendo así la vida misma por desconocer la dignidad del matrimonio. Y del mismo tenor fue-

ron sus consideraciones sobre otros asuntos, consumiendo su vida entera en perseguir tales utopías. Por lo que respecta al alma, elaboraron una doctrina todavía más absurda y ofensiva a la humana dignidad, llegando a decir que las almas de los hombres se convierten en moscas, insectos y arbustos. Añadieron que Dios mismo era un alma y enseñaron muchas otras bobadas parecidas. Y no son éstas sus únicas doctrinas criticables: numerosas como las corrientes del Euripo son sus teorías. Moviéndose aquí o allá, como abandonados a las ondas del mismo Euripo, nunca permanecieron estables en ninguna de sus opiniones, demostrando así la inconsistencia de su pensamiento y lo poco fiable que es.

No se comporta así nuestro pescador, que expone todas sus doctrinas como ciertas y, asentado sobre roca firme, nunca tiene un momento de duda o de perplejidad. Considerado digno de entrar en los umbrales de la Corte celestial y siendo el propio Señor quien en él habla, no está sometido a los defectos propios de la condición humana. Los filósofos, en cambio, a semejanza de quienes no sueñan siquiera con ser admitidos a la Corte, sino que se ven obligados a permanecer fuera, mezclados con la multitud que vaga por las calles y las plazas, al intentar investigar con las solas fuerzas de la razón cosas invisibles e inefables, cayeron en gravísimos errores. Y luego, como si de ciegos o borrachos se tratara, una vez ya en el error, arremetieron rudamente los unos contra los otros. Y, no contentos con discutir ásperamente entre sí, sometieron a continua revisión sus propias teorías, hasta el punto de llegar a una abierta contradicción consigo mismos.

Por el contrario, este iletrado e ignorante natural de Betsaida, hijo del Zebedeo (aunque los griegos rían ante estos nombres rudos, no por eso hablaré yo con menos ardor, sino que, muy al contrario, lo haré con más), cuanto más bárbaro se les antoja su linaje y más alejado de la civilización griega, tanto más probará con claridad y brillo la

exactitud de nuestras afirmaciones. Pues un bárbaro ignorante habla de cosas que ningún hombre había conocido jamás. Y, no limitándose sólo a hablar de ellas, nos convence, además, de su verdad. Con sólo que hablara de eso, estaríamos ya ante un auténtico milagro. Pero el hecho de que, además, consiga convencer a cuantos le escuchan es prueba irrefutable de que cuanto dice ha sido inspirado por Dios. ¿Quién podrá no maravillarse ante la virtud divina que lo posee? Estamos, según ya dije, ante la mayor prueba de que él no saca de sí mismo las doctrinas que expone. Este bárbaro, merced al Evangelio que escribió, conquistó todo el mundo, mientras sus restos mortales reposan en aquel Asia Menor donde en un tiempo elaboraron sus teorías los primeros grandes maestros de la filosofía griega. Desde su sepulcro glorioso aterroriza a los demonios, refulge en medio de sus enemigos, disipando las tinieblas, y destruye las fortalezas del diablo. Entre tanto, su alma ha encontrado el merecido descanso en aquel lugar adonde convenía que ascendiera quien tanto bien había hecho. Han caído ya y están arruinadas las falsas teorías de los griegos y las verdades que él proclamó brillan cada día con luz más espléndida.

Desde que entraron en escena éste y los demás pescadores, las doctrinas de Platón y de Pitágoras, que hasta entonces parecían imponerse a todas las demás, quedaron reducidas al silencio, tanto que la mayoría de los hombres ignoran hoy incluso sus nombres. Platón, según la historia nos cuenta, se presentó a ilustres príncipes, invitado por ellos, tuvo muchos amigos e hizo largos viajes por mar, especialmente a Sicilia. Pitágoras, por su parte, viajando por la Magna Grecia, obró muchos falsos prodigios. Cuando, según de él se cuenta, habló con los bueyes, no pudo hacerlo sino recurriendo al arte de los encantamientos. Por donde resulta notorio que al hablar con seres privados de entendimiento no procuraba ningún bien a los hombres,

sino que les hacía no pequeño daño. La naturaleza humana era, ciertamente, la idónea para comprender la filosofía. A pesar de lo cual, él, gracias a artes de encantamiento, hablaba con las águilas y los bueyes. No es que lograra con eso transformar a seres privados de razón en criaturas inteligentes, cosa imposible al hombre, sino que con sus artes mágicas tenía la habilidad de engañar a los simples. Con prodigios tales no enseñaba a los hombres una doctrina útil, sino que se concluía que lo mismo daba comer un ave que devorar la cabeza de los propios padres. Y proponía a sus discípulos que el alma de su maestro habría de transmigrar a un arbusto, a una muchacha o a un pez. ¿No es, a buen seguro, notable ganancia para la humanidad que doctrinas así hayan sido definitivamente olvidadas? Cosa que, por otra parte, necesariamente había de suceder en virtud de la misma razón. Muy distinta suerte han corrido las doctrinas predicadas por aquel mísero e ignorante pescador. Sirios, egipcios, indios, persas, etíopes e innumerables pueblos, tras haber traducido sus escritos a sus respectivas lenguas, aun siendo bárbaros, han aprendido a razonar como filósofos.

3. No sin intención dije antes que el mundo entero es teatro de Juan. Él no se desentendía de sus semejantes para instruir a los animales, cosa que habría sido cuando menos una ocupación vana e inútil y la más grande de las simplezas, sino que, libre y a salvo de toda pasión perniciosa, se aplicaba con todas sus fuerzas a que toda la humanidad aprendiese algo útil, capaz de elevarla de la tierra al cielo. Ésa es la razón por la cual no quiso dejar sus enseñanzas entre nubes y tinieblas, como hacían los que trataban de hacer oscuras sus malvadas enseñanzas expresándose enigmática y confusamente. Al contrario: son sus verdades más resplandecientes que el sol y aparecen por eso claras a todos los hombres de todo el mundo. No prescribía, como Pitágoras, cinco años de continuo silencio a quien quisiera ha-

cerse discípulo suyo. Ni enseñaba como si tuviera en torno a él a piedras insensibles. Ni mantenía la absurda opinión de que la esencia de todas las cosas puede ser definida valiéndose de números; sino que, repudiadas todas las doctrinas insensatas y diabólicas como ésta, se expresó en modo tan claro y simple que todos sus discursos son perfectamente comprensibles, no sólo por hombres cultos, sino también por mujercillas y muchachos carentes de formación. Todas las generaciones que tras él han venido han confirmado que cuanto había dicho era verdadero y provechoso para el alma. Fue un centro de atracción espiritual para toda la humanidad. Después de haber sonado sus palabras, nuestra vida ha quedado libre de las monstruosas pesadillas que la atormentaban. Por tal razón, cada vez que lo escuchamos, interiormente nos reafirmamos en preferir antes dar la vida que renegar de la fe que él nos ha enseñado.

De aquí y de todo lo demás se concluye claramente que no tienen origen humano, sino divino y celeste, las verdades que nos han sido enseñadas por medio de aquel alma elegida por Dios. No encontraremos en él palabras altisonantes o rebuscadas, ni el estilo de una elocuencia florida o ampulosa, pero vacía e inútil, cosas éstas siempre impropias de la filosofía, sino un vigor invencible y divino, el incommensurable poder de la verdad y la abundancia de innumerales bienes. Que, en efecto, en la predicación, la afectación en las palabras es cosa superflua que ha de dejarse a los sofistas y, aún más que a ellos, a muchachos incapaces de reflexión. Todos recordamos a este propósito las páginas en que Platón narra cómo su maestro, ante los jueces, casi avergonzándose de la dialéctica de los sofistas, que era, al fin, su oficio, dijo que nadie oiría de él palabras afectadas o frases de refinada elegancia, sino sólo palabras no estudiadas e improvisadas: «No es conveniente —decía— que un hombre de mi edad pronuncie ante vosotros, jueces, discursos de muchacho». Considerad lo ridículo que es todo

esto. Precisamente el mismo que contaba que su maestro había huido de ese arte como algo indigno de la filosofía y propio sólo de muchachos, se entregó a ella con ardor. A tal punto llegaba la ambición que dominaba a todos esos filósofos. Por lo demás, ninguna otra cosa de Platón parece más admirable que ésta. Si escudriñaras los sepulcros blanqueados por fuera, los verías llenos de podredumbre maloliente y de huesos descarnados. Pues del mismo modo, si despojas de su aparatoso vestido literario de floridas formas a las doctrinas de los filósofos, las verás llenas de reprobables errores. Y ello especialmente cuando tratan del alma, pues queriendo honrarla en demasía, a menudo llegan hasta la blasfemia. Advierte ahí el lazo del diablo, que empuja para que se sobrepasen los límites dentro de los cuales deberían mantenerse las cosas, consiguiendo así que los hombres profesen doctrinas perversas en extremos opuestos. Así, por ejemplo, Pitágoras dice a voces que el alma procede de la misma sustancia de Dios. Y a veces, luego de haberla exaltado impiamente más allá de toda medida, la envilece exageradamente en sentido opuesto, sosteniendo que puede transmigrar a cerdos, a asnos y a organismos aún más bajos.

Bástenos ya con lo dicho sobre este punto. Hemos hablado, incluso, demasiado. Si se pudiera sacar de ellos algo de provecho, sería oportuno tratar el asunto con mayor extensión. Pero si hemos de hablar sólo para poner en evidencia su vileza, lo ya dicho es más que suficiente. Por eso, dejadas de lado las elucubraciones de los filósofos, ciñámonos, finalmente, a tratar de las verdades celestes que nos han sido reveladas por boca de este pescador y que portan en sí el fermento de cosas sobrenaturales y sobrehumanas. De aquí en adelante expondremos estas santas palabras que, según al principio os exhorté para que hicierais, y vuelvo ahora a repetíroslo, han de ser escuchadas con la máxima atención.

¿Con qué palabras comienza el evangelista? *Al principio —dice— era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios.* ¿Perci-

bís la decisión, el tono resuelto con que son pronunciadas estas palabras? ¿No notáis que su manera de expresarse no es la de quien duda o hace conjeturas, sino la de quien está firmemente convencido de lo que dice? El verdadero maestro no puede mostrar inseguridad en la materia que enseña. Si alguno, pretendiendo instruir a los demás, necesita él mismo a su vez de quien confirme sus palabras, no merece ser contado entre los doctores, sino más bien entre los discípulos.

Pero alguno podría preguntarme: ¿por qué omite la primera causa y nos habla enseguida de la segunda? Responderemos a ese tal que rechazamos que aquí se esté tratando de primera y de segunda. La divinidad, en efecto, está por encima del número y de la sucesión temporal. Rechazadas, por tanto, esas concepciones, proclamamos que el Padre no procede de nadie y que el Hijo ha nacido del Padre.

4. Está bien, diréis, pero ¿por qué, olvidando al Padre, nos habla del Hijo? Porque el Padre era ya conocido por todos, si no como Padre, sí como Dios: el Unigénito, en cambio, era ignorado. Por eso se apresura el evangelista desde el comienzo a dar noticia de Él a cuantos lo ignoraban. Y, por otra parte, tampoco es que se haya olvidado del Padre en su discurso. Notad su sabiduría inspirada. Sabe que los hombres, desde los tiempos más remotos y antes que cualquier otra cosa, supieron que Dios existe y comenzaron a adorarlo y a rendirle el culto debido. Por eso, en el exordio, escribe, ante todo, la palabra «principio», que, como a continuación desvela el discurso, significa lo mismo que «Dios». No en el sentido de Platón, quien dice que uno es el entendimiento y otro el alma, cosas ambas muy alejadas de la naturaleza divina e inmortal que nada tiene en común con nosotros, siendo inaccesible a las creaturas que quisieran entrar en comunión con ella, entendiendo por comunión una que lo fuera de sustancia, no la que lo es de

relación. Por eso le llamó Verbo, porque se disponía a enseñarnos que este Verbo es el Hijo Unigénito de Dios, para que nadie sospechara que se trataba de una generación sometida a las vicisitudes de este mundo, tras haber puesto primero ese apelativo de Verbo, eliminó cualquier posibilidad de duda declarando que el Hijo ha sido engendrado por Dios y que también el Hijo es inmutable e impasible.

¿Ves cómo, según ya he dicho, el evangelista, al hablar del Hijo, no ha olvidado hablar del Padre? No te sorprendas si estos comentarios no te bastan para esclarecer todos los aspectos de la cuestión. Estamos hablando de Dios y, por lo que a Él atañe, no somos capaces de expresar, ni siquiera de concebir adecuadamente su grandeza, tanta es y en tanto nos excede. Por lo cual, él nunca usa la palabra «sustancia», porque nadie es capaz de expresar qué es Dios en sustancia, si bien Dios mismo se nos muestra por doquier y de continuo por medio de las obras creadas.

Se ha de notar, además, que, más adelante, el Verbo es llamado luz, y la luz, a su vez, vida. No es por eso sólo por lo que el evangelista lo ha llamado así. Aunque ésta sea la primera razón, hay otra no menos importante. Y es que Él nos reveló las cosas del Padre. Pues dice: *todo cuanto he oído de mi Padre os lo he dado a conocer*⁵. Por tanto, le llama la luz y la vida también porque Él nos ha dado la luz del conocimiento y la vida que de ella procede. En resumen: ni un nombre, ni dos, ni tres, bastan para explicar la esencia de Dios. Debemos considerarnos afortunados si, sirviéndonos de innumerables apelativos, logramos hacernos una idea de su sustancia, aunque sea confusa. El evangelista no lo ha llamado simplemente «Verbo», sino que lo ha distinguido de las demás palabras poniéndole delante el artículo.

¿Veis como no ha sido por azar el decir yo que este evangelista nos habla del cielo? Notad cómo desde el primer momento, de repente, él ha trasladado las mentes y las almas de sus oyentes hasta alturas sublimes. Luego de haberlas levantado por encima de las cosas sensibles, más allá de la tierra, del mar y del cielo, las ha persuadido para que subieran incluso por encima de los Querubines, de los Serafines, de los Tronos, de los Principados, de las Potestades. En fin, más allá de toda creatura. Y ¿por qué? Después de habernos elevado a tan sublime altura, ¿podría acaso habernos abandonado allá arriba? No, ciertamente, sino que, como quien hubiera trasladado hasta alta mar al que estaba en la costa mirando la ciudad, las playas y los puertos, le habría —es verdad— alejado de todas esas cosas, pero, al mismo tiempo, habría ofrecido a sus ojos el espectáculo de horizontes desconocidos, así el evangelista, tras habernos elevado más allá de toda criatura y habernos casi trasladado a la eternidad que precedió a la creación, deja atónitos los ojos de nuestra mente al contemplar cosas tan excelentes, cuyo confín no somos capaces de alcanzar, pues son, en realidad, infinitas. Cuando nuestro entendimiento asciende hasta el principio, busca qué es ese principio. Cuando encuentra el «era» retrocediendo más aún en el tiempo con la imaginación, no encuentra dónde poder detenerse. Y, al fin, cayendo en la cuenta de que por mucho que investigue, nunca podrá llegar al término inicial, regresa, para descansar, a las cosas inferiores. De hecho, la expresión «al principio era» no significa otra cosa sino que Dios siempre ha sido y que es eterno.

Mirad a ver si no es ésta la verdadera filosofía, si no son éstas verdades divinas que nada tienen que ver con las teorías de los filósofos griegos, que no supieron superar el concepto de tiempo, llegando incluso a decir que había dioses más ancianos que otros. Ningún pensamiento de esa calaña ha encontrado amparo entre nosotros. Si Dios existe, como es indudable, nada era antes que Él. Si es el creador de todo,

es también el primer ser. Si es el dueño y el Señor de todas las cosas, todo le es posterior, las criaturas y los siglos.

Era mi intención pasar ahora a tratar de otros asuntos, pero tal vez vuestras mentes están ya cansadas, fatigadas. Por eso, después de unas exhortaciones que han de resultar útiles para entender lo ya dicho y cuanto ha de decirse todavía, terminaré mi discurso. ¿Qué exhortaciones son éstas? Sé que a muchos les fastidia escuchar predicaciones demasiado largas. Sucede eso si el alma está sujeta por muchos cuidados y afanes terrenos. La mirada, cuando es pura y sin defecto, ve lejos y no siente fatiga en distinguir objetos pequeñísimos. Pero si de la cabeza desciende a los ojos algún humor malo, o sube desde las partes inferiores del cuerpo una a modo de densa niebla, las pupilas se oscurecen y no pueden distinguir con claridad ni siquiera los objetos más grandes. Lo mismo ocurre con el alma. Cuando está limpia y purificada de cualquier pasión torpe, con facilidad capta la esencia de cualquier cuestión; pero si, ofuscada por la avidez de los bienes terrenos, ha perdido su primitiva virtud, no es capaz de comprender con ligereza ningún asunto de carácter elevado o espiritual. Por el contrario, le ocurre cansarse y abatirse enseguida, cae en la inercia y el sueño, olvida el cultivo de la virtud y no se esfuerza por progresar en la vida espiritual.

5. Para que eso no os suceda también a vosotros (no me cansaría nunca de repetiros estas recomendaciones) robusteced vuestro ánimo. No queráis oírlos decir lo que san Pablo dijo a los fieles hebreos. Dirigiéndose a ellos, dijo que se veía en la obligación de tratar asuntos grandes y de difícil interpretación, pero no porque en sí mismos lo fueran, sino porque —dice él— *os habéis hecho duros de oído*⁶. En

realidad, el que es perezoso y débil se cansa tanto con un discurso breve como uno largo, y le parecen difíciles de entender cosas que son de suyo claras y evidentes.

Que ninguno de vosotros se encuentre nunca tan mal dispuesto, sino que, apartada cualquier preocupación mundana, siempre escuchéis todos atentamente la exposición de estas verdades. Si un oyente es presa de la avidez del dinero, a buen seguro que no escuchará con atención. Su alma no puede acoger al mismo tiempo ambas pasiones, sino que una acabará por expulsar a la otra y vendrá el alma a encontrarse debilitada por cierta desidia interior y presa de la pasión vencedora. Es lo mismo que sucede respecto a los hijos. Cuando se tiene uno solo se le ama sin tasa. En cambio, si se tienen muchos, estando el afecto dividido, a todos llega un poco atenuado. Si tal sucede cuanto se trata de un afecto obligado, impuesto por la misma naturaleza, y cuando los objetos del amor tienen un mismo origen, qué no diremos de los amores nacidos de una libre elección de la voluntad, especialmente si se trata de amores entre sí contradictorios. Y, en efecto, el amor al dinero es de por sí opuesto al amor a esta doctrina. Al entrar aquí entramos en el paraíso. No hablo del lugar en sí, sino de los sentimientos que aquí reinan. Quien está físicamente sobre esta tierra puede, a pesar de ello, estar con la mente en el cielo y oír cosas celestiales. Que nadie traslade al cielo cosas de la tierra. Nadie, estando aquí, aliente preocupaciones económicas. Sin duda nuestras haciendas y negocios necesitan recibir la bendición divina que recibe quien entra en este templo, pero no debe trasladarse aquí el fardo de la preocupación por nuestras haciendas y negocios. Nos acercamos al trono de la sabiduría, y es necesario dejar fuera cualquier preocupación mundana. Si hemos de seguir angustiados, aunque sea en muy poco, por las cosas que se hacen o dicen fuera de aquí, es preferible que nos abstengamos por entero de entrar.

Que nadie, estando en la iglesia, piense en las cosas de su hacienda. Antes al contrario: pensemos todos en las cosas de la Iglesia aun estando en nuestra casa. Que sean aquéllas las que más nos importen. Pues miran al alma, y las demás al cuerpo. O, mejor dicho, lo que aquí se enseña beneficia tanto al cuerpo como al alma. Por eso, ocupémonos primero de las cosas espirituales, que son las más importantes, y después de las demás, como asuntos secundarios y accidentales. Son las primeras ventajosas tanto para la vida futura cuanto para la presente. Las otras, en cambio, si no son conformes a la ley divina, no procuran beneficio ninguno ni en esta tierra ni en la venidera. Aquí se aprende a conocer no sólo lo que seremos después de la vida presente y cómo viviremos allí arriba, sino también la regla según la cual hemos de vivir en esta tierra. Ésta es la casa del médico espiritual, donde se curan las heridas recibidas fuera. Si no acogemos en nuestras almas las palabras del Espíritu Santo, no sólo no nos serán perdonados los pecados ya cometidos, sino que cometeremos otros más adelante.

Prestemos, por tanto, atención al libro santo, cuyos significados más plenos nos serán ahora explicados. Si logramos comprender bien ahora los principios fundamentales de la doctrina, tras este aprendizaje ya nada nos costará esfuerzo: con un poco de fatiga al principio, estaremos en condiciones, como dice san Pablo, de ser maestros de otros.

Nuestro apóstol y evangelista se eleva a alturas nunca alcanzadas. Sus escritos están colmados de verdades insondables, expuestas con mayor profundidad que en ningún otro lugar. No las escuchemos distraídamente. Os explicaré todo a la vez, para que os resulte fácilmente comprensible y nunca se borre de vuestra memoria. Procedamos de modo que no nos hagamos acreedores a escuchar aquella temible reprimenda que dice: «Si no hubiera venido y no hubiera

hablado, no tendríais culpa»⁷. ¿Qué tendremos sobre quienes no prestaron atención, si llega el caso de regresar tras la predicación sin haber sacado de ella ningún provecho, habiéndonos limitado sólo a admirar la elocuencia del orador? Haced que para vosotros sea la siembra en tierra buena. Haced que cada vez nos sintamos más atraídos hacia vosotros. Si en alguno hay espinas, que las destruya con su fuego el Espíritu Santo. Si alguno tiene el corazón duro y obstinado, que ese mismo fuego lo vuelva blando y manso. Si, hallándose en la calle, alguno es asaltado por una turba de pensamientos, recójase en su interior para no acoger a quienes intentan entrar en él para poseerlo. Y todo ello, para que podamos ver un día crecida en vosotros rozagante la mies.

Si así nos disponemos para asistir con gran devoción a esta predicación espiritual, podremos librarnos de todas las preocupaciones mundanas, acaso no de una sola vez, pero sí poco a poco. Comportémonos de modo que no pueda decirse de nosotros: *Son sus oídos sordos*⁸. ¿En qué se distingue de una bestia un oyente como ése? Y ¿cómo no consideraremos más necio aún que a una bestia privada de razón a alguien que no quisiera atender a Dios mismo que habla? Si propio es del hombre pretender agradar a Dios, al que no quiere atenderle para lograr eso sólo, a un animal puede ser comparado. Y pensad cuán grande es el mal que queriendo Dios por medio de Cristo hacer de nosotros hombres iguales a los ángeles, nosotros queramos transformarnos de hombres en bestias. Pues servir al propio vientre, ser presa de la avidez del dinero, airarse, morder, tirar coces, no es propio del hombre, sino de las bestias. Más aún: los animales siguen el instinto que la naturaleza ha puesto en ellos. Pero el hombre que desconoce la fuente misma de la

inteligencia y rechaza regular su vida según la voluntad de Dios, es como si enfermara con la peor de las dolencias. Pues, propiamente, no se convierte en una bestia, sino en un extraño monstruo de horrible presencia que no merece perdón, porque va contra su propia naturaleza. Pues su maldad deriva sólo de su voluntad libre.

Lejos de nosotros la idea de que algún miembro de la Iglesia de Cristo obre así. De vosotros no pensamos sino bien y que todos os salvaréis. Pero cuanto más confiamos en que sean así las cosas, con tanto mayor celo continuaremos exhortándoos en nuestros discursos a que estéis vigilantes para que, después de haber tocado la cumbre de la virtud, obtengáis los bienes que nos han sido prometidos. Quiera el cielo que podamos gozar de ellos por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 3

Al principio era el Verbo

1. Me parece inútil exhortaros de nuevo a que sigáis con atención mis palabras, pues vuestros hechos han demostrado ya largamente los frutos de mis consejos y recomendaciones. El hecho mismo de que os hayáis reunido aquí, vuestra atención diligente, la prisa, sobre todo, con que os apresuráis a ocupar los puestos de delante para así poder oír mejor mi voz, la perseverancia de que hacéis gala al no abandonar la iglesia hasta que el sermón acaba –y eso aunque os encontréis en una posición incómoda en medio del pasillo–, los aplausos, las aclamaciones y todo lo demás, revelan el fervor de vuestras almas y la atención de vuestras mentes. Por eso sería superfluo dirigirnos aún alguna amonestación. Pero debemos animarnos a perseverar en esa misma disposición de ánimo, para que no mostréis vuestro celo solamente aquí, sino también cuando volváis a vuestras casas, donde el marido hablará de estas cosas a su mujer y el padre a sus hijos. Diga cada uno a los demás lo que recuerda y pídales que ellos hagan lo mismo. Que todos, en fin, se intercambien sus ganancias. Nadie venga diciendo que los niños no han de interesarse en tales asuntos. No sólo deben interesarse, sino que éste debería ser su único entretenimiento.

Mas, a causa de vuestra debilidad, no pretendo tanto de vosotros, ni intento que vuestros hijos dejen de frecuentar

las escuelas públicas ni menos aún impediros que cumpláis vuestros deberes de ciudadanos. Os pido sólo que de los siete días de la semana consagréis uno a nuestro común Dueño y Señor. Sería absurdo que mientras nosotros pedimos a nuestros siervos que nos presten sus servicios continuamente, no dedicamos a Dios ni siquiera un instante de nuestro tiempo libre, máxime si tenemos presente que nuestros servicios nada dan a Dios, pues Él de nada necesita, sino que redundan en nuestro propio provecho.

Cuando a veces acompañáis a vuestros hijos a espectáculos teatrales, ¿no se os ocurre pensar que eso va en detrimento de su provecho en los estudios o en sus quehaceres? Entonces, ¿por qué cuando se trata de acompañarlos a donde pueden obtener algún beneficio espiritual, decís que es tiempo perdido? Y ¿cómo no atraeréis sobre vosotros la ira divina si encontrando tiempo para ocuparos de todas las demás cosas, consideráis algo enojoso y molesto para vuestros hijos el que se interesen por las cosas de Dios? Hermanos míos, ¿no os portéis así! Es precisamente esta edad la que tiene especial necesidad de recibir tales enseñanzas. Como es tierra, asimila pronto cuanto se le dice, y la doctrina se imprime en ella como el sello en la cera. Pero además, es en esta edad primera cuando se manifiestan las inclinaciones al vicio o a la virtud. Quien desde los comienzos aleje a sus hijos del vicio y les guíe por el buen camino, creará en ellos hábitos virtuosos. Casi sin darse cuenta, no se desviarán fácilmente hacia el mal, pues sus buenos hábitos los impulsarán a hacer acciones virtuosas. Los veremos más respetuosos consigo mismos y más capaces para administrar los asuntos del estado, incluso, pues aun siendo jóvenes, experimentarán sentimientos propios de la edad madura.

Como ya he dicho, lo que no puede suceder es que quienes escuchan nuestros discursos y están familiarizados con nuestro gran apóstol, regresen a sus casas sin ser portadores de algún beneficio espiritual. Y eso vale igualmente para

todos cuantos participan en este banquete, hombres, mujeres y niños. Si con la palabra logramos amansar y amaestrar a las fieras, ¿no conseguiremos con esta doctrina mejorar a los hombres? Sobre todo si se atiende a la diferencia que existe en uno y otro caso entre la medicina y el enfermo que se pretende curar. No hay en nosotros tanta ferocidad como en las alimañas, pues en éstas la fiera es propia de su natural, mientras que en el hombre las acciones feroces son producto del abuso que puede hacer de su libre arbitrio. Y no es tampoco la misma eficacia de la medicina. Pues en el primer caso consiste en palabras procedentes de la mente humana y, en el segundo, derivan de la gracia eficaz del Espíritu Santo.

Si alguno hay que desespere de sí mismo, piense en las fieras amansadas y no caerá ya en la desesperación: acuda con frecuencia al lugar donde se refugian las plagas del alma, no pierda ocasión ninguna de escuchar la palabra divina y, vuelto a casa, reconsidere cuanto ha escuchado. Vivirá así esperanzado y tranquilo y por sí mismo experimentará cómo se progresa. Cuando el diablo vea que la ley de Dios se ha impreso bien en esa alma, como en una tablilla encebada, no intentará ya acercarse. Allí donde ve las cartas reales impresas, no en una columnas de bronce, sino por el Espíritu Santo en un alma religiosa, no puede el diablo mantener la vista, y huirá entonces lejos de nosotros. Nada espanta más al diablo y a los pensamientos que sugiere que un alma que medita siempre en las cosas divinas y se sacia de continuo en ese manantial. Por muy desagradable que sea, nada de esta vida podrá ya turbar a un alma tal. Ninguna fortuna, por muy próspera que ser pudiera, llegará a enorgullecerla o ensoberbecerla. Incluso en medio de la más violenta tempestad, gozará siempre de una absoluta calma.

2. En efecto, la turbación se produce en nosotros no por una fatal necesidad de la naturaleza, sino por debilidad de

nuestra alma. Pues si fuera su causa el curso natural de los acontecimientos, todos los hombres, sin excepción, se sentirían turbados. Todos navegamos en el mismo mar, y no puede cabernos la fortuna de vivir de tal suerte que parece estar a seguro de las tempestades y de la furia del mar, es evidente que las tempestades no hallan su origen en las vicisitudes de este mundo, sino en nuestra disposición de ánimo. Si nuestra disposición espiritual llega a hacernos capaces de soportar todo pacientemente, no habrá para nosotros tempestad ninguna, sino sólo una perpetua calma y tranquilidad.

Ni yo mismo me explico cómo, no teniendo ninguna que hacer, me he extendido tanto en mis recomendaciones. Os ruego que disculpéis mi prolijidad. Ha tenido por causa que me importa mucho que mis recomendaciones lleguen a buen fin. Si hubiera tenido plena confianza a ese respecto, no os las habría dirigido. Mas, ciertamente, con las dichas basta para que todo os resulte más fácil. Ya es tiempo de comenzar a tratar el tema propuesto, para evitar que comencéis el combate estando ya cansados. Pues, en verdad, duras son las luchas que ahora debemos afrontar contra los enemigos de la verdad, contra quienes prodigan sus esfuerzos por destruir la gloria del Hijo de Dios o, mejor dicho, por atentar contra su mismo nombre. Pues aquélla permanece siempre íntegra y ninguna lengua malvada puede menguarla. Pero quienes se esfuerzan en abatir al mismo que dicen adorar, al hacerlo cubren de infamia su propio rostro y condenan sus almas al infierno.

¿Qué dicen acerca de la doctrina que ahora estamos exponiendo? Dicen que las palabras *Al principio era el Verbo*, no se refieren directamente a la eternidad, por cuanto que, según ellos, lo mismo podría decirse también del cielo y de la tierra. ¡Qué alarde de impudicia e impiedad! Estoy hablándote de Dios y tú aplicas el argumento de mis palabras a la tierra y a los hombres hechos de barro. Según eso, dado

que se dice que Cristo es Hijo de Dios y Dios Él mismo, y como quiera que, a su vez, el hombre es también llamado hijo de Dios y Dios, pues está escrito: *Os he llamado dioses e hijos del Altísimo*¹, ¿concluirás que, en lo que hace a la filiación, los hombres han de ser puestos a la par con el Unigénito y que éste nada tiene que no poseas tú mismo? «En ningún modo», se responde. Y sin embargo, te comportas como si ése fuera tu pensamiento, aunque no te atrevas a confesarlo. ¿En qué sentido? Porque dices que has recibido la adopción de hijo mediante la gracia, de manera análoga a como la habría recibido el mismo Unigénito, ya que al negar que sea Hijo de Dios por naturaleza, necesariamente concluyes que lo es por la gracia.

Examinemos a continuación los textos de la Sagrada Escritura que ellos aportan en favor de sus tesis: *Al principio creó Dios el cielo y la tierra. Y la tierra era informe*². Y también: *Era un hombre de Armathaim Sifá*³. A su juicio, éstas son pruebas seguras. Y lo son, verdaderamente, pero para demostrar la verdad de nuestra doctrina. En cambio, cuando quieren legitimar con ellas sus blasfemias, se convierten en debilísimos argumentos.

¿Qué tienen en común el «creó» y el «era»? ¿Qué Dios y el hombre? ¿Por qué te empeñas en mezclar cosas que no pueden ser mezcladas? ¿Por qué confundes lo diverso e intentas abajar lo que tiene su lugar en las alturas? El «era» no indica la eternidad de por sí, sino cuando se une a las palabras «al principio» y «el Verbo». Igual sucede con «ser»: si se aplica al hombre, indica sólo el tiempo presente, pero si se refiere a Dios significa la eternidad. Lo mismo ocurre con «era»: cuando se dice de nuestra naturaleza, significa un tiempo pasado y, lo que es más, terminado ya. Pero cuan-

do se aplica a Dios, significa la eternidad. Quien quiera que oiga hablar de «tierra» y de «hombre» deberá limitarse a hacer respecto a esos conceptos consideraciones que no trasciendan su naturaleza creada. Porque todo lo creado, sea lo que fuere, lo es en el tiempo. Sin embargo, el Hijo de Dios trasciende los tiempos y las edades, pues Él es quien los creó. Pues está escrito: *Por medio de Él creó también los siglos*⁴.

Todo autor debe, necesariamente, preexistir a sus obras. Mas como los hay tan necios que, aun después de esto, siguen manteniendo opiniones exageradas acerca de esos seres creados, desconociendo su verdadera condición, la Sagrada Escritura, mediante las palabras «creó» y «era un hombre» previene y refuta en la mente de quien las escucha cualquier opinión irreverente. Todo lo creado, incluidos el cielo y la tierra, precisamente por el hecho de haber sido creado, ha sido creado en el tiempo y todo, sin excepción alguna, ha tenido un comienzo. Por eso, cuando se lee que «Él creó la tierra» y «era un hombre» es inútil seguir diciendo necedades. Podría yo replicar con otra hipérbole. ¿Cuál?

Ni siquiera en el caso hipotético de que al hablar de la tierra y del hombre se hubiera dicho «al principio era la tierra» o «al principio era el hombre», ni siquiera entonces habríamos podido pensar que con ello se les atribuían a tales creaturas cosas mayores de las que ahora conocemos. Pues una vez que se les titula con los nombres de «tierra» y «hombre» no nos es posible atribuirles otras cualidades mayores que aquellas con las que los conocemos por nuestra experiencia. Por el contrario, el Verbo, aunque sea poquísimamente lo que de Él se nos dice, constituye un concepto demasiado alto para que nuestro pensamiento pueda suponerle algo de menos noble o de imperfección. Y, en efecto, a propósito de la tierra se añade enseguida: *La tierra era vacía*

*e informe*⁵. Por tanto, la Sagrada Escritura, luego de haber dicho que Dios creó la tierra y que le dio sus límites, continúa su relato tranquilamente, a sabiendas de que nadie habría tan necio que supusiera, después de sus palabras, que la tierra fuera sin principio, esto es, increada. Por sí solas, las palabras «tierra» y «creó» bastan para convencer incluso a un necio de que no se trata de nada eterno o increado, sino de algo que pertenece al número de las cosas creadas en el tiempo.

3. Por lo demás, el vocablo «era», aplicado a la tierra y al hombre, no significa simplemente la existencia. Referido al hombre, indica que provenía de un cierto lugar. Dicho de la tierra, revela que se encontraba de una manera determinada. No dice sin más «la tierra era», callando luego, sino que añade cómo era después de la creación: *vacía e informe*, cubierta aún por las aguas y, por tanto, sólo una masa fangosa. Y de Elcaná no dice sólo que era un hombre, sino que añade de donde venía, *de Armathaim Sifá*. No sucede, en cambio, lo mismo cuando se trata del Verbo. Siento casi vergüenza al seguir hablando aún de estas cosas. Pues si reprobamos la actitud de quienes se comportan así con respecto a los hombres, sabedores de que existen grandes diferencias de virtud entre quienes son sometidos a confrontación, incluso perteneciendo a la misma especie, ¿cómo no habrá de ser una inmensa locura el plantear tales cuestiones cuando, tanto por la naturaleza como por todo lo demás, existe una infinita diferencia entre un ser y otro? ¡Séanos propicio y benévolo aquel a quien éstos ofenden con sus blasfemias! No fuimos nosotros quienes quisimos suscitar estas cuestiones, sino aquellos que trabajan contra su propia salvación.

¿Qué diré? El «era», referido al Verbo, significa que es eterno. El evangelista dice: *Al principio era el Verbo*. De donde se seguía lógicamente la necesidad de determinar el significado de ese verbo. Sentó primero esa afirmación porque es propio de Dios el ser eterno y sin principio. Y a continuación, para que nadie, al oír las palabras *al principio era*, pensara que el Verbo no había sido engendrado por el Padre, antes incluso de decir que era el Verbo, rebatió ese error añadiendo que el Verbo *era junto a Dios*⁶. Además, para que nadie imaginara un Verbo «proferido» o un Verbo «interno» de Dios, excluyó tales hipótesis mediante el artículo y gracias a esa segunda expresión. No dice que el Verbo estaba «en Dios», sino *junto a Dios*, revelándonos así su eternidad en cuanto persona. Por fin, explica más claramente este concepto cuando dice que el Verbo era Dios.

Pero —podrías objetar tú— el Verbo ha sido creado. ¿Qué le impedía decir «al principio Dios creó el Verbo»? Cuando Moisés habla de la tierra no dice «al principio era la tierra», sino *creó*⁷, y entonces fue la tierra. ¿Qué razón impidió a Juan decir que al principio Dios creó al Verbo?

Respondo diciendo que si Moisés se expresó de ese modo por temor a que alguno llegara a pensar que la tierra fuera increada, mucha más razón habría tenido Juan para temer algo semejante a propósito del Hijo, si verdaderamente éste hubiera sido creado. Pues siendo el mundo visible, revela y anuncia a su Creador, según está escrito: *Los cielos narran la gloria de Dios*⁸. El Hijo, por el contrario, es invisible e infinitamente superior a toda creatura. Si, no siendo necesaria la palabra ni la doctrina para enseñarnos que el mundo ha sido creado, el profeta lo declara explícitamente antes que cualquier otra cosa, con mayor motivo

debería haber afirmado Juan eso mismo respecto al Hijo, de haber sido éste creado.

«Sí —me replicarás tal vez—, pero Pedro ha afirmado eso muy claramente». ¿Dónde —te pregunto— y cuándo? «Cuando —me dirás—, hablando a los judíos, les dice: *Dios lo creó Señor y Cristo*». ¿Y por qué no añades las palabras que siguen?: *A este Jesús que vosotros habéis crucificado*⁹. ¿Ignoras que entre esas palabras las hay que se refieren a su naturaleza inmortal y otras que han de aplicarse a la encarnación? De lo contrario, si entiendes que todas ellas se refieren a la divinidad, habrás de deducir que Dios es pasible. Si, por el contrario, es impasible, habrá de ser también increado. Sería razonable tu sofisma si dijeras que la sangre lo era de la inefable naturaleza divina y que ésta última era la que, en lugar de la carne, había sido clavada en la cruz. Mas, no atreviéndose ni siquiera el diablo a pronunciar blasfemias tales, ¿por qué haces gala de una inexcusable ignorancia y de una mala fe más que diabólica?

Además, las palabras «Señor» y «Cristo» no miran a la sustancia, sino a la dignidad. Una se refiere a la potestad y otra a la consagración. ¿Qué deseas afirmar del Hijo de Dios? Si, como decís, hubiera sido creado, esto carecería de sentido. Pues Él no fue creado primero y luego consagrado por Dios, y su potestad regia no es accidental, sino que deriva de su sustancia y naturaleza divina. Tanto que, interrogado sobre si era rey, contestó: *Para eso he nacido*¹⁰. Pedro habla como si se tratara de alguien que ha sido constituido en una dignidad: todo su discurso se refiere a la consagración del Mesías.

4. ¿Por qué te sorprende que Pedro hable así? También Pablo, hablando a los atenienses, se refiere a Él solamente como hombre, cuando dice: *Mediante un hombre designado*

por Él y avalado ante todos al resucitarlo de la muerte¹¹. No habla de su naturaleza divina, no lo proclama igual a Dios y esplendor de su gloria. Y ello por una razón bien precisa: no era ése el momento oportuno para mencionar tales cosas. Para empezar, bastaba con que creyeran que era un hombre real y que realmente había resucitado de entre los muertos. Eso mismo había hecho Cristo, y Pablo, aprendiendo de Él, adoptó el mismo método. En un primer momento, Cristo no nos reveló su divinidad, sino que al principio fue considerado solamente un profeta, y aunque era tenido por el Mesías, se le consideraba solamente un hombre. Después, con sus palabras y sus hechos vino a revelar quién era verdaderamente.

Por eso también Pedro adopta al principio ese método. Nos hallamos ante su primer discurso a los judíos. Dado que ellos, hasta ese momento, no habían podido percibir nada de su divinidad, les habló de la naturaleza humana de Cristo para así mejor prepararles a escuchar el resto de su doctrina. Quien quiera considerar el discurso de Pedro en el total de su contexto, podrá comprender mejor la exactitud de lo que estoy diciendo. Pedro, en efecto, le llama hombre y trata de su pasión, de su resurrección y de su nacimiento corporal. También Pablo, cuando dice: *Nacido de la descendencia de David según la carne*¹². De este modo no enseña sino que aquel «creó» ha de aplicarse a la encarnación, como nosotros mantenemos.

El «hijo del trueno», sin embargo, nos habla aquí de su existencia, inefable con palabras humanas, que dura desde la eternidad, desde antes que hubieran sido creados los siglos. Por ello, prescindiendo del vocablo «creó» usó la palabra «era». Si el Verbo hubiera sido creado habría sido estrictamente necesario declararlo inequívocamente desde el primer momento. San Pablo, temeroso de que alguien pensara que

el Hijo era mayor que el Padre y que, por consiguiente, Aquél tenía a Éste dominado, escribía así a los corintios: *cuando dice que todo le está sometido, hace excepción de Aquel que le sometió todas las cosas*¹³. Si Pablo, temeroso de que alguien formulara tan absurda hipótesis —pues es verdaderamente absurdo que alguien llegara a pensar que el Padre forma parte del conjunto de las cosas sometidas al Hijo—, llega a precisar que de tal sujeción ha de excluirse a Aquel *que le ha sometido todas las cosas*, con cuánta mayor razón, si el Hijo de Dios hubiera sido creado, habría debido temer Juan que alguien lo considerara increado y cómo habría debido aclarar este punto de la doctrina. Mas dado que había sido engendrado por el Padre, ni Juan ni ningún otro apóstol o profeta se cuida de decir que ha sido creado.

Más aún: de haber sido creado, el propio Unigénito habría procurado decirlo abiertamente. Quien por condescendencia hablaba tan humildemente, con toda certeza habría tenido la humildad de no callar su verdadero ser. Me parece más verosímil que callara sus excelsas prerrogativas, que no el que olvidara explicar a todos que Él era creado, caso de que realmente lo hubiera sido. En el primer caso se adivina un motivo plausible para su silencio, pues habría ocultado a los hombres sus prerrogativas para enseñarles la humildad. En el segundo, no cabe disculpa ninguna para su silencio. De haber sido creado ¿cómo explicar que lo ocultara, mientras guardaba silencio a propósito de muchas de sus perfecciones? Quien para enseñar la humildad habló de sí mismo humildemente, de haber sido creado no habría omitido el confesarlo. Es evidente que Él hacía muchas cosas para que nadie pensara que no había sido engendrado por el Padre, llegando incluso a decir de sí afirmaciones que no se compadecen con su dignidad y su naturaleza divina, hasta

hacerse pasar por un simple profeta. Palabras como: *Juzgo según lo que he oído o Él me mandó lo que había de decir y anunciar*¹⁴, y tantas otras expresiones semejantes, convienen a quien es solamente un profeta. Si no desdénó hablar de sí mismo con tanta humildad para alejar el peligro de que alguien se forjara de Él una imagen equivocada, cuánto más, de haber sido creado, lo habría confesado humildemente para no ser tenido por increado. Habría dicho, por ejemplo: «No creáis que yo he sido engendrado por el Padre. Yo he sido creado, no engendrado, y no tengo una naturaleza común con la suya». Pero hizo todo lo contrario, hasta el punto de forzar a los más remisos de sus oyentes a formarse la opinión opuesta. Pues dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Y: ¿Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y aún no me conoces, Felipe? Quien me ve a mí, ve al Padre. Y también: Para que todos honren al Hijo como al Padre... Como el Padre resucita a los muertos y les da nueva vida, así también el Hijo dará la vida a quien quiera; Mi Padre obra todo y también yo obro. Y, por fin, en otra circunstancia: Como el Padre me conoce y yo conozco al Padre... Yo y el Padre somos una sola cosa*¹⁵.

Por doquier usa los términos «así» y «como», afirmando que Él y el Padre son una unidad sustancial. Declara, además, que entre los dos no hay ninguna diferencia. Con esas expresiones y con muchas otras, demuestra su autoridad, como cuando dice: *¡Calla, enmudece!; Quiero, queda limpio; Demonio sordomudo, te lo ordeno, sal de él*¹⁶. O también, en otro lugar: *Habéis oído lo que se dijo a los anti-guos: no matarás... Yo os digo que cualquiera que se enfade con su hermano será sometido a juicio*¹⁷. Y en otras muchas

ocasiones ha dictado leyes con la misma autoridad y ha confirmado su divino poder obrando milagros. Con tan sólo una mínima parte de cuanto ha dicho o hecho, bastaría para ganar para su causa y convencer a cualquiera que no esté enteramente falto de entendimiento.

5. Mas es tanta la fuerza de la vanidad que quienes se someten a ella quedan ciegos incluso para ver lo más evidente, y aquélla les arrastra a poner en duda incluso las verdades más claramente demostradas. Por otra parte, llega a forzar a algunos a quienes la verdad les es bien conocida, a que finjan ignorarla y la combatan: tal es el caso de los judíos. Éstos renegaron del Hijo de Dios no por ignorancia, sino para ganarse el favor del pueblo. *Creían en Él*¹⁸, dice san Juan, pero temían ser expulsados de la sinagoga, y así, para complacer a otros, rechazaban la salvación que a ellos se les ofrecía. Quienes así buscan la gloria de este mundo, nunca podrán gozar de la gloria que proviene de Dios. Por eso Cristo les reprochó su actitud con las palabras siguientes: *¿Cómo habríais de creer si buscáis sólo la gloria y el honor de los hombres, y no la que proviene de Dios?*¹⁹.

La vanidad es como una embriaguez crónica: quien padece esa enfermedad del alma difícilmente logra restablecerse. Ese vicio ata a la tierra a sus víctimas, hurtándolas al cielo. No permite que alcen sus ojos a la verdadera luz, sino que los obliga a volverse cada vez más hacia el fango, sometiéndolos al poder de señores tan enérgicos que, sin darles órdenes siquiera, los tiranizan. Pues quien se ha entregado a ese vicio, sin recibir órdenes de nadie, se apresura a cumplir todo aquello que piensa pueda ser agradable a sus dueños. Por ellos lleva espléndidos vestidos, se afana en embellecer su rostro, pero no por sí, sino por agradar a otros.

Cuando acude al foro, se hace acompañar de una numerosa escolta de servidores para así suscitar admiración. Todo lo hace para agradar a los demás. ¿Qué enfermedad del alma habrá peor que ésta? Para lograr la admiración de otros, muchos hay que se labran su propia ruina. Bastan las palabras de Cristo para demostrar el tiránico poder de este vicio, pero lo podréis comprender también por lo que ahora voy a deciros.

Si preguntáis a cualquiera de esos ciudadanos adinerados que gastan con prodigalidad grandes sumas de dinero, cuál es el motivo de sus dispendios y qué persiguen con tales derroches, os responderán que pretenden hacerse gratos al pueblo. Si, insistiendo en preguntarles, les pedís que os expliquen quién es ese pueblo, os contestarán que es una masa inestable y en agitación continua que es arrastrada de aquí para allá y está compuesta, en su mayor parte, por necios que abrazan opiniones y pareceres cambiantes y aun contrapuestos entre sí, semejantes a las olas del mar. ¿Quién hay digno de mayor conmiseración que quien tiene semejante dueño? El hecho de que los mundanos estén apegados a los bienes de esta tierra, con ser deplorable, no es de extrañar. Pero que quienes dicen haber renunciado al mundo sigan entregados a ese vicio y lo estén aún más que antes, eso sí que es indudablemente gravísimo. Los primeros corren el riesgo de perder sus riquezas. Los segundos, sin embargo, ponen en peligro la salvación de sus almas. Quienes por una ambición desmesurada se desvían de la ortodoxia y por procurarse honores efímeros ofenden y deshonoran a Dios ¿no revelan, al obrar así, toda su tibieza e imprudencia?

Sin duda, todos los demás vicios, aunque comporten graves daños, procuran algún placer, bien que breve y pasajero. El avaro, el borracho, el lujurioso, gozan de alguna alegría, aunque fugaz y mezclada con grandes amarguras. Pero quienes son víctimas de la vanidad soportan una vida áspera y enteramente privada de placeres. Pues ni siquiera logran lo

que aman, aquello que sobre todo desean y que es la gloria y el favor del pueblo. Incluso quienes en apariencia lo consiguen, no lo poseen en realidad, pues no se trata de una gloria verdadera. Por eso, este vicio no deriva su nombre de la palabra «gloria», sino que para indicar que se trataba de algo verdaderamente falto de gloria, los antiguos, muy justamente, lo definieron como «vanidad». Verdaderamente es algo vacío y nada tiene en sí de espléndido ni glorioso. Igual que las máscaras del teatro nos parecen bellas y placenteras, y sin embargo, están vacías, de suerte que aún siendo más hermosas que los rostros reales, nunca suscitaron el amor de nadie, así sucede con esta torpe ambición. Y lo que es peor y todavía más deplorable: ella produce en nosotros una enfermedad tiránica y de difícil remedio. Sólo su apariencia tiene algo de espléndido. Su interior está vacío, lleno solamente de deshonor y de cruel tiranía. «¿Dónde —me preguntas— tiene su fuente un tan extraño vicio, que no procura placer alguno? ¿Dónde?». No puede nacer sino en un alma vil y abyecta. El que está dominado por la vanidad no es capaz de consagrarse a nada grande ni generoso. Al contrario: casi irremediablemente, ese tal acabará por ser deshonesto, vil, sin honor y mezquino. Quien nunca obra virtuosamente y buscando la virtud, sino que todo lo hace para agradar a los hombres, que no merecen ninguna estima, y con tales miras secunda sus opiniones falsas y engañosas, ¿cómo podrá ser digno de gloria? Fijaos bien: si alguien le preguntara su parecer sobre el pueblo, respondería sin duda que se trata de una multitud perezosa e incapaz. Si, insistiendo en preguntar, alguien le dirigiera esta segunda cuestión, no creo que respondiera que eso era lo que deseaba. ¿Cómo no ha de hacérsenos digno de irrisión que alguien busque el favor de aquéllos a quienes no desea parecerse?

6. Y si me decís que los tales son muchos y que, reunidos todos, formarían casi un ejército, precisamente por

eso se hacen merecedores del máximo desprecio. Si cada uno de ellos, considerado por su parte, se hace acreedor al desprecio, mucho más todos ellos juntos. La ignorancia de muchos se hace más notable precisamente por el hecho de hallarse todos juntos. Si alguno se esfuerza en reconducir al buen camino a uno de éstos, tal vez consiga corregirlo. Pero no es fácil conseguir la enmienda de los vanidosos cuando se han reunido, pues su necedad se hace mucho mayor y se comportan como ovejas, de modo que cada cual procura hacer sus pareceres semejantes a los de los demás.

¿Queréis convertirlos en seguidores del mutable humor de tales multitudes? Os suplico que no lo hagáis, os conjuro a no hacerlo. Este vicio trae consigo todas las corrupciones: la avaricia, la envidia, las calumnias, las maquinaciones y los engaños. Arma la mano de quienes no han padecido ofensa y los vuelve agresivos contra quienes jamás les ofendieron. El aquejado de esta enfermedad no conoce qué es la amistad, con nadie se entretiene en familiares tratos, por nadie siente miramientos. Expulsado de su alma cualquier buen sentimiento, se apresta a hacer la guerra con todos y se convierte en voluble e inhumano. Por tiránico e intolerable que sea el vicio de la ira, no está siempre en ebullición, sino sólo cuando es provocado por alguien. Pero el vicio de la vanidad se agita continuamente, nunca nos abandona, y no es posible someterlo ni un instante al freno de la razón. Nos acompaña siempre, y no sólo para inducirnos a pecar, sino que cuando estamos decididos a cumplir una buena acción se nos hace presente para que la interrumpamos, si es que no se ha apresurado para impedirnos comenzarla. Si Pablo llama a la avaricia «esclavitud de los ídolos»²⁰, ¿qué apelativo resultará adecuado para calificar a la vanidad, que con razón es llamada madre de la avaricia

y su fuente y raíz? Es imposible hallar una expresión adecuada para tanta maldad.

Recobremos, queridos hermanos, el sentido, despojémonos de este vestido nefando, rasguémoslo, destruyámoslo, para hacernos así libres con la verdadera libertad y alcanzar la sabiduría del gran don que Dios nos ha procurado ennobleciendo y elevando nuestra naturaleza. Despreciemos la gloria que proviene del favor de las masas. Nada hay más ridículo e indecoroso que este vicio, nada tan vergonzoso e infamante. Con muchos argumentos puede demostrarse que el deseo de gloria es en realidad deshonra e ignominia, mientras que la verdadera gloria consiste en despreciarla y no tenerla en cuenta, buscando conformar a la voluntad de Dios todas nuestras palabras y acciones. De ese modo podremos recibir la recompensa de quien ve en nuestro interior, pues nos contentaremos con tenerlo a Él como único espectador de nuestros actos. ¿Qué necesidad tenemos de que otros ojos nos miren, si quien ha de darnos los honores y la recompensa observa sin desmayo nuestra conducta? ¿No es absurdo que mientras un siervo hace todo lo que está en su mano para agradar a su dueño y no busca ser observado por otro que no sea él, sin importarle ser contemplado por otros, aunque se trate de personas respetables, sino que su único fin es que lo mire su señor, nosotros, que tenemos tan gran Señor, busquemos otros espectadores, que no sólo no pueden ayudarnos, sino que con sus miradas pueden perjudicarnos hasta el punto de hacer inútiles nuestras fatigas y el fruto de nuestro trabajo? Os ruego que no nos comportemos así, sino que invoquemos como espectador y juez de la bondad de nuestras acciones a Aquel de quien deberemos recibir nuestra recompensa. No nos importe ser o no contemplados por ojos humanos.

Si tal es la gloria que buscamos, ciertamente la obtendremos, siempre que procuremos sólo la gloria de Dios.

Pues está escrito: *Glorificaré a quienes me glorifiquen*²¹. Y del mismo modo que sobreabundamos en riquezas cuando las despreciamos y lo fiamos todo a Dios, pues Cristo dijo: *Buscad solamente el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura*²², así sucede también con la gloria. Cuando las riquezas y la gloria no ponen en peligro nuestra alma, Dios nos las procura con largueza. Las riquezas y la gloria no son peligrosas cuando no nos dominan ni nos tiranizan haciéndonos sus esclavos, sino que las poseemos y usamos de ellas como señores suyos que somos y como hombres libres. El Señor no quiere que las amemos para que no acabemos sometidos a ellas. Mas si procuramos evitar esto Él nos las dará abundantemente. Dime: ¿puede esto decirse más claramente que como lo dice san Pablo, cuando escribe: *No buscamos la gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros*²³? ¿Quién es más rico que aquél que no teniendo nada propio puede, sin embargo, disponer de todo?

Repito: cuando no seamos esclavos de las riquezas ni de la gloria, las recibiremos y las poseeremos en abundancia. Si deseamos obtener la gloria, rehuyámosla. Así podremos conseguir, observando los preceptos de Dios, los bienes temporales y los prometidos para la vida futura, gracias a Cristo.

HOMILÍA 4

Al principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios

1. Los maestros no tienen por costumbre imponer a sus jóvenes alumnos, desde el primer día de clase, la enseñanza de muchas cosas difíciles, ni se contentan con enseñarlas una sola vez, sino que proceden gradualmente y repiten muchas veces las mismas cosas con el fin de grabarlas mejor en sus entendimientos y para evitar que, asustados desde el comienzo por la multitud de nociones que habrán de retener en la memoria, terminen por hacerse perezosos y remisos a aprender lo que se les pretende enseñar, dejándose ganar por la apatía ante el exceso de dificultades con que se tropiezan. También yo voy a adoptar ese mismo método para hacer vuestro esfuerzo tan ligero como sea posible: iré proponiéndoo paulatinamente y en pequeñas dosis cuanto se os va a ofrecer en este sagrado banquete y trataré de que lo acojáis en vuestra alma. Por eso, he de volver a menudo sobre conceptos ya tratados, no por repetir siempre lo mismo, sino para ir poco a poco completándolos.

Así pues, retomemos nuestra explicación del exordio del evangelista: *Al principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios*. ¿Cuál es el motivo de que mientras el resto de los evangelistas comienzan por exponer genealogías –san Mateo,

en efecto, inicia su libro con las palabras: *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David*²; san Lucas nos narra en los prolegómenos todo lo referente a María; y san Marcos, por último, hace una exposición acerca del Bautista—, san Juan, por el contrario, omitiera esos detalles, abriendo su Evangelio con estas pocas palabras: *Y el Verbo se hizo carne*³? ¿Por qué pasó por alto el resto de las cosas, su concepción, su nacimiento, su educación, su desarrollo, centrándose enseguida en su generación eterna?

Voy a explicaros cuál es el motivo. Como los demás evangelistas habían tratado por extenso de cuanto se refiere al origen humano de Cristo, era de temer que algunos, demasiado apegados a las cosas de la tierra, se limitaran a creer sólo en esa parte de la verdad, tal y como ocurrió con Pablo de Samosata. Para volver al camino recto a quienes hubieran incurrido en tal bajeza y para orientarles hacia las cosas celestes, san Juan, muy oportunamente, trata en su prólogo de la existencia sobrenatural y eterna del Verbo. San Mateo comienza su narración por el rey Herodes; san Lucas, por Tiberio César; y san Marcos, por el Bautista. Nuestro evangelista, olvidando todas esas cosas, desde el primer momento se eleva más allá del tiempo y de todos los siglos, impulsando a las mayores alturas las mentes de quienes lo escuchan cuando pronuncia las palabras *Al principio era*. Es su intención que nadie se detenga en un espacio fácilmente determinable, que pueda ser localizado por un término de referencia. Esto último es lo que hablan hecho el resto de los evangelistas al iniciar sus escritos con referencias a Herodes, a Tiberio o a Juan Bautista. Pero sobre todo esto, lo que más nos maravilla es que nuestro autor, a pesar de haber iniciado su relato de modo tan sublime, no olvidó tampoco mencionar la encarnación, de manera semejante, por lo

demás, a como el resto de los evangelistas, que con tanta profusión y detalle narraron la encarnación, no pasaron por alto la existencia del Verbo antes de los siglos. Es correcto que así fueran las cosas. Pues uno solo es el Espíritu que ha inspirado a todos los evangelistas, por lo cual todos muestran la mayor concordia entre sus diversas narraciones.

Pero, queridísimos hermanos, vosotros, aunque oigáis hablar del Verbo, no aceptéis el parecer de quienes opinan que se trata solamente de una potencia, ni tampoco el de aquellos que sostienen que es solamente una palabra. Muchas son, en efecto, las palabras de Dios pronunciadas incluso por los ángeles. Pero ninguna de ellas es Dios mismo. Se trata sólo de mandamientos y profecías, que así son comúnmente llamadas en la Sagrada Escritura las leyes de Dios: mandamientos y profecías. Por eso está escrito, respecto a los ángeles, que son *poderosos y prontos ejecutores de su palabra*⁴. Sin embargo, el Verbo es persona y sustancia divina que procede del Padre sin ningún cambio. Tal es, según ya expliqué, el significado exacto del término «Verbo» cuando es usado por el evangelista. Igual que las palabras: *Al principio era el Verbo* designan su eternidad, la frase: *y al principio estaba junto a Dios* indica que es coeterno con el Padre. En efecto, el evangelista, para que nadie piense, al oír *al principio era el Verbo*, que el Padre sea preexistente a Él, ni siquiera por unos instantes, y para que no se atribuya un principio al Unigénito, se añade: *estaba al principio junto a Dios*. O sea, es eterno como el Padre, el cual, por consiguiente, jamás estuvo privado del Verbo. Éste, en suma, existió siempre como Dios junto a Dios, aunque tuviera una persona propia y distinta.

Pero entonces –me dirás–, ¿por qué ha añadido *estaba en el mundo*⁵, si estaba junto a Dios? Precisamente porque

era Dios junto a Dios, estaba también en el mundo: ni el Padre ni el Hijo pueden ser constreñidos dentro de los límites de ninguna especie. Porque *si jamás se alcanza el fondo de su grandeza y su sabiduría es sin medida*⁶, sigue-se de aquí que tampoco su existencia ha tenido un comienzo en el tiempo. ¿Tienes en la cabeza las palabras *Al principio creó Dios el cielo y la tierra*?⁷. ¿Cómo interpretas lo que significa tal principio? Ciertamente ha de entenderse en el sentido de que el cielo y la tierra han sido creados antes que las demás cosas visibles. Por lo mismo, al oír que el Unigénito *era al principio*, debes entender que Él existía antes de la creación de todos los seres, incluidos los visibles, y antes también que los siglos.

Alguno objetará: ¿Cómo puede ser que el Hijo, precisamente por ser Hijo, no sea más joven que el Padre? Un ser que proviene de otro es necesariamente posterior a aquel de quien proviene. Responderemos a esto que tal objeción procede de un modo de razonar puramente humano, y que quien hace preguntas como ésa, probablemente preguntará a menudo cosas absurdas. No debemos prestarle demasiada atención. Estamos hablando de Dios, no de la naturaleza humana, que por necesidad ha de someterse a deducciones lógicas de este tipo. A pesar de lo cual, contestaremos también a esa objeción para que los más débiles e incautos no se vean arrastrados al error.

2. Dime: el rayo de sol ¿procede de la misma materia de la que está formado el sol o de alguna otra cosa? Es evidente que cualquiera que tenga un mínimo de sentido común afirmará que está hecho de la misma materia que el sol, no diremos que sea posterior, pues jamás se vio el sol sin rayos. Pues si en las cosas visibles y que podemos alcanzar con nues-

tros sentidos es posible hallar una cosa que proviniendo de otra no le sea posterior, ¿por qué te cuesta aceptar que eso mismo pueda ocurrir en el íntimo, invisible e inefable actuarse de la vida divina? Obviamente, cuando se aplica a la sustancia divina, ese ejemplo debe adecuarse según convenga. Precisamente por eso, san Pablo atribuye al Hijo tal apelativo⁸, afirmando que al mismo tiempo deriva del Padre y le es coeterno. ¿Y qué? ¿No fueron acaso creados por medio de Él todos los siglos y la inmensidad del espacio? Nadie que esté en su sano juicio negará esto. Por consiguiente, no hay posibilidad de que haya intervalo de tiempo entre el Padre y el Hijo. Y si no lo hay, no es posterior, sino coeterno. La anterioridad y la posterioridad presuponen el tiempo. Tales conceptos sólo son posibles si se hallan vinculados a los tiempos o a los siglos. Por tanto: si dices que el Hijo ha tenido principio, ten cuidado para no verte forzado, por la misma lógica, a hacer derivar también al Padre de un principio análogo, tal vez más antiguo, pero principio en cualquier caso.

Contéstame: al atribuir al Hijo un comienzo y un final, ¿supones que el Padre existía antes, en cuanto derivado de un principio más antiguo? Ciertamente piensas eso. Dime, entonces: ¿cuánto tiempo ha preexistido el Padre al Hijo? Tanto si contestas que mucho, como si respondes que poco, te verás forzado a reconocer que el Padre tuvo un principio, pues en ambos casos establecerás una medida temporal, y no cabe establecer una medida sin señalarle un comienzo. Por donde viene a concluirse que según tu manera de razonar, has dado un principio al Padre y, consiguientemente, tampoco el Padre es sin principio.

¿No te percatas de la espléndida verdad de todo lo dicho por el Salvador y de cómo sus palabras confirman constante-

mente su divinidad? *Quien no honra al Hijo no honra al Padre*⁹. Sé que para muchos esas palabras son incomprensibles. Por eso me resisto a menudo a desarrollar razonamientos de este género, porque el pueblo no es capaz de seguirlos. Y aun cuando pueda captarlos un instante, al punto se desvanecen de su entendimiento. En verdad *los razonamientos de los hombres son débiles y engañosos sus pensamientos*¹⁰.

Querría yo ahora preguntar a mis adversarios qué significan estas palabras del profeta: *Antes que yo no hubo ningún Dios, ni habrá otro tras de mí*¹¹. Si el Hijo es más joven que el Padre, ¿por qué dice: *no habrá otro tras de mí*? ¿Le arrebataréis también al Unigénito la sustancia divina? Es, en efecto, inevitable elegir una de estas dos opciones: o se comete tamaña osadía, o se admite una sola divinidad en las personas distintas del Padre y del Hijo. De lo contrario ¿cómo podrían ser verdaderas las palabras de san Juan: *Todas las cosas fueron hechas por medio de Él*¹²? Si el tiempo es más antiguo que Él, ¿cómo puede haber sido hecho por medio de Él algo que le es anterior? ¿Veis a qué profundo abismo de temeridad nos arrastra el hecho de haber rechazado la verdad, siquiera sea una vez?

Y el evangelista no dice que Él mismo haya sido creado de la nada, según afirma san Pablo que sucedió con el resto de las cosas, cuando escribe: *Quien llama a las cosas que no son como si fueran*¹³. Antes al contrario: afirma que *al principio era*. Esta expresión tiene un significado del todo opuesto a la empleada por san Pablo. Y así debe ser. Pues Dios no ha sido creado y ningún ser hay más antiguo que Él. Ideas tan absurdas como las expuestas, sólo entre los paganos encontrarán quien las defiendan.

¿No quieres reconocer que el Creador es incomparablemente más excelente que lo creado? Pues si fuera semejante a las creaturas, o sea, si Él mismo hubiera sido creado de la nada, ¿dónde quedaría esa excelencia?

Por lo demás, ¿qué pueden significar aquellas palabras: *Yo, el Señor, que soy el primero y me encuentro también con los últimos, y Antes de mí no hubo ningún dios*¹⁴? Si el Hijo no fuera de la misma naturaleza del Padre, habría otro Dios. Si no le fuera coeterno, habría venido a la existencia después de Él. Y si no procede de la sustancia divina, es evidente que ha sido creado. Y si me contestan que todas estas afirmaciones tienen por objeto señalar la diferencia existente entre Dios y los ídolos, ¿cómo podrán eludir la afirmación de que, precisamente para distinguirlo de los ídolos, aquí se está hablando del verdadero Dios? Y si verdaderamente todas las palabras de ese pasaje tienen por objeto establecer la diferencia con los ídolos, ¿cómo interpretar el conjunto del texto? Está escrito: *tras de mí no habrá otro Dios*. Lo cual no pretende excluir al Hijo, sino significar «tras de mí no hay ningún ídolo que sea Dios». Pero no que el Hijo no sea Dios.

Bien, dirás: pero entonces tú interpretas las palabras *antes de mí no hubo ningún Dios* en el sentido de que jamás ha habido ningún ídolo que haya sido Dios. Pero al menos el Hijo ha sido antes que Él.

Pero ¿qué demonio podría decir esto? Pienso que ni siquiera Satanás osaría decirlo. Y si el Hijo no es coeterno con el Padre, ¿cómo puede afirmarse que tenga una vida infinita? Si ha tenido comienzo, aunque no tenga término, no es infinito. Un ente infinito debe serlo en los dos sentidos en que cabe considerar la infinitud, como señala el propio san Pablo: *El cual... no tiene principio en los días ni término para su vida*¹⁵. Palabras con las que enseña que Dios no

tiene principio ni fin. Como el Padre, tampoco el Hijo tiene término y, dado que no tiene término, tampoco tiene principio.

3. Además, ¿cómo podría ser que siendo Él la vida, haya habido una época en la que no existiera? Todos deberán admitir que la vida subsiste desde la eternidad y que, como no tiene comienzo, tampoco tiene término, si es que se trata de la verdadera vida, como en efecto se trata. Si ha habido una época en que la vida no existía, ¿cómo explicar la presencia de la vida en otros innumerables seres, cuando la misma vida no existía?

Pero –podrías objetar tú– entonces, ¿por qué Juan ha hablado de un principio, pues dice *al principio era*? Y te respondo que tú centras tu atención solamente en las palabras «al principio» y «era», y no atiendes a las demás, o sea, *el Verbo era*. Cuando el profeta, a propósito del Padre, dice *Desde el principio de los siglos existes y existirás hasta su fin*¹⁶, ¿piensas que le está reconociendo un término? No, sino que con ello quiere significar la eternidad.

Considera también lo siguiente. El evangelista no ha hablado así para establecer términos. No dice «hubo principio», sino *al principio era*, queriendo con ello que de esa palabra, «era», dedujeras tú que el Hijo es sin principio.

Pero –replicarás aún– el Padre es nombrado con artículo y el Hijo sin él¹⁷. Y también el Apóstol, cuando habla del *gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo*¹⁸ y cuando dice *El que está sobre todo, Dios*¹⁹, nombra al Hijo sin artículo.

Responde que también a propósito del Padre puede advertirse lo mismo. Pues escribiendo a los filipenses, san

Pablo se expresa así: *Aquel que teniendo naturaleza de Dios no consideró como un tesoro precioso ser igual a Dios*²⁰. Y escribiendo a los romanos, dice: *La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo estén con vosotros*²¹. Por lo demás, en este caso habría sido superfluo anteponer el artículo, pues anteriormente había sido puesto con frecuencia.

Cuando dice el evangelista que *Dios es Espíritu*²², por el hecho de que no anteponga el artículo a Espíritu no pondremos en entredicho la incorporeidad de Dios. Pues otro tanto ocurre en el caso que nos ocupa. Aunque no se anteponga el artículo a la palabra «Hijo», el Hijo debe ser considerado Dios. ¿Por qué razón? Por la que ahora explicaré. Cuando san Juan dice «Dios» y «Dios», no quiere significar ninguna diferencia de divinidad, sino precisamente lo contrario. Poco antes, después de haber dicho que *el Verbo era Dios*, para que nadie creyera que la divinidad del Hijo era de naturaleza inferior, añadió inmediatamente la prueba de su verdadera y auténtica divinidad: retomando el concepto de eternidad, dijo: *Él estaba al principio junto a Dios*²³, y refiriéndose a su poder creador añadió: *Todas las cosas fueron creadas por medio de Él y sin Él no se hizo nada de lo que ha sido hecho*²⁴. Esto es también lo que el Padre del Verbo revela por medio de los profetas como la prueba más concluyente para reconocer su ser divino. Pues los profetas a menudo aducen este género de demostración, y no sólo para ese fin, sino también para extirpar el culto a los ídolos. En los libros proféticos se encuentran a menudo frases como éstas: *Perezcan los dioses que no han hecho el cielo y la tierra*²⁵; *Yo con mi mano sostengo la bóveda celeste*²⁶ y

muchas otras semejantes, diseminadas por doquier, para revelar que esa es la prueba más manifiesta de la divinidad.

Y no bastando esas frases a nuestro evangelista, lo ha llamado también vida y luz. Si el Verbo era desde la eternidad junto al Padre, si ha creado todas las cosas y da su movimiento al universo manteniéndolo unido, que eso es lo que quiere significar el evangelista con la palabra «vida», si ilumina a todos los seres, ¿quién habrá tan mentecato para sostener que el evangelista ha recurrido a tantas y tan expresivas palabras sólo para mostrar la naturaleza inferior de la divinidad del Hijo, cuando todos esos términos apuntan a poner de manifiesto su igualdad e identidad de naturaleza con el Padre?

No confundamos las creaturas con el creador, si no queremos oírnos decir también nosotros: *Adoraron a la creatura en lugar de al creador*²⁷. Aunque alguno dice que estas palabras han de ser aplicadas al cielo, el Apóstol, al expresarse así, ha prohibido del modo más absoluto el culto a las criaturas, tan divulgado en la Grecia pagana.

4. ¡No nos atraigamos semejante maldición! El Hijo de Dios se abajó hasta nosotros para sustraernos a ese culto. Tomó la forma de siervo para liberarnos de la esclavitud. Fue ultrajado con salivazos y bofetones y padeció la más afrentosa muerte justamente por esto. No hagamos inútiles todos esos sacrificios, no volvamos a la antigua impiedad, a una forma de impiedad incluso más denigrante, que no es igual nuestra maldad cuando adoramos a una creatura que cuando, en la medida de nuestras fuerzas, pretendemos abajar al mismo creador hasta el ínfimo nivel de las creaturas. Él, por su parte, sigue siendo siempre quien es, como dice el salmista: *Tú eres siempre el mismo y tus años nunca cesarán*²⁸.

Glorifiquémoslo, por tanto, como aprendimos de nuestros padres. Glorifiquémoslo con la fe y con las obras, pues nuestra profesión de fe en la verdad revelada no nos será de ningún provecho si nuestra vida es disoluta. Así pues, regulémosla de manera que esté en perfecto acuerdo con la voluntad de Dios, rehuyendo toda suerte de deshonestidad, de injusticia o avaricia, comportándonos como huéspedes y peregrinos, indiferentes a los asuntos de la tierra. Quien tiene muchas riquezas y propiedades, use de ellas como si fuera un forastero que al poco tiempo, quiéralo o no, habrá de partir. Quien haya recibido alguna ofensa de un semejante suyo, no le guarde eterno rencor, no se aïre ni siquiera un instante contra él. Pues el Apóstol no concede a la ira más que una jornada, cuando dice: *Que no se ponga el sol sobre vuestra cólera*²⁹. Así debe ser. Verdaderamente, sería muy de desear que en tan breve espacio de tiempo nada desagradable sucediera, pero no siempre se consigue evitar que ocurra. Cuando llega la noche, las cosas nos parecen más graves, porque nuestra memoria aviva dentro de nosotros un gran fuego aprovechando que durante largas horas damos vueltas y más vueltas a lo que ha sucedido.

Por eso el Apóstol manda que antes que el incendio tome cuerpo durante las horas de reposo, extingamos las brasas de la ira sin darles tiempo a crecer. En verdad, la pasión de la ira conmueve y destruye más que cualquier llama. Por eso debemos estar muy atentos para cortar cualquier fuego e impedir que se propague. Este vicio es causa de muchos desastres: destruye familias enteras, rompe antiguas amistades y en un breve descuido provoca tragedias irreparables. *El instante de su furia fue su ruina*, dice la Escritura³⁰. No dejemos sin freno a esta bestia, sino tengámosla bien asida de las bridas, con el fortísimo bocado que es el temor del jui-

cio venidero. Cuando te ofenda un amigo o un familiar te encolerice, piensa en cuánto has pecado contra Dios y cae en la cuenta de que si eres compasivo con tus ofensores, también, en la misma medida, será manso el juicio que Dios dictará sobre ti. *Perdonad y seréis perdonados*³¹, dice el Evangelio. De ese modo cesará de afligirte la pasión de la ira.

Por lo demás, querría que ahora cada uno de vosotros recordara una ocasión en que, sintiendo el impulso de la cólera, os hayáis refrenado, y otra en que os hayáis dejado arrastrar por ella. Comparando esos episodios de vuestra vida podréis muy bien extraer conclusiones que os sirvan para enmendaros. Dime, en efecto: ¿cuándo te has sentido mejor contigo mismo, cuando has dominado la ira o cuando te has dejado dominar por ella? Cuando nos sucede lo segundo, ¿acaso no experimentamos enseguida remordimiento y vergüenza, aunque nadie nos dirija reproches, y no es verdad que con palabras y obras procuramos manifestar nuestro arrepentimiento? En cambio, cuando conseguimos vencer la ira, ¿acaso no gozamos y exultamos como si hubiéramos conseguido la victoria en una batalla? La victoria contra la ira no consiste en corresponder con la misma ofensa; eso constituiría la más desastrosa de las derrotas, sino en soportar y escuchar pacientemente cualquier cosa. Se vence de verdad sólo cuando, lejos de inferir ofensas, se las soporta.

Que ninguno de vosotros diga cuando se encoleriza: «Le haré frente, contraatacaré». Que nadie responda a quienes le aconsejan dominar el impulso de la ira: «No toleraré que salga impune después de haberse reído de mí». Sólo cuando os aprestáis a tomar venganza se ríen de vosotros. En tanto que no reaccionáis, hace muecas como de loco. Mas quien consigue dominarse no busca las alabanzas de los

locos, sino que le basta con la estimación ganada ante la gente sensata.

Pero, ¿por qué pongo ante vuestros ojos el triste y sordido teatro en que actúan los hombres? Alzad a Dios vuestras miradas y Él os alabará. Cuando se reciben sus elogios, ya no son menester alabanzas de los hombres. Éstas, por su mayor parte, nacen de la simpatía, o pretenden ultrajar a otros por quienes se siente aversión. En cualquier caso, no nos reportan ningún beneficio. Pero el juicio de Dios está exento de cualquier parcialidad y acarrea gran provecho al elogiado. Busquemos, pues, merecer tales alabanzas.

5. ¿Queréis, por fin, que se os haga evidente cuán grande mal es la ira? Llegaos al foro cuando son otros los que entre sí litigan. Ninguno de vosotros podrá entonces captar en toda su extensión la fealdad de ese vicio cuando él mismo está dominado por la ira, pues entonces está como obcecado y ebrio por el furor. Pero cuando, serenamente, contemplas, sin tener el juicio alterado, la fealdad de la ira, puede percibirla muy bien. Y eso ocurre al verla en otros. Mirad cómo la muchedumbre acude de todas partes, hasta formar un círculo en torno a dos hombres que, presas de la ira, se comportan como locos, de forma vergonzosa. Cuando la ira se revuelve y se agita furiosamente en el pecho, la boca respira fuego, los ojos echan chispas, el rostro se torna lívido, las manos gesticulan sin ninguna compostura, saltan ridículamente los pies y sueltan patadas a quien pretende dirimir la contienda. Los hombres sometidos a la ira en nada se diferencian de locos furiosos, ya que ninguno de sus actos está previamente ordenado por la razón. Gritan y muerden como si fueran onagros. El hombre iracundo no sabe moderarse para nada. Cuando, tras haber provocado muchas risas en los presentes, regresan a sus casas, vueltos en sí, se agitan por el dolor y el temor, e intentan recordar quiénes estuvieron presentes en su disputa. Así como cuando eran presa

del furor no se cuidaban de la gente que les estaba observando, una vez calmados reflexionan a ver si se trataba de amigos o de enemigos. De unos y de otros temen la presencia. De los amigos, porque cuando les reprochen su actitud les harán sentir mayor confusión. De los enemigos, porque sin duda se habrán divertido al ver su reprochable comportamiento. Y si la riña ha llegado al punto de infligirse heridas, aumenta el temor al pensar que el adversario herido pueda agravarse con complicaciones posteriores, como una fiebre que lo lleve a la muerte, o dificultades para curar los golpes provocados por la pelea, dificultades que pongan en peligro su vida.

Pero ¿qué necesidad tenía de reñir? ¿A qué este intercambio de insultos y golpes? ¡Maldita sea! Así piensan los dos litigantes, cada uno por su parte, maldiciendo de todas las ridículas cuestiones que les han arrastrado a la pelea.

Los más necios, sin embargo, todavía echarán la culpa sea a los espíritus malos, sea a las circunstancias. Pero ninguna hora tiene la culpa, pues no hay hora mala. Tan tristes consecuencias no derivan tampoco de los espíritus malignos, sino de la malignidad de los litigantes. Ellos son quienes van en busca del diablo y quienes con sus propias manos labran su ruina.

Pero —dirás— ¿no es también verdad que el corazón tiembla y se estremece por causa de las ofensas? Bien lo sé, y por eso admiro a quienes logran dominar a esta bestia salvada. Pero, si queremos, podemos librarnos de este vicio. ¿Por qué cuando son personas poderosas y con autoridad las que nos ofenden no reaccionamos de la misma manera? ¿No será que el temor a su autoridad, no menor que la ira, nos reprime hasta el punto de no permitirnos ni siquiera una breve manifestación momentánea del primer impulso de la ira? ¿Por qué los esclavos, aunque sean cubiertos de injurias incontables, todo lo soportan en silencio? ¿No obedece ello a que están sometidos al temor? Pues bien, tú

debes acordarte del temor de Dios, y además considerar que es Dios mismo quien permite que en ese momento seas cubierto de injurias, ordenándote, al mismo tiempo, que permanezcas callado. Así lo soportarás todo con paciencia. Responde a quien te provoca: ¿Qué te haré? Nada, porque hay Uno en el cielo que detiene mis manos y mi lengua. Tales palabras os servirán a ti y a él de meditación. Cuantas veces hay en que, por respeto a los hombres, hemos de soportar cosas que nos resultan intolerables y debemos responder a quien nos ofende: ha sido él y no tú quien me ha ofendido. ¿No usaremos con Dios al menos de las mismas formas? Si no, ¿cómo podremos obtener su perdón? Así pues, digamos a nuestra alma: Es Dios quien permite que seamos ultrajados en este momento. No nos enfademos, demostrando para con Dios un respeto menor de aquel que sentimos por los hombres. ¿Os horrorizáis el oír esto? Yo haré que os hororicéis, y no sólo a causa de palabras, sino también por hechos.

En realidad, Dios no nos ha mandado sólo soportar a quien nos abofetea, sino cosas bastante peores. Nosotros, por el contrario, no sólo estamos dispuestos a soportar esto, sino que reaccionamos ante las ofensas con una violencia tal que nos arrastra incluso a tomar venganza. Es más: a menudo golpeamos nosotros primero y no nos damos por satisfechos si no devolvemos golpe por golpe. Y lo más grave es que pensamos haber vencido precisamente cuando ha tenido lugar nuestra más completa derrota. Cuando nos encontramos por los suelos y hemos recibido mil heridas del diablo, juzgamos haber obtenido alguna victoria sobre el mal.

Os lo pido por vuestro propio bien: tratemos de entender de qué especie es la victoria que buscamos y aprestémonos a conseguirla. Si queremos ser proclamados vencedores por Dios, no sigamos en estos combates las reglas de las competiciones profanas, sino las establecidas por Dios

para tales pruebas, que consisten en soportar todo pacientemente. Sólo así venceremos a nuestros adversarios y superaremos todos los obstáculos que se oponen a la consecución de los bienes que nos han sido prometidos y que esperamos obtener por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo,

HOMILÍA 5

*Todas las cosas fueron hechas por medio de Él y sin Él
no se hizo nada de cuanto existe*

1. Moisés comienza la narración de los hechos históricos del Antiguo Testamento haciendo una larga descripción de las cosas que pertenecen al orden sensible y material. Dice, por ejemplo, que *al principio creó Dios el cielo y la tierra*². Después añade que se hizo la luz, el firmamento, los astros y toda suerte de seres vivientes, cuya enumeración detallada es demasiado larga como para consignarla aquí. Por el contrario, el evangelista, aquí, con una sola frase, nos presenta todas las cosas creadas, tanto terrenas como celestes. El motivo de lo cual es evidente. Todas las cosas creadas eran ya conocidas por sus oyentes y a él le interesa tratar de un asunto mucho más elevado. Se dispone a abordar la ardua tarea de hablar no de las criaturas, sino de su Creador, el arquitecto del universos. Por eso Moisés, aunque reduciéndose a hablar de la parte menos importante de la creación, pues de hecho no menciona las sustancias invisibles, hace una amplia descripción. Y san Juan, que tiene prisa por llegar al Creador, pasa por encima de las cosas que Moisés había enumerado prolijamente y también de aquellas que este último había omitido, y se limita

a decir que «todas las cosas fueron hechas por medio de Él». Y para que no se crea que pensaba sólo en las descritas por Moisés, puntualiza que «sin Él no se hizo nada de cuanto existe», o sea, de lo creado, tanto si es accesible a nuestros sentidos, cuanto si sólo intelectualmente cabe percibirlo, nada ha recibido su existencia si no es gracias a la actividad creadora del Hijo.

Pero nosotros, a diferencia de los herejes, no ponemos el acento en la palabra «nada». Aquéllos, en su afán por probar que el Espíritu ha sido creado, interpretan así este pasaje: «todo lo creado era vida en Él». Pero leídas así, estas palabras resultan ininteligibles. Para empezar, no parece ése el momento apropiado para referirse al Espíritu. Mas, en caso de que el evangelista hubiera querido aludir a Él precisamente aquí, ¿por qué hubo de adoptar un lenguaje tan obscuro? Y ¿de dónde se concluye que se esté hablando del Espíritu? De mantener tal postura, tendríamos que terminar por concluir que no el Espíritu, sino el propio Hijo se habría hecho a sí mismo.

Prestad atención para no perder el hilo del razonamiento y leamos lo que ellos interpretan. Por este procedimiento se hará más evidente el absurdo que enseñan éstos, consistente en decir que en la frase «todo lo creado era vida en Él», la palabra «vida» significa el Espíritu. La vida en este pasaje es llamada también «luz». El evangelista, en efecto, añade: *y la vida era la luz de los hombres*³. Por tanto, según éstos, el Espíritu es llamado también *luz de los hombres*. Cuando más adelante san Juan añade que *Hubo un hombre enviado por Dios para dar testimonio de la luz*⁴, será necesario admitir que se habla también del Espíritu. Por consiguiente, tenemos que el evangelista denomina al Verbo sucesivamente como Dios, vida y luz. *Era la vida*, dice. O, lo

que es lo mismo: el Verbo es la vida y la misma vida es la luz. Por tanto, si el Verbo, que es la vida, se ha hecho carne, la vida se ha hecho carne y nosotros hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre. Y ved qué absurdos se siguen para afirmar que *vida* significa aquí «espíritu». Sería el Espíritu Santo, y no el Hijo, quien se habría encarnado. Y el Espíritu sería el Hijo Unigénito. Como la realidad dista mucho de todo esto, por mucho que se esfuercen en evitar tamaños absurdos, mientras se empeñen en seguir leyendo así, caerán en desatinos siempre crecientes.

Si, reconociendo que no se habla del Espíritu, sino del Hijo, se ratifican, sin embargo, en su actitud y no leen como lo hacemos nosotros, es inevitable que se vean obligados a concluir que el Hijo se ha hecho por sí mismo y de sí mismo. Porque si el Verbo era la vida y lo hecho en Él era vida, Él mismo se ha hecho por sí mismo y de sí.

San Juan prosigue luego, un poco más adelante: *Nosotros contemplamos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre*⁵. Según la interpretación hecha por los herejes, debe afirmarse que el Espíritu Santo es el Hijo Unigénito. De Él es, a fin de cuentas, de quien trata toda esta historia. ¿Veis cuánto se aleja de la verdad este razonamiento, en cuántas simas se arroja y a qué absurdos conduce? Pero —me dirá alguien— ¿acaso no es luz el Espíritu Santo? Ciertamente que es luz, pero no es de Él de quien aquí se habla. También es certísimo que Dios es Espíritu, o sea, incorpóreo, pero eso no significa que donde se menciona al espíritu se esté siempre hablando de Dios. Y no os extrañéis, que otro tanto decimos del Padre. Por consiguiente, no podemos decir que siempre que se menciona al Espíritu se está hablando del Paráclito. Aunque el título de Espíritu convenga perfectamente al Paráclito, no por eso ambos vocablos son siempre

intercambiables entre sí. Y lo mismo sucede con Cristo, pero no siempre que se habla de potencia de Dios y sabiduría de Dios se está hablando de Cristo. Por eso, en este pasaje, aunque sea verdad que el Espíritu ilumina, no es del Espíritu de quien habla el evangelista.

Pues bien: a pesar de que sus razonamientos han sido ya refutados, éstos se empecinan en seguir leyendo del modo que prefieren, e interpretan ese texto como si dijera «todo lo creado era vida en Él», o sea, todo lo creado era vida. ¿Cómo será esto? El castigo de los sodomitas, el diluvio, el infierno y tantas otras cosas semejantes, ¿puede decirse que sean vida? Lo que decimos se refiere a la creación, replican entonces. Ciertamente, las palabras de que discutimos se refieren a la creación. Mas, a fin de refutar más eficazmente sus tesis, preguntémosles: ¿la madera es vida? ¿Y la piedra inerte e inanimada? Y el hombre mismo ¿cabe decir de él que es siempre y perpetuamente vida? ¿Quién se atreverá a afirmar tal cosa? Porque, en efecto, el hombre no es realmente vida, sino sólo capaz de recibir y poseer la vida.

2. Considerad ahora otro absurdo. Leamos también nosotros con ellos, para entender por ese medio hasta qué punto llega su ignorancia. Hasta ahora ellos no han dicho nada que pueda atribuirse con razón al Espíritu. Luego, cambiando de idea, atribuyen al hombre cosas que se pensaría propias sólo del Espíritu. Revisemos sus interpretaciones. Dicen ahora que la vida es una criatura. Por consiguiente, lo es también la luz, en razón de la cual vino Juan, para dar testimonio de ella. Entonces ¿por qué no es también luz el propio Bautista, de quien dice el Evangelio que *no era él la luz*? Y, con todo, pertenece al número de las criaturas y, por ende, debía ser luz. ¿Y cómo entender eso de *estaba en el mundo y el mundo fue hecho por medio de Él*? ¿Estaba la criatura en la criatura y ha sido hecha por medio de la criatura? Y entonces ¿cómo es posible que el

mundo no la conociera? ¿No conoce la criatura a otra criatura? *Pero a cuantos lo acogieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios*⁶.

Bien, ya hemos reído bastante. En adelante, dejo que cada uno de vosotros se ocupe de refutar tesis tan ridículas, para que nadie se sienta movido a pensar que yo he asumido esa tarea con el fin de suscitar vuestras carcajadas y que estoy perdiendo el tiempo inútilmente. Caso de que estas cosas no estén dichas del Espíritu, como hemos demostrado, desde luego no se aplican a las criaturas. En fin, que sigan ellos defendiendo sus interpretaciones, de las cuales, como hemos probado ya, se sigue, entre otros absurdos, que el Hijo se ha hecho a sí mismo. Si la verdadera luz es el Hijo y la luz es la vida y la vida ha sido creada en Él, se sigue necesariamente, ateniéndonos a sus interpretaciones, el absurdo que hemos dicho.

Descartada esa interpretación, vengamos a la lectura e interpretación correctas. ¿Cuál es? Consiste en terminar la frase con las palabras: *cuanto fue hecho* y comenzar después a partir de aquí la frase siguiente con las palabras *en Él estaba la vida*. Las palabras: *sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho* quieren significar, precisamente, que nada ha sido creado sino por Él. ¿Veis cómo mediante esa pequeña matización el evangelista ha eliminado todos los absurdos que, de otro modo, se habrían seguido de aquí? Al precisar que *sin Él nada se hizo* y añadiendo *de cuanto ha sido hecho*, incluye todas las criaturas, también las espirituales, y excluye al Espíritu. Después de haber dicho que *todas las cosas fueron hechas por medio de Él* y *sin Él nada se hizo*, a fin de que nadie pensara que si todas las cosas habían sido hechas por medio de Él, también el Espíritu debía haber sido hecho por medio de Él, consideró necesaria esa añadidura.

En resumen, dice Juan: Yo digo que todo lo hecho ha sido hecho por Él, también las criaturas invisibles, incorpóreas y celestes. Por eso no he dicho simplemente «todo», sino «todas las criaturas que han sido hechas». Pero el Espíritu no ha sido creado. ¿Veis cuán precisa es la doctrina del evangelista? Menciona la creación de las cosas sensibles de la que, ya hacía tanto tiempo, había hablado también Moisés. Pero para guiar a sus oyentes, ya instruidos, hacia nociones más elevadas tocantes a las cosas invisibles e incorpóreas, quiso distinguir al Espíritu de todas las criaturas.

También Pablo, inspirado por la misma gracia, decía: *En Él han sido creadas todas las cosas*⁷. Me gustaría que advirtierais cómo hay aquí la misma precisión y cuidado. Era un mismo Espíritu quien inspiraba a uno y a otro. Para que nadie, amparándose en su pertenencia a las cosas invisibles, sustrajera criatura alguna a la acción creadora de Dios, y para que nadie confundiera al Paráclito con una de tales criaturas, san Pablo, dejadas de lado las cosas sensibles, que eran conocidas por todos, enumera en la siguiente frase las criaturas celestiales: *tronos, dominaciones, principados y potestades*⁸. Antepone a cada uno de esos sustantivos una partícula disyuntiva para significar que todas las cosas fueron hechas por medio de Él y que sin Él no fue hecho nada de cuanto existe. Y si pensáis que el modismo «por obra del cual» implica alguna merma de su poder creador⁹, recordad las palabras del profeta: *Al principio, Señor, fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos*¹⁰.

Lo mismo que se dijo del Padre en cuanto Creador, lo repite ahora del Hijo. No se hubiera expresado así de haberse dado el caso de que el Hijo no fuera Creador, como

el Padre, sino mero ejecutor. El evangelista dice aquí: *por obra del cual*, para evitar que nadie piense que el Hijo no ha sido engendrado. Para convenceros definitivamente de que, en lo que hace a su poder creador, el Hijo no es inferior al Padre, escuchad, por fin, lo que dice san Juan: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo da la vida a quien quiere*¹¹.

Por tanto, si el Antiguo Testamento, al decir: «Al principio, Señor, fundaste la tierra» se refiere al Hijo, es evidente que le reconoce el poder de crear. Y si se refiere al Padre, es igualmente evidente que Pablo atribuyó al Hijo lo que había sido dicho del Padre, en cuyo caso se sigue la misma consecuencia. Desde luego, Pablo no habría aplicado al Hijo lo que correspondía al Padre, de no haber tenido la plena seguridad de que Padre e Hijo son de dignidad idéntica. Sería de una temeridad inconcebible el aplicar a un ser inferior atributos que pertenecen en exclusiva a la incomparable naturaleza divina.

3. Por tanto, en lo que mira a la sustancia, el Hijo no es en modo ninguno inferior al Padre. Ateniéndose a lo cual, san Pablo proclama sin rebozo que ambos son de igual dignidad y que comparten todas las prerrogativas divinas. Y esa expresión: *por el cual*, que alguno de vosotros aplica sólo a la dignidad del Padre, san Pablo la relaciona con el Hijo cuando dice: *del cual crece todo el cuerpo, alimentado y articulado gracias a las coyunturas y articulaciones, con crecimiento que es de Dios*¹². Y no contento con eso, os reduce también al silencio de otro modo, a saber, refiriendo al Padre el modismo *por medio del cual*, que, a vuestro parecer, indica un estado de inferioridad. Pues dice: *Fiel es Dios, por medio del cual habéis sido llamados a la comunión con su*

*Hijo*¹³. Y también: *por medio de su voluntad*¹⁴. Y en otro lugar: *Porque por Él, por medio de Él y en Él son todas las cosas*¹⁵.

Además, la expresión «por el cual» se encuentra, y más de una vez, aplicada no sólo al Hijo, sino también al Espíritu Santo. El ángel dice a José: *No temas tomar contigo a María, tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo*¹⁶. Y lo mismo sucede con el modismo «en el cual», que se aplica al Espíritu Santo, pero que el profeta no duda en referir a Dios cuando dice: *En Dios adquiriremos vigor*¹⁷. Y en otro lugar dice, refiriéndose a Cristo: *En Cristo Jesús*¹⁸. Frecuentemente encontraremos expresiones de ese tipo, empleadas indiferentemente una u otra, cosa que no sucedería si no se tratara de la misma sustancia divina. Y para que nadie piense que las palabras: *todas las cosas fueron hechas por medio de Él* se refieren a los milagros mencionados por los otros evangelistas, añade a continuación: *Estaba en el mundo y el mundo fue hecho por medio de Él*, cosa que no cumple al Espíritu, que no pertenece a la categoría de las cosas creadas, sino que les es infinitamente superior a todas ellas.

Detengámonos ahora un momento en otras consideraciones. Después de haber dicho, al hablar de la creación, que *todas las cosas fueron hechas por medio de Él y sin Él no se hizo nada de cuanto existe*, Juan introduce además el concepto de Providencia al afirmar que *en Él estaba la vida*. Hace esto para aclarar a los incrédulos cómo ha sido posible que por medio de Él se hayan hecho tantas y tan grandes cosas. Así como cuanto tú tocas el agua que surge en un manantial desde las profundidades de la tierra, por

mucha que te llesves jamás lograrás disminuir su caudal, así debe creerse en lo que mira a la potencia creadora del Unigénito: por extraordinarias en número y grandeza que sean las cosas hechas por medio de Él, su poder no merece merma.

Pero mejor es recurrir a otra comparación más adecuada, la de la luz, a la que hace referencia el evangelista mismo, poniendo a continuación las siguientes palabras: *y la vida era la luz*. Igual que la luz, aunque ilumine a miles y miles de hombres no pierde nada de su brillo, también Dios, antes y después de cumplir su obra creadora, permanece siempre igual a sí mismo, sin padecer disminución o cansancio, por grande que haya sido su actividad creadora. Y aun si fuere menester crear mil mundos semejantes al nuestro o infinitos de ellos, siempre sería lo suficientemente poderoso para hacerlo, y no sólo para crearlos, sino también para conservarlos en la existencia después de la creación.

Pues, en efecto, la palabra «vida» no se emplea aquí solamente como referencia a la creación, sino también relacionándola con la providencia por la que todas las cosas son conservadas después de su creación. He aquí puesto el fundamento de la doctrina de la resurrección, colocado al comienzo de este maravilloso Evangelio. Con la venida de la vida quedó abolido el poder de la muerte, y aparecida entre nosotros la luz, se dispersan las tinieblas. La vida permanece ya siempre en nosotros y no tiene ya la muerte poder para vencerla.

Por eso, todo lo dicho del Padre, con verdad puede decirse refiriéndolo al Hijo, y en concreto lo de que *en Él vivimos, nos movemos y existimos*¹⁹, noción ésta que encontramos en las epístolas paulinas: *Porque en Él fueron creadas todas las cosas... y todas subsisten en Él*²⁰. Por eso es lla-

mado raíz y fundamento. Pero cuando oís decir que *en Él estaba la vida*, no os hagáis la idea de que es un organismo compuesto de partes. Un poco más adelante, el evangelista, tratando ahora del Padre, enseña que *como el Padre tiene en sí la vida, dio al Hijo el poder de tener también la vida*²¹. y así como no podríais decir, basándoos en esto, que el Padre está compuesto de partes, así tampoco lo podréis decir al hablar del Hijo.

En otro lugar leemos que *Dios es la luz*²², y en una carta de Pablo, que *habita en la luz inaccesible*²³. Todas esas cosas se han dicho no para sugerirnos dudas, haciéndonos pensar que la sustancia divina es compuesta, sino para que podamos gradualmente elevarnos hasta la cúspide de la doctrina. Como no le es fácil al vulgo entender cómo existe la vida en Él, explica en primer lugar las cosas más accesibles y elementales, y sólo después de esto guía hacia lo más alto a los espíritus mejor instruidos. El mismo evangelista, que había dicho: *le ha dado tener la vida*, poco después pone en boca del Hijo las siguientes palabras: *Yo soy la vida* y también: *Yo soy la luz*²⁴. Pero me preguntaréis que qué es esta luz. Como, andando el tiempo, Cristo habría de decir: *Nadie puede venir a mí si no lo trae el Padre*²⁵, el evangelista, preparando tales palabras, dijo que también Él, el Hijo, iluminaba a este mundo. En fin, cualquiera que sea la perfección que vosotros oigáis atribuir al Padre, deberéis proclamar que no sólo pertenece al Padre, sino también al Hijo. Es Él mismo quien nos los dice: *Cuanto tiene el Padre es también mío*²⁶.

Por consiguiente, aquí, el evangelista nos ha hablado primero de la creación para luego, con una sola frase, trasla-

darnos hasta los bienes espirituales que nos han sido procurados: *Y la vida era la luz de los hombres*. No dice que sea la luz de los judíos, sino la luz de todos los hombres. Porque no sólo los judíos, sino también los gentiles, han llegado a este conocimiento, a todos por igual se les ha aparecido esta luz. ¿Por qué se ha limitado a mencionar a los hombres sin señalar a los ángeles? Porque está tratando del género humano, y Cristo vino para anunciar a los hombres sus beneficios.

*Y la luz brilla en las tinieblas*²⁷. Llama tinieblas a la muerte y al error. Igual que la luz sensible no se compadece con las tinieblas, sino que las hace desaparecer, así la predicación de Cristo brilló en medio del error en que se encontraba sumergido el mundo entero y lo dispersó. Y a continuación, movió guerra contra la misma muerte, derrotándola hasta el punto de arrebatárle incluso a quienes ya habían sido sometidos a ella. Y como quiera que ni la muerte ni el error prevalecen sobre esa luz que brilla por doquier y cuyo fulgor nada puede hacer menguar, añadió lo que sigue: *Las tinieblas no la soportaron*. Esta luz es invencible y no gusta de habitar en quienes no quieren ser iluminados.

4. Que no os turbe la circunstancia de que no todos hayan querido acogerla. Dios hace que nos aproximemos a Él no por la fuerza, sino respetando nuestra libertad. No cerréis la puerta a esta luz y seréis verdaderamente felices. En verdad, esta luz llega a nosotros mediante la fe, y una vez que nos ha alcanzado, ilumina a quienes de entre nosotros la acogen. Si observáis una vida pura, permanecerá para siempre en vuestro interior, pues el propio Cristo dijo: *Quien me ama guardará mis mandamientos y mi Padre y yo vendremos a él y haremos morada en él*²⁸.

Mas igual que no le es dado gozar de la luz del sol a quien se niega a abrir los ojos para recibir los rayos del astro, así tampoco es capaz de percibir este esplendor sobrenatural tan abundantemente derramado quien no abre los ojos de su alma procurando hacer que ganen en agudeza. ¿Qué hacer para que eso suceda? Purificar nuestra alma de todo vicio. El pecado es tenebroso y se halla dentro de una profunda niebla. Es evidente que sólo nuestra falta de reflexión y de madurez explican que seamos capaces de admitirlo en nuestro interior. *Quien obra el mal odia la luz y no se acerca a ella*²⁹. *Es vergonzoso incluso mencionar las cosas que hacen a escondidas*³⁰. Como en la oscuridad no acertamos a distinguir al amigo del enemigo e ignoramos la verdadera naturaleza de las cosas, lo mismo nos sucede en el estado de pecado. El dominado por la avaricia no distingue al amigo del enemigo. El envidioso considera su enemigo a cualquiera que tenga necesidad de ponerse a su lado. El trapacero en todo ve ocasión que se le presta para sus maquinaciones. En resumen, quien es esclavo del pecado en nada se distingue de los borrachos o de los locos furiosos y no logra reconocer la verdadera naturaleza de las cosas. Al igual que por la noche, privados de luz que nos permita distinguir una cosa de otra, la madera, el plomo, el hierro, la plata, el oro y las piedras preciosas nos parecen cosas iguales, así, quien lleva una vida impura no conoce la virtud de la templanza y no aprecia la belleza de la filosofía. Como ya he dicho, en las tinieblas ni siquiera las piedras preciosas muestran su belleza, pero no por defecto de su naturaleza, sino porque quien las mira es incapaz de verlas.

Y no es éste el único daño que padecemos cuando estamos en estado de pecado. Además vivimos en una condición de temor perpetuo. Como quienes habiendo empen-

dido un viaje en una noche sin luna tiemblan de miedo, así, los entregados al pecado son incapaces de sentirse serenos y confiados, aunque nadie haya que les reproche. Temen a todos y a todos consideran sospechosos. Perseguidos por los remordimientos de su conciencia, todo se les antoja temible y todo lo miran con inquietud.

Procuremos rehuir una existencia tan dolorosa. Después de tanta angustia les llegará la muerte, y una muerte inmortal, pues no tienen fin las penas del infierno. Mientras viven, no se distinguen éstos de los locos, pues imaginan ser lo que no son. Les parece ser ricos y no lo son. Creen divertirse y no gustan placer alguno. Y no caen en la cuenta de su error hasta que tienen la suerte, si les llega, de librarse de su locura y despertarse de su sueño.

Al considerar todo esto, se entiende que Pablo nos ordene ser sobrios y vigilar. Lo mismo nos pide también Cristo. Quien es sobrio y está vigilante, aunque tenga la desgracia de caer en pecado, pronto consigue liberarse de los lazos que lo habían atado. Pero quien duerme o corre detrás de la locura, ni siquiera cae en la cuenta de su prisión. No nos dejemos llevar por el sueño. Para nosotros aún dura el día: ya vendrá la noche. Por eso, *comportémonos decorosamente, como conviene obrar durante el día*³¹. Nada hay más indecoroso que el pecado. Si hacemos una escala de cosas infamantes, es menor mal caminar desnudos que hacerlo cargados de pecados y crímenes. Salir desnudo a la calle no siempre es un pecado. Hay quien se ve obligado a ello por su mucha miseria. Pero nada hay más infame y despreciable que el pecador. Pensemos en los sometidos a proceso por los delitos de usura o robo. Juzgamos repugnantes y despreciables a quienes obraron con engaños, violencia y desvergüenza, sean cuales fueren sus circunstancias.

¡Más miserables y desgraciados seremos nosotros si, mientras no soportamos que nuestra túnica tenga algún pliegue mal puesto o alguna arruga, y le hacemos notar tal defecto a cualquiera a quien se lo veamos, en contraposición, no nos acordamos siquiera de que nosotros mismos o nuestros amigos podemos estar encaminándonos al infierno!

¿Qué hay más infame que un hombre que frecuenta las casas de lenocinio? ¿Qué más digno de escarnio y risa que un iracundo, un calumniador, un envidioso? ¿Cómo es posible que tales cosas no sean consideradas tan infamantes como el caminar desnudo por las calles? Culpable de ello es la costumbre. Quien se atreviera a hacer esto último contaría con la desaprobación general y, en cambio, todos cometen pecados como los descritos más arriba. Si alguien ascendiera hasta la morada de los ángeles, donde nunca se conoció cosa semejante, al pronto caería en la cuenta de cuán ridículo es ese modo de comportarse.

Mas ¿a qué nombrar las jerarquías angélicas? También entre nosotros, si alguien llevara a la corte del emperador a una meretriz o si se embriagara en tal sitio o cometiera en él cualquier cosa vergonzosa, al instante sería condenado a la pena capital. Si no está permitido cometer esos desafueros en los palacios imperiales, mucho más penosos serán los suplicios de que nos hacemos reos por cometer esos delitos en la presencia del rey del universo, omnipresente y que todo lo ve.

Por eso, os ruego que nos comportemos en esta vía de manera tal que aparezcamos siempre tranquilos, modestos y puros, pues tenemos un Rey que examina constantemente todos nuestros actos. Si queremos que aquella luz nos ilumine siempre, tratemos de atraer sobre nosotros sus rayos. Así podremos gozar de los bienes presentes y futuros, por la gracia y la benignidad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 6

Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan

1. El evangelista, después de habernos hablado en el prólogo de las cosas más importantes que atañen al Dios Verbo, procediendo metódicamente y con orden, trata a continuación del precursor del Verbo, de su homónimo Juan.

Al oír decir que éste vino enviado por Dios, deberéis concluir que, en adelante, cuanto éste diga no tiene un sentido meramente humano. No expresa su pensamiento, sino el de Aquel que lo ha enviado. Por eso recibe el calificativo de «ángel», porque el deber del mensajero es el de abstenerse de anunciar ideas propias. La palabra «hubo», además, no significa aquí la aparición en la existencia, sino que se refiere a su propia misión. De hecho, la expresión *hubo un hombre enviado por Dios* es de significado idéntico a la otra de «fue mandado por Dios».

¿Cómo puede, entonces, haber algunos que sostengan que la frase *teniendo naturaleza de Dios*² no ha de entenderse como igualdad del Hijo con el Padre, porque la palabra «Dios» no está precedida del artículo? Aquí tampoco figura artículo ninguno. Habremos de decir, entonces, que tales palabras no se refieren al Padre. Además ¿qué diremos

del profeta que anuncia: *Yo envió a mi ángel delante de ti para prepararte el camino*³? El «mi» y el «tú» se refieren a dos personas distintas. *Él vino como testigo, a dar testimonio de la luz*⁴. ¿Qué significa esto? Que el siervo hace de testigo de su dueño, dirá alguno. Y cuando veas que éste no sólo acepta el testimonio del siervo, sino que acude donde él, para ser por él bautizado junto a los judíos, ¿no quedarás aún más sorprendido y perplejo? No debemos confundirnos ni sentirnos turbados por esto, sino más bien admirar su inefable bondad. Y si algún escéptico continúa en su turbación, Cristo le repetirá las palabras que dijo a san Juan: *Deja hacer ahora, conviene que cumplamos toda justicia*⁵.

Y si se turba todavía más, le dirá lo que dijo a los judíos: *No acepto el testimonio de un hombre*⁶. Pero, si no tiene necesidad de ese testimonio, ¿por qué Juan fue enviado por Dios? No porque Él tuviera necesidad de su testimonio. Decir eso comportaría una enorme impiedad. ¿Por qué entonces? Nos lo explica el propio san Juan cuando dice: *para que todos creyeran por medio de Él*. Habiendo dicho el mismo Cristo: *No acepto el testimonio de un hombre*, para que no pareciera a los menos inteligentes que estaba en contradicción consigo mismo, pues antes había dicho: *hay otro que da testimonio de mí y sé que el testimonio que da de mí es verdadero*, refiriéndose al Bautista, mientras que ahora dice: *No acepto el testimonio de un hombre*, da inmediatamente la explicación de todo esto diciendo: *Digo estas cosas por vosotros, para que seáis salvos*⁷. Lo que equivale a decir: «Yo soy Dios, soy el verdadero Hijo de Dios y tengo su misma feliz naturaleza inmortal, por lo cual no necesito

ningún testimonio. Por lo tanto, aunque nadie quisiera dar testimonio de mí, no por eso mi naturaleza quedaría menos enaltecida. Mas, como tengo el deseo de salvar a muchos, he tenido la humildad de abajarme hasta confiar a un hombre la misión de dar testimonio de mí». Considerando cuán grande fuese la obstinación de los judíos, era de esperar que de este modo ellos creerían en Él más fácilmente.

Así como se revistió de un cuerpo humano para no anonadar a todos los hombres, cosa que habría sucedido si hubiera descendido hasta nosotros mostrándonos su divinidad sin ningún velo, tal como es, así envió a un hombre como precursor suyo, para que oyendo una voz de su mismo linaje, quienes la escuchaban se le acercaran más fácilmente. Sólo de un modo podía manifestar que no tenía necesidad de ese testimonio, y era mostrarse en su sustancia sin ningún velo, provocando el espanto general. Pero no hizo eso porque, como ya he dicho, habría anonadado a todo el género humano, pues nadie habría podido resistir la excesiva intensidad de su luz. Por eso se revistió de un cuerpo humano y envió a uno de nuestros compañeros de servidumbre con la misión de dar testimonio de Él, haciendo todo eso para la salvación de los hombres.

Y no se preocupó sólo de salvar su dignidad, sino que atendió sobre todo a hacerse entender y a agradar a sus oyentes, cosa ésta que Él mismo reveló con las siguientes palabras: *Esto lo digo por vosotros, para que seáis salvos*. Y el evangelista, que repite las mismas cosas que dijo el Señor, tras la frase: *para dar testimonio de la luz*, añade: *Para que todos creyeran por medio de Él*. Como si dijera: «No creías que san Juan Bautista vino a dar testimonio de la verdad añadiendo alguna verdad a las enseñadas por el Señor. No vino a eso, sino para que sus compatriotas creyeran en el Señor por medio de él».

Que dijo eso para disipar una duda de ese tipo aparece con evidencia por las palabras que siguen a continuación,

en las que precisa: *No era él la luz*⁸. Si el fin de esas palabras no fuera el de aclarar tal posible duda, habría sido superfluo consignarlas y habrían constituido una repetición, no una explicación de su doctrina. Habiendo dicho ya que san Juan Bautista había sido enviado para dar testimonio de la luz, ¿a qué repetir que no era él la luz? No lo dice por nada, ni sin un motivo concreto, sino porque a menudo, entre nosotros, quien actúa como testigo es una persona de mayor calidad que aquél en favor de quien actúa como testigo, y casi siempre aparece como más fidedigno. Para que nadie albergara esa sospecha respecto a san Juan, desde el principio desecha esa equivocada idea y, disipada cualquier duda, explica quién es el que da testimonio y quién aquel en favor del cual se da el testimonio y cuán notable es la diferencia existente entre ambos.

Después de hecho esto, tras poner de relieve la incomparable excelencia del Señor, prosigue, seguro de sí, la exposición de los demás acontecimientos. En adelante, tras haber rechazado todas las ideas absurdas que se había insinuado en las mentes más obtusas, podrá exponer ágilmente y sin tropiezos toda su doctrina.

Roguemos, pues, a fin de que, habiéndonos sido reveladas tan grandes verdades, podamos, merced a esta doctrina sana y recta, observar una vida pura y santa. Carece de utilidad para nosotros la doctrina sin las buenas obras. Aunque poseamos una fe íntegra y la inteligencia de las Sagradas Escrituras, si estamos faltos de la mejor defensa, que es la de una vida buena, nada nos impedirá ser precipitados un día al fuego del infierno y arder para siempre en aquella llama inextinguible. Igual que quienes cumplieron buenas obras resucitarán un día para la vida eterna, quienes osaron hacer lo contrario resucitarán un día para el suplicio eter-

no. Hagamos, pues, cuanto sea necesario para que el provecho espiritual que nos viene de la fe verdadera no quede comprometido por la malicia de nuestras acciones. Por el contrario, si vivimos piadosamente compareceremos un día confiadamente en la presencia de Cristo, cuya beatitud supera la de todo cuanto se le compare. Quiera el cielo que todos nosotros, habiendo alcanzado lo dicho antes, cumplamos todo por la gloria de Dios.

HOMILÍA 7

Era la luz verdadera, capaz de iluminar a todo hombre que viene a este mundo

1. Hijos queridísimos: como alimento espiritual os proponemos reflexiones sobre pasajes de la Sagrada Escritura, y no una tras otra ininterrumpidamente, sino un poco todas a la vez, para que así podáis conservar más fácilmente en vuestra memoria lo que aquí escuchéis.

Si en los edificios se construye antes de que estén bien consolidadas las piedras fundamentales, se elevarán paredes poco firmes, prontas a derrumbarse. Quien procura que las primeras piedras estén bien cimentadas y sólo después, poco a poco, va añadiendo pisos, construye un edificio estable y duradero. Imitemos nosotros a esos constructores de casas y edifiquemos nuestras almas de este modo. Porque, en efecto, es de temer que siendo recientes las primeras piedras, las enseñanzas que recibáis en un segundo momento comprometan las recibidas antes, por no ser vuestras mentes capaces de contenerlas todas juntas.

¿Qué hemos leído hoy? *Era la luz verdadera capaz de iluminar a todo hombre que viene a este mundo*. El mismo evangelista que antes, hablando del Bautista, decía que había venido para *dar testimonio de la luz*, dice ahora que fue en-

viado. Y para evitar que al oír tales palabras, a causa de la reciente venida del testigo, le surgiera a alguien alguna sospecha en detrimento de aquél en cuyo favor se daba testimonio, guía los entendimientos a alturas tan sublimes que los pone en contacto con una existencia que nunca ha tenido comienzo ni jamás tendrá fin. Tal vez te preguntes: ¿cómo puede tener una tal existencia siendo Hijo? ¿Hablamos de Dios y tú quieres saber el cómo y el por qué? ¿No te das cuenta del riesgo que corres al atreverte a tanto? Si alguien te pregunta cómo habrá de ser el gozar las almas y los cuerpos en la vida eterna, te reirías de esa pregunta, porque indagar sobre eso no entra dentro de las posibilidades de la mente humana. Debe limitarse a creer, sin preguntarse por el significado de palabras cuya veracidad está suficientemente atestiguada por la autoridad de quien las ha pronunciado. Si decimos que quien ha creado las almas y los cuerpos y es insuperablemente superior a todas las criaturas no tiene principio, ¿por qué nos preguntas cómo es eso posible? ¿Será posible que un hombre en su sano juicio y con un mínimo de sentido común haga tales preguntas?

Has oído las palabras: *era la luz verdadera*. ¿Por qué intentas inútilmente comprender con tu razón esa vida infinita que permanece absolutamente inaccesible? ¿Por qué tratas de saber cosas sobre las cuales no nos es dado interrogarnos? ¿Por qué quieres escudriñar los misterios? ¿Por qué escudriñas con curiosa impertinencia lo que no se presta a padecer análisis? Prueba a indagar acerca del origen de los rayos solares. No conseguirás descubrirlo. Sin embargo, no te angustiarás por eso, sino que te resignarás con tus limitaciones. ¿Por qué, entonces, te muestras más audaz y temerario intentando examinar cosas aún más elevadas? San Juan, el hijo del trueno, que hizo sonar notas arcanas como de trompas de ángeles, escuchó del Espíritu la palabra «era» y no quiso preguntar nada más. Y tú, que no has recibido las mismas gracias, que hablas fundado en tu mezquina

razón, ¿quieres ir más allá de los límites que te han sido concedidos? No por eso conseguirás conocer verdades más grandes y profundas que las que él alcanzó.

Verdaderamente, la astucia del diablo consiste precisamente en eso, en llevar a quien le sigue hasta más allá de los límites que Dios ha establecido para nosotros, haciéndole suponer que es posible sobrepasarlos. Mas luego de habernos hechizado con esa esperanza ilusoria y después de habernos hecho perder la gracia de Dios, no sólo no añade nada a nuestros conocimientos —y ¿cómo podría hacerlo, siendo el diablo?—, sino que además no nos permite regresar al estado en que nos encontrábamos antes, en paz y a resguardo, sino que nos lleva errantes de aquí para allá, sin permitirnos dar con un sitio donde detenernos. Así logró expulsar del paraíso a nuestro primer padre. Después de haberlo seducido con la esperanza de ciencia y honores mayores, consiguió al final hacerle perder la posesión de aquellos bienes de que gozaba en paz y tranquilidad. No sólo no le otorgó el llegar a ser igual a Dios, que es lo que le había prometido, sino que lo sometió a la tiranía de la muerte. Y Adán, lejos de obtener alguna ventaja por comer del fruto del árbol prohibido, además, con la vana esperanza de acrecentarlos sin medida, perdió en gran parte los conocimientos que ya poseía. Entonces, por vez primera comenzó a avergonzarse de su desnudez, cuando antes estaba exento de cualquier sentimiento de vergüenza o pudor. Y no sólo fue que entonces cayera en la cuenta de que estaba desnudo y necesitado de ropa, sino que le acontecieron además muchos males.

Por tanto, para que no nos suceda lo mismo, obedezcamos a Dios, observemos sus mandamientos y no busquemos saber el porqué y el cómo de las cosas con curiosidad excesiva, si no queremos perder también nosotros los bienes que nos han sido concedidos, igual que les sucedió a nuestros primeros padres. Buscando la causa primera de la

vida que no tiene principio, perdieron hasta lo que les había sido dado tener. Lejos de encontrar lo que buscaban, afán, por otra parte, imposible, además cayeron en errores a propósito de la verdadera fe acerca del Unigénito.

No sobrepasemos, así pues, los antiguos confines que establecieron nuestros padres y, en cualquier caso, obedecemos a las leyes del Espíritu Santo. Cuando oigamos las palabras: *Era la luz verdadera*, no preguntemos más, porque no podemos ir más allá. Porque si la generación de Dios fuera al modo humano, habría necesariamente diferencia de edad entre el Padre y el Hijo. Mas como aquél engendrara en el modo inefable que a Dios corresponde, por tal respecto, el «antes» y el «después», que son términos vinculados al concepto de tiempo, deben ser tenidos como inexistentes, y el Hijo, como el creador de todos los siglos.

2. Entonces –objetarás– no es Padre, sino hermano. ¿Y por qué razón debería ser eso? Si dijéramos que el Padre y el Hijo tienen su origen en otra raíz distinta de ellos, podríamos admitir lo que dices. Pero si, por el contrario, nos guardamos de pronunciar una impiedad tal y enseñamos que el Padre es sin principio y que no ha sido engendrado, y que el Hijo es igualmente sin principio pero que ha sido engendrado por el Padre, ¿qué necesidad hay de deducir de estas verdades unas consecuencias tan impías? Ciertamente ninguna.

El Hijo es, ciertamente, esplendor. Y todo esplendor debe estar relacionado con una sustancia de la que provenga. San Pablo le dio ese título precisamente para evitar que a nadie le surgiera la idea de que entre el Padre y el Hijo hay alguna diferencia de edad. Tal es el significado que hay que dar al empleo de esa expresión. Y después de haber formulado ese paralelismo, refuta los absurdos que podrían insinuarse en la mente de algún insensato. Dice: por el hecho de haberlo oído nombrar con el título de esplendor no de-

béis considerarlo privado de una personalidad propia. Ésa sería una idea impía. En eso consiste el loco error de los sabelianos y de los marcelianos.

Nosotros, por el contrario, no pensamos así, sino que proclamamos que posee una persona propia. También el Apóstol de las gentes, después de haberlo llamado *esplendor*, añade: *Y es impronta de su sustancia*², indicando así que posee una hipóstasis propia y, al mismo tiempo, la única misma sustancia de aquel de quien es impronta. No basta, en efecto, según ya he señalado, una sola palabra para ilustrar a los hombres acerca de las verdades concernientes a Dios. Pero podemos felicitarnos por poder elegir, entre las muchas que nos han sido propuestas, aquéllas que mejor nos convienen. De ese modo podremos celebrar dignamente la gloria de Dios, en la medida en que ello es hacedero a nuestras limitadas fuerzas. Pues si alguno creyera poder hablar de manera verdaderamente digna de esa gloria y sostuviera que conoce a Dios como a sí mismo, ignoraría por completo a Dios.

Aun siendo conscientes de eso, tengamos presente todo cuanto nos ha sido transmitido por quienes al comienzo vieron con sus propios ojos al Verbo y fueron discípulos suyos. No pretendamos indagar más, dejándonos guiar por una curiosidad malsana. Quienes incurren en el vicio de la curiosidad se acarrearán un doble daño, pues se fatigan en vano buscando cosas que no pueden encontrar y provocan la ira de Dios por su intento de sobrepasar los límites que Él estableció. No será necesario que os explique qué significa suscitar la ira de Dios, porque lo sabéis bien.

Por eso, denunciada su arrogancia, escuchemos con reverencia las palabras de Dios, invocando su perpetua protección. Él mismo nos dice: *¿A quién he de proteger, sino al humilde, manso y quieto, que teme mis preceptos?*³. Aban-

donada toda curiosidad, hagámonos humildes de corazón, lloremos nuestros pecados como Cristo nos ordenó, hagamos penitencia por nuestras culpas, hagamos con diligencia examen de conciencia de los pecados que en la vida pasada cometimos y obremos de modo que nos sean enteramente remitidos.

Dios nos ha indicado muchos caminos para conseguir eso. *Comienza por confesar tus pecados para que seas justificado*⁴, dice el profeta. Y también: *Confesaré en mi contra mis pecados al Señor y tú borrarás la impiedad de mi corazón*⁵. El frecuente recuerdo de los pecados cometidos y la acusación que por ellos hacemos en contra nuestra es un remedio bastante eficaz para evitar cometerlo de nuevo. Hay otro medio, aún más eficaz, consistente en no airarnos contra nadie que nos haga daño. ¿Queréis conocer todavía un tercer medio? Escuchad a Daniel cuando dice: *Repara tus pecados con la limosna y tus injusticias con la misericordia hacia los pobres*⁶. Hay aún otro camino, y es dirigir con frecuencia y perseverancia plegarias a Dios. También el ayuno nos procura consuelo no pequeño y el perdón de los pecados, siempre y cuando esté unido a la caridad hacia los demás. Entonces aplaca la manifestación de la ira de Dios. Pues *el agua extingue el fuego ardiente y con las limosnas se borran los pecados*⁷.

Sigamos, pues, todos esos caminos. Si perseveramos en ellos poniendo cuanto esté de nuestra parte, no sólo seremos absueltos de los pecados de la vida pasada, sino que sacaremos grandísimo provecho para la futura. Pues no daremos al diablo la posibilidad de entrar en nosotros, ni incurriremos en la pereza o en la curiosidad malsana. Por medio de esos y de otros vicios, el diablo nos arrastra a preocu-

parnos de cuestiones necias y a entrar en discusiones peligrosas, al vernos ociosos e inactivos y despreocupados de tener una conducta honesta. Nosotros, por el contrario, atranquemos la puerta estando vigilantes y sobrios, a fin de que, tras padecer fatiga durante un breve tiempo, podamos gozar durante siglos infinitos de los bienes inmortales, merced a la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo,

HOMILÍA 8

Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo

1. Nadie nos prohíbe dedicar el día de hoy a estas mismas palabras, puesto que el comentario de los dogmas nos ha impedido glosar todo el pasaje evangélico que ha sido leído.

¿Dónde están los que dicen que el Hijo no es verdadero Dios? Aquí es llamado luz verdadera. Y en otro lugar es llamado la verdad misma, la vida misma. Cuando lleguemos a ese punto examinaremos más profundamente el significado de tales definiciones. Hoy he debido referirme a ellas sólo para vuestro provecho.

Si ilumina a todo hombre que viene a este mundo, ¿cómo es que no todos son iluminados? Es un hecho que no todos reconocen el culto de Cristo. Entonces, ¿cómo ilumina a todo hombre? Lo ilumina en la medida en que está en él. Pero si alguno, por propia voluntad, cerrando los ojos de la mente, no quiere recibir los rayos de esa luz, no es culpa de la naturaleza de esa luz el que ese tal permanezca en las tinieblas, sino producto de la maldad de cuantos libremente se privan de tal don. La gracia ha sido derramada sobre todos: no se rehúsa ni al judío, ni al griego, ni al

bárbaro. ni al escita, ni al hombre libre, ni al esclavo, ni al anciano, ni al joven. A todos por igual admite a gozar de sus beneficios y honores. Quienes no quieren disfrutar ese regalo, deben imputarse a sí mismos su ceguera. Estando abierto a todos el camino que conduce a tal honor y no cerrado a ninguno, si éstos, por su libre voluntad, quedan excluidos, se pierden sólo por su culpa.

Estaba en el mundo, pero no coetáneo del mundo. Lejos de nosotros tal pensamiento. Por eso añade el evangelista: *Y el mundo fue hecho por medio de Él*². Con esas palabras se nos recuerda que la existencia del Unigénito es anterior a todos los siglos. Quien haya oído que todo este mundo es obra suya, aunque carezca de inteligencia o sea declarado enemigo de la gloria de Dios, a pesar de ello, quiéralo o no, se verá obligado a admitir que el creador es anterior a sus criaturas.

Por ello me llena siempre de estupor la locura de Pablo de Samosata, sin que me sea posible entender cómo ha podido oponerse a una verdad tan manifiesta y se ha precipitado voluntariamente en el abismo. Éste no incurrió en el pecado de herejía por ignorancia, sino con pleno conocimiento de lo que hacía, de un modo semejante a los judíos. Del mismo modo que éstos, por respeto humano, traicionaron la verdadera fe, pues a sabiendas de que Él era el Unigénito Hijo de Dios, no se atrevieron a hacer pública confesión de ello por miedo de sus jefes religiosos, que habrían podido expulsarles de la sinagoga, así se cuenta de aquel que comprometió la salvación de su alma por complacer a una dama³.

Es verdaderamente terrible la tiranía de la vanagloria. Puede dejar ciegos los ojos de los sabios si no están alertas. Pues si tal pueden conseguir los regalos, mucho más capaz

de ello será esta pasión tan violenta. Por eso Cristo decía a los judíos: *¿Cómo podéis creer vosotros, que os dais gloria los unos a los otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?*⁴.

*Y el mundo no le conoció*⁵. Con la palabra «mundo» el evangelista designa la gran masa de gente corrompida y apegada a las cosas de esta tierra, o sea, una multitud vil, turbulenta y necia. Los amigos de Dios y todos los hombres dignos de admiración lo conocieron incluso antes de su encarnación. El mismo Cristo dice a propósito del patriarca estas palabras textuales: *Vuestro padre Abraham exultó al ver mi día. Lo vio y gozó de él*⁶. Y discutiendo con los judíos, dice a propósito de David: *Entonces ¿por qué David, inspirado por Dios, lo llama Señor, diciendo: «Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha»?*⁷. Y discutiendo con ellos, en otras circunstancias, cita también a Moisés.

Por lo que hace a los demás profetas, de ellos nos habla el Apóstol. San Pedro nos dice que todos los profetas, comenzando por Samuel, lo habían conocido y que lo habían anunciado mucho antes de su venida. Así lo afirma con estas palabras: *Y todos los profetas que han hablado a partir de Samuel anunciaron estos días*⁸. Después, Él apareció y habló personalmente a Santiago y a su padre, así como a su abuelo, prometiéndoles que les daría muchas cosas y cumpliendo tales promesas.

Entonces —objetará algunos de vosotros— ¿por qué el mismo Cristo dijo: *Muchos profetas quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron?*⁹. A éstos ¿no les fue dado conocerlo? Ciertamente que sí. Trataré de demostrároslo basándome, precisamente, en ese

texto con el que algunos pretenderían probar que a aquéllos no les fue permitido conocerlo.

Muchos, se dice, *quisieron ver lo que vosotros veis*. Ellos vieron anticipadamente su venida entre los hombres y los beneficios que esto reportó. Si no hubieran tenido conocimiento de todo ello, no habrían deseado verlo cumplido con sus propios ojos. Pues nadie puede desear las cosas de las que no tiene ningún conocimiento.

Por tanto, conocieron al Hijo de Dios y previeron que habría de venir entre los hombres. ¿Cuáles son las cosas que no supieron y que no oyeron? Las que hoy vosotros veis y escucháis. Pues si ellos oyeron su voz y lo vieron, no lo vieron, sin embargo, en la carne ni mientras vivía en medio de los hombres y conversaba con ellos con toda naturalidad.

Queriendo dar a entender esto, Él no dijo simplemente «ellos quisieron verme», sino: *desearon ver lo que vosotros veis*. Y tampoco dijo «desearon escucharme», sino: *desearon oír lo que vosotros oís*. De suerte que, aunque esos tales no vieron su encarnación, sabían que lo que tanto deseaban llegaría a cumplirse. Y creían en Él aun sin haberlo visto encarnado y hecho hombre.

Por eso, cuando los paganos nos pongan esta objeción: ¿qué hacía Cristo cuando no se ocupaba del género humano?, ¿por qué, tras habernos olvidado durante largo tiempo, vino a procurarnos la salvación sólo al final de los tiempos?, les contestaremos que Él estaba en el mundo ya antes de su venida entre los hombres, que desde la eternidad pensaba en las obras que habría de realizar y que era conocido por todos aquellos que eran dignos de conocerlo.

Y si entonces decís que no era conocido, pues no lo era por todos, sino sólo por los hombres probos y virtuosos, por la misma razón deberíais decir que tampoco ahora es adorado por los hombres, pues muchos de ellos no tienen noticia de Él. Por tanto, no puede dudarse de que Él fue conocido desde las épocas más remotas por muchos hom-

bres y aun por todos cuantos llegaron a alcanzar la fama merced a sus virtudes heroicas.

2. Y si alguno dijera: Pero ¿cómo es posible que no todos se le adhirieran ni le adoraran, sino sólo los justos?, le dirigiré a mi vez esta pregunta: ¿Por qué hoy no son tampoco todos los que lo conocen? ¿Hablo sólo de Cristo? ¿Por qué, entonces y ahora, no todos conocen ni siquiera a su Padre?

Verdad es que hay quienes afirman que todo sucede por casualidad. Otros atribuyen a los demonios el cuidado del universo. No faltan quienes, además de nuestro Dios, inventan otro. Algunos de estos últimos blasfeman al afirmar la existencia de una potencia adversa a Dios y mantienen que sus leyes son obra de un demonio maligno. ¿Diremos, por eso, porque algunos lo niegan, que Dios no existe? ¿Proclamaremos que es impío porque hay quienes lo mantienen? Lejos de nosotros tales simplezas y tan furiosa locura. Si fundáramos nuestras doctrinas sobre las tesis de esos locos, nada se opondría a que también nosotros fuéramos arrastrados hasta las extremosidades de la locura.

Ciertamente que nadie diría que el sol, por naturaleza, es dañino a nuestros ojos, aunque haya quienes padezcan trastornos visuales. Por el contrario, decimos que es luminoso basándonos en el juicio de cuantos tienen los ojos sanos. E igualmente, nadie diría que es amarga la miel, porque parezca tal al paladar de ciertos enfermos. ¿Cómo, entonces, podrán algunos proclamar, basados en la opinión de algún loco, o que Dios no existe, o que es malo, o que a veces provee al bien de los hombres mientras que otras no se preocupa de ellos? ¿Quién podrá decir que éstos están en su sano juicio? ¿Cómo no reconocer, por el contrario, que están completamente locos?

El mundo no lo conoció, objetará alguno de vosotros. Sin embargo, aquellos de los cuales no era digno el mundo, lo

conocieron. Hablando de quienes no lo conocieron, el evangelista hace una alusión a la causa de su ignorancia. No dijo simplemente que nadie lo conoció, sino que *el mundo no lo conoció*, o sea, los hombres apegados a las cosas terrenas que no son capaces de conocer nada fuera de ellas. Es de ese modo como Cristo suele referirse también a ellos. Por ejemplo, cuando dice: *Padre santo, el mundo no te ha conocido*¹⁰. Por tanto, el mundo no sólo ignora al Hijo, sino también a su Padre, como tuvimos ocasión de señalar ya antes. Nada ofusca tanto la mente como el excesivo apego a las cosas de la tierra.

Sabiendo esto, separaos del mundo, rechazad cuanto podáis las cosas carnales, pues todo ello puede comprometer no un negocio de escasa importancia, sino el mayor de los bienes posibles. El hombre que está excesivamente apegado a los bienes de esta tierra, no puede comprender bien las cosas del cielo. Por eso importa que quien se hallare sometido a aquellas cosas, procure librarse de ellas. Dice Cristo: *No podéis servir a Dios y a Mammona*¹¹. Es, en efecto, inevitable que cuando seguimos a uno de ellos terminemos por detestar al otro. Quienes desprecian las seducciones de la riqueza son los hombres que aman a Dios como Él merece ser amado. Quienes se dejan seducir por las riquezas, en la mayoría de los casos aman a Dios más tibiamente. El alma que se deja aprehender, siquiera sea una vez, por el amor a las riquezas difícilmente logrará evitar hacer cosas que provocan la ira de Dios, como es el servir a un amo que, en cualquier caso, impondrá el cumplimiento de cosas contrarias a los mandamientos de Dios.

Estad alerta, despertaos, y acordándonos de cuál es el Señor al que debemos servir, amemos solamente su reino. Lloremos deplorando nuestra vida pasada, en la que servi-

mos a Mammon. Abandonemos su intolerable y pesado yugo y carguémonos con el suave y ligero yugo de Cristo. ¡Qué verdad es que Cristo no manda al estilo de Mammon! El dinero nos ordena que seamos enemigos los unos de los otros, mientras que Cristo nos manda amar a todos y abrazarlos con abrazo fraterno. El dinero, inclinándonos al fango y a las piedras, que no otra cosa es el oro, no nos permite tomarnos un respiro, ni siquiera durante la noche. Cristo, en cambio, nos libera de toda preocupación superflua y necia y nos pide que acumulemos tesoros en el cielo, prohibiéndonos engañar a los demás y ordenándonos, por el contrario, que ganemos nuestra riqueza mediante la justicia. De nada nos valdrá el dinero cuando, tras muchas fatigas y miserias, seamos condenados al infierno, donde padeceremos un castigo eterno por habernos sometido a sus leyes. Muy al contrario, será el propio dinero el que atice las llamas. Cristo, en cambio, si nos ordena dar un vaso de agua, no permitirá que ni siquiera ese gesto quede sin recompensa, sino que será generoso al premiárnoslo.

¿No estimáis cosa de locos incurables olvidar un servicio tan tranquilo y seguro, con la cohorte de beneficios que habrá de reportarnos, para cambiarlo por servir a un tirano ingrato, que jamás podrá satisfacernos, ni en esta vida ni en la futura, por mucho que le obedezcamos? No reside el mal sólo en que el dinero no libra a sus servidores de la condenación, sino que además, como ya he dicho, hace recaer sobre sus servidores una innumerable cantidad de desgracias. Es cosa muy verosímil pensar que muchísimos de los que sufren las penas del infierno han sido condenados por haber servido al dinero y haber amado el oro sin acudir en ayuda de los menesterosos.

Si no queremos sufrir también nosotros esas penas, seamos generosos en la limosna a los pobres y libremos nuestra alma de la trampa mortal que son las preocupaciones terrenales que nos ponen en peligro de padecer grandes

castigos en el más allá. Acumulemos en el cielo obras de justicia. Hagamos tesoros no de riquezas terrenas, sino de bienes que no pueden consumirse, de tesoros que podamos transportar al cielo, para poder patrocinar con ellos nuestra causa cuando corra peligro y así lograr una sentencia favorable.

Quiera el cielo que ese juicio se resuelva de modo favorable para nosotros, ahora y en el día supremo, y que podamos gozar en libertad de los bienes que Dios ha preparado en el paraíso para aquellos que lo amaron como se debe, por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 9

Vino a su casa y los suyos no lo recibieron

1. Si recordáis las consideraciones que han sido ya hechas, añadiremos las que siguen con mayor confianza al comprobar que nuestras fatigas dan su fruto. Teniendo presente cuanto ya hemos dicho, lograréis entender más fácilmente lo que sigue a continuación. Y no deberemos fatigarnos demasiado si vosotros, impulsados por el afán de aprender, prestáis continuamente una gran atención.

Quien siempre olvida lo que aprende, siempre necesitará un maestro y nunca sabrá nada. Quien conserva en su memoria lo que aprende y procura acrecentar de continuo su cultura, pronto, de discípulo pasará a ser maestro y resultará útil no sólo para sí, sino también para los demás. Abrigo yo la esperanza de que ése sea el resultado que alcance mi discurso, y me felicito de antemano al observar cuánto es vuestro deseo escucharme. Así pues, a vuestros ánimos, como a firmísima torre, confiamos las riquezas del Señor y, con la ayuda del Espíritu Santo, pasaremos a explicaros las palabras que hoy nos han sido leídas.

Hablando de las épocas antiguas, el evangelista había dicho que *el mundo no lo conoció*. Empieza luego a hablar

de la época de la predicación y dice: *Vino a su casa y los suyos no lo recibieron*.

Llama a los suyos o bien a los judíos en su calidad de pueblo elegido, o bien a todos los hombres, en cuanto fueron creados por el mismo Cristo. Y al igual que antes, maravillado de la ignorancia de tantos hombres y casi como avergonzado de la naturaleza común, decía que el mundo, que había sido creado por el Verbo, no conoció a su creador, así, en este pasaje, llevando a mal la ingratitud de los judíos y de tantos otros, les echa en cara una acusación más grave todavía, al decir que *los suyos no lo recibieron*, a pesar de que se presentó en su propia casa.

Y no sólo el evangelista, sino también los profetas mostraron su estupor ante estos hechos con expresiones muy semejantes. Y otro tanto hizo san Pablo. Los profetas, por su parte, hablando en la persona de Cristo, dijeron: *Un pueblo que yo no conocía comenzó a servirme; me obedecen al tener noticia... Los hijos de los extranjeros me mintieron, los hijos de los extranjeros han envejecido y tropiezan al recorrer sus caminos*². Y también: *Verán quienes no oyeron hablar de Él y entenderán quienes no han oído*³; *Fui encontrado por quienes no me buscaban, me presenté a quienes no me habían llamado*⁴. San Pablo, por su parte, escribiendo a los romanos, decía: *¿Qué diremos? No logró Israel lo que pretendía, sino la parte elegida*⁵. Y también: *¿Qué diremos, pues? Que las naciones que no perseguían la justicia han alcanzado la justicia... En cambio, Israel, que perseguía la ley de la justicia, no llegó a la ley de la justicia*⁶.

Hay motivo sobrado para maravillarse y quedar perplejo si se considera que quienes habían sido educados con los

libros proféticos y escuchado a diario a Moisés y a los profetas de las épocas siguientes, que tantas cosas habían predicho acerca de la venida de Cristo, cuando vieron a Cristo mismo obrar prodigios constantemente y dedicarse a ellos en exclusiva, sin permitir que ni siquiera los discípulos se dirigieran a las demás naciones o entraran en tierra de samaritanos, sino insistiéndoles en que había sido enviado sólo a las ovejas perdidas de la casa de Israel, esos mismos, después de que fueran obrados tantos prodigios en su provecho, a pesar de haber escuchado a diario la lectura de los profetas y la propia voz del mismo Cristo que les enseñaba sin concederse reposo, fueron ciegos y sordos hasta el punto de no permitir que ninguna de esas cosas les llevara a aceptar la fe en Cristo.

Los gentiles, por el contrario, no habían gozado jamás de ninguna de esas ventajas: nunca habían oído revelaciones divinas, ni siquiera en sueños, sino que estaban habituados a llenarse la cabeza de fábulas compuestas por locos —así considero yo su sabiduría profana— y de los delirios de sus poetas. Adoraban a los árboles y a las piedras y no tenían la menor idea de lo que pudieran significar la justicia y la bondad, ni en lo que mira a la doctrina, ni en lo tocante a la práctica, pues su vida era tan impura como su doctrina, y aún más detestable. Y ¿qué podía esperarse de ellos si concebían a sus dioses recreándose en toda suerte de pecados y los adoraban con palabras obscenas y acciones aún más obscenas, teniendo tales cosas por ritos celebrados en su honor, y llegaban al punto de honrarles incluso con sacrificios humanos, con el asesinato de muchachos, práctica ésta en la que se limitaban a imitar el comportamiento de sus dioses? Pues a pesar de estar sumergidos en tales abismos de perversidad, como si de pronto hubieran sido repentinamente levantados por un misterioso artificio de teatro, aparecen ante nosotros en lo más alto del cielo. ¿Cómo y por qué causa pudo suceder esto? Escuchad a san Pablo, que nos da la explicación.

Aquel hombre bienaventurado, indagando diligentemente estos hechos, no desistió en su empeño hasta que no encontró su verdadera causa y pudo darla a conocer. ¿Cuáles y por qué los otros fueron aquejados de tamaña ceguera? *Ignorando la justicia de Dios, buscaron establecer su propia justicia sin someterse a la justicia de Dios*⁷. He aquí por qué padecieron tantas calamidades.

Y explicando lo mismo de otra manera en una ocasión distinta, dice: *¿Qué diremos, entonces? Que las naciones, que no perseguían la justicia, han alcanzado la justicia, aquella que proviene de la fe. Israel, por el contrario, que pretendía la ley de la justicia, no alcanzó la ley de la justicia. ¿Por qué? Porque esperándola, no por la fe, sino por las obras, tropezaron en la piedra de escándalo*⁸. O sea, que la causa de sus males fue la incredulidad. Y la incredulidad, por su parte, era resultado de su soberbia y de su obstinación.

Pues ellos, que en principio estaban en una condición privilegiada respecto a los gentiles, porque habían recibido la ley, conocían a Dios y poseían el resto de las cosas enumeradas por san Pablo, después de la venida de Cristo vieron cómo los gentiles, por medio de la fe, eran llamados junto a ellos a un mismo honor y, una vez abrazada la fe, los pertenecientes a los circuncisos en nada aventajaban a los provenientes de la gentilidad. Entonces la soberbia les hizo incurrir en la envidia y no se resignaron a tan inmensa e inefable bondad del Señor. Lo cual no tuvo otro motivo que su arrogancia, su perversidad y su implacable odio.

2. Pero a los más desatinados de todos los hombres, ¿qué daño se os seguía de aquella efusión de gracia sobre toda la humanidad dispuesta por la divina Providencia? ¿Acaso mermaban en algo vuestros bienes por el hecho de que otros

gozaran de ellos? Ciega malicia es, en verdad, la que no acierta a distinguir lo que le conviene.

Exasperados por tener compañeros en el goce de la misma libertad, volvieron contra sí mismos su espada y así cerraron el camino a la benignidad divina. ¡Bien merecido lo tenían! Pues se lee en los Evangelios: *Amigo, no te hago agravio. Quiero darles a éstos lo mismo que a ti*⁹. Ésos ni siquiera se hacen merecedores de una respuesta parecida. El viñador de que trata el Evangelio, si bien estaba descontento del trato recibido, podía alegar que había soportado durante todo el día la fatiga del trabajo, el cansancio, el calor, el sudor. Pero éstos ¿qué podían exhibir en su favor? Ninguna de esas cosas, ciertamente. No habrían podido hablar de sí mismos sino como perezosos, intemperantes y poseídos de otros mil vicios, que todos los profetas les habían echado en cara continuamente. Y con esos vicios, a la par que a Dios ofendían a los gentiles. Precisamente por eso decía san Pablo: *No hay distinción (entre judíos y griegos) porque todos pecaron y quedaron privados de la gloria de Dios, siendo gratuitamente justificados por su gracia*¹⁰.

En esta carta trata san Pablo de este asunto de modo muy edificante y con grandísima agudeza. En primer lugar demuestra cómo los judíos se hicieron reos de mayores castigos: *Los que pecaron en la ley serán juzgados por medio de la ley*¹¹, es decir, más severamente, porque, además de a la naturaleza, tendrán como acusadora a la ley. Y no sólo por eso, sino porque, por su causa, los gentiles blasfemaron de Dios. Así lo afirma el Señor: *Por vuestra causa se blasfema de mi nombre entre los gentiles*¹². Como esto mortificaba en grado sumo su orgullo, hasta el punto de que les parecía un hecho incomprensible y extraño a los mismos

creyentes que provenían de la circuncisión, y por eso acusaban a san Pedro, a su regreso de Cesarea, de haber tratado allí con personas incircuncisas y de haberse sentado a su mesa, aun después de haber entendido el proyecto salvífico de Dios, se maravillaban de que el don del Espíritu Santo hubiera sido derramado también sobre los gentiles. Y su asombro revela que en modo ninguno eran capaces de suponer que eso podría llegar a darse. Como san Pablo sabía que éstos llevaban muy a mal todo este asunto, no perdonó medio de reprimir su orgullo y confundir su arrogancia. Ved cómo consigue su propósito.

Tras haber disertado sobre los paganos, tras demostrar que no era posible hacer ninguna apología de los tales y que no les cabía ninguna esperanza de alcanzar la salvación, y habiéndoles acusado áspidamente por la perversidad de sus doctrinas y la impureza de su vida, pasa a hablar de los judíos. Habiendo expuesto todo lo dicho de ellos por el profeta, a saber, que eran criminales, falaces, astutos, que se habían hecho todos inútiles y que no había entre ellos ninguno que buscara a Dios, sino que todos habían pecado, y otras muchas cosas semejantes a las anteriores, añade: *Y sabemos que todo lo dicho por la ley, sea lo que fuere, rige para los sometidos a la ley, para que toda boca calle y todo el mundo se reconozca sometido a Dios. Todos, en efecto, pecaron y todos quedaron privados de la gloria de Dios*¹³.

¿Por qué te enorgulleces, judío? ¿Por qué eres tan presuntuoso? También tu boca ha quedado reducida al silencio, te ha sido arrebatada la confianza de que disfrutabas y, con el resto del mundo, has quedado sujeto al pecado. También tú, al igual que los gentiles, tienes necesidad de la misericordia de Dios para ser justificado. Aun si hubieras vivido virtuosamente y por entero confiado en Dios, no de-

berías haber envidiado a quienes se disponían a conseguir la misericordia gracias a la benevolencia de Dios. Pues es indicio manifiesto de gran perversidad el no poder sufrir el bien de los demás, sobre todo si éste no comporta ningún daño. Pues si la salvación de los demás perjudicara tus propios bienes, habría algún fundamento razonable para tu protesta, bien que no sea ése el comportamiento que conviene a quienes han aprendido la filosofía.

Pero si ni el suplicio ni el premio ajenos acrecientan ni disminuyen tu propia felicidad, ¿por qué protestas cuando es gratuitamente ofrecida la salvación a otro? Como ya he dicho, aunque tú hubieras llevado una vida irreprochable, no debías amargarte al ver que la salvación era ofrecida a los gentiles. Pero si siendo tú culpable de sus mismos pecados y habiendo ofendido gravemente al Señor, soportas mal la dicha ajena y te hinchas orgulloso, como si sólo tú debieras participar de la gracia, te haces merecedor de los más graves castigos, pues a tu envidia y presunción sumas la más desatinada locura. Has acogido en tu interior la soberbia, que es la raíz de todos los males. Por eso decía un sabio: *La soberbia es el principio del pecado*¹⁴. O sea, su raíz, su fuente, su madre. Precisamente a causa de la soberbia cayó el hombre del feliz estado en que se encontraba. Y el diablo que engañó al hombre había caído de su sublime dignidad precisamente por causa de la soberbia. Sabedor aquel criminal de que la naturaleza de este pecado es incluso capaz de expulsar del paraíso a quien en él se encuentra, adoptó esa estrategia cuando quiso conseguir que Adán se precipitara desde tan alta y honorable condición. Habiéndole hecho ensoberbecerse con la esperanza de igualarse a Dios, lo hizo caer y lo precipitó en lo más profundo del infierno.

Nada aleja tanto de la benevolencia de Dios y nada arrastra tantas almas a la eterna condenación como la tiranía de la soberbia. Cuando nos domina, toda nuestra vida se hace impura, por mucho que practiquemos la castidad, la virginidad, el ayuno, la plegaria, la limosna y el resto de las virtudes. Dice la Escritura: *Todos los soberbios son impuros ante Dios*¹⁵.

Cortemos del alma ese tumor, eliminemos tan maligna buba si queremos ser puros y que se nos ahorre el suplicio preparado para el diablo. Que el arrogante y el presuntuoso serán castigados con el mismo suplicio preparado para el diablo, lo podéis aprender de san Pablo, que dice: *No sea neófito, no sea que, cegado por el orgullo, caiga en el juicio... y en los lazos del diablo*¹⁶. ¿Qué es el juicio? Es como si dijera: en la misma condena, en el mismo suplicio.

¿Cómo podréis vosotros evitar ese castigo? Si reflexionáis sobre vuestra naturaleza, sobre la multitud de vuestros pecados, sobre las penalidades del suplicio. Si consideráis qué vanas son las cosas que en este mundo parecen espléndidas y que, sin embargo, se secan más rápidamente que las flores de primavera. Si meditamos a menudo sobre estas cosas, si nos acordamos de los heroicos ejemplos de virtud dados por los hombres que vivieron antes que nosotros, difícilmente podrá hacernos ensoberbecer el diablo, ni, por muchos esfuerzos que haga, logrará que sigamos el camino de la perdición.

El Dios de los humildes, manso y bondadoso, os dé a vosotros y a nosotros un corazón contrito y humillado. Así, fácilmente podremos progresar también en las demás virtudes, para mayor gloria de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 10

Vino a su casa y los suyos no lo recibieron

1. Hermanos queridísimos: siendo Dios generoso y benéfico, hace todo y recurre a cualquier medio para que en nosotros brille la virtud. Y, aunque desea que entremos a formar parte de la jerarquía de los elegidos, a nadie constriñe por fuerza, sino que mediante la persuasión y los beneficios, invita y atrae hasta sí a todos voluntariamente. Por esta razón, cuando habitó entre nosotros, algunos lo acogieron y lo rechazaron otros.

Él no quiso tener servidores a su pesar o movidos por la necesidad. Quiere que cada cual acuda a Él libremente y por una libre elección y que le esté agradecido y reconocido por el honor de estar a su servicio. Cuando los hombres tienen necesidad de servirse de sus esclavos, les obligan, contra su voluntad, a someterse a la dura ley de la esclavitud. Dios, sin embargo, no teniendo necesidad de nadie por no estar sometido a ninguna de las necesidades a las que se ven los hombres expuestos, todo lo obra atendiendo exclusivamente a nuestra salvación, si bien quiere que ésta, en último término, dependa de nuestra libre voluntad. Por eso no ejerce violencia o presión contra quienes lo rechazan. Su única mira es favorecerlos. Y Él no

considera que nos beneficie ser forzados a hacer lo que no queremos.

Entonces —dirá tal vez alguno—, ¿por qué castiga a quienes no quieren servirlo y amenaza con el infierno a los que no cumplen sus mandamientos? Porque, siendo bueno como es, constantemente se preocupa de nosotros, aun de quienes no lo obedecen. Por más que le rechacemos o huyamos de Él, Él nunca se aparta de nosotros. Y cuando no queremos seguir el primer camino que nos traza, el del bien, y nos resistimos a su persuasión y a sus beneficios, pone ante nuestros ojos el camino del tormento y los suplicios, camino ciertamente durísimo, pero necesario. A quien desprecia aquel primer camino, se le hace considerar este segundo. También los legisladores establecen grandes y graves penas contra los delincuentes. Cuando nosotros, lejos de desaprobarnos por ellos, alabamos sus providencias, es porque, aun sin tener necesidad de considerar nuestro propio bien, incluso ignorantes de los bienes que puedan reportarnos las leyes establecidas por ellos, sabemos que han procurado la seguridad de nuestras vidas y la tranquilidad y el orden de la vida pública, decretando, por una parte, honores para los ciudadanos virtuosos y, por otra, penas para hacer entrar en razón a los deshonestos y violentos que turban la pacífica vida de sus conciudadanos. Pues bien: si admiramos y amamos a los gobernantes que así se comportan, ¿cómo no amar y admirar mucho más a Dios por los grandes desvelos con que cuida del género humano? Ciertamente es enorme la diferencia que media entre las medidas adoptadas para nuestro bien por los legisladores y la providencia de Dios. Los tesoros de la divina bondad son incomprensibles e inefables para la mente humana.

Permaneced atentos ahora: *Vino a su casa*, no movido por alguna necesidad, pues Dios, como ya he dicho, nada necesita, sino para derramar sobre nosotros sus beneficios. Mas ni aún así, a pesar de que fue a su casa para ventaja de la misma, quisieron los suyos acogerlo, sino que lo recha-

zaron de malas maneras. Y no bastándoles con ello, llegaron hasta arrastrarlo fuera de la viña y a asesinarlo². Y, sin embargo, aún habiendo padecido todo eso, a quienes cometieron tan enorme delito —con tal de que estuvieran dispuestos—, les dio la posibilidad de arrepentirse y de purificar su pecado mediante la fe en Él, dejando que se equipararan a quienes no habían cometido ningún pecado parecido y ofreciéndoles, además, la posibilidad de llegar a ser amigos suyos.

Todo esto que digo no es una mera invención de mi fantasía. Así lo prueba la historia de san Pablo, quien después de haber perseguido a Cristo en la época inmediatamente posterior a la crucifixión y tras haber lapidado, en complicidad con los demás judíos, al mártir san Esteban, como se arrepintió, condenó sus errores pasados y se puso de parte de aquéllos a quienes había perseguido, fue acogido entre los más queridos amigos de Cristo, que lo constituyó su pregonero y doctor en todo el mundo. Y eso a quien antes había rabiosamente blasfemado de Él, persiguiéndolo y ofendiéndolo, según lo atestigua el propio interesado sin ninguna vergüenza, sino alegrándose por la benignidad de Dios.

Aún más: él fue quien hizo público sus crímenes pasados, confesándolos en sus escritos con la misma solemnidad que si los hubiera grabado en una columna de bronce, considerando que al dar a conocer a todos su vida precedente haría resplandecer la grandeza del don divino mucho más que si hubiera ocultado la inefable misericordia de Dios callando los errores de su vida pasada. Por eso evoca tan a menudo las persecuciones, lazos y maquinaciones que urdió contra la Iglesia, diciendo: *No soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios*³. Y además: *Jesús vino para salvar a los pecadores, de los cuales soy yo*

*el primero*⁴. Y, por fin: *Conocéis mi comportamiento cuando estaba en el judaísmo, cómo perseguía enconadamente a la Iglesia de Dios y cómo la combatía*⁵.

2. Como si buscara restituir algo a Cristo por la paciencia que había tenido con él, y para explicar cómo y a qué declarado enemigo había otorgado el Señor la salvación, san Pablo confiesa con gran sinceridad la guerra que, al principio, levantó con ardor y encarnizamiento grande contra Cristo. Así hace nacer una firme esperanza en el corazón de quienes desesperan. Pues enseña cómo Cristo lo acogió apenas arrepentido, mostrando con él el primero los inmensos tesoros de su paciencia y bondad y dando así ejemplo a aquellos que, más adelante, creerían en Él y en la vida eterna.

En verdad, los pecados de quienes se habían hecho culpables eran lo suficientemente graves como para no merecer perdón. Así lo entiende el evangelista, que dice: *Vino a su casa y los suyos no lo recibieron*. Pero ¿a dónde ha de ir quien todo lo llena y está presente por doquier? ¿Qué lugar ha abandonado, si todo lo contiene en su mano? No ha abandonado ningún lugar —¿cómo podría haberlo hecho?— y sin embargo descendió hasta habitar entre nosotros. Como al principio, estando en el mundo no parecía estar presente en él porque no era suficientemente conocido, cuando llegó el tiempo en que se dignó revestirse de nuestra carne, se mostró en persona: y esa manifestación y ese abajamiento hasta nosotros son llamados «adviento».

Es de maravillar que el discípulo no se avergüence de la ofensa que hizo a su maestro, sino que la refiera puntualmente en su evangelio. Eso constituye, por lo demás, una prueba evidente de su amor a la verdad. Quien se avergüenza de haberse relacionado con los ofensores, no tiene por qué

albergar los mismos sentimientos respecto al ofendido. Por eso es mayor la nobleza y generosidad de quien, habiendo sido ultrajado, ha hecho gala de preocuparse del bien de sus agresores, siendo, en cambio, considerados por todos como ingratos e impíos quienes trataron como a un enemigo a Aquel que había venido para lograrles tan grandes beneficios.

Pero no fue ése el único daño que éstos se acarrearón, sino también el de no conseguir las ventajas que, por el contrario, alcanzaron quienes lo recibieron. ¿Cuáles fueron esas ventajas? Escuchad: *A quienes lo recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios*⁶.

¿Por qué no nos describe el evangelista el suplicio de quienes no lo recibieron, contentándose con decir que eran los suyos y que recibieron a quien iba a su propia casa? ¿Por qué no se ha pronunciado sobre lo que deberán sufrir y sobre las penas a que serán sometidos por culpa de su conducta? Tal vez así os habríais asustado más y mediante tales amenazas os habríais hecho cargo de la dureza de aquellos corazones obstinados y soberbios. ¿Por qué, pues, calló todo eso? Os responderá aquel bienaventurado que así se os habría acrecentado el suplicio del remordimiento por no haber querido llegar a ser hijos de Dios, tras haberos sido ofrecida esa posibilidad, y por haber quedado privados, por propia voluntad, de tan grandes nobleza y honor.

Ellos no sufrirán solamente por el remordimiento de no haber aceptado un tan gran bien, sino que, como el evangelista explica más adelante con toda claridad, les espera, además, un fuego inextinguible. Por ahora se limita a hablarnos de los inefables bienes que han sido procurados a cuantos lo recibieron y, de un modo sumario, los menciona con estas palabras: *A cuantos lo recibieron les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios*. Fueran esclavos o libres, griegos, bárbaros o es-

citados, sabios o ignorantes, hombres o mujeres, muchachos o ancianos, nobles o de humilde cuna, ricos o pobres, príncipes o ciudadanos privados, todos por igual, se dice, llegaron a ser dignos del mismo honor. La fe y la gracia del Espíritu borran cualquier diferencia entre las diversas condiciones humanas, reducen a todos a una misma forma y sobre todos imprimen el mismo sello real. ¿Qué puede encontrarse que pruebe una tal bondad? A pesar de estar formado de nuestra misma arcilla, el rey no se digna recibir en el ejército real a quienes han sido esclavos, aunque, en realidad, participan de su misma naturaleza de siervo y son, a menudo, mejores que él por sus costumbres. En cambio, el Unigénito Hijo de Dios no desdén acoger a los publicanos, los encantadores, los esclavos y a la gente más humilde, sin excluir a quienes padecen en su cuerpo alguna mutilación o graves enfermedades, y a todos ellos los agrega a la corte de los hijos de Dios.

¡Tales son la grandeza y el poder de la fe en Cristo, tanta la majestad de su gracia! De modo semejante a como el fuego, en contacto con mineral aurífero, al momento saca oro de él, así e incluso más el bautismo hace que las criaturas de arcilla que son por él lavadas, al descender sobre sus almas el Espíritu Santo en forma de fuego como aquella otra vez, destruya la vieja imagen plasmada en la arcilla y cree otra nueva, celestial, espléndida y refulgente como el oro recién salido del crisol.

Y ¿por qué el evangelista no dice: «les hizo hijos de Dios», sino: *les dio poder de llegar a ser hijos de Dios*? Habla así para prevenirnos de que debemos aplicarnos con gran diligencia para conservar siempre inmaculada e íntegra en nosotros la imagen de la adopción recibida en el bautismo. Y para subrayar, al mismo tiempo, que ese poder nadie nos lo podrá quitar, si nosotros mismos no nos privamos de él. Si quienes han recibido alguna autoridad humana la conservan, por lo común, mientras vive quien se la ha conferido, con mayor razón, habiendo nosotros conseguido ese

honor de Dios, si no hacemos nada que desdiga de tal dignidad, seremos más poderosos que cualquier otro hombre, por cuanto mayor y más poderoso que cualquier autoridad humana es quien se dignó concedernos ese honor.

Mas, a la par, quiere recordarnos que la gracia del Señor a nadie se concede por casualidad, sino sólo a quienes poseen firmeza de propósitos y sienten un vivo deseo de ella. Sólo esos alcanzan el poder de llegar a ser hijos de Dios. El don de la gracia no desciende ni obra su efecto sobre quienes desde un primer momento se desentienden por completo de Él.

3. En todo caso, dejando de lado cualquier forma de violencia, nos enseña que dependemos de nuestra libertad y de nuestras propias decisiones. De eso precisamente está hablando también ahora. En la vida sobrenatural depende de Dios dar la gracia, pero está en nuestras manos el acogerla con fe viva. Y es, además, menester una gran diligencia. Para custodiar la pureza del alma no basta con bautizarse y creer, sino que, si queremos gozar siempre de la alegría que proviene de la inocencia, es necesario que, por nuestra parte, nos esforcemos en vivir de manera digna del don que hemos recibido. Merced al bautismo se produce en nosotros un místico renacimiento y el perdón de todos los pecados previamente cometidos. Pero desde entonces en adelante, queda en nuestras manos y encomendado a nuestra diligencia el permanecer puros y evitar mancharnos con otras culpas.

Por eso, inmediatamente a continuación, el evangelista explica cómo tiene lugar esa mística regeneración y demuestra su superioridad sobre el nacimiento físico con las siguientes palabras: *Ésos no nacieron de la sangre, ni del querer de la carne, ni del querer humano, sino de Dios*⁷. Dijo

eso para que, conscientes nosotros de la bajeza de nuestro primer nacimiento, derivado de la sangre y de la voluntad de la carne, y sabedores de la sublimidad y nobleza del segundo nacimiento, habido por medio de la gracia, nos formemos de ésta una idea apropiada y digna del don que nos otorga quien nos regenera, para que así pongamos todos los esfuerzos necesarios para no perder jamás la inocencia del bautismo.

Si manchamos tan bello manto, debemos sentir temor no pequeño a que, por nuestra pereza espiritual y por nuestros pecados, seamos también nosotros expulsados fuera de la sala del banquete nupcial, como les sucedió a las cinco vírgenes necias, como ocurrió también con aquel que no llevaba el traje de boda. Éste debía sentarse entre los comensales: había recibido la invitación, pero, como después de haber recibido esa invitación, ofendió a quien lo había invitado, escuchad cómo fue castigado y con qué severo y terrible castigo. Habiendo sido admitido a participar en un banquete tan suntuosamente dispuesto, no es que fuera sólo expulsado de la sala del convite, sino que, además, atado de pies y manos, fue expulsado a las tinieblas exteriores, donde hay un perpetuo llanto y rechinar de dientes.

Hermanos queridísimos: no creamos que la sola fe basta para nuestra salvación. Si no llevamos una vida intachable y nos presentamos con vestidos indecorosos a una invitación tan prometedora y alegre, no podremos escapar a la misma pena que padeció aquel desgraciado. Qué absurdo es que mientras quien es Dios y rey no se avergüenza de invitar a hombres ineptos y despreciables, sino que los hace venir desde las encrucijadas de los caminos para hacerles participar de su banquete, nosotros seamos tan perezosos que nada hagamos para mejorar después de haber recibido el honor de esa invitación. Y no sólo eso, sino que después de haber sido invitados, perseveramos en la misma perversidad que antes sin tener para nada en cuenta la inefable

bondad del que nos ha invitado. No nos ha invitado a tomar parte en el conocimiento de estos misterios espirituales y tremendos para que nos lleguemos a ellos llevando con nosotros el pesado fardo de nuestros pecados, sino para que, abandonando tan ignominioso peso, nos revistamos con ropas adecuadas a quien participa en un convite regio.

Si no queremos hacernos dignos de esa invitación, no debemos culpar a quien nos ha honrado tanto, sino a nosotros mismos. No es Él quien nos expulsa de la admirable congregación de los convidados: nosotros mismos somos quienes nos excluimos de ella. Él, por su parte, ha hecho cuanto debía hacer: ha dispuesto las nupcias, ha preparado el banquete, ha mandado a sus siervos a llamar a los invitados, ha recibido a quienes se han presentado, haciendo a todos los honores de la casa. Y nosotros, ofendiéndole a Él y a los invitados y a las nupcias con nuestros sucios vestidos, o sea, con nuestras malas acciones, hemos merecido de sobra que, a la postre, acaben por echarnos fuera. Al obrar así, Él, por una parte rinde honor a las nupcias y a los demás invitados y, por otra, se libra de esos petulantes descarados. Porque si les dejara en paz a pesar de sus indecorosos vestidos, daría la impresión de querer despreciar a los demás.

Quiera Dios que nadie, ni de nosotros ni de los demás, tenga que probar el desdén de quien le invitó al banquete. Estas cosas fueron escritas antes de que sucedieran para que, vueltos al buen camino por las amenazas contenidas en las Escrituras, no nos ocurra caer en tan gran deshonor, en tan grave suplicio, sino que sólo oigamos hablar de ellas y al final, pueda cada uno de nosotros, portador de un espléndido vestido, ir al dichoso lugar al que hemos sido invitados.

Quiera el cielo que a todos nosotros nos cumpla esa felicidad, por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 11

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros

1. Antes de comenzar a explicar estas palabras del Evangelio, voy a pedirlos un favor: os ruego que no me neguéis lo que os pido. Nada excesivo o enojoso he de pedirlos, y mi solicitud resultará útil no sólo para mí, sino también para vosotros, si es que la aceptáis. Aún más: ha de seros mucho más útil a vosotros.

¿Qué os pido? Que el primer día de la semana, o bien el sábado, sentados en vuestras casa, leáis con frecuencia la parte del Evangelio que ha de ser leída en el discurso de ese día y que, tomando cada uno su Evangelio, meditéis y reflexionéis sobre esas palabras y digáis lo que os parece claro y lo que os parece oscuro, o lo que, no siéndolo en realidad, se os antoja contradictorio en esas palabras. Y que luego de haberlas cuidadosamente examinado, vengáis a escuchar mi predicación. No será poco el provecho que de este estudio se os seguirá a vosotros y a mí. Yo no habré de fatigarme con exceso explicándoos el significado de cada frase, pues vuestra inteligencia se habrá hecho ya a su contenido. Y, por otra parte, vosotros os haréis así más prontos y perspicaces para escuchar y entender y para dar incluso explicaciones a los demás. Porque en las circunstan-

cias en que ahora os encontráis, como muchos de vosotros tenéis que aprender simultáneamente las palabras de la Sagrada Escritura y mis explicaciones, no conseguiríais sacar verdadero provecho ni aunque estuviéramos un año entero. Y ¿cómo podríamos lograrlo si sólo de cuando en cuando dedicamos unos momentos a aprender?

Si alguno trata de justificarse con el pretexto de que debe atender a sus propios negocios y diciendo que está absorbido por sus obligaciones públicas o privadas, le responderé, para empezar, que es culpa no pequeña el dedicarse a una excesiva cantidad de asuntos y el ocuparse siempre en cosas terrenas, sin dejar ni siquiera un poco de tiempo a las cosas que nos son más necesarias, o sea, las espirituales. Que las justificaciones de éstos no son sino pretextos fingidos parece evidente por las interminables conversaciones que mantienen con sus amigos, por la asiduidad con que acuden a los espectáculos teatrales y a las carreras de caballos, diversiones éstas y pasatiempos en que, a menudo, pierden jornadas enteras. Y nunca se da el caso de que renuncien a tales cosas alegando demasiados compromisos de trabajo o de negocios. Cuando se trata de tan bajos pasatiempos, nunca decís estar agobiados por el trabajo. Mas si debéis ocuparos de las cosas divinas, como os parecen superfluas y de ningún provecho, consideraréis no tener ninguna obligación de dedicarles siquiera sea una mínima parte de vuestro tiempo. Quienes así se comportan ¿merecen, acaso, respirar el aire o gozar el sol que Dios ha creado?

Esos hombres perezosos, alegan también otra excusa debilísima, a saber, la falta de libros. Si adjudéramos nosotros una excusa de ese linaje, con razón suscitaríamos la risa si fuéramos ricos. Pero como quiera que son muchos también los pobres que se amparan en ese pretexto, querría yo muy humildemente recordarles que por pobres que sean, siempre tienen los instrumentos necesarios para desempeñar su oficio. ¿Cómo no habría de parecernos absurdo que en ciertos

casos no aduzcan su pobreza y hagan de todo para remover y superar cualquier obstáculo, mientras que, cuando podría sacar grandes ventajas, se lamentan de su sórdido trabajo y de su miseria? Por otra parte, si fueran verdaderamente pobres, bien podrían evitar la ignorancia de cuanto en la Escritura se contiene, escuchando la lectura que de ella se hace aquí continuamente. Si eso os parece imposible, no es ello sin culpa vuestra. Pues muchos de vosotros dedican poquísimísima atención a la lectura del Evangelio, y luego, apenas terminada, tras haber hecho apenas acto de presencia para cubrir las apariencias, regresan a sus casas. Y algunos hay que, aunque se quedan, no abrigan mejores disposiciones que quienes se han ido, pues están presentes sólo con el cuerpo.

Mas para no aburriros demasiado con mis regañinas y por no desperdiciar todo el tiempo en reproches, vengamos a las palabras del Evangelio: hora es de tratar el asunto propuesto. Pero permaneced atentos a no dejaros escapar nada de cuanto se diga.

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Luego de haber afirmado que quienes lo recibieron son hijos de Dios y nacidos de Dios, nos señala la causa de este honor inefable: el hecho de que el Verbo se hizo carne y de que el dueño asumiera la condición de esclavo. Siendo Hijo de Dios, se hizo del hombre para lograr así que los hombres llegaran a ser hijos de Dios. Un ser sublime que entra en contacto con un ser humilde, no por ello padece daño ninguno en su reputación, sino que eleva en su dignidad a ese ser humilde. Tal es lo sucedido con Cristo. Con su abajamiento, en nada ha disminuido Él su naturaleza divina, sino que nos ha elevado a nosotros, que desde siempre vivíamos en la ignominia y en las tinieblas, siendo ahora elevados hasta una gloria inefable.

No comete el rey ninguna acción vergonzosa cuando benigna y afablemente habla con un pobre mendigo, sino que convierte a éste en ilustre y famoso ante todos. Y si en el

campo de las efímeras dignidades humanas, la familiaridad concedida a quien se halla en una condición social más humilde en nada perjudica la reputación, tanto menos perjudicará a aquella inmortal y bienaventurada sustancia que nada tiene en sí de efímero, nada que ahora sea y luego no, sino sólo perfecciones y prerrogativas siempre inmutables e inalterables por toda la eternidad. Por eso no debéis turbaros ni quedar dudosos cuando escuchéis que «el Verbo se hizo carne». No es que degenerara en carne —sólo pensarlo sería una impiedad—, sino que, permaneciendo lo que era, asumió la condición de siervo.

2. Pero ¿por qué el evangelista usó esa expresión de «se hizo»? Para cerrar la boca a los herejes. Como no faltan quienes mantienen que todo lo concerniente a la Encarnación no es sino mera fantasía ficticia, para prevenir que se pronunciaran tales blasfemias, usó aquí la expresión «se hizo», para dar a entender que no hubo mutación de sustancia —¡lejos de nosotros tan impiedad!—, sino una real asunción de un cuerpo humano. Del mismo modo que cuando el apóstol san Pablo dice que *Cristo nos liberó de la maldición de la ley haciéndose por nosotros maldición*² no pretende decir que su sustancia, abandonando el estado de gloria celeste, se haya transformado en maldición (cosa que ni siquiera los más furiosos demonios habrían osado pensar jamás, lo que demuestra tanta impiedad como estupidez), sino que, tomando sobre sí la maldición que sobre nosotros había recaído, no permitió que fuéramos malditos en adelante. Pues del mismo modo, san Juan dice en este pasaje que el Verbo se hizo carne, no en el sentido de que cambiara de sustancia, sino en el de que, tras haber asumido la carne, su sustancia divina permaneció inalterada.

Y si algunos dijeran que, siendo omnipotente, Dios podría muy bien haberse transformado en carne, les responderemos notando que es omnipotente en la misma medida en que siga siendo Dios. Pero una vez admitido el cambio, y un cambio a peor, ¿cómo podríamos decir que seguía siendo Dios? Todo cambio es, de hecho, incompatible con aquella naturaleza inmortal. Por eso decía el profeta: *Todo envejecerá. Tú lo cambiarás y se transformará. Pero Tú permaneces el mismo y tus años no varían*³. La sustancia divina es superior a cualquier cambio. Nada hay mejor que ella, nada a lo que pueda llegar mejorando su calidad. Nada hay, tampoco, igual a ella ni que se le aproxime, siquiera sea de un modo relativo. Es claro, por tanto, que Dios, si cambiara, lo haría a peor. Pero a Dios nada puede sucederle. ¡Vuélvase, por tanto, esa blasfemia contra los mismos que la pronuncian!

Además, que la expresión «se hizo» ha sido usada por el evangelista precisamente para que vosotros no sospecharais que la Encarnación había sido un invento; podéis entenderlo por cuanto sigue, que aclarará las ideas y disipará del todo tan perversa sospecha. Porque el evangelista añade: *Y habitó entre nosotros*, como diciendo: no sospechéis nada de absurdo en la expresión «se hizo». No he hablado de ningún cambio en la naturaleza inmutable, sino de su morada entre nosotros. Habitar no es lo mismo que habitación, sino una cosa distinta. Un ser viviente, cualquiera que sea, habita en otro. De lo contrario no sería posible habitar, pues nadie habita en sí mismo. Pero, además, he dicho otra cosa respecto a la sustancia. Por su unidad y solidaridad, el Dios Verbo y la carne son una sola cosa, sin ninguna confusión y sin desaparición de ninguna de las sustancias, sino gracias a una unión inexplicable e inexpressable. No me preguntéis

cómo es ello posible: ha sucedido todo de un modo que sólo Dios conoce.

Pero, ¿cuál fue la morada en que Él habitó? Escuchad cómo dice el profeta: *Levantaré la tienda caída de David*⁴. Ciertamente, nuestra naturaleza había caído irremediablemente y tenía necesidad de esa mano poderosa. En efecto, no podría haberse levantado de otro modo, de no haber sido porque quien lo creó al principio, le tendió su mano y volvió a recrearlo de modo sobrenatural, merced a la regeneración por el agua y el Espíritu Santo.

Considerad conmigo este tremendo misterio: habita siempre en esa morada. Se revistió de nuestra carne, pero no para dejarla al cabo de poco, sino para conservarla consigo por toda la eternidad. De no haber sido por eso, no se habría dignado elevarla hasta el trono real ni, revestido de ella como está, habría sido adorado por toda la multitud de las jerarquías celestes, por los ángeles, los arcángeles, los tronos, dominaciones, principados y potestades. ¿Qué razonamiento, qué inteligencia sería capaz de dar cuenta del inmenso, sobrenatural y tremendo honor que ha sido conferido a los hombres? ¿Qué ángel? ¿Qué arcángel? Nadie, ciertamente, ni en el cielo ni en la tierra. Tan extraordinarias son las obras de Dios, tan grandes y sobrenaturales sus dones, que describirlos adecuadamente es cosa que supera no sólo las posibilidades de la lengua humana, sino también las capacidades de los ángeles.

Por eso, no queda sino acabar nuestro sermón, exhortándoos a corresponder a un benefactor tan grande. Sobre todo si se piensa que la gratitud que manifestemos a Dios redundará en provecho nuestro. Le correspondemos teniendo cuidado de nuestra alma. Verdaderamente, es éste un rasgo propio de su bondad, el de que sin tener necesidad de

lo nuestro, se considera recompensado con que no olvidemos nosotros nuestra alma. He aquí por qué sería de locos y merecedor de innumerables suplicios el que nosotros, tras haber conseguido tan gran honor, no hiciéramos cuanto está en nuestra mano con miras a ese fin, sobre todo cuando todo ello habrá de redundar en provecho nuestro procurando los innumerables bienes que constituyen su premio.

Así pues, demos gloria por todas estas cosas al benignísimo Dios, y no sólo de palabra, sino con obras, si es que pretendemos alcanzar los bienes futuros. Quiera el cielo que todos lleguemos a gozar de ellos, por la gracia y la bondad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 12

Y nosotros hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad

1. Quizá hemos sido más pesados y molestos de lo que vosotros podíais soportar, hemos usado palabras demasiado ásperas y hemos hablado con excesiva duración contra la inercia de muchos de vosotros. De haberlo hecho con la intención de ofenderos, con razón podríais estar irritados contra mí. Mas, si buscando vuestro provecho no hemos sabido obtener el favor de nuestros oyentes, aunque no queráis agradecer el interés que por vuestro progreso espiritual alimentamos, es vuestro deber disculparnos, siquiera sea por el afecto que os profesamos. Grande es, en verdad, nuestro temor de que, mientras que nosotros predicamos llenos de celo, no queriendo vosotros poner la misma diligencia en escucharnos, lleguen a hacerse más graves los cargos contra vosotros el día del juicio final. Por eso, constantemente nos vemos obligados a despertaros y a sacudiros vuestro torpor, para que no se os escape nada de lo que decimos. Pues sólo así podréis sentir confianza en esa vida y en el juicio que deberéis pasar ante el tribunal de Cristo.

Mas, como ya os hemos exhortado bastante, pasemos hoy a proponer rápidamente las palabras del Evangelio.

Dice: *Y nosotros hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre.* Después de haber dicho que hemos llegado a ser hijos de Dios y tras haber demostrado que eso sucedió sólo gracias a que el Verbo se hizo carne, dice ahora que de aquí se sigue para nosotros otra gran ventaja. ¿De qué se trata? *Hemos contemplado su gloria, gloria como de Unigénito del Padre.* No la habríamos contemplado de no haber sido porque Él se nos apareció al asumir un cuerpo como el nuestro. Si los hombres que le fueron contemporáneos no soportaron la visión del rostro de Moisés, que era de la misma naturaleza que ellos, porque estaba iluminado por un resplandor sobrenatural, de suerte que aquel hombre justo hubo de taparse con un velo que, velándola, atenúase la intensidad de aquella luz de gloria y permitiera ver la cara benigna y mansa del profeta, ¿cómo nosotros, hechos de barro y terrestres, habríamos podido soportar la visión de la divinidad descubierta, cuando esto es cosa vedada incluso a los mismos ángeles? Habitó Él entre nosotros para que pudiéramos nosotros aproximarnos a Él, hablarle y gozar con confianza de su compañía.

Y ¿cuál es el significado de la expresión «gloria como de Unigénito del Padre»? Muchos de los profetas se hicieron famosos por haber sido glorificados por Dios, como el propio Moisés; Elías, que fue arrebatado por un carro de fuego, Eliseo, llevado al cielo misteriosamente; Daniel, los tres jóvenes y tantos y tantos otros que después de ellos aparecieron gloriosos al obrar prodigios. Y también los ángeles que se aparecen a los hombres muestran el fulgor propio de su naturaleza, y no sólo los ángeles, sino los querubines y los serafines, aparecidos a los profetas con grandísima gloria. Pero el evangelista, apartándonos de pensar en todas esas cosas y alejando nuestra imaginación de cualquier criatura o de nuestros compañeros de cautiverio que han podido aparecer rodeados de un resplandor sobrenatural, nos transporta hasta el más sublime manantial del bien. No

contemplamos, dice, la gloria de un profeta, de un ángel, de un arcángel, de las potencias celestiales, ni la de cualquier otra naturaleza creada, sino la del mismo Señor, la del mismo rey del Universo, la del mismo verdadero Hijo Unigénito, la del mismo soberano de todos nosotros.

Y la palabra «como» no indica simplemente semejanza o comparación, sino una certeza que excluye cualquier duda. Es como si dijera: contemplamos la gloria que convenía tener al Unigénito y verdadero Hijo de Dios, rey del Universo. Éste es el uso que con mayor frecuencia se le da a esta palabra. Y no he de ser yo quien lo contradiga, dándole un significado diverso del que comúnmente tiene. No es nuestra intención hablar cuidando la belleza de las palabras o la elegancia del período, sino que nuestro único fin es vuestra utilidad. Por tal motivo, no tenemos nada en contra de confirmar nuestra interpretación recurriendo a la costumbre. ¿Cuál es esa costumbre?

Algunos, cuando ven a un rey vestido del modo más aparatoso, resplandeciente por todas partes de piedras preciosísimas, si quieren describir a otros esa belleza, todo ese resplandor y fasto, evocan como pueden el flamear de la púrpura, la magnitud de las piedras, la blancura de las mulas, el brillo del oro, la riqueza de las gualdrapas y todo lo demás. Y tras haber descrito todas esas cosas, como no aciertan a expresar en palabras la magnificencia del espectáculo, llega un momento en que dicen: pero ¿a qué extenderse? En una sola palabra: iba «como» debe ir un rey. Y con ese «como» no pretenden describir a alguien parecido a un rey, sino al rey mismo. El evangelista usó el «como» en ese sentido, para subrayar esa incomparable y extraordinaria gloria. Todos los demás, ángeles, arcángeles o profetas, hacían lo que se les ordenaba. Éste, en cambio, con la autoridad que cumple a un rey y a un dueño absoluto. Eso es, precisamente, lo que admiraban de Él las multitudes que lo escuchaban, que les enseñaba como quien tenía plena autoridad para hacerlo.

2. También los ángeles, como ya he dicho, aparecieron en la tierra con mucha gloria, como aquellos que fueron enviados a Daniel, a David o a Moisés. Pero se trataba siempre de siervos al servicio de un amo. Por el contrario, éste, siendo dueño absoluto de todas las cosas, apareció, sin embargo, con apariencias humildes y bajas. A pesar de lo cual la creación reconoció en Él a su dueño y señor.

¿De qué modo? Una estrella guió a los Magos para que fueran a adorarlo. Una multitud de ángeles esparcidos por doquier servían a su Señor cantándole himnos de alabanza. De pronto surgían otros heraldos, y todos, acudiendo unos al encuentro de los otros, anunciaban este misterio inefable: los ángeles a los pastores, los pastores a los habitantes de los poblados, Gabriel a María e Isabel, Ana y Simón a quienes se hallaban en el templo. Y no fueron sólo hombres y mujeres adultos los que exultaron llenos de alegría: también un chiquillo que aún no había salido del vientre de su madre, me refiero al que habitó luego en el desierto y llevó el mismo nombre que nuestro evangelista. Todos estaban en tensa espera, aguardando el futuro nacimiento.

Todo eso ocurrió al momento de su nacimiento. Y cuando más tarde se manifestó públicamente, se vieron prodigios aún mayores que éstos. No una estrella en el cielo, ni ángeles o arcángeles, ni Gabriel o Miguel, sino el mismo Padre, y junto a Él el Paráclito, lo anunciaron desde el cielo, volando uno sobre Él y dejando el otro oír su voz que proclamaba la divinidad de Cristo. Con razón ha dicho el evangelista: *Hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre*. Y no sólo por estos sucesos, sino por cuantos los siguieron.

En adelante no habrán de anunciarnos esto sólo pastores o viudas o ancianos, sino la misma voz de la naturaleza, tan alto que excede el sonido de mil trompas y su eco alcanza en un instante los más recónditos rincones de la tie-

rra: *Su fama* —está escrito— *llegó hasta Siria*², haciéndolo conocido a todos y todo lo creado, proclamaba por doquier que había venido el rey del Universo. Los demonios huían precipitadamente. Sintiendo descubierto, el diablo se batía en retirada. La misma suerte quedaba tocada en aquel momento, y sería luego enteramente vencida. Todas las enfermedades eran curadas. Los sepulcros daban a luz a los muertos, los demonios abandonaban a los epilépticos, las enfermedades dejaban libres a sus víctimas. Y fue posible contemplar cosas admirables y sorprendentes, que con razón desearon ver los profetas, sin que llegaran a verlas. Fue dado ver ojos que eran de nuevo creados, y —admirable acontecimiento del que todos con razón hubieran querido ser testigos— vióse cómo creó Dios a Adán de la tierra, cosa de la que, a escala reducida, hizo Cristo una pequeña demostración valiéndose de la parte más noble del cuerpo humano. Además, miembros quebrantados y a veces enteramente separados del cuerpo, que eran curados y reincorporados en su lugar, manos paralizadas que recuperaban su movimiento, pies paralíticos que, de pronto, comenzaban a saltar, orejas de sordos que recobraban el oído, y lenguas, mudas ya, que prorrumpían en gritos. Como un experto arquitecto que restaurara una casa cuya vejez resultaba peligrosa, Él, para devolver al género humano su integridad primitiva, pues tenía con Él una naturaleza común, acomodó las partes rotas, reunió las separadas y desarticuladas, reconstruyó cuanto estaba en ruinas.

Y ¿qué decir de las curaciones del alma, mucho más sorprendentes que las del cuerpo? Mucho importa, ciertamente, la salud del cuerpo, pero mucho más la del alma, tanto más cuanto mejor es el alma que el cuerpo. Y no sólo por eso, sino porque, además, los cuerpos, por su naturaleza,

van allá donde quiere llevarlos su creador, sin oponerle ninguna resistencia. El alma, sin embargo, siendo dueña de sí y capaz de acciones libres, si no quiere, no obedece en todo a Dios. Dios no quiere que ella sea bella y virtuosa a su pesar, por fuerza o necesidad, pues eso no sería virtud, sino que quiere persuadirla para que llegue a ser tal libre y voluntariamente. Lo cual es un arte más difícil que el de curar los cuerpos.

Con todo, Cristo logró también eso, y así fue vencido todo género de mal. Igual que hizo que los cuerpos curados por Él no obtuvieran sólo la salud, sino un bienestar perfecto, así no se contentó sólo con librar a las almas del grandísimo peligro de los vicios, sino que además las condujo hasta las más altas cimas de la virtud. Convirtió en apóstol a un publicano. El perseguidor blasfemo y agresivo transformóse en el predicador de Cristo entre las naciones. Los magos se hicieron maestros de los judíos. Ciudadano del paraíso, el ladrón. La meretriz se distinguió por su fe. Y lo mismo la cananea y la samaritana, meretriz también esta última. De estas mujeres, una llegó a ser predicadora de la buena nueva entre sus conciudadanos y consiguió que toda su ciudad se acercara a Cristo y se convirtiera a Él. La otra, con su fe y devoción, logró que el maligno fuera expulsado del alma de su hija. Otros mucho peores aún fueron también acogidos en el grupo de los discípulos.

En fin, todo cambiaba de aspecto por completo. A las enfermedades del cuerpo y a las aflicciones del alma sustitúan la salud perfecta y la más probada virtud. Y no eran dos o tres hombres sólo quienes padecían esas transformaciones, ni cinco, ni diez, ni veinte, ni cien personas, sino ciudades enteras, naciones completas, y ello con facilidad suma. ¿Quién podrá describir convenientemente la sabiduría de los preceptos, la virtud de las leyes celestes, el buen orden de una manera de vivir angélica? Él instituyó para nosotros ese género de vida, y nos ha dado tales leyes y ha

fundado una sociedad tan perfecta, que todos cuantos se benefician de ella rápidamente se convierten casi en ángeles y, en la medida en que ello es posible a los hombres, se hacen semejantes a Dios aunque hasta entonces hayan sido los más pecadores de entre los hombres.

3. Por eso el evangelista, resumiendo todos estos prodigios obrados en el cuerpo, el alma y los elementos y además los mandamientos y los dones arcanos más sublimes del cielo, las leyes, las reglas de vida, la obediencia, la promesa de los bienes futuros y sus padecimientos, pronunció estas admirables palabras, en las que se contiene una doctrina admirable: *Y nosotros hemos contemplado su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. No son sus milagros lo único que nos llena de admiración por Él, sino también los padecimientos que soportó. Como cuando fue clavado en la cruz, flagelado, abofeteado y cubierto de salivazos, cuando ofreció su mejilla a las bofetadas de aquellos mismos a quienes Él había beneficiado. Pues también a propósito de esos hechos que aparentan ser ignominiosos es apropiada la cita de nuestro pasaje, que también a tales cosas llamó el evangelista «gloria». No se trataba sólo de manifestar su poder inmenso, sino también su providencia y su caridad. Pues fue destruida la muerte, borrada la maldición, confundidos los diablos, celebrado el triunfo sobre ellos, precisamente cuando, clavado en la cruz, allí canceló el quirógrafo del pecado.

Y mientras tales prodigios acontecían invisiblemente, otros se cumplieron visiblemente para mostrar que era el Hijo Unigénito de Dios y Señor de toda la naturaleza. Mientras su santo cuerpo pendía de la cruz, el sol ocultó sus rayos, tembló la tierra cubierta de tinieblas, se abrieron los sepulcros por causa de las tremendas sacudidas y una incontable multitud de muertos salió de ellos y acudió a la ciudad. Y permaneciendo unidas e intactas las piedras de su

sepulcro e inviolados los sellos, el muerto que había sido clavado en la cruz resucitó y envió a doce de sus discípulos, llenos de una extraordinaria virtud, a todos los hombres en todas las partes del mundo, para que se convirtieran en médicos universales de toda la naturaleza, corrigieran la vida moral, difundieran por doquier el conocimiento de las cosas celestes, destruyeran la tiranía de los demonios, enseñaran a los hombres la existencia de grandes bienes arcanos y nos anunciaran la inmortalidad del alma, la vida eterna reservada al cuerpo y, en fin, los premios que sobrepasan nuestra imaginación y que jamás tendrán fin. Teniendo presentes todas estas cosas y muchas otras, nuestro bienaventurado evangelista, aunque tenía de todas ellas un conocimiento pleno, no quiso escribirlas exhaustivamente, porque los libros en que se narraran no podrían caber en el mundo entero. Pues, en efecto, todas estas cosas, *si se escribieran una por una, creo que ni siquiera el mundo podría contener los libros que deberían escribirse*³. Por eso, al pensar en todo ello, exclamó: *Hemos contemplado su gloria, gloria como de Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.*

Los considerados dignos de ver y oír cosas tan grandes, los que han gozado de don tan extraordinario, deben observar un modo de vida digno de la fe que profesan, para poder un día gozar también de los bienes del más allá. Que nuestro Señor Jesucristo no vino sólo para que contempláramos su gloria aquí, sino para que veamos también su gloria futura. Por eso decía: *Quiero que donde yo esté, estén también ellos, para que contemplen mi gloria*⁴. Y si su gloria fue aquí tan espléndida y tuvo universal resonancia, ¿qué no habrá de ser aquella otra? No aparecerá en esta tierra corruptible, ni mientras estemos aún en estos cuerpos efí-

meros, sino en los cuerpos nuevos incorruptibles y perpetuamente jóvenes y dotados de tal esplendor que resulta imposible explicarlo con palabras. Dichosos, tres veces dichosos, muchas veces dichosos, los considerados dignos de ser espectadores de su gloria. De ella dice el profeta: *Váyase el impío, para que no contemple la gloria de Dios*⁵.

Mas no quiera el cielo que ninguno de nosotros se vea alejado, a fin de evitar que contemple la gloria de Dios. Si no lográramos esto, bien podríamos decir de nosotros mismos: más me valiera no haber nacido. ¿Para qué vivimos, para qué respiramos? ¿Qué será de nosotros si quedamos privados de aquella visión, si no nos es dado entonces contemplar la gloria de nuestro Señor? Si quienes no pueden ver la luz del sol arrastran una vida más miserable que la misma muerte, ¿qué pensáis que sufrirán quienes queden privados de aquella otra luz? En la vida terrena, cualquier pena es pasajera, mientras que en la futura no tendrá final. Si el castigo consistiera sólo en esto, aquel infierno no sería igual que la ceguera de la tierra, sino tanto más miserable cuanto más supera aquella luz a nuestro sol. Pero es que, además, debemos temer otro género de castigo. Porque quien nunca puede ver aquella luz, no sólo será expulsado a las tinieblas exteriores, sino que arderá por toda la eternidad, sin nunca consumirse, y rechinarán sus dientes y sufrirá tormentos de toda suerte.

No seamos, pues, tan descuidados en lo que mira a nuestras almas, llegando a precipitarlas en el lugar de los eternos castigos, por culpa de unos momentos de negligencia y de pereza. Antes muy por el contrario, velemos, permanezcamos sobrios, busquemos obrar y comportarnos siempre de modo que podamos obtener el disfrute de esos bienes y mantenernos apartados del río de fuego, que con gran fra-

gor discurrirá ante aquel tribunal. Una vez que se haya caído en él, allí deberá permanecerse inevitablemente para siempre, sin que nadie pueda librar a otro de aquel suplicio, sea padre, madre o hermano. Así nos lo advierten los profetas. Uno de ellos nos dice: *No redime el hermano ¿y habrá de resucitar uno cualquiera?*⁶. Y Ezequiel desarrolla más ampliamente esa idea con las siguientes palabras: *Aunque estuvieran presentes aquí Noé, Job y Daniel, no conseguirían salvar a sus hijos e hijas*⁷.

Por eso, meditando y repensando siempre entre nosotros en estas cosas, purifiquemos nuestra vida y hagámosla inmaculada, para que podamos permanecer con confianza en la presencia del Señor y conseguir los bienes que nos han sido prometidos, por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 13

Juan da testimonio de Él y grita: era de Él de quien decía: «el que viene detrás de mí me precede porque era antes que yo»

1. ¿Corremos, tal vez, en vano y en vano nos fatigamos? ¿Esparcimos nuestra semilla encima de las piedras, o en el camino, o sobre espinas? Padezco ansiedades y estoy temeroso de que mi trabajo no sea útil, aunque no por ello padecerá detrimento ni recompensa, pues no es la misma la condición de los maestros y la de los campesinos. El agricultor, tras fatigas que se prolongan a veces durante muchos años, después de muchos trabajos y sudores, si la tierra no produce un fruto digno de tales esfuerzos, no podrá recibir alivio por ningún otro medio. Avergonzado y triste, regresará a su casa con su mujer e hijos y no podrá pagar a sus jornaleros lo que al trabajo del día corresponda.

Nada de eso, sin embargo, habrá de sucederme a mí. Aunque mi campo no ofrezca ningún fruto, cuando muestre todo mi trabajo, el Señor de la tierra y de quien la cultiva no permitirá que quede defraudada mi esperanza, sino que me recompensará. *Cada uno* —dice el Apóstol— *recibirá su recompensa según su trabajo*², no según el resultado de sus fatigas. Y que así son las cosas nos lo confirma tam-

bién el profeta cuando dice: *Tú, hijo del hombre, da testimonio ante este pueblo, si es que quieren escucharte y comprenderte*³. También en Ezequiel se enseña lo mismo. Si el profeta predice qué se debe evitar y qué buscar, salva su alma, aunque nadie le escuche⁴.

A pesar de lo cual, a pesar de tener tan seguro consuelo y de estar cierto de que he de recibir mi recompensa, cuando compruebo que no sacáis provecho de mi trabajo, mi estado de ánimo no está mejor que el de los campesinos que gimen, lloran y enrojecen de vergüenza. El cariño que como maestro os profeso y la solicitud paternal que experimento por vosotros hacen que tenga los mismos sentimientos de dolor y vergüenza. También Moisés, aunque habría podido librarse de la ingrata nación de los judíos y obtener un imperio mayor y más espléndido sobre otro pueblo, pues Dios le había dicho: *Deja que los destruya y te pondré al frente de una nación mayor que ésta*⁵, siendo un santo siervo de Dios y amigo generoso de su pueblo, no se avino a ese consejo, sino que prefirió perecer al lado de aquéllos que una vez le habían sido confiados, mejor que salvarse sin ellos y ser elevado a una dignidad más alta. Así ha de ser también cualquiera a quien se confíe el cuidado de las almas. Si un padre que tiene hijos malvados no quiere tener por hijos a otros que los suyos, sería absurdo cambiar continuamente de discípulos y tener cuándo unos, cuándo otros, cuándo, aún, unos terceros, mostrando así que no se posee ninguna amistad verdadera ni ningún buen sentimiento hacia nadie.

Lejos de mí pensar nada semejante respecto a vosotros. Máxime cuando confío en que lleguéis a abundar en la fe en Jesucristo, nuestro Señor, y en la mutua caridad hacia todos⁶, pero digo todo esto para acrecentar vuestro celo y

porque me preocupa que todos juntos, vosotros y yo, hagamos a diario progresos en el camino de la virtud. Así podrá vuestro entendimiento penetrar la profundidad de estas palabras, a no ser que la malicia oscurezca vuestros ojos y haga desaparecer la agudeza de vuestra visión.

¿Qué nos es propuesto hoy? *Juan da testimonio de él y grita: era de él de quien decía: «el que viene detrás de mí me precede porque era antes que yo»*. El evangelista cita a cada paso a san Juan y a menudo se sirve de su testimonio. No hace esto sin motivo, sino con gran sabiduría. Como los judíos sentían muchísima estima por este hombre, cuenta, en efecto, Flavio Josefo que después de su asesinato estalló la guerra y que, por su causa, la que había sido una metrópoli fue abocada a no ser ni siquiera una ciudad, y se extiende en un largo discurso en elogiar sus virtudes; estando así las cosas, el evangelista, para mover a los judíos a avergonzarse de lo que había hecho, les recuerda con frecuencia el testimonio del Precursor. También cada uno de los demás evangelistas, después de hacer referencia a los antiguos profetas, avalan todos los hechos mediante su testimonio. Cuando nació Cristo, se dice: *Todo esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: he aquí que una virgen concebirá y dará a luz...*⁷. Cuando se tramaba contra su vida y se le buscaba encarnizadamente por todas partes, siendo decretada por Herodes una matanza de niños de tierna edad, citan la predicación que mucho tiempo antes había hecho Jeremías, diciendo: *Una voz se oyó en Ramá, lamentos, llantos y gritos de Raquel que llora a sus hijos*⁸. Y cuando regresó de Egipto, citan al profeta Oseas: *De Egipto llamé a mi hijo*⁹. Y así siempre. Nuestro evangelista, sin embargo, aduce un testimonio más preciso y actual,

pues habla de cosas más sublimes que las tratadas por los demás. Por eso no recurre sólo a los profetas pasados, sino al que viviendo aún designó al Señor presente entre nosotros y lo bautizó. Y lo cita a menudo, no porque crea que por su testimonio se hace el Señor digno de fe, sino en atención a la debilidad del auditorio. Así como Cristo no habría sido recibido ni acogido de no haber asumido la apariencia y la naturaleza de un siervo, así, de no haber preparado los oídos de los siervos con la voz de un compañero de cautiverio, la mayor parte de los judíos no habría dado acogida a su predicación.

2. Aparte de lo cual, la divina Providencia había dispuesto otra cosa grande y admirable. Puesto que quien habla de sí mismo grandes cosas, habitualmente se hace sospechoso a los demás y les da fastidio, es costumbre que se presente otro que da testimonio de él. Por otra parte, la gente suele acudir en masa cuando oye una voz que le resulta familiar y amiga, precisamente porque la conoce bien. Por eso, mientras que la voz del cielo se oyó solamente una o dos veces, la del Bautista resonó con frecuencia. Quienes estaban por encima de la debilidad del común, no se dejaban influir por cualquier cosa sensible, estando, sin embargo, dispuestos a escuchar una voz sobrenatural, no tenían necesidad de voces humanas. Obedecían y se dejaban fácilmente guiar por la voz sobrenatural. Quienes, por el contrario, estaban apegados a las cosas terrenas e inmersos en la profunda niebla que de ella emana, estaban también necesitados de una voz más humilde.

Por eso, san Juan, que estaba por completo desapegado de las cosas sensibles, no tuvo necesidad de ser ilustrado por maestros humanos, sino que lo fue directamente por el cielo. Él mismo dice: *Quien me mandó a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien ves descender y posarse el Espíritu, ése es.* Pero los judíos, espiritualmente inmaduros aún, no

podían elevarse a esa altura y necesitaban a un hombre como maestro, hombre que no anunciaba una doctrina propia, sino las verdades celestes.

¿Qué se nos dice aquí? *Da testimonio de Él y grita...* ¿Qué quiere decir «grita»grita~? Significa que predica abierta, libremente, sin miedo ninguno. ¿Qué atestigua, qué grita? *Era de él de quien decía: «el que viene detrás de mí me precede porque era antes que yo»*. Como en el mundo de los pájaros las madres no enseñan a sus pequeños el arte de volar de repente y en un día, sino que antes los llevan saltando hasta fuera del nido, los dejan reposar allí y después de nuevo los incitan a volar para al día siguiente hacer ejercicios de vuelo más prolongados, de suerte que, poco a poco y casi insensiblemente, les acostumbran a alcanzar las mayores alturas que sus fuerzas les permiten, así también, por su parte, el bienaventurado san Juan no condujo a los judíos de repente hasta lo más sublime, sino que los enseñó a separarse de la tierra, al principio mediante un corto vuelo, cuando dijo que Cristo era mejor que él. Era cosa de suma importancia que sus oyentes admitieran que Aquel a quien aún no habían visto, Aquel que todavía no había obrado ningún milagro, era superior a san Juan, tan admirado y de tanto renombre, a quien todos acudían tomándolo por un ángel. Entretanto, san Juan buscaba convencer a sus oyentes de que Aquel en favor del cual él daba testimonio era mayor que su testigo, que el que había de venir tras esos sucesos era mayor que quien desde el comienzo estaba en su centro y que quien aún no había hecho su aparición era mayor que quien gozaba ya de celebridad y renombre.

Mirad con qué prudencia da su testimonio. No lo señala sólo cuando se presenta, sino que lo había predicado ya antes de su venida. Las palabras revelan eso precisamente. Y nos lo confirma san Mateo cuando dice: *A quienes acudían a él les decía: yo os bautizo con agua, pero quien viene*

*detrás de mí es más fuerte que yo y yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*¹⁰.

¿Por qué hizo eso ya antes de que apareciera? Para que se aceptara su testimonio en favor de quien estaba para aparecer y estuviera ya preparada el alma de sus oyentes gracias a lo que se decía de Él y para que no restaran credibilidad a sus palabras sus sencillos vestidos. Si no hubieran oído ya, antes de verlo, alguna cosa de Cristo mediante un testimonio tan admirable y eficaz, la humildad de su apariencia habría sido enseguida tomada como una contradicción con la grandeza de sus palabras. Pues Cristo llevaba habitualmente una ropa tan sencilla y semejante a la de los pobres, que incluso las mujeres samaritanas, las meretrices y los publicanos se le aproximaban y le dirigían la palabra con la mayor libertad y confianza.

3. Como ya he señalado, si hubieran oído esas palabras sólo en el momento en que lo veían, habrían tomado a risa el testimonio de san Juan. Pero como ya las habían escuchado muchas veces antes de que Cristo apareciera, y por eso, gracias a cuanto se les había dicho, estaban ya preparados y deseosos de verlo, sucedió todo lo contrario. Cuando vieron a Aquel en favor del cual se daba testimonio, no rechazaron su doctrina, sino que, gracias a la fe que habían concebido en cuanto les había sido predicado, lo creyeron todavía más glorioso y más grande.

Y por lo que respecta a la expresión «quien viene detrás de mí», equivale a «quien predicará después de mí», y no solo «el que será detrás de mí». Así lo entiende san Mateo, que pone «detrás de mí viene un hombre», refiriéndose no a su nacimiento de María, sino al comienzo de su predicación. Si estuviera refiriéndose al nacimiento no habría dicho

«viene», sino «vino», pues Cristo ya había nacido cuando san Juan decía eso.

Y ¿qué significan las palabras «me precede»? Que es más importante y más digno de gloria. No creáis que por haber venido yo antes que Él a predicar soy mayor que Él. Le soy con mucho inferior, y tan pequeño a su lado que no soy digno ni siquiera de ser su siervo. Eso significan las palabras «me precede», que es lo mismo que expresa san Mateo en otros términos diciendo: *no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*. Que la expresión «me precede» no tiene ninguna relación con el nacimiento de Cristo lo prueba ese añadido, pues si hubiera querido significar aquello habría sido superfluo agregar: *porque era antes que yo*.

¿Quién hay tan insensato que ignore que quien nace antes que él es antes que él? Si, por otra parte, esas palabras se refieren a la existencia del Verbo antes de los siglos, su significado, a la postre, sería éste: «Quien viene después de mí fue engendrado antes que yo». Por el contrario, la expresión carecería de lógica y la causa no habría sido puesta en su lugar correspondiente. Si hubiera querido decir eso, habría debido poner justamente lo contrario: «Quien viene después de mí era antes que yo porque fue engendrado antes que yo». Que uno sea anterior a otro tiene como causa el haber nacido antes que él. Pero el haber nacido primero no significa necesariamente que se sea anterior.

Cuanto decimos tiene por base la lógica más rigurosa. Vosotros sabéis de sobra que no es en las cosas evidentes, sino en las oscuras en las que se necesita aducir la causa. Por consiguiente, si este razonamiento atendiera a la sustancia, sería evidente que el nacido primero debe ser el primero. Pero como trata de una precedencia de honor, resuelve bien una dificultad que parecía insuperable. Es, en efecto, verosímil que a algunos se les presenten dudas razonables acerca de la posibilidad de que quien viene detrás sea, en realidad, el primero, o sea, que se le tenga por digno

de mayor honor. Pero el evangelista nos da inmediatamente la causa que soluciona ese problema: *porque era antes que yo*. Cristo —dice— no se ha hecho anterior a mí porque haya crecido cumpliendo un progreso y relegándome al segundo lugar a mí, que era el primero, sino que *era antes que yo*, aunque haya aparecido después.

Y preguntaréis: ¿Cómo es posible que ese discurso se refiera a su venida gloriosa y a los honores que le están reservados, si habla de todo ello como si ya estuviera cumplido, cuando en realidad aún no se habla realizado? Porque no dice «vendrá», sino *vino*. En realidad se trata de una costumbre profética. Ya los profetas hablaban a veces de las cosas venideras como si se hubieran cumplido. Por ejemplo, Isaías, al hablar de la muerte del Señor, no dijo: «Será conducido como oveja al matadero», teniendo presente que era algo futuro, sino: *fue llevado como oveja al matadero*¹¹, aunque todavía no se había encarnado. Y anunciando la crucifixión, David no dijo: «traspasarán mis manos y mis pies», sino: *han traspasado mis manos y mis pies, y: se han dividido mis vestidos y han echado a suertes mi túnica*¹². Y más adelante, aludiendo al traidor, que aún no había nacido, se expresa así: *Quien comía de mi pan tramó una traición contra mí*¹³. Y de modo semejante, aludiendo siempre a lo sucedido durante la crucifixión, dice: *Para comer me dieron hiel y para mi sed me dieron a beber vinagre*¹⁴.

4. ¿Queréis que sigamos citando todo lo que sigue, o basta con esto? Creo que basta, pues aunque no hayamos examinado el pasaje con demasiada amplitud, lo hemos analizado con gran intensidad. Y no es menor la fatiga de lo segundo que la de lo primero. Por lo demás, temo aburri-

ros si me entrego en este asunto de manera imprudente. Por eso, pongamos ya fin a nuestro discurso, pues va siendo hora.

¿Cuál es la conclusión de que de todo esto se sigue? La de dar a Dios la gloria debida, y no sólo de palabra, sino con las obras. Dice el Señor: *Resplandezca vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*¹⁵. Nada hay, queridos hermanos, más espléndido que una conducta óptima. Por eso dice uno de los sabios: *Los caminos de los justos resplandecen como la luz*¹⁶. Ciertamente resplandecen, y no sólo por quienes con sus obras encienden la luz al caminar por el camino recto, sino también por sus vecinos.

Pongamos aceite en estas linternas para que su llama crezca y se haga más intensa. Este aceite no es ahora sólo cuando goza de gran fuerza, sino que también en la época en que estaban en vigor los sacrificios demostró admirablemente su poder. Pues está escrito: *Quiero aceite, no sacrificio*¹⁷. Y eso con razón: aquel altar era de un material inanimado, mientras que el nuestro es espiritual. Cualquier cosa que se pusiera encima de los altares antiguos era consumida por el fuego, reducida a cenizas y dispersada, mientras el humo desaparecía convirtiéndose en aire. Por el contrario, no sucede lo mismo en este nuevo altar, en el que produce fruto cuanto sobre él se pone. A eso se refiere también san Pablo. Cuando describe los tesoros destinados por los corintios a socorrer a los pobres, dice: *La resolución de este piadoso encargo no atiende sólo a las necesidades de los santos, sino que es además fuente de inagotables acciones de*

*gracias a Dios*¹⁸. Y también: *Ellos glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al Evangelio de Cristo y por la generosidad con que hacéis partícipes de vuestros bienes a ellos mismos y a todos, y con las plegarias que hacen por vosotros os demuestran cuánto os aman*¹⁹. ¿Veis cómo no cesa de dar gracias a Dios y de alabarle y de exhortar a quienes han recibido tantos beneficios para que sean más fervorosos en la caridad?

Por eso, queridísimos, sacrifiquemos, sacrifiquemos a diario sobre este altar. Éste es un sacrificio mayor que las plegarias, que el ayuno y que muchas otras prácticas devotas, a condición de que provenga de una ganancia justa, de un trabajo honesto y no sea producto de la usura, el robo o la violencia. Dios acepta estas ofrendas, pero detesta y odia las otras, pues no quiere ser honrado al precio de los sufrimientos de otros. Impuro y profano es un sacrificio de ese género, y más que aplacar a Dios, lo irritará. Por ello debemos hacer todos los esfuerzos necesarios para evitar que, bajo el falso nombre de culto, ofendamos al mismo a quien queremos honrar.

Si Caín, por ofrecer cosas de mala calidad, aun sin haber ofendido a nadie, recibió por ello el más grave castigo, ¿no padeceremos nosotros penas mayores por ofrecer sacrificios que sean producto de la usura o el robo? Dios nos ha explicado el motivo de este mandamiento, que es el acostumbrarnos a tener misericordia de nuestros semejantes, a no aprovecharnos de ellos. Quien roba a su prójimo y da a los demás el fruto de su rapiña, no hace una obra de misericordia, sino que perjudica a los otros y comete la mayor de las injusticias. Como nunca la piedra producirá aceite, nunca la crueldad producirá humanidad. Cuando sea ésa su fuente, dar a los pobres nunca es limosna. Os conjuro, por ello,

a que no os preocupéis solamente de dar limosna a los pobres, sino a que, además, cuidéis de que no sea fruto de la rapiña. Pues *si uno reza y otro no, ¿a cuál de los dos deberá escuchar el Señor?*

Si nos comportamos de ese irrepreensible modo, podremos obtener de la gracia de Dios la efusión de su bondad y misericordia sobre nosotros, el perdón de todos los pecados que en tan prolongado tiempo hayamos cometido y la huida del río de fuego. Quiera el cielo que, escapados a ese río, podamos todos alcanzar un día el reino de los cielos, por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 14

De su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia

1. Decíamos hace poco que san Juan, para disipar las dudas de los que se preguntaban por qué Cristo, que vino a predicar después del Bautista, era anterior a él y más glorioso, había añadido estas palabras: *porque era antes que yo*. Ésa es una causa. Pero, además, se señala otra, y es de lo que ahora vamos a tratar. ¿Cuál es? *De su plenitud —dice— todos hemos recibido gracia tras gracia*. Y añade otra tercera. ¿Cuál? *Porque la ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos fueron traídas por Jesucristo*².

Me preguntaréis: ¿Qué significan las palabras: *de su plenitud todos hemos recibido*? Ahora vamos a comentar ese pasaje. Cristo, dice san Juan, no tiene a nadie que coopere con Él en la efusión del don divino, sino que Él es la fuente y la raíz de todos los bienes, Él la vida misma, la luz misma, la misma verdad y quien no conserva avaramente para sí la abundancia de todo bien, sino que los distribuye a todos y, después de esto, sigue, sin embargo, siendo aún sobreabundante en todo. Nada pierde por distribuirlos a los demás, sino que, haciendo surgir de sí siempre dones nuevos para donarlos a los otros, Él conserva siempre la misma perfección. Los bienes de que yo gozo recibidos de Él, com-

parados con los suyos, son sólo una mínima gota de agua en la profundidad del océano. Y ni siquiera este ejemplo sirve para exponer adecuadamente el concepto que intento explicaros. Porque si se toma una gota de agua del mar, de hecho con eso haces disminuir el mar, si bien esa disminución es imperceptible. Pero no puede decirse lo mismo de una fuente. Por mucho que te lleves de ella, permanece siempre igual. Recurramos a otro ejemplo, aunque siga siendo siempre defectuoso e inadecuado para explicar enteramente la cuestión de que tratamos. Pero nos ayuda a aproximarnos a su solución más que el primer ejemplo que hemos puesto.

Supongamos que hubiera una fuente de fuego y que en ella se encendieran mil, dos mil, tres mil linternas. Incluso más. ¿No seguiría conservando el fuego toda su intensidad, a pesar de haber hecho partícipes de su poder a otras tantas antorchas? Es evidente que sí. Pues si en los cuerpos divisibles, que padecen disminución por la sustracción de una de sus partes, se encuentra un hecho de esta naturaleza, a saber, que a pesar de participar a los demás lo que a ellos les pertenecía, no disminuyen, con mayor razón podrá suceder eso en aquella potencia que es incorpórea e inmortal. Si un compuesto material, un cuerpo, después de haber sido dividido, no aparece como tal, es evidente que con mayor probabilidad podrá suceder lo mismo cuando se trate de una energía y, particularmente, si se trata de la energía de una sustancia incorpórea.

Por eso decía san Juan: *De su plenitud todos hemos recibido*, sumando su testimonio al del Bautista. Porque las palabras: *de su plenitud todos hemos recibido*, se dicen a propósito del discípulo, no a propósito del Bautista. Significan: «No penséis que quienes hemos vivido mucho tiempo con Él y hemos compartido con Él la misma mesa, hemos sido testigos sólo de algunas gracias. San Juan, que no lo había visto nunca antes y que no había vivido en su compañía,

sino que se limitó a bautizarlo, al verlo con los demás, como de Él lo había recibido todo, exclamó: *Era antes que yo*. Todos nosotros, doce, trescientos, quinientos, tres mil, cinco mil, millares de judíos, la totalidad de los fieles que fueron entonces, que ahora son y que vendrán después de nosotros, todos hemos recibido de su plenitud. ¿Qué hemos recibido? Gracia tras gracia. ¿Qué gracia tras qué gracia? En lugar de la antigua, la nueva. Igual que hay justicia y justicia. *Según la justicia* —dice el Apóstol—, *que proviene de la Ley, hecho irreprochable*³. Como también hay fe y fe: *De fe en fe*⁴. Y hay adopción y adopción: La adopción de los cuales...⁵, dice el mismo Apóstol. Y también, igualmente, gloria y gloria: *Si lo que es pasajero está acompañado de la gloria, mucho más estará en la gloria lo que es duradero*⁶. Hay también ley y ley, pues, en efecto, san Pablo dice en otro lugar: *La ley del espíritu de vida me ha libertado*⁷. Y también culto y culto: *El culto de los cuales...*, dice el Apóstol. Y en otro lugar: *Adorando a Dios en espíritu*⁸. Hay también pacto y pacto: *Estableceré con vosotros un nuevo pacto de alianza, no como el que establecí con vuestros padres*⁹. Y santificación y santificación, bautismo y bautismo, sacrificio y sacrificio, circuncisión y circuncisión. Pues igualmente hay gracia y gracia. Pero algunas cosas son prefiguraciones y otras, en cambio, hacen presente la realidad. Se trata de cosas homónimas, no sinónimas». En los dibujos y retratos se llama hombre tanto a la figura pintada en blanco y negro como al hombre real, coloreado con sus propios colores naturales. También en las estatuas, son llamados hombres la arcilla y el oro. Pero en los primeros casos se

trata sólo de representaciones y en el segundo se trata de la realidad.

2. Por eso, de la semejanza de nombres no podéis concluir que las figuras se identifican con las realidades representadas, si bien no son por completo diferentes de la realidad. Pues por el hecho mismo de ser figuras, alguna cosa tenían en común con lo que representaban. Mas como no eran sino sombras, eran evidentemente inferiores a la realidad.

¿Cuál es la diferencia existente entre esas cosas diversas? ¿Preferís que hablemos de una sola de estas cosas o de las dos? De ese modo todo lo demás aparecerá claro. Comprobaremos cómo unas fueron mandamientos de chiquillos y las otras de hombres hechos y derechos. Que las primeras fueron establecidas por los hombres y las segundas por los ángeles. ¿Por cuáles vamos a empezar? ¿Queréis que empecemos por el significado de la adopción? ¿Qué diferencia hay entre una y otra? La primera lo era sólo de nombre, la segunda también de hecho. De aquélla se dijo: *Os digo: sois dioses e hijos del Altísimo*¹⁰. Respecto a ésta leemos: *Son nacidos de Dios*. ¿Cómo y por qué razón? Por medio del lavado de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo. Aquéllos, después de haber sido llamados hijos, conservaban el espíritu de esclavitud, pues, siendo siervos, se mantenían en ese ape-lativo. Nosotros, hechos libres, hemos recibido tal honor no sólo de nombre, sino realmente. Por eso decía san Pablo: *No habéis recibido de nuevo el espíritu de servidumbre en el temor, sino el espíritu de adopción como hijos, en el cual clamamos: Abbá, Padre*¹¹. Engendrados de lo alto y, por así decirlo, recreados por segunda vez, hemos sido llamados hijos.

Quien sepa valorar los diferentes grados de santidad entre una y otra persona, advertirá las grandes diferencias existentes

en este caso. Aquéllos eran llamados con ese nombre en la medida en que no adoraban a los ídolos, ni fornicaban, ni cometían adulterio. Nosotros nos hacemos santos no sólo por abstenernos de tales cosas, sino por poseer virtudes mayores. Además, obtenemos ese don, sobre todo, por la presencia del Espíritu Santo en nuestras almas y también porque nuestra vida es mucho más virtuosa que la de los judíos.

Y para que no penséis que mis palabras han sido pronunciadas con precipitación, escuchad lo que les dice el Señor: *No os lavéis con agua lustral ni purifiquéis a vuestros hijos, porque sois un pueblo santo*¹². Para ellos la santidad consistía en abstenerse de prácticas idolátricas. No es así entre nosotros, sino que hemos de atenernos a lo que dice el Apóstol: *Para que sea santa en el cuerpo y en el espíritu*¹³. *Buscad la paz y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor*¹⁴. Y también: *Perfeccionándoos en la santidad en el temor del Señor*¹⁵.

La palabra «santo» no puede significar lo mismo en todos los casos en que es empleada. Dios es llamado santo, pero no del mismo modo que nosotros. Cuando el profeta oyó que los serafines pronunciaban esa palabra, exclamó: *¡Ay de mí, pues soy un hombre de labios impuros que habita en medio de un pueblo de labios impuros!*¹⁶. Y sin embargo el profeta era puro y santo. Pero comparados con la santidad del cielo, todos somos impuros. Santos con los ángeles, los arcángeles, los querubines y los serafines, pero entre nosotros y las potencias celestes hay una gran diferencia en lo tocante a la santidad.

Podría citar muchos otros ejemplos, pero veo que mi discurso se está haciendo demasiado largo. Desistiré, por

eso, de ulteriores exposiciones acerca de este asunto, encomendándoos a vosotros la misión de estudiar los demás aspectos de este punto. Volviendo sobre él, ya en casa, muy bien podéis vosotros percibir las diferencias y hacer las consideraciones pertinentes en los demás casos. Dice la Escritura: *Da ocasión al sabio y se hará más sabio*¹⁷. También ahora he puesto yo el fundamento. A vosotros os toca llegar hasta el final, pues yo tengo que retomar ahora la exposición de este pasaje, hasta llegar a su conclusión.

Después de decir: *de su plenitud todos hemos recibido*, el evangelista añade: *gracia tras gracia*, aludiendo a que también los judíos fueron salvados por medio de la gracia. No os he elegido —dice el Señor— porque os hayáis multiplicado, sino en gracia a vuestros padres. Si fueron elegidos por Dios, pero no por sus méritos, es evidente que sólo por la gracia obtuvieron ese honor.

También nosotros hemos sido salvados por la gracia. Pero no del mismo modo, porque la salvación se ha cumplido en nosotros de manera mucho más grandiosa y sublime. La gracia no nos ha sido dada en la misma medida que a ellos. No sólo se nos ha concedido el perdón de los pecados, cosa que también ellos gozaron, pues todos pecaron, sino que, además, se nos ha dado la justicia, la santidad, la adopción y la gracia del Espíritu Santo, mucho más espléndida y abundante. Merced a esa gracia, nos hemos hecho gratos a Dios, y no como siervos, sino como hijos y amigos.

Por todo eso dice el evangelista: *gracia tras gracia*. También los beneficios aparejados a la ley provenían de la gracia. Y lo mismo nuestra creación de la nada, porque no recibimos ese beneficio como recompensa a ningún mérito nuestro precedente. ¿Cómo podría ser ello, si antes ni si-

quiera existíamos? Fue sólo porque Dios siempre nos beneficia primero. Y no fue por su parte una grandísima gracia y un acto de su infinita misericordia sólo el habernos creado de la nada, sino también el que, tras haber sido creados, hayamos sido puestos en condiciones de aprender qué debemos hacer y el haber alcanzado el conocimiento de la ley natural, como también el haber puesto en nuestro interior, desde el momento en que nos creó, ese insobornable tribunal que es la conciencia. Igualmente obra de la gracia fue el restablecimiento de esa ley, una vez corrompida, que fue hecho mediante la promulgación de la ley escrita. En estricto rigor de justicia, quienes habían violado la ley que una vez les había sido dada, habrían debido ser castigados con penas ejemplares, cosa que no sucedió, sino que, por el contrario, se les otorgó la posibilidad de enmendarse y de obtener un perdón que no se les debía, sino que les fue ofrecido por misericordia y gracia.

Y para ratificaros en que todo esto provino de la gracia, escuchad lo que dice el profeta David: *El Señor cumple obras de misericordia y hace justicia a todos los oprimidos. Dio a conocer sus caminos a Moisés y a los hijos de Israel su voluntad*¹⁸. Y también: *Bueno y justo es el Señor: por eso dará la ley a quienes se hayan extraviado del camino*¹⁹.

3. La promulgación de la ley fue, por tanto, un acto de misericordia, de piedad y de gracia por parte de Dios. Por eso, después de decir: *gracia tras gracia*, insistiendo con más fuerza en la grandeza de los dones, el evangelista añade: *La ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos fueron traídas por Jesucristo*.

Observad cómo gradual e insensiblemente, con una sola frase, tanto san Juan Bautista como el discípulo llevan a sus

oyentes al conocimiento de las cosas sobrenaturales, tras haberlos ejercitado en las más humildes. El primero, tras presentar a quien es incomparablemente superior a todos, pone de relieve su excelencia diciendo: *el cual me precede*, para añadir luego: *era antes que yo*. El segundo, por su parte, pone de relieve la excelencia del Unigénito de forma aún más acentuada, aunque siempre inadecuada a su dignidad. No lo compara a san Juan, sino a quien entre los judíos gozaba de un crédito mucho mayor que san Juan, a Moisés. Pues dice: *La ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos fueron traídas por Jesucristo*.

Pero observad su perspicacia: no hace aquí una disertación sobre la persona, sino sobre las obras. Como éstas demostraban por sí solas su superioridad, aquellos ingratos habrían debido aceptar ineludiblemente su juicio y su parecer acerca de Cristo. Cuando las obras dan testimonio, como no puede sospecharse que quieran favorecer o perjudicar a nadie, se cuenta con una prueba irrefutable incluso para los más reacios a aceptar la verdad. Pues las obras son por todos perceptibles y permanecen como sus autores las hayan hecho, por lo que están libres de cualquier sospecha.

Caed, por otra parte, en la cuenta de lo sencilla que es la comparación que pone, para así salir al encuentro incluso de los más débiles. No ensalza con palabras altisonantes esa excelencia, sino que la da a conocer valiéndose de términos desnudos y carentes de adornos, contraponiendo los conceptos de «gracia» y «verdad» al de «ley» y la expresión «nos fue traída» a la de «fue dada». Es muy grande la diferencia entre esas dos expresiones. La frase «la ley fue dada» convenía a quien, siendo siervo, da lo recibido de otro a aquéllos a quienes se le ordena que lo dé. Pero la frase «la gracia y la verdad nos fueron traídas...» conviene a un rey que con autoridad propia remite todos los pecados y lleva personalmente su don. Por eso Cristo decía: *Te son perdo-*

*nados tus pecados*²⁰. Y también: *Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados —dijo al paralítico—: yo te lo mando: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*²¹.

¿Veis como es Él quien personalmente procura la gracia? Y daos cuenta de que eso mismo sucede con la verdad. Este episodio y el del ladrón, igual que el don del bautismo y el de Espíritu Santo que por medio de Él se entrega, manifiestan, junto a muchas otras cosas, el don de la gracia, cuya verdad más claramente comprenderemos si hemos aprendido bien sus prefiguraciones. Porque los acontecimientos que debían realizarse en el nuevo pacto de la alianza habían sido ya descritos anticipadamente en las prefiguraciones, del modo que de éstas es propio. Y Cristo, una vez entre nosotros, los cumplió.

Veamos, por tanto, en pocas palabras, esas figuras. No es éste el momento de repasarlas todas. Pero mediante las pocas de que voy a hablaros comprenderéis el significado de las demás. ¿Queréis que comencemos por la misma Pasión? ¿Qué dice su figura? «Tomad un cordero por cada casa e inmoladlo y hacedlo todo como ordenó y estableció el Señor»²². Cristo, sin embargo, no obró así ni dispuso que se repitiera esa acción, sino que se ofreció a si mismo como oblación y víctima al Padre.

4. Observad ahora cómo la figura fue dada por Moisés y la verdad nos ha sido entregada personalmente por Cristo. Cuando los amalecitas trabaron batalla con los hebreos, las manos de Moisés fueron sostenidas en el Sinaí para que se mantuvieran en alto. Aarón y Or las sostenían. Cristo, por el contrario, mantuvo elevadas sus manos por sí mismo

en la cruz. ¿Veis como la figura fue dada y la verdad traída? La ley decía también: *Maldito quien no permanezca fiel a lo escrito en este libro*²³. ¿Qué dice la gracia? *Venid a mí cuantos estéis cansados y afligidos y yo os aliviaré*²⁴. Y san Pablo: *Cristo nos rescató de la maldición de la ley haciéndose maldición por nosotros*²⁵.

Puesto que nos beneficiamos de tan abundantes gracias y tan luminosa verdad, en razón de tan grandes beneficios os conjuro para que nunca os abandonéis a la inercia. Cuanto mayor es el honor que el Señor se ha dignado concedernos, mayor es la virtud que estamos obligados a exhibir. Quien ha recibido poco, por poco lo cambia, y no debe ser muy castigado por ello. Pero quien habiendo alcanzado los mayores honores se deja corromper por regalos mezquinos y de poco precio, se hace acreedor a un castigo que sea mucho más grave. Mas ¡lejos para siempre de mí la sospecha de que vosotros podáis hacer cosa semejante! Confío en que, con la ayuda del Señor, habréis elevado vuestras almas hasta el cielo como si estuvieran aladas, que las hayáis separado de la tierra y que, aun permaneciendo en el mundo, no os mezcléis demasiado con las cosas mundanales.

Sin embargo, aunque albergo esa confianza, nunca cese de recomendaros constantemente las mismas cosas. Que también en las competiciones profanas, los espectadores no cesan de animar no a los que se hallan postrados en el suelo y caídos, sino a los que luchan y combaten con tenacidad y esfuerzo. A los excluidos de la victoria porque han caído y no son capaces de levantarse por mucho que se les anime, se los deja que sigan caídos para que no se cansen en vano. En mi caso, sin embargo, debo alimentar siempre esperanzas, y no sólo por vosotros que estáis en pie y veláis, sino

también por los caídos, siempre y cuando estén dispuestos a volverse a levantar. Por eso hago de todo: rezo, os exhorto, os riño, os amonesto, os alabo. Y todo para lograr vuestra salvación. Por eso, no os molestéis ante mis repetidas exhortaciones a que mejoréis vuestra vida. No hablo así para reprocharos el pecado de pereza, sino que os amonesto lleno de esperanza. Y dirijo mis palabras, las actuales y las que pueda decir en adelante, no sólo a vosotros, sino también a mí. Que también yo tengo necesidad de estas enseñanzas. Aunque sea yo quien las diga, nada impide que también a mí me vengan bien. La predicación, ciertamente, corrige a quien está entregado al pecado. Pero a quien es justo y vive apartado del vicio, le ayuda a progresar. Se trata de la misma receta, y a disposición de todos están las medicinas. Pero la cura no es la misma, sino la que cada uno elige según más le conviene. Por eso, quien toma la medicina adecuada, se alegra de ello, y quien descuida su herida, acrecienta su mal y se pone en peligro de que desemboque en un fatal resultado. Por eso, que no nos moleste recibir la visita del médico. Alegrémonos de ella, aunque el tratamiento prescrito sea causa de agudos dolores. Más adelante habrá de procurarnos un fruto sabrosísimo.

Hagamos cuanto sea menester para que, inmunes a las plagas y restablecidos de las heridas que hayan podido causarnos en el alma los dientes del pecado, podamos avanzar hacia la vida eterna, y para que, hechos dignos de contemplar a Cristo, no seamos aquel día entregados a las potencias vengadoras y desalmadas, sino a los que pueden guiarnos hasta la herencia celeste preparada para aquellos que lo aman. Quiera el cielo que todos nosotros podamos alcanzarla, por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 15

A Dios nadie lo ha visto jamás. Lo reveló el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre

1. No es voluntad de Dios que nos limitemos a escuchar las palabras y las frases de la Sagrada Escritura, sino que con la mayor perspicacia intentemos entenderlas. Por eso, el bienaventurado David dedicó muchos de sus salmos «a la inteligencia», y decía: *Quita el velo de mis ojos y meditaré sobre las maravillas de tu ley*². Después de él, su hijo enseñó, además, que la sabiduría debe ser buscada como si fuera plata. Aún más: que nos la debemos procurar como cosa más preciosa que el oro³.

Pero el Señor exhorta a los judíos a estudiar las Escrituras y nos anima para que examinemos más profundamente cada una de sus páginas. No se habría expresado así de haber podido ser entendidas fácilmente y con una primera lectura. Nadie se afana en investigar lo que es patente a los ojos y se entiende enseguida, sino sólo lo oscuro y que necesita de un prolongado estudio. No por otro motivo dice el Señor que la Escritura es un tesoro escondido, sino para animarnos a descubrirlo. Yo he dicho todo lo anterior para que no nos pongamos a estudiar la

Escritura con descuido y desordenadamente, sino con la máxima diligencia.

Si alguno escucha lo que en ella se contiene sin detenerse luego a meditarlo, tomará al pie de la letra todas sus palabras y frases, formándose muchas ideas absurdas acerca de Dios. Pensará que es simplemente un hombre, o que está hecho de bronce, o que está airado y furioso, y otras muchas cosas peores que éstas. Pero si entiende su significado profundo se guardará muy mucho de concebir tales absurdos. Pensemos, por ejemplo, en cómo el pasaje que hoy nos es propuesto dice que Dios tiene un seno, cosa característica de los cuerpos. Mas nadie habrá tan necio que piense que lo incorpóreo es un cuerpo. Por ello, para poder llegar a comprender todo adecuadamente, o sea, en un sentido espiritual, examinemos ahora el pasaje, remontándonos cuanto sea menester en lo anteriormente dicho.

A Dios nadie lo ha visto nunca. ¿Cuáles son las premisas de que parte el evangelista para decir eso? Después de haber mostrado la inmensa grandeza de los dones que nos han sido procurados por Cristo, tras habernos hecho comprender el inmenso abismo que media entre esos dones y los que fueron dados por Moisés, quiere revelarnos ahora la causa de esa diferencia. Siendo el segundo un siervo, fue administrador de cosas más humildes. El primero, en cambio, siendo el Señor, el rey, el Hijo del rey del Universo, nos logró cosas mayores en la proporción correspondiente a quien siempre vive con el Padre y lo contempla por toda la eternidad. Por eso emplea como ilación la frase: *A Dios nadie lo vio jamás.*

¿Qué decir entonces del profeta Isaías, que proclama abiertamente: *Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y sublime*⁴? Y ¿qué diremos de san Juan, que testimonia de sí

mismo que dijo esas palabras cuando vio su gloria? Y ¿qué de Ezequiel? Pues también lo vio sentado sobre querubines. Y ¿qué de Daniel? También éste dice: *El Anciano de días se sienta*⁵. ¿Qué diremos, entonces, de Moisés, quien dijo: *Muéstrame tu gloria para que te vea claramente*⁶? Y Jacob, por su parte, recibió su apelativo, el de Israel, precisamente por eso, pues Israel significa «el que ve a Dios». Y también otros lo vieron. Entonces, ¿por qué dice san Juan que *a Dios nadie lo ha visto jamás*? Para indicar que tales teofanías habían sido una adaptación a la debilidad humana, no la visión sin ningún velo de la misma sustancia divina. Y, efectivamente, si todos esos hubieran visto propiamente la sustancia divina, no la habría visto cada uno de modo diverso, pues esa sustancia es simple, sin figura ni composición. No puede estar acotada por ningún espacio, ni estar sentada o de pie, y no camina. Todas esas características convienen solamente a los cuerpos. Sólo Dios sabe cómo han podido tener lugar tales visiones.

Todo eso lo declaró el mismo Dios y Padre por boca de un profeta, que dijo: *He multiplicado mis visiones y he sido representado por las manos de los profetas*⁷. O lo que es lo mismo: «al manifestarme, me he adaptado a la debilidad de los hombres y no he aparecido tal como soy». Puesto que su Hijo se disponía a venir entre nosotros con un cuerpo verdadero, ya desde entonces Él preparaba a los hombres para que contemplaran la sustancia de Dios en la medida en que les era dado hacerlo. Es que no sólo los profetas, sino que ni siquiera los ángeles o los arcángeles, vieron a Dios nunca tal y como Él es verdaderamente. Si les preguntáis, nada les oiréis decir respecto a la divina esencia, sino que se limitarán a cantar: *Gloria a Dios en el cielo y paz en la*

*tierra a los hombres de buena voluntad*⁸. Y si queréis saber algo mediante los querubines y los serafines, escucharéis un místico himno de alabanza y de santificación: *Los cielos y la tierra están llenos de su gloria*⁹. Si os dirigís a los espíritus celestiales sabréis que toda su ocupación estriba en cantar alabanzas a Dios. Dice la Escritura: *Alabadlo, vosotras, sus potencias*¹⁰.

Por tanto, sólo el Hijo y el Espíritu Santo lo contemplan tal cual es. ¿Cómo podría una criatura cualquiera contemplar la sustancia increada? Si no nos es posible siquiera ver claramente ninguna sustancia incorpórea, aunque sea creada, menos todavía podremos ver la sustancia increada e incorpórea. Por eso dice también san Pablo: *Aquél a quien ningún hombre vio nunca ni podrá ver jamás*¹¹. ¿Es ésa una característica exclusiva del Padre y no del Hijo? Ciertamente no, también lo es del Hijo. Escuchad a san Pablo, que así lo enseña, cuando dice: *El que es imagen del Dios invisible*¹². Quien es imagen de alguien que es invisible es también él invisible. De lo contrario no sería su imagen. Y no os asombréis si en otro lugar dice san Pablo: *Dios se ha manifestado en la carne*¹³. Pues la manifestación tuvo lugar gracias al cuerpo del que se revistió, y no en virtud de su sustancia. San Pablo, además, enseña que Dios no es invisible sólo para los hambres, sino también para los espíritus celestes. Después de decir: *se ha manifestado en la carne*, añade: *y ha sido visto por los ángeles*.

2. Por consiguiente, fue visto por los ángeles sólo cuando se revistió de un cuerpo humano. Antes de eso ellos tampoco lo veían porque su sustancia les era invisible. Pero me

preguntaréis por qué dice Cristo entonces: *No despreciéis a uno de estos pequeñuelos, porque en los cielos, sus ángeles contemplan siempre el rostro de mi Padre*¹⁴. ¿Cómo? ¿Tiene Dios una cara y está circunscrito en el cielo, como si allí estuviera preso? Nadie caiga en la locura de decir tales aberraciones. ¿Qué significan esas palabras? Cuando dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*¹⁵, habla Cristo de la visión que no es posible merced al entendimiento y al pensamiento que se representa a Dios. Lo mismo hay que decir de los ángeles: ellos, con su mente pura y siempre limpia, nada se representan sino a Dios.

Por tal razón, Cristo mismo dice: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo*¹⁶. ¿Cómo? ¿Estamos entonces todos en la ignorancia? No, ciertamente. Pero nadie conoce a Dios como lo conoce el Hijo. Por eso, igual que en épocas pasadas, muchos lo vieron en la proporción en que era posible a su capacidad, pero nadie vio jamás su sustancia, así también ahora todos conocemos a Dios, pero nadie conoce su sustancia, sino sólo el engendrado por Él mismo. Él llama aquí conocimiento a la visión y comprensión perfecta y completa, tal y como el Padre la tiene del Hijo: *Como el Padre me conoce* —dice Cristo—, *así yo conozco al Padre*¹⁷.

A ese propósito, notad con qué seguridad habla el evangelista. Después de decir que *a Dios nadie lo vio jamás*, no añade: «el Hijo, que lo ha visto, nos lo ha revelado», sino que pone un concepto mucho más amplio y extenso que el de «ver», pues dice: *el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre*. Vivir en el seno del Padre es mucho más que verlo. El que se limita a ver no tiene un conocimiento amplio y preciso del objeto de su observación, mientras que quien vive en su interior no desconoce ninguno de sus as-

pectos. Por eso, cuando oigáis las palabras: *nadie conoce al Padre sino el Hijo*, no me digáis que, aunque lo conozca más que los demás, no lo conoce en toda su majestad. El evangelista dice exactamente que Él vive en el seno del Padre, porque es así y el propio Cristo afirma conocer al Padre tanto como el Padre conoce al Hijo.

Por eso, preguntad a quien diga lo contrario: el Padre ¿conoce al Hijo, o no? A no ser que sea un loco, responderá que sí. Hacedle después una nueva pregunta: ¿lo conoce, o lo ve con visión y conocimiento completos, tal cual es? También a esto habrá de responderos afirmativamente. De donde podréis deducir, como lógica consecuencia, el perfecto conocimiento que el Hijo tiene del Padre. Pues Él mismo dijo: *Como el Padre me conoce, así también conozco yo al Padre*. Y, en otro lugar: *Nadie ha visto a Dios, excepción hecha de aquel que viene de Dios*¹⁸.

Según ya he dicho, no hay ningún otro motivo para que el evangelista emplee el término «seno», sino el de hacer que aparezca así con toda claridad, merced a esta sola palabra, cuán grande es la unidad y la afinidad de la sustancia, así como también que es absolutamente idéntico el conocimiento y par la potencia. El Padre no podría tener en su seno a quien fuera una criatura. Como tampoco osaría vivir en el seno del Padre alguien que no fuera sino una de las innumerables criaturas, pues vivir en el seno del Padre es cosa que sólo conviene a un hijo verdadero, que puede tratar a su progenitor con la mayor de las confianzas y no ocupa ninguna posición de inferioridad respecto a él.

¿Queréis comprender ahora su eternidad? Escuchad lo que dice Moisés hablando del Padre. Cuando preguntó qué debería responder a los egipcios si le preguntaban el nombre de quien lo había enviado, se le ordenó decir lo que

sigue: *El que es me ha enviado*¹⁹. Esa expresión de «el que es» significa quien es siempre y sin principio, el que es en el sentido más verdadero y exacto de la palabra. Eso mismo significaban las palabras: «al principio era», que indican una existencia desde la eternidad. Por ello, san Juan empleó esa expresión, para mostrar que el Hijo está en el seno del Padre sin principio y desde la eternidad.

Para que, por la semejanza de los nombres, no seáis inducidos a pensar que pertenece al número de los que son hijos de Dios por la gracia, hay un artículo que lo distingue claramente de los hijos por la gracia. Y si eso no os basta, si todavía rascáis vuestra frente dubitativos, prestad atención al título que le es más propio, y que es el de Unigénito. Si seguís aún dando señales de no entender, no dudaré en emplear, aplicándola a Dios, una palabra que, propiamente, sólo conviene a los hombres, y que es «seno», con tal de que no penséis en nada humilde. ¿Veis cuánta es la bondad y la Providencia del Señor? Dios se atribuye a sí mismo un término que no le conviene para que, al menos así, alcancéis a poder contemplar y considerar una realidad que es sublime. Y, a pesar de eso, ¿continuáis vosotros mirando a la tierra? Decidme, entonces, por qué se usa aquí la palabra «seno», tan terrena y carnal. ¿Para hacer nacer en nosotros la sospecha de que Dios es corpóreo? En modo ninguno, responderéis. ¿Por qué motivo, entonces? Si con ese término no se prueba ni que el Hijo es verdaderamente tal ni que el Padre es corpóreo, es inútil haber recurrido a una palabra que no sirve para nada. ¿Por qué se ha dicho? No cesaré de preguntaros eso. ¿No es, por tanto, evidente que ha sido pronunciada para que comprendamos que el Señor es verdaderamente el Unigénito y que es realmente coeterno con el Padre? *Él lo reveló*, dice el evange-

lista. Y ¿qué reveló? Que *a Dios nadie lo ha visto nunca*. Uno solo es Dios. Pero también los demás profetas y Moisés proclaman a menudo: *El Señor tu Dios es uno solo*²⁰. E Isaías: *No hubo otro Dios antes que yo, ni lo habrá después*²¹.

3. ¿Qué más podemos aprender del Hijo, que está en el seno del Padre? En primer lugar, que cuanto existe es obra suya. Luego recibiremos explicaciones mucho más claras y aprenderemos que Dios es espíritu y que quienes lo adoran deben adorarlo en espíritu y verdad. Además, que es imposible ver a Dios y que nadie lo conoce sino el Hijo²². Que Dios es el Padre del verdadero Unigénito. Y, en suma, todas las demás cosas que nos han sido reveladas por Él.

La palabra «reveló», por su parte, indica una doctrina más clara y accesible, que elaboró y perfeccionó para los judíos y para el resto del mundo. No todos los judíos hacían caso a los profetas, pero todo el mundo ha quedado sometido al Unigénito y ha creído en Él. La palabra «revelación», por tanto, significa aquí una exposición más clara de la verdad. Por eso es llamado el Hijo «Verbo» y «Ángel del gran consejo».

Para que lleguemos a ser dignos de una doctrina más alta y más perfecta, pues el mismo Dios nos ha hablado en los últimos tiempos, no por medio de profetas, sino por boca de su propio Hijo, debemos exhibir un tenor de vida excelente y digno de tal honor. Sería, en efecto, absurdo que, habiéndose Él abajado hasta el punto de no hablarnos ya por medio de sus siervos, sino directamente, diéramos nosotros a entender que no queríamos comportarnos mejor que nuestros antecesores. Ellos tuvieron como maestro a

Moisés, nosotros al Señor de Moisés. Profesemos, por eso, una filosofía digna de tal honor y tratemos, en adelante, de no tener nada que ver con lo terrenal. Él no nos trajo desde los cielos su doctrina, sino para llevar nuestro pensamiento hasta allá arriba y para hacer de nosotros, en la medida en que ello es posible, verdaderos imitadores de nuestro maestro.

Pero —me preguntaréis— ¿cómo podremos convertirnos en imitadores de Cristo? Si todo lo hacemos con miras al interés común y no buscamos sólo nuestro propio provecho. Tampoco Cristo buscó lo que le resultaba cómodo, sino que, como está escrito *los ultrajes de los que te ultrajaban recayeron sobre mí*²³. *Nadie busque su propio provecho*²⁴. Si cada uno de nosotros se fija como objetivo el bien del prójimo, estará trabajando también por su propio provecho, pues las cosas de nuestro prójimo son también nuestras. *Somos un solo cuerpo... y miembros los unos de los otros*²⁵.

No nos comportemos como si estuviéramos separados los unos de los otros, y nadie diga: «Ése no es un íntimo amigo mío, ni mi pariente, ni siquiera un vecino. Nada tengo que ver con él. ¿Cómo es posible que me acerque a él? ¿Qué voy a decirle?». Aunque no sea tu pariente ni amigo, es, sin embargo, un hombre, y tiene en común contigo la misma naturaleza. Tiene el mismo Señor y es contigo siervo bajo el mismo techo, pues ambos vivís en el mismo mundo. Si además tenéis la misma fe es, como tú mismo, miembro de un solo cuerpo. ¿Qué amistad puede engendrar una unión tan estrecha como el vínculo de una fe común? Por eso hemos de tratarnos entre nosotros no sólo con la familiaridad y confianza que pueden darse entre amigos, sino con la existente entre un miembro y otro. No podrás encontrar

ninguna amistad, ninguna familiaridad más estrecha que ésa. Por eso no podréis decir jamás: ¿en qué se basa la amistad y familiaridad entre ése y yo? Tal pregunta es ridícula, pues ni aun siendo hermanos podríais decir de vosotros lo que dice san Pablo: *Todos hemos sido bautizados para formar un solo cuerpo*²⁶. ¿Por qué un solo cuerpo? Para que no nos separemos, sino que mantengamos nuestra pertenencia a un mismo cuerpo mediante la amistad y la solidaridad. Por tanto, no despreciemos a nuestro prójimo, para no despreciarnos a nosotros mismos. Dice el Apóstol: *Nadie odia su propia carne*²⁷, sino que la alimenta y la rodea de cuidados.

Por eso Dios nos dio como única morada este mundo, distribuyó con equidad todas las cosas, hizo brillar sobre todos un único sol, fabricó para todos un único techo, el cielo, y nos preparó una sola mesa, la tierra. Nos dio, además, otra mesa, mucho más grande que la anterior, pero también única, como saben todos los que participan en los misterios. A todos procuró una única manera de regeneración espiritual. Una sola es para todos la patria que en el cielo nos aguarda. Todos bebemos del mismo cáliz. No otorgó gracias más numerosas ni preciosas al rico, ni dio al pobre cosas menores en cantidad o precio. A todos por igual llama, y distribuye con equidad los bienes materiales, y lo mismo con las gracias espirituales.

¿De dónde provienen, entonces, esas grandes desigualdades que hay en la vida? Del desmesurado afán de hacer fortuna y de la inmoderada ambición de los ricos. Os conjuro, hermanos, a que obréis de modo tal que en el futuro no suceda ya eso, y a que, permaneciendo estrechamente unidos entre nosotros en las cosas comunes y más necesarias, no toleremos que nos dividan las cosas terrenales y más viles: la riqueza, la pobreza, el parentesco carnal, las anti-

patías, odios personales o favoritismos. Todas esas cosas no son sino sombras, y deben ser tenidas por menos que sombras por quienes entre sí están unidos por un vínculo de caridad sobrenatural.

Conservemos intacto ese vínculo y los espíritus malvados no podrán insinuarnos nada capaz de romper nuestra unidad. Quiera el cielo que todos nosotros lleguemos a conseguirla, por la gracia y la benignidad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 16

Éste es el testimonio de Juan cuando los judíos de Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas para preguntarle: Tú ¿quién eres?

1. Queridos hermanos: la envidia es algo terrible y perjudicial para quienes envidian, no para los envidiados. Daña sobre todo a aquéllos, y los destruye como un veneno destilado en su alma. Si en algo puede ofender también a quienes son objeto de envidia, tal ofensa es leve y de poca monta, pues les acarrea también beneficios. Y eso no sólo en el caso de la envidia, sino cuando se trata de cualquier otro vicio: no recibe el daño el destinatario de la acción mala, sino quien la protagoniza. De no ser así las cosas, san Pablo no habría ordenado a los discípulos padecer las injusticias mejor que infringirlas a los demás, diciendo: *¿Por qué, mejor, no padecer las injusticias? ¿Por qué no preferir soportar que otros nos engañen?*². Sabía él muy bien que la ruina está siempre presta a caer no sobre quien padece los males, sino sobre quien los causa a los demás.

Por otra parte, en mi opinión todas esas cosas han sido dichas tomando pie de la envidia de los judíos. Los mismos que desde la ciudad acudieron en masa hasta el Bautista y, confesando públicamente sus pecados, fueron bautizados

por él, tras el bautismo, como si de nuevo hubieran cambiado sus sentimientos, le envían algunas personas para preguntarle: *Tú ¿quién eres?* Es, verdaderamente, una raza de víboras, de serpientes, de lo peor que haya. Generación malvada, adúltera y perversa: ¿Después de haber sido bautizada preguntas por quien te ha bautizado y le importunas? ¿Qué puede haber más insensato que esto? ¿Por qué, entonces, vinisteis a él desde lejos? ¿Por qué habéis confesado vuestros pecados? ¿Por qué habéis corrido donde él para haceros bautizar? ¿Por qué le pedisteis consejo acerca de cómo debías vivir y comportaros? Por lo visto hicisteis todo eso con precipitación, sin conocer ni su esencia ni el principio que lo informaba. Y, sin embargo, el bienaventurado san Juan no les echó en cara todo eso, no les maldijo, sino que les respondió con grandísima mansedumbre. Importa entender la razón por la que se comportó así, para mejor desenmascarar a los ojos de todos la perfidia de aquéllos.

San Juan dio con frecuencia testimonio de Cristo ante los judíos, y mientras los bautizaba lo nombraba continuamente, diciendo: *Yo os bautizo con agua, pero quien viene detrás de mí es más fuerte que yo. Él os bautizará con Espíritu santo y fuego*³. Ellos sintieron por Juan una inclinación nacida de motivos humanos. Como atendían sólo a la gloria del mundo y a lo que caía bajo sus ojos, consideraban indigno de Juan que fuera inferior a Cristo.

Eran muchas las cosas que les hacían preferir a Juan. Ante todo, su noble origen, porque era hijo del Sumo Sacerdote. Luego, la austeridad de su vida, su desprecio por las cosas terrenales, pues ellos, que no tenían en poco el vestido, el alimento, la casa y todas las demás formalidades de una vida civilizada, admiraban que él las hubiera despreciado y se hubiera retirado a vivir al desierto. Cristo, por el

contrario, había nacido de una familia humilde, cosa que los judíos le echaban en cara a menudo: *¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama María su madre? ¿No son sus hermanos Santiago y José?*⁴. Y la que se tenía por su patria, era tan despreciada que hasta Natanael dijo: *¿De Nazaret puede venir algo bueno?* Añádase a todo eso su modo de vida, por demás ordinario, y sus ropas vulgares. No se ceñía los lomos con un cinturón de piel, ni llevaba una túnica de pelo, ni siquiera se alimentaba de miel y langostas. Estaba acostumbrado a un género de vida absolutamente común y, además, tomaba parte en festines con hombres que no gozaban de buena reputación y con publicanos, para de ese modo atraerlos a sí. Los judíos, que no comprendían esto, se lo reprochaban tanto, que se vio obligado a decir: *Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: es comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores*⁵.

Además, como san Juan con frecuencia enviaba a los judíos que se dirigían a él a Jesús, que se les antojaba inferior al propio Bautista, y como se avergonzaban de esto y lo llevaban a mal, habrían preferido tener como maestro a san Juan y, no atreviéndose a decirlo abiertamente, le enviaron personas de confianza, esperando poder inducirle, mediante adulaciones, a que se proclamara Mesías. No le mandaron personas de poco rango, como hicieron con Jesús cuando trataron de cogerlo en falta mientras predicaba (le mandaron siervos primero y luego herodianos, o sea, gente de su misma ralea), sino que, por el contrario, le enviaron sacerdotes y levitas. Y no unos sacerdotes cualesquiera, sino sacerdotes de Jerusalén, es decir, los tenidos en mayor consideración. No sin motivo, consigna todos estos detalles el evangelista. Y se los mandaron con el encargo de preguntarle: *Tú ¿quién eres?* Las circunstancias de su nacimiento

eran tan maravillosas, que todos se preguntaban: *¿Qué llegará a ser de mayor este muchacho?*⁶. Y esas noticias se habían divulgado por toda la comarca montañosa de los alrededores. Por lo cual, cuando llegó a las orillas del Jordán, la gente acudía a él de todas las ciudades, de Jerusalén y de toda Judea, para recibir el bautismo de sus manos. Por consiguiente, si éstos le preguntaban no es porque no lo conozcan —¿cómo podrían no conocer a quien se había hecho tan famoso?—, sino pretendiendo moverlo a hacer las declaraciones a que antes he aludido.

2. Escuchad ahora cómo responde ese bendito a los más íntimos pensamientos de quienes le preguntan, y no a la pregunta en sí. A quienes le preguntaban: *Tú ¿quién eres?*, no les contestó diciendo lo que parece apropiado responder ante una pregunta tal, a saber: *Yo soy la voz que clama en el desierto*⁷. ¿Qué les contesta? Lo que podía disipar cualquier sospecha que albergaran respecto a él. A la pregunta de: *Tú ¿quién eres?*, según el testimonio del evangelista, *él confesó y no negó. Confesó. No soy yo el Cristo*⁸. Caed en la cuenta de la sabiduría del evangelista. Tres veces refiere la misma pregunta para subrayar la virtud del Bautista y la maldad de quienes le preguntaban.

También san Lucas cuenta que, sospechando las turbas que él era el Cristo, él mismo desmintió inmediatamente los rumores que comenzaban a circular a ese propósito. Es deber del buen servidor no sólo el de no defraudar a su dueño la gloria que se le debe, sino también el de rechazar los honores que quiera tributarle la multitud. Bien es verdad, sin embargo, que la gente se hacía estas conjeturas a causa de su simpleza e ignorancia, mientras que los sacer-

dotes le interrogaban de mala fe, esperando, como ya he dicho, obtener de él, mediante la adulación, la declaración que deseaban. De hecho, de no haber alimentado esa esperanza, no habrían pasado a continuación a otra nueva pregunta. Pero, indignados porque Juan no había respondido lo que deseaban, parecen decirse a si mismos: ¿Esperábamos nosotros esto? ¿Hemos venido para preguntar esto? Y, dándole cuenta de que habían sido descubiertas sus intenciones, preguntaron: *Entonces, ¿qué? ¿Eres Elías? Y él respondió: No lo soy*⁹. Porque, en efecto, esperaban también que viniera Elías, según lo confirma el propio Cristo. Cuando sus discípulos le preguntaron: *¿Por qué dicen los escribas que Elías ha de venir primero?*, él les dijo: *Ciertamente Elías vendrá y lo restablecerá todo*¹⁰.

Después le preguntan: *¿Eres el profeta? Y él responde: No*. Sin embargo, era verdaderamente un profeta. ¿Por qué dijo que no lo era? Porque también ahora atiende al más íntimo pensamiento de sus interlocutores. Éstos esperaban la venida de un profeta extraordinario, porque Moisés había dicho: *El Señor Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadlo*¹¹. Pero el profeta de que hablaba Moisés era Cristo. Por lo cual no dicen: «¿Eres un profeta?», uno de tantos, sino con artículo: *¿Eres el profeta?*, como preguntándole: el anunciado por Moisés. Por eso no dice que no sea profeta, sino que no es ese profeta.

*Le dijeron entonces: ¿Quién eres?, para que podamos dar una respuesta a quienes nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?*¹². Observad cómo le hacen preguntas cada vez más apremiantes y cómo no se separan de él, mientras él, por su parte, luego de desmentir con modestia las falsas opiniones sobre su persona, proclama con firmeza la verdad y res-

ponde: *Soy la voz que grita en el desierto: preparad el camino al Señor, como dijo el profeta Isaías*¹³. Como ya había proclamado grandes y sublimes verdades sobre Cristo, para adaptarse ahora a su mentalidad, recurre incluso al profeta, a fin de hacer creíbles sus palabras.

*Y quienes habían sido enviados —continúa el evangelista— eran de la secta de los fariseos. Y le preguntaron y dijeron: ¿Por qué bautizas, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?*¹⁴. ¿Percibís cómo no he dicho sin motivo que lo que pretendían era, precisamente, inducirlo a proclamarse tal? Al principio no querían decírselo abiertamente para no ser cogidos en falta por todos. Pero cuando les dijo: *Yo no soy el Cristo*, buscando ocultar en su interior sus verdaderos propósitos, recurrieron a Elías y al profeta. Y como les contestó que no era ni uno ni otro, sin saber qué más podrían hacer, se quitaron las máscaras y pusieron al descubierto sus ocultas intenciones diciendo: *Entonces, ¿por qué bautizas, si no eres el Cristo?* Y luego, para enmascarar de nuevo sus intenciones, añadieron los nombres de los otros, de Elías y del profeta. No habiendo conseguido mediante la adulación hacerlo caer, intentaron obligarlo con una acusación, para que admitiera lo que no era. Mas tampoco así lo consiguieron.

¡Qué locura! ¡Qué arrogancia! ¡Qué impertinente curiosidad! Fuisteis enviados para saber quién era y de dónde venía, y ¿queréis ahora imponerle condiciones? Tal modo de obrar equivalía a obligarle a decir que era el Cristo. Y, sin embargo, tampoco entonces se comportó él con desprecio. No pronunció, cual parecería lógico en esas circunstancias, frases como: ¿Vais a darme leyes vosotros?, ¿sois vosotros quienes pretendéis darme órdenes?, sino que, también entonces, hizo manifestación de humildad y manse-

dumbre: *Yo bautizo con agua —dice—, pero en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis. Él es quien viene detrás de mí, aunque en realidad me precede, y yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*¹⁵.

3. ¿Qué podían añadir los judíos para rebatir esos argumentos? Éstos conforman contra ellos una acusación sin atenuantes, una sentencia condenatoria sin posibilidad de apelación. Fueron ellos mismos los que emitieron su propio veredicto condenatorio. ¿Cómo y por qué razón? Consideraban ellos al Bautista digno de fe y tan veraz que era menester creerlo no sólo cuando hablaba de otros, sino también cuando se refería a sí mismo. Si no hubieran mantenido esa opinión, no le habrían enviado personas con el encargo de hacerle preguntas que le atañían directamente. Por lo demás, bien sabéis que sólo a los más veraces de entre nosotros les concedemos crédito cuando hablan de sí mismos. Y no es ése el único argumento que los reduce al silencio, sino también la misma intención con que lo atacaron. Porque primero se presentan a él con gran entusiasmo y luego cambian sus sentimientos. Aludiendo precisamente a eso, decía Cristo: *Él era la lámpara que ardía en las tinieblas, pero vosotros sólo un instante quisisteis gozar de su luz*¹⁶. Su respuesta lo hacía aún más digno de crédito: *Quien no busca su propia gloria es veraz y no hay en él injusticia*¹⁷, está escrito. Verdaderamente, el Bautista no buscó su propia gloria, sino que les remitió a otro.

Quienes le habían sido enviados habían sido elegidos entre los más dignos de fe y respetables en razón de sus cargos, de suerte que no cabe invocar ningún atenuante para disculpar su incredulidad en Cristo. ¿Por qué no habéis creí-

do lo que san Juan decía de Él? Y, sin embargo, fuisteis vosotros mismos quienes enviasteis a preguntarle a las personas más respetadas entre vosotros. Es más, vosotros mismos le preguntasteis a través de ellos, vosotros mismos escuchasteis las respuesta del Bautista. Vuestros emisarios hicieron el interrogatorio más minucioso, pusieron a prueba a su interlocutor de todos los modos posibles y sacaron a relucir los nombres de todos los personajes a propósito de los cuales hacíais vuestras conjeturas. Y con todo, él, con grandísima nobleza, confesó no ser el Cristo, ni Elías ni el profeta.

Y no contento con eso, os explicó quién era y cuál la naturaleza de su bautismo: que se trataba de algo pequeño y de poca importancia, nada más que agua. Puso, además, de relieve la superioridad del bautismo de Cristo y citó la autoridad de Isaías, quien ya mucho tiempo antes se había referido a ambos, llamando a uno el Señor y a otro su siervo, ejecutor de sus órdenes. Después de todo eso, ¿qué más debería haber hecho para que creyerais en Aquel en favor del cual se atestiguan todas esas cosas, para que lo adorais y lo proclamais Dios?

Las virtudes y la sabiduría del testigo eran, además, una prueba evidente de que cuanto testimoniaba era la más pura verdad y que no provenía de la adulación. Así se veía claramente, porque nadie prefiere a su prójimo antes que a sí mismo, y menos aún, cuando cuenta con la posibilidad de obtener algún honor para sí, lo cede a los demás, especialmente tratándose de un honor tan grande. Por eso, si Cristo no hubiera sido Dios, san Juan nunca habría atestiguado eso acerca de Él. Si porque superaba infinitamente a su naturaleza rechazó ese honor, mucho menos se lo habría atribuido a una naturaleza inferior a la suya.

Pero en medio de vosotros hay uno al que no conocéis. Dijo eso porque Cristo, como es natural, estaba confundido entre la multitud, como uno más del pueblo, para así enseñar el desprecio del fasto y el lujo. Y por conocimiento

ha de entenderse aquí una información precisa y exacta acerca de su persona y su origen. La frase *el que viene detrás de mí* la repitió a menudo, como si quisiera decir: no creáis que todo consiste en mi bautismo. Si éste fuera perfecto no vendría otro detrás de mí trayendo un nuevo bautismo. El mío es una especie de preparación para el que vendrá luego. Yo no traigo sino sombras e imágenes, pero luego vendrá quien traiga la verdad. Por eso, las palabras *el que viene detrás de mí* ponen más de relieve su dignidad, pues si hubiera sido perfecto no habría sentido la necesidad de un nuevo bautismo. Por otra parte, las palabras *en realidad me precede* significan: es más digno de honor y más ilustre que yo. Por fin, para que no pensarán que se refería a una superioridad relativa resultante de una comparación, para explicar que no había lugar a comparación ninguna añade: *yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*, en otras palabras: «no sólo me supera, sino que ni siquiera soy digno de ser contado entre los últimos de sus siervos». Desatar la correa de las sandalias es, en efecto, el más vil de los servicios.

Pero si san Juan, que es *el mayor de los nacidos de mujer*¹⁸, no es digno siquiera de desatar la correa de sus sandalias, ¿dónde nos esconderemos nosotros? Si el que valía tanto como el mundo e incluso más, pues dice el Apóstol: *el mundo no era digno de ellos*¹⁹, dice que es indigno de ser contado entre los últimos de sus siervos, ¿qué diremos nosotros, llenos como estamos de toda suerte de defectos, tan lejanos de la virtud de san Juan cuanto la tierra dista del cielo?

4. Dice no ser digno de desatar la correa de las sandalias de Cristo. Y los enemigos de la verdad llegan a tal punto

de locura que afirman conocerlo como él se conoce a sí mismo. ¿Qué habrá peor que esta locura? ¿Qué podría hacer un loco desatado para alcanzar tal grado de presunción?

Bien dijo un sabio: *El principio de la soberbia es no conocer al Señor*²⁰. No se habría despeñado en el abismo llegando a ser demonio quien antes no lo era, de no haber cedido a esta pasión pecaminosa. Ella le hizo caer de su primitivo estado de gracia y le precipitó en el infierno. Ella fue el origen de todos los males.

Verdaderamente, este pecado es la ruina de todas las virtudes del alma, de la práctica de la limosna, de la oración, del ayuno y de todas las demás. Lo excelso entre los hombres, dice la Escritura que es impuro ante Dios. No sólo la fornicación y el adulterio hacen al hombre impuro, sino sobre todo la soberbia. ¿Por qué? Porque aunque la fornicación no merece ser perdonada, puede invocarse en favor de quien la comete la fuerza de la concupiscencia. Pero la arrogancia no puede alegar en su disculpa ninguna razón o pretexto que valgan ni siquiera la sombra del perdón. Pues consiste en la rebelión del alma, que sólo puede nacer de la ignorancia. Nadie es más necio que el hombre que cree tener razones para ser soberbio y presuntuoso: por muy rico que sea, aunque haya recibido una esmerada educación en las ciencias profanas, aunque sea todo lo poderoso que queráis, aunque haya logrado todo lo que a los hombres les resulta apetecible. Si alguien —¡miseró e infeliz de él!— se ensoberbece por la posesión de bienes verdaderos, pierde la recompensa que por sus méritos le era debida. Y quien se enorgullece por lo que nada vale y se hincha de soberbia por una sombra, por una flor de heno, que tal es la vanagloria, ¿cómo evitará parecer más ridículo que todos los demás, si se comporta como un pobre mendigo que, estan-

do siempre hambriento, presumiera de haber tenido una noche un bello sueño?

Para que no nos suceda eso, cifremos todos nuestros bienes en la que es nuestra verdadera ciudad, mientras nos lo permite nuestra salud. Sólo así, y no de otro modo, podremos gozar de ellos. Sólo así los colocaremos en lugar seguro. Nada, nada podrá arrebatárnoslos de allí. Ni la muerte, ni los testamentos, ni las herencias, ni los delatores, ni los malos negocios. Quien se vaya de aquí llevando mucho consigo podrá gozar eternamente de todo ello.

¿Quién será tan miserable que no quiera gozar de sus riquezas para siempre? Enviemos nuestras riquezas allá arriba. Para hacer ese traslado no tendremos necesidad de asnos, ni de camellos, carros o naves. Nos bastarán los pobres, los cojos, los ciegos, los enfermos. A ellos está encomendado este transporte, ellos son quienes llevan al cielo nuestras riquezas, ellos quienes introducen a los dueños de esas riquezas terrenas en la heredad de los bienes celestes que todos nosotros nos prometemos alcanzar por la gracia y la benignidad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 17

Todo esto sucedió en Betania, al lado del Jordán, donde san Juan bautizaba. Al día siguiente, san Juan vio venir hacia él a Jesús y exclamó: He ahí el cordero de Dios, he ahí el que quita el pecado del mundo

1. Magnífica es la sinceridad en el hablar y la humildad para posponer cualquier interés propio a la profesión de fe en Cristo. Es un bien tan admirable, que el Hijo Unigénito de Dios prometió reconocer ante su Padre al hombre que obra así, a pesar de la sublimidad de esa recompensa. Si tú le confiesas en la tierra, Él te confesará en el cielo. Y si lo haces delante de los hombres, Él lo hará delante de su Padre y de todos los ángeles. Tú haces tu reconocimiento solemne en la tierra, Él en el cielo. Tú, en presencia de hombres, Él ante su Padre y todos los ángeles.

Así era san Juan: no atendía al favor de la multitud, ni al honor ni a nada semejante, sino que todo lo arrojaba a sus pies y predicaba a todos con gran claridad la verdad sobre Cristo. El evangelista precisa incluso el lugar, para poner de relieve el valor con que hablaba aquel elocuentísimo predicador. No en una casa, ni en un rincón oscuro, ni en el desierto, sino en el Jordán, en medio de la multitud, en presencia de cuantos acudían a ser bautizados por

él, pues los judíos acudían allí en gran número, hace él esta admirable profesión de fe en Cristo, llena de verdades sublimes, grandes y arcanas, y afirmando no ser digno de desatar la correa de sus sandalias.

¿Cómo señala el evangelista ese lugar? Con las palabras: *Estas cosas sucedieron en Betania*. Y algunos códices más cuidados dicen: *en Betabara*. Betania no está más allá del Jordán, ni en el desierto, sino junto a Jerusalén. Por eso, no sin razón, cita otros lugares. Como debía narrar acontecimientos que no eran antiguos, sino hacía poco sucedidos, cita como testigos de su narración a quienes se encontraban presentes y habían visto los acontecimientos con sus propios ojos, consignando, además, los lugares en los que se habían cumplido esas cosas. Siendo su firme propósito no añadir nada a la verdad, sino contentarse con narrar lo sucedido, con la mención precisa de los lugares aporta una confirmación que, como ya he dicho, no es de tener en poco en la demostración de la verdad.

Al día siguiente, Juan vio venir hacia él a Jesús y exclamó: he ahí el cordero de Dios, he ahí el que quita el pecado del mundo. Los evangelistas se distribuyeron los tiempos entre ellos. San Mateo, tras haberse referido brevemente al período que precedió a la prisión del Bautista, se dedicó a narrar los hechos sucedidos después. San Juan, por el contrario, en vez de pasar apresuradamente sobre ese período, se detiene a tratarlo despacio. El primero, una vez que Jesús fue al desierto, omitiendo todos los acontecimientos intermedios, como, por ejemplo, la predicación de san Juan y el envío de una comisión de judíos para preguntarle su pensamiento, y lo mismo todo lo demás, procede a narrar la prisión del Bautista. Dice: *Habiendo oído Jesús que Juan había sido hecho prisionero, se marchó de allí*². El evange-

lista san Juan, por el contrario, no afrontó este punto del mismo modo, sino que, olvidando la estancia en el desierto, pues de ella ya había hablado san Mateo, cuenta lo acontecido cuando Jesús bajó del monte, y, pasando por alto otros sucesos, agrega: *Todavía Juan no había sido puesto en prisión*³.

Y me diréis: ¿por qué Jesús acudió a Juan no una, sino dos veces? San Mateo parece insinuar que Jesús fue a bautizarse por necesidad y, para confirmarlo, Jesús dice: *Conviene que cumplamos ahora toda justicia*⁴. Y san Juan, mediante las siguientes palabras, nos informa de que regresó de nuevo después del bautismo: *He visto al Espíritu descender en forma de paloma y posarse sobre Él*⁵. ¿Por qué fue donde Juan? Y no es sólo que se presentara a él, sino que también estuvo cerca en otras ocasiones, pues dice el evangelista que san Juan lo vio mientras se acercaba. ¿Por qué? Como Juan había bautizado a Cristo junto a otros muchos judíos, para que nadie sospechara que Él acudía al Bautista por los mismos motivos que los demás, para confesar sus pecados y ser purificado mediante la penitencia, por el bautismo en el río, se acercó para darle ocasión de que él mismo disipara esa sospecha. Y así se hizo cuando el Bautista dijo: *He ahí el cordero de Dios, he ahí a quien quita el pecado del mundo*. Quien es tan puro que puede incluso purificar a los demás limpiándolos de sus pecados, evidentemente no se acerca al Bautista para confesar sus pecados, sino para prestar a tan admirable precursor una nueva ocasión de grabar en la mente de sus oyentes las palabras que ya había dicho y para añadir, además, otras enseñanzas.

La expresión «he ahí» revela cómo eran muchos los que aguardaban su llegada con un intenso deseo, acrecentado

también por cuantas cosas se venían diciendo de Él desde hacía mucho tiempo. Lo llama «cordero» para evocar en la mente de sus oyentes las palabras del profeta Isaías y las prefiguraciones de la época de Moisés y para, mediante un símbolo alegórico, más fácilmente conducirlos hasta la verdad. Bien es verdad, sin embargo, que el antiguo cordero no cargó con los pecados de nadie, mientras que éste llevó sobre sí los pecados de todo el mundo. Él enseguida sus-trajo a la ira de Dios al mundo entero, amenazado de ruina. *Era de Él de quien decía: el que viene detrás de mí me precede en realidad*⁶.

2. ¿Comprobáis también aquí el sentido que da a la expresión «me precede»? Tras haberlo llamado «cordero» y haber dicho que quitaba el pecado del mundo, dice ahora que en realidad le precede. Indicando claramente que tal precedencia consiste en el poder que Cristo tiene para quitar el pecado del mundo, para bautizar en el Espíritu Santo.

Verdaderamente —parece decir—, mi misión no consiste en otra cosa que en anunciar la venida del común benefactor del mundo y en administrar el bautismo de agua. Pero purificar a todos los hombres y derramar sobre ellos el don del Espíritu Santo es obra suya. Éste *me precede*, o sea, tiene una gloria mayor que la que yo recibí, *porque era antes que yo*. Avergüéncense, por tanto, quienes se hayan adherido al pernicioso error de Pablo de Samosata, negador de verdad tan evidente.

*Yo no lo conocía*⁷. Fijaos en cómo aquí libra su testimonio de toda sospecha, revelando que no procede del favor o la amistad humana, sino de una revelación divina. Dice: *Yo no lo conocía*. ¿Cómo pudo, entonces, ser digno de fe su testimonio? ¿Cómo puedes proponerlo a los demás cuando

tú mismo no lo conoces? En realidad, no dice «no lo conozco», sino *no lo conocía*, mostrándose, de esta suerte, digno de todo crédito. Pues ¿cómo habría podido hablar de alguien a quien ni siquiera conocía?

Mas para que fuera manifestado a Israel, yo he venido a bautizar con agua. Por tanto, él no tenía necesidad del bautismo, y éste no tenía otro fin que inaugurar para todos el camino de la fe en Cristo. No dice: «para hacer puros a quienes se bauticen», ni: «vine a bautizar para librar del pecado» sino: *para que fuese manifestado a Israel.* Y eso ¿por qué? ¿No habría sido posible predicar y atraer al pueblo a sí sin necesidad de bautizar? Sí, pero eso no habría sido fácilmente realizable. No habrían acudido a él en tan gran número si no los hubiera bautizado, ni les hubiera sido posible, tampoco, percibir la excelencia de Cristo al compararlo con él.

Porque la multitud, propiamente, no acudía a él para escuchar lo que decía. ¿Por qué, entonces? Para recibir el bautismo tras haber confesado sus pecados. A quienes se acercaban a él les eran mostradas las propiedades y prerrogativas concernientes a Cristo y la diferencia entre los dos bautismos. El bautismo de Juan suponía un progreso respecto a la práctica judía, y por eso todos acudían a él. Pero, a su vez, éste era aún imperfecto.

Y ¿cómo reconociste a Cristo? Gracias a la venida del Espíritu Santo, responde. Y para que nadie, por ese hecho, llegara a pensar que Cristo tenía necesidad del Espíritu Santo al modo como nosotros mismos la tenemos, ved cómo se elimina esa sospecha demostrando que la venida del Espíritu Santo tuvo como único fin el de anunciar solemnemente a Cristo. Después de decir *yo no lo conocía*, añade: *pero quien me mandó a bautizar con agua me dijo: aquel sobre quien veas descender el Espíritu y posarse sobre Él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo.* ¿Quedáis convencidos de que el Espíritu Santo descendió para manifestar a Jesucristo?

Verdad es que también el testimonio de san Juan estaba por completo libre de cualquier sospecha. Mas para hacerlo aparecer más digno de crédito, él se remitió a la confirmación que daban el Padre y el Espíritu Santo. Puesto que san Juan predicaba algo tan grande y admirable que suscitaría el estupor de sus oyentes, a saber, que por sí solo Cristo quitaría todos los pecados del mundo y que la magnitud de sus dones se bastaría para cumplir una obra redentora de proporciones inmensas, todo eso recibió una especial confirmación. Viene a probarse, así pues, que siendo Él el Hijo de Dios, que no necesitaba ser bautizado, el Espíritu Santo descendió sólo para manifestarlo. No era potestad de san Juan conceder el Espíritu Santo, cosa que atestiguan los que recibieron su bautismo cuando dicen: *Ni siquiera hemos oído hablar de un Espíritu Santo*⁸.

Por consiguiente, Cristo no tenía necesidad del bautismo: ni de ése, ni de ningún otro, sino que más bien el bautismo tenía necesidad del poder de Cristo. Pues, en efecto, lo que aún faltaba era que el bautizado fuera hecho digno de recibir el Espíritu Santo. Y eso fue, precisamente, lo que Él aportó cuando vino hasta nosotros. Y Juan dio testimonio diciendo: *He visto descender al Espíritu Santo en forma de paloma y posarse sobre Él. Yo ni siquiera lo conocía, pero quien me mandó a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre el que veas descender y posarse el Espíritu Santo es quien bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que es el Hijo de Dios*⁹.

San Juan repite con frecuencia esa expresión: *Ni siquiera yo lo conocía*. Y no por casualidad, sino con un motivo muy definido, porque Cristo era su pariente según la carne. Se lee en el Evangelio de san Lucas: *He aquí que tu pa-*

riente Isabel ha concebido un hijo...¹⁰. Para que no pareciera que hablaba en favor de Cristo a causa de su parentesco con él, repite a menudo: *Ni siquiera lo conocía*. Por otra parte, fue realmente así. Él pasó toda su vida en el desierto, lejos de casa de su padre. Y ¿por qué, si no le conocía antes de que descendiera sobre Él el Espíritu Santo y le conoció justamente entonces, por qué, digo, se negaba a administrarle el bautismo, diciendo: *Soy yo quien debe ser bautizado por ti*¹¹? Eso era un claro signo de que Cristo era ya conocido, pero no desde hacía mucho tiempo. Lo cual es explicable, pues los milagros acaecidos cuando Jesús era niño, la llegada de los magos y otros semejantes, pertenecían a una época demasiado lejana, cuando Juan mismo era también niño todavía. Durante el resto del tiempo Cristo había permanecido por completo desconocido para él. Si le hubiera sido conocido, Juan no habría dicho: *He venido a bautizar para que sea manifestado a Israel*.

3. Por lo que resulta evidente que los milagros que se cuenta obró Cristo siendo niño son falsos, inventados con buena voluntad. De haber obrado milagros cuando todavía era niño, san Juan no lo habría ignorado, ni tendría necesidad el resto de sus compatriotas de que nadie les indicara quién era el Mesías. Y, sin embargo, es san Juan mismo quien dice ahora: *para que fuera manifestado a Israel*. Y por el mismo motivo también, dijo: *Soy yo quien debe ser bautizado por ti*. Para señalarlo todavía más claramente lo predicó a las multitudes diciendo: *Éste es Aquel de quien dije: tras de mí viene uno que en realidad me precede*. Porque quien me ha mandado a bautizar con agua, y me mandó, precisamente para que Él fuera manifestado a Israel, Él mismo fue quien se lo reveló a san Juan antes de la venida

del Espíritu Santo. Por eso, ya antes de su venida decía: *el que viene detrás de mí, en realidad me precede*.

Por tanto, san Juan no lo conocía antes de ir al Jordán a bautizar a todos, sino que lo identificó cuando estaba a punto de bautizarlo, y ello porque el Padre mismo se lo reveló al profeta. Y a los judíos, por su parte, les fue revelado en el momento mismo del bautismo, por el Espíritu Santo, descendido con ese fin. Para que nadie despreciara el testimonio de san Juan cuando decía: *era antes que yo y bautiza en el Espíritu y juzgará al mundo*¹², el Padre, para anunciar solemnemente a su Hijo, hizo oír su voz. Y vino el Espíritu Santo para hacer aparecer sobre Cristo la voz que sonaba en el cielo. Y como uno bautizaba y el otro era bautizado, para que nadie por equivocación pensara que la voz se refería a san Juan, descendió el Espíritu Santo.

Cuando san Juan dice: *yo no lo conocía*, hemos de entender que se refiere a un tiempo remoto, no al período que inmediatamente precedió al bautismo. De lo contrario, ¿por qué razón habría de excusarse de administrarle el bautismo diciendo: *soy yo quien debe ser bautizado por ti?* Y ¿por qué lo habría magnificado tanto?

Pero —me preguntaréis— ¿por qué no creyeron los judíos? Pues no fue san Juan el único en ver a Cristo bajo la paloma. La razón es que para este género de cosas se requiere, no sólo los ojos carnales, sino también un cierto entendimiento para que tales manifestaciones no se juzguen visiones vanas. Si cuando le veían hacer milagros, tocando con sus manos a los enfermos o a los muertos y devolviéndoles la salud y la vida, eran presas de tales accesos de cólera que todo eso les movía a sostener lo contrario de lo que veían, ¿cómo iban a dejar de ser incrédulos por la mera aparición del Espíritu Santo en forma de paloma?

Por otra parte, hay quienes afirman que no todos vieron esas apariciones, sino sólo san Juan y los que gozaban de mejores disposiciones. Pues, en efecto, aunque el Espíritu fuera perceptible a todos con los ojos corpóreos en virtud de su descenso con forma de paloma, bien pudo ser que no a todos se hiciera esa revelación. También Zacarías, o Daniel o Ezequiel, tuvieron muchas visiones sobrenaturales bajo apariencias sensibles, sin que por ello compartieran los demás esas contemplaciones. Moisés asistió a muchas apariciones de ese estilo, que pasaron inadvertidas para los otros. No todos los discípulos fueron estimados merecedores de asistir a la transfiguración sobre el monte, ni todos pudieron contemplar las apariciones de Jesús resucitado. A eso se refiere san Lucas cuando dice que *se apareció a los testigos preestablecidos por Dios. Yo lo he visto y doy testimonio de que es el Hijo de Dios*¹³.

Y ¿cuando atestiguó san Juan que era el Hijo de Dios? Le llamó *cordero* y dijo de Él que bautizaría en el Espíritu Santo, pero no que fuera el Hijo de Dios. Los demás evangelistas escriben que después del bautismo no dijo nada y, callando los demás acontecimientos sucedidos en el período intermedio, pasan a narrar los milagros cumplidos por Cristo a continuación del encarcelamiento de san Juan. Por donde podemos concluir que ése, como otros acontecimientos, fueron pasados por alto, cosa que, además, ratifica el propio san Juan al final de su Evangelio. Los evangelistas fueron tan ajenos a contar cualquier cosa grande acerca de Él que todos de acuerdo contaron con todo detalle incluso los hechos que parecían más ignominiosos, y no encontraréis que ninguno de ellos oculte ninguno de esos hechos. Y sin embargo, ocurre a veces que uno no reseña un milagro que sí traen los demás. Y a buen

seguro que hay otros milagros que no son contados por ninguno.

No he dicho todo esto sin motivo, sino para refutar la imprudencia de los paganos. Ese solo argumento basta para probar el amor a la verdad que inspiró a los evangelistas y para demostrar que no dijeron nada pretendiendo complacer a quienquiera que sea. Además de en otros, os podréis hacer fuertes en este argumento cuando os pongáis a discutir con los paganos. En efecto, sería absurdo que un médico, un curtidor, un tejedor o cualquier artesano de cualquier oficio supiera dar muchas razones para defender su oficio y los cristianos no fueran capaces de decir ni una sola palabra en defensa de su fe. Y sin embargo, en el primer caso la negligencia sólo reporta daños económicos, mientras que en el segundo causa, incluso, la ruina del alma. Nosotros no estamos en condiciones tan deplorables para que dediquemos toda nuestra preocupación sobre nuestras haciendas terrenas, despreciando lo que más importa, lo que constituye el fundamento de nuestra salvación, como si careciera de importancia.

4. A veces, es ése el motivo que impide a los paganos caer en la cuenta de la ridiculez de su error. Porque ellos, basándose en mentiras, hacen cuanto es posible para enmascarar la ignorancia de lo que llaman conocimiento, mientras nosotros, que cultivamos la verdad, no somos capaces ni siquiera de abrir la boca. Cuando esto es así, ¿cómo no han de ridiculizar la debilidad de nuestra doctrina? ¿No sospecharán que nuestra doctrina es sólo vanidad e impostura? ¿No blasfemarán de Cristo, pensando que era un impostor mentiroso, que explotó la ignorancia de las masas para arrastrarlas al engaño? Seremos nosotros los responsables de esa blasfemia porque no hemos querido aplicarnos al estudio de los argumentos en favor de nuestra religión, sino que, muy por el contrario, hemos considerado super-

fluo tal estudio y nos hemos dedicado sólo al cuidado de los negocios terrenales.

Y sin embargo, incluso los arrebatados de entusiasta admiración por un bailarín, un auriga o un gladiador que combate en la arena, se afanan de mil maneras para que sus favoritos no sean derrotados en las competiciones sobre las que cimientan su prestigio: les alaban más allá de toda medida, construyen una apología para defenderlos de quienes les critican, cubren de insultos a sus adversarios. Y, al contrario, cuando se trata de defender el cristianismo, dan cabezadas, dormitan, se distraen y, por fin, acaban por marcharse a la calle entre las risas y burlas de los presentes. ¿No es verdad que tal comportamiento es digno de suscitar y atraer sobre vosotros la ira divina, pues demostráis sentir menos aprecio por Cristo que por un bailarín? Si tenéis a punto mil argumentos para defender los gestos de estos últimos, aunque a veces resulten obscenos hasta el extremo y, desde luego, vulgares, cuando se trata de defender la autenticidad de los milagros de Cristo que atraen a Él a todo el mundo, ¿por qué parece que os trae sin cuidado y que no retiene vuestro pensamiento ni siquiera un instante?

Creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, en la resurrección de los cuerpos y en la vida eterna. Si algún pagano os pregunta: ¿Quién es el Padre?, ¿quién es el Hijo?, ¿quién es el Espíritu Santo?, ¿por qué vosotros, que habláis de tres dioses, nos acusáis de politeísmo?, ¿qué contestaríais a eso?, ¿qué diríais?, ¿cómo refutaríais esas objeciones?

¿Qué diríais si, ante vuestro silencio, os preguntaran: qué es la resurrección? ¿Resucitaremos con este mismo cuerpo o con uno distinto del actual? Y, de resurgir con el que ahora tenemos, ¿qué necesidad hay de que se disuelva antes?

¿Qué responderíais a todo eso? ¿Y qué, si os hicieran esta otra objeción: por qué no vino Cristo en la época primera? ¿Sólo ahora le ha parecido oportuno ocuparse del género humano, al que había tenido olvidado durante todo

este tiempo? ¿Qué, en fin, contestaríais si os preguntaran, además de éstas, otras muchas cosas?

Se impone que, habiendo planteado, una tras otra, tantas cuestiones, no las dejemos ahora sin respuesta para no escandalizar a los más pequeños. Ha bastado lo dicho para despertaros de vuestro sopor. Pero ¿qué sucedería si, cuando ellos os pregunten todo eso, vosotros no hubierais querido prestar atención ni siquiera a estas palabras mías? ¿No os haríais entonces merecedores de un severísimo castigo al haceros responsables de la perseverancia en el error de quienes se sientan en las tinieblas?

Si dispusierais de más tiempo libre, querría traer y enseñaros un libro escrito contra nosotros por un impío filósofo pagano y otro libro escrito por un filósofo más antiguo que éste, para así despertaros y hacer que os quitéis de encima vuestra grandísima pereza. Si quienes se propusieron combatirnos han cumplido su cometido con tanta dedicación, ¿cómo mereceremos nosotros ser perdonados si no sabemos defendernos de los dardos lanzados contra nosotros? ¿Cómo es posible que estemos tan desinteresados de cosas tan importantes? ¿No oís lo que dice el Apóstol? *Estad siempre prontos a dar respuesta a quien os pida razón de vuestra esperanza*¹⁴. También san Pablo nos dirige una amonestación semejante: *La palabra de Cristo habite entre vosotros del modo debido*¹⁵.

No faltan algunos, más necios que nada, que quieren justificarse ante estos reproches nuestros. Dicen: bendita sea el alma simple y *quien camina en la simplicidad, camina confiado*¹⁶. Por desgracia, es fuente de muchísimo mal el que haya tantos que no saben servirse con acierto de los testimonios de la Sagrada Escritura. En ese texto no se quiere

hablar del inconsciente que vive en una completa ignorancia, sino de quien, no teniendo maldad ni conociendo el fraude, posee la virtud de la prudencia. Si el significado fuera el que ellos quieren, no se habría dicho: *Sed prudentes como serpientes y simples como palomas*¹⁷.

Pero ¿a qué continuar hablando de este asunto, si nuestras palabras no van a tener ninguna utilidad? Aparte de lo ya dicho, tampoco en lo demás nos comportamos como conviene, me refiero a nuestra conducta en la vida privada y social. Pues con cualquier excusa somos mezquinos y ridículos, siempre dispuestos a criticar a los otros, pero tardos en corregir los defectos de los que nosotros mismos somos acusados. Os exhorto, por eso, a que prestéis atención para que no haya de reñiros otra vez. Eso no basta para hacer que Dios os sea propicio y benévolo. Esforzaos, además, por mostrar en toda circunstancia un cambio a mejor, para que, viviendo para la gloria de Dios, podáis gozar un día de la gloria celeste, que todos esperamos alcanzar por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 18

Al día siguiente, Juan seguía junto al lago. Y con él estaban dos de sus discípulos. Mirando fijamente a Jesús que pasaba exclamó: «He ahí el cordero de Dios». Y los discípulos oyeron lo que decía y lo siguieron

1. La naturaleza humana es perezosa e inclinada al mal, no por un irremediable defecto en su composición, sino a causa de la debilidad de su voluntad. Por eso san Pablo, escribiendo a los filipenses, les decía: *No me resulta pesado escribir las mismas cosas, y es provechoso para vosotros*². Una vez que la tierra ha acogido en sí la semilla, produce frutos muy pronto y no tiene necesidad de una segunda siembra. No sucede, sin embargo, lo mismo en nuestra alma: bastante será que tras haber sembrado muchas veces la semilla y luego de haberle procurado cuidados sin cuento, se llegue a recoger frutos alguna vez. Pues, para empezar, lo que se dice no se graba fácilmente en el alma, pues a menudo se encuentra depositada en ella una dura escoria y, por tal razón, se encuentra como sofocada por muchísimas espinas. Además hay muchos enemigos siempre prestos para llevarse la semilla sembrada. Luego, una vez que ésta ha echado raíces, se requieren muchos cuidados para que los pimpollos se robustezcan cada vez más, hasta alcanzar su com-

pleto desarrollo, y para que, una vez que lo han alcanzado, permanezcan a salvo, sin que nadie les cause daño. A pesar de lo cual, mientras que la espiga ya granada, cuando se ha formado ya y está vigorosa, puede arrostrar las inclemencias del tiempo y los elementos hostiles de toda especie, no sucede lo mismo en el campo de la verdad de la fe; sino que, después de haber llegado a su término todo el trabajo, se presentan a veces el bochorno o la tormenta, o sea, llegan dificultades, se urden lazos por parte de hombres fraudulentos, se oponen pruebas y tentaciones de varios géneros, y muy bien puede ser que se arruine toda la cosecha. No digo esto sin motivo, sino para que cuando escuchéis cómo san Juan repite lo mismo, no lo despreciéis como a alguien pesado, y no lo tengáis por persona repetida y falta de ideas. Su deseo habría sido el de que le prestaran atención con decir las cosas una sola vez. Pero como eso no ocurría a menudo, por causa del sueño de sus oyentes, trató de conseguir que le hicieran caso repitiendo varias veces lo mismo.

Considerad esto ahora: san Juan dijo: *Quien viene detrás de mí, en realidad me precede*; y *No soy digno de desatar la correa de sus sandalias*; y *El os bautizará con el Espíritu Santo y el fuego*³, y que había visto al Espíritu Santo descender en forma de paloma y posarse sobre Él. Por último atestiguó que era el Hijo de Dios. Y nadie le prestó atención, ni le preguntó, ni le propuso cuestiones como: ¿por qué dices eso, en qué te basas? Añadió, además: *He ahí al cordero de Dios que quita el pecado del mundo*. Y ni siquiera con esas palabras consiguió que se sacudieran su pereza. Por tal razón se vio obligado a repetir las mismas cosas, como si se tratara de mullir, haciéndola adecuada, una tierra dura y áspera, y de preparar las almas penetrando en

su interior con la palabra a modo de arado, a fin de poder lanzar la semilla más profundamente en su interior. Para lo cual, como sólo se preocupaba de conducirlos a Cristo y hacerlos discípulos suyos, no lanzó un largo discurso. san Juan sabía que, una vez que hubieran acogido sus palabras y se hubieran convencido, no tendrían ya necesidad de su testimonio a favor de Aquél, cosa que realmente sucedió así.

Pues si los samaritanos, tras haberle escuchado, dijeron: *No creemos ya por tu palabra, sino que nosotros mismos hemos conocido que Él es el Cristo, el Salvador del mundo*⁴, era natural que los discípulos, como en realidad sucedió, fueran seducidos antes. Una vez que fueron donde Él y le escucharon durante una sola tarde, ya no volvieron a Juan, sino que permanecieron estrechamente unidos a Cristo, hasta el punto de recibir de Él el mismo ministerio que Juan, convirtiéndose ellos mismos en los heraldos encargados de anunciarlo. Dice el evangelista: *Encontró a su hermano Simón y le dijo: Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo*⁵.

Contemplad además también el siguiente hecho: mientras que el Bautista decía: *Quien viene tras de mí, me precede* y *No soy digno de desatar la correa de sus sandalias*, nadie se quedó. Pero cuando habló de la economía de la salvación y se valió de un hablar más humilde, sus discípulos se decidieron a seguir a Cristo. Lejos de contentarnos con esta consideración, reflexionaremos, además, sobre lo siguiente: los hombres no son atraídos tanto a Dios cuando se dicen de Él cosas grandes y sublimes, como lo son, en cambio, cuando se pronuncian palabras de clemencia, de bondad y que atañen a la salvación de quienes las escuchan. Apenas oyeron que Cristo *quita el pecado del mundo*, acudieron a Él. Se hicieron este razonamiento: si pueden ser

borrados nuestros pecados, ¿por qué dudamos? He aquí a quien, sin fatiga por nuestra parte, nos libra. ¿No sería una locura posponer ese don? ¡Escúchenme los catecúmenos, que postergan su salvación hasta cuando les llegue el último suspiro!

Narra el evangelista que san Juan se presentó allí de nuevo y dijo: *He ahí al cordero de Dios*. Cristo no habló: todo lo dijo san Juan. Lo mismo sucede con el esposo. No dice nada a la esposa, sino que asiste en silencio. Otros le indican y entregan a su esposa. Ésta se reduce a mostrarse, pero el esposo no va a recogerla, sino que se la entregan otros. Mas luego que la ha tomado de estos últimos, se comporta de modo que ya ni recuerda a quienes han conducido a la novia. Lo mismo sucedió con Cristo. Vino para desposar a la Iglesia. Pero no dijo nada. Sólo estuvo presente. Juan, haciendo oficio de amigo, tomó la diestra de la esposa, al conciliarle con sus palabras las almas de los hombres. Y Él, tras haberlos acogido, los ligó tan estrechamente a sí mismo que ya no regresaron a aquel que se los había confiado.

2. Pero aquí no debemos considerar sólo esto, sino también otra cosa. Igual que en la ceremonia nupcial no es la doncella quien se aproxima a su esposo, sino que este último se apresura a salir a su encuentro, aunque sea hijo de un rey y ella de una condición más humilde, incluso cuando aquél desposara a una esclava, lo mismo sucedió en este caso. No fue la naturaleza humana la que subió al cielo, sino que el mismo Hijo de Dios, a pesar de que ella era mezquina y de poco valor, salió a su encuentro. Y celebradas las nupcias, no consintió que permaneciera aquí abajo, sino que, tomándola consigo, la condujo a la casa paterna.

¿Por qué san Juan no se dedicó a hablar en privado a sus discípulos de todo esto, para cederlos luego escondidamente a Cristo, sino que, públicamente, a la vista de todos, exclamó: *He ahí el cordero de Dios*? Para que no pareciera

que se trataba de una cosa previamente estipulada de común acuerdo. Pues si hubieran acudido a Cristo después de haberles exhortado Juan privadamente, casi por complacerle, tal vez se hubieran vuelto con él enseguida. Pero al haber aceptado seguir a Cristo después de haber oído sus enseñanzas en público, los discípulos perseveraron en su decisión durante toda su vida, pues no le siguieron por complacer a su maestro, sino por una elección libre y buscando su propio provecho.

Todos los demás profetas y apóstoles anunciaron a Cristo cuando estaba ausente. Unos, antes de su encarnación. Otros, después de su ascensión. Sólo él lo anunció estando presente. Por eso también Cristo lo llamó *amigo del esposo*, pues sólo él asistió a su boda. Él, en efecto, continuó y llevó a cabo la obra de los antiguos y dio comienzo a la nueva.

Mirando fijamente a Jesús que pasaba, exclamó: he ahí al cordero de Dios. Dijo eso san Juan para consignar que le reconocía no sólo al oírlo hablar, sino con verlo pasar. Al principio estuvo mirando a Jesús lleno de admiración, de gozo, de alegría. Tan absorbido estaba con mirarle que aquel día olvidó hacer su acostumbrada exhortación. Y luego proclamó el don que Cristo había venido a traer a todos y el modo de la purificación. Pues, en efecto, simbólicamente representa ambas cosas el cordero.

No dijo «el que quitará», ni «el que quitó», sino *el que quita*, pues incesantemente lo hace Cristo. Pues no expió los pecados de todos sólo cuando padeció la Pasión, sino que los quita desde ese tiempo hasta el día de hoy, no ya porque sea de nuevo crucificado, pues sólo una vez se ofreció a sí mismo como holocausto por los pecados, sino porque con ese único holocausto cumplió la expiación de una vez para siempre.

Igual que el término «Verbo» nos revela su excelencia, y el de «Hijo», su dignidad incomparablemente superior a

la de cualquier criatura, los términos de cordero, Cristo, luz verdadera, buen pastor y todos los demás títulos con que es llamado, precedidos siempre por el artículo determinado, ponen de relieve alguna de sus infinitas perfecciones. Muchos eran los corderos, los profetas, los cristos y los hijos, pero Él a todos los supera. El evangelista subraya esto no sólo poniendo delante el artículo, sino añadiendo el apelativo de «el Unigénito», pues nada tiene en común con las criaturas.

Y si alguno piensa que era inoportuna la hora en que se dijo todo esto, a las cuatro de la tarde, según se encarga de atestiguar el evangelista —*era, aproximadamente, la hora décima*—, tengo para mí que ese tal se equivoca en mucho. La mayoría de los servidores de la carne entiende que las horas que siguen a la comida no son adecuadas para tratar de cosas importantes, y eso con razón, porque entonces el entendimiento está pesado por culpa de la comida. En nuestro caso, sin embargo, se trataba de un hombre que no se alimentaba con el pan común y que, incluso por la tarde, era más sobrio y frugal de lo que lo somos nosotros por la mañana. Pues a menudo el exceso de comida de por la tarde turba nuestros sueños y causa la turbación de nuestras almas, mientras que él jamás sobrecargaba su navecilla con ese peso. Por eso, con mucha razón podía él hablar de tales cuestiones también por la tarde. Añádase a ello que él vivía en el desierto junto al Jordán, en cuyas riberas se reunían todos con gran compunción para recibir el bautismo, descuidados de llevar consigo medios de subsistencia. Tanto es así que por permanecer junto a Cristo estuvieron tres días ayunos.

Es deber del heraldo digno y del agricultor cuidadoso no irse sin haber comprobado que las semillas echadas en la predicación han arraigado. ¿Por qué no viajó él por toda Judea para anunciarlo, sino que se estableció junto al río, esperando a que viniera para señalarlo a las multitudes ape-

nas se hubiera presentado? Porque quería que fueran las obras de Cristo las que lo hicieran. Entre tanto, él se preocupaba de darlo a conocer y de convencer a alguno para que escuchara sus palabras de salvación. San Juan le deja a Él el testimonio más seguro, el que proviene de las obras, como dice el mismo Cristo: *No recibo testimonio de un hombre, porque las obras que el Padre me ha concedido cumplir dan testimonio de mí*⁶. Daos cuenta de que no hay medio más eficaz que éste. Pues sin haber prendido sino una pequeñísima chispa, muy pronto se convirtió en una llama muy grande, y quienes antes no concedían crédito a las palabras de san Juan, dicen luego: *Todo lo que Juan decía era verdad*⁷.

3. Por el contrario, si todo eso lo hubiera dicho yendo de camino por Judea, podría haber parecido que lo hacía por interés humano, y su predicación habría resultado sospechosa.

Y dos de sus discípulos lo escucharon y lo siguieron. Había allí también otros discípulos de san Juan, pero no siguieron a Jesús: muy al contrario, sintieron envidia de Él. Pues decían: *Rabbi, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, aquel en cuyo favor tú dabas testimonio, bautiza y todos se van con Él*⁸. Y acusándolo, decían: *¿Por qué nosotros ayudamos y tus discípulos no?*⁹.

Pero los mejores de entre ellos no albergaron esos sentimientos, sino que, apenas lo hubieron oído, lo siguieron. Y no porque despreciaran a su antiguo maestro, sino, precisamente, por obedecerle hasta el final. Ésa era la prueba más segura de que obraban razonablemente. Fueron inducidos a hacer tal no por exhortaciones de otros, cosa que

podría parecer sospechosa, sino por el único motivo de que san Juan había predicho que ése bautizaría con el Espíritu Santo. No abandonaron a su maestro, sino que quisieron saber qué traía a los hombres ése más que Juan. Notad su ardiente deseo, mezclado con un profundo respeto. Después de haberse presentado a Él, no preguntaron enseguida a Jesús noticias acerca de las cuestiones más grandes e importantes, a la vista de todos y como para darse importancia, sino que buscaron la ocasión de tener con Él un coloquio apartado. Sabían que las palabras de su maestro no tenían por causa la modestia, sino la verdad.

*Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído las palabras de Juan y lo habían seguido*¹⁰. ¿Por qué el evangelista no consigna el nombre del otro? Dicen algunos que ello es debido al hecho de que el otro que siguió a Jesús era el mismo que escribía. Otros, por el contrario, entienden que no consideró oportuno decir sino lo imprescindible, porque el otro no estaba entre los más visibles. ¿Qué utilidad habría tenido mencionar ese nombre, cuando de setenta y dos discípulos no se reseña ninguno? Cosa que podréis advertir también en san Pablo, quien dice: *Envio con él al hermano que tan ardiente celo ha demostrado en tantas ocasiones y cuya alabanza aparece ya en el Evangelio*¹¹. A Andrés, sin embargo, se lo menciona por otro motivo. ¿Cuál? Que cuando escuchéis que Simón oyó junto a él aquello de: *Venid conmigo y os haré pescadores de hombres*¹² y que no vaciló ante tan sorprendente promesa, sepáis que ya antes su hermano había puesto los fundamentos de su fe.

*Jesús, volviéndose y viendo que lo seguían, les dijo: ¿Qué buscáis?*¹³. Por aquí podemos aprender que Dios no previe-

ne nuestra voluntad con sus dones, sino que cuando nosotros comenzamos a mostrar buena voluntad Él nos ofrece muchísimas ocasiones para salvarnos.

¿*Qué buscáis?* ¿Qué puede significar esa pregunta? El que conoce los corazones de los hombres, Aquel a quien son patentes nuestros pensamientos ¿tiene, acaso, necesidad de hacer preguntas? Pregunta, no para saber, pues ¿cómo habría de ser ello posible?, sino para ganarse su amistad, al comenzar Él el diálogo, y para darles confianza y mostrarles que merecen ser escuchados. Era natural que, tratándose de desconocidos, sintiesen ellos vergüenza y como temor, dado que habían oído decir grandes cosas de ese maestro. Para librarles de todo eso, del temor y la vergüenza, les hizo una pregunta, a fin de evitar que llegaran hasta la casa en silencio. Sin embargo, aunque no les hubiera preguntado nada, ellos habrían hecho lo mismo, habrían continuado siguiéndolo y, pisando sobre sus huellas, habrían llegado hasta su casa. ¿Por qué les preguntó? Para obtener lo que he dicho antes, para que, estando, como estaban, avergonzados y dudosos, cobraran confianza y serenidad.

Ellos dieron muestra de su interés no sólo con seguirlo, sino también por las preguntas que le dirigieron. Aunque no habían aprendido nada de Él, ni le habían oído predicar siquiera, lo llamaron maestro, declarándose así discípulos suyos y revelando la razón por la que lo seguían.

Os ruego que reparéis ahora en su prudencia. No dijeron: enseñanos la verdad de la fe u otras cosas importantes. ¿Qué le dijeron? ¿*Dónde moras?* Como antes he dicho, lo que ellos querían era hablar con Él, escucharlo y aprender con sosiego. Por lo cual no postergaron el asunto para otro momento, diciendo, por ejemplo: mañana volveremos, o: te escucharemos cuando hables en público. Revelan su deseo de escucharlo, con permanecer allí a pesar de lo tardío de la hora. Caminaba ya el sol hacia su ocaso, pues dice el evangelista que *era cerca de la hora décima*. También Cristo, por

su parte, no se contentó con indicarles el camino que llevaba hasta su casa, o el lugar en que ésta se hallaba, sino que los llevó consigo, animándoles aún más a seguirlo al darles a entender que ya les había acogido entre los suyos. Por eso no les dijo, por ejemplo: «Sería inconveniente para vosotros que vinierais ahora a mi casa. Mañana tendréis ocasión de escuchar cuanto queréis saber de mí: regresad por el momento a vuestras casas». Les dirigió la palabra como a amigos, como si se tratara de viejos camaradas.

Y ¿por qué en otro lugar se dice: *el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza*¹⁴ y aquí, en cambio, *Venid y ved donde habito*¹⁵? Porque las palabras *no tiene donde reclinar la cabeza* significan no que no vivía en una casa, sino que no poseía morada propia. Tal es el concepto que propiamente entraña esa palabra.

El evangelista escribe a continuación que permanecieron con Él todo aquel día. No añade cuál fue el motivo, porque eso es evidente. Ni siguieron ellos a Cristo, ni éste los llamó por otra razón que no fuera enseñarles su doctrina. Y tan profunda y atentamente la aprendieron ellos en esa sola noche, que inmediatamente se apresuraron a convocar a otros.

4. Aprendamos por este ejemplo a posponer también nosotros cualquier cosa antes que la doctrina divina y a estimar que todo momento es oportuno para aprenderla: aunque sea necesario acudir a casa de otros, hacerse de pronto amigos íntimos de personas importantes o de quienes son desconocidos inferiores a nosotros por su rango; aunque se trate de una hora inoportuna o de un momento que nos parece incómodo, no perdamos jamás la ocasión de hacer progresos en esa ciencia. El descanso, los baños, las comidas y

cuanto a diario hacemos para satisfacer nuestras necesidades, cuentan con un momento que les está dedicado. En cambio, nuestra instrucción en la filosofía celeste no ha de quedar limitada a una hora determinada, sino que todo momento es bueno para ella. *Corrige, exhorta, amonesta a tiempo y a destiempo*¹⁶, dice el Apóstol. Y también el profeta dice: *Meditará sobre su ley de día y de noche*¹⁷. Moisés dispuso que los hebreos hicieran eso en todo momento.

Lo que sirve para el sustento de nuestra vida corporal, como son los baños y las comidas, aunque necesario, puede agotar el cuerpo si se abusa de ello. En cambio, cuanto más tiempo se dedica a la instrucción del alma más fuerte se hace el alma que la recibe. Sin embargo, nosotros desperdiciamos todo nuestro tiempo en frivolidades y en conversaciones vanas: al alba, por la mañana, a mediodía y por la tarde, celebramos reuniones sin ningún provecho, cuando aquí, cuando allá, en ciertos lugares que hemos destinado para ello. Y cuando se trata de escuchar una o dos veces a la semana la palabra de Dios, enseguida nos sentimos hartos y damos muestras de estar saciados. ¿Cuál es la causa de esto? El deplorable estado en que se encuentra nuestra alma. Hemos reprimido toda su inclinación y todo su apetito hacia esas cosas, por lo que no está en condiciones normales en lo concerniente al deseo de alimento espiritual. Entre los más graves síntomas de enfermedad ha de contarse el no sentir el estímulo del hambre o de la sed, experimentando, por el contrario, náuseas ante la comida y la bebida. Si cuando eso ocurre en lo referente al cuerpo, es síntoma de enfermedad grave y causa de debilidad, mucho más sucede esto cuando se trata del alma.

¿Cómo —me preguntaréis— podremos restablecerla, si se encuentra así de abatida y debilitada? ¿Qué debemos hacer?

¿A qué palabras recurrir en un caso tal? Es necesario que nos dediquemos al estudio de la palabra de Dios, de los escritos de los profetas, de los apóstoles, de los evangelistas y de todos los demás. Comprenderemos, entonces, que más vale nutrirse de estos alimentos, que no de los otros, impuros, que así merecen ser calificadas las charlas y las reuniones tenidas con el único fin de matar el tiempo. Dime, ¿qué es mejor: discutir de las cuestiones que se suelen tratar en el foro o en los tribunales, o de estrategia, o, por el contrario, ocuparse de las cosas celestiales y de nuestro último viaje a la otra vida? ¿Qué es más provechoso: entretenerse en menudencias a propósito de nuestro vecino de casa y sus asuntos, interesándonos, curiosamente, en negocios ajenos, o investigar las cosas de los ángeles y lo que nos es verdaderamente saludable? Que los bienes de nuestros vecinos no son nuestros, mientras que sí lo son los bienes celestiales.

Pero me diréis que basta con hablar una sola vez de esas cosas para cumplirlas luego. Y ¿por qué no pensáis, entonces, eso mismo también de las cosas de las que discutís vana y desconsideradamente, sino que jamás ponéis término a tales disputas, desperdiciando en ellas toda vuestra vida?

Y aún he de hablaros de cosas más graves que éstas. Pues si los más moderados de entre vosotros pasan todo el tiempo en tales conversaciones, los más perezosos y desordenados, en sus coloquios no tratan sino de mimos, bailarines y cómicos, ofendiendo los oídos, corrompiendo el alma y excitando los instintos con tal género de narraciones, que llenan sus cabezas de malicia. Pues apenas alguien ha pronunciado en voz alta el nombre de un bailarín, se hacen presentes en la imaginación los rasgos de su cara, su aspecto, sus mórbidas vestiduras y su persona, todavía más blanda y afeeminada que todo lo demás. Y luego aparece otro que espabila y alimenta el fuego, llevando la conversación a una cortesana, a sus palabras y vestidos, a sus ojos lascivos, a su as-

pecto regalado, a la disposición de sus cabellos, a sus mejillas maquilladas y a sus ojos pintados. ¿No os sentís excitados cuando os describo estas cosas? No os avergoncéis, no os ruboricéis. Es la misma naturaleza la que reclama esto, haciendo experimentar al alma sentimientos contradictorios, en razón de las palabras que se pronuncian. Pues si ahora, hablando yo y estando en la iglesia, alejados de tales cosas, os sentís excitados, pensad un poco cuán malvados serán los pensamientos en que se complacen quienes se sientan en un teatro, quienes se aprovechan de la excesiva licencia que corrompe fuera de este honesto y venerable consejo, escuchando y mirando con la mayor impudicia esos espectáculos.

Quizás alguno de esos que no tienen buenas disposiciones, pueda decir: ¿por qué, si, como dices, la propia naturaleza causa en nuestras almas ciertas emociones, olvidándote de ello, nos acusas? Porque de la naturaleza es emocionarse al oír hablar de tales cosas, pero asistir a esos espectáculos no es una exigencia de la naturaleza, sino un pecado del libre albedrío. Si uno se acerca demasiado al fuego, inevitablemente se quema, pues así lo quiere la debilidad de nuestra naturaleza. Pero no es la naturaleza la que nos empuja hacia el fuego y hacia la destrucción de nuestro cuerpo por él causada; a esto último sólo puede movernos el mal uso de nuestra libertad.

Y lo que os digo es que ese mal uso hay que evitarlo y corregirlo tajantemente, para que no os precipitéis por vosotros mismos en el abismo, en la sima de la maldad, para que no corráis hacia un cadalso voluntario. En fin, para que no os hagáis merecedores de las llamas preparadas para el diablo.

Quiera el cielo que, habiendo evitado las llamas de uno y otro género, todos nosotros seamos acogidos en el seno de Abraham, por la gracia y la benignidad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 19

Encuentra en primer lugar a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías», que significa el Cristo. Y lo llevó hasta Jesús

1. Cuando al principio Dios creó al hombre no lo dejó solo, sino que le dio a la mujer para ayudarlo e hizo de modo que viviera con él, sabedor de que de tal convivencia resultarían muchas ventajas. Verdad es que la mujer no hizo buen uso de ese beneficio del Señor. Pero si se estudia a fondo la cuestión en todos sus aspectos, podrá comprobarse que de esa vida en común deriva una gran utilidad para todas las personas razonables. Lo cual no sólo vale para el marido y la mujer; también los hermanos, si mantienen esa comunión de vida, extraerán de ella grandes beneficios. Por eso el profeta decía: *¡Qué bueno, qué gozoso que vivan juntos los hermanos!*². Y también san Pablo nos exhorta a no deshacer nuestra unión³. Ésta es la característica que mejor nos distingue de los animales. Si edificamos ciudades, si construimos casa y plazas, es para poder estar unidos entre nosotros, y no sólo con una unión de mera convivencia, sino por la que se sigue del vínculo de la caridad. Dado que el Creador hizo a nuestra naturaleza necesitada de muchas

cosas, y como, por otra parte, el individuo no es autosuficiente, providencialmente dispuso Dios que esa carencia encontrara remedio en la ayuda que de la convivencia proviene. El fin por el cual fue instituido el matrimonio consiste, precisamente, en el hecho de que, en virtud del mismo, lo que a uno de los cónyuges falta es aportado por el otro, de suerte que nuestra naturaleza, antes tan necesitada de muchas cosas, en la medida en que le es posible llega a hacerse autosuficiente y, a pesar de ser mortal, se hace capaz de ser inmortal por la sucesión de generaciones.

Podría seguir hablando mucho tiempo sobre este asunto y demostrar cuántas ventajas consiguen quienes se reúnen en una sincera y firme solidaridad. Pero ahora debemos tratar de otro tema más importante, en razón del cual hemos dicho también cuanto precede.

Andrés, tras haber conversado con Jesús y aprendido su doctrina, no la reservó celosamente para sí como un tesoro, sino que acudió corriendo a casa de su hermano para hacerle partícipe de los bienes que había recibido. ¿Por qué san Juan no divulgó lo que les dijo Cristo? ¿Cuál fue la razón por la que permanecieron junto a Él? Ya antes he dado una explicación, pero pueden entenderse también los motivos al leer este pasaje. Notad lo que dice el discípulo a su hermano: *Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo*. ¿No veis cómo con esa sola frase reveló todo lo que había aprendido en tan breve tiempo? Manifiesta el poder de la palabra del maestro que les había convencido de eso y el intenso deseo y el celo que desde hacía mucho tiempo animaba a los discípulos. Esa frase es expresión de un alma que ardientemente deseaba la venida del Mesías y que exulta y se llena de alegría cuando ve la esperanza convertida en realidad y se apresura a anunciar a sus hermanos tan feliz noticia. Era, además, un gesto de amor fraterno, de profunda amistad, de generosidad desinteresada éste de comunicarse entre los parientes los tesoros espirituales.

Advertid, además, que antepone el artículo al apelativo. No dice sólo «Mesías», sino *el Mesías*, pues esperaban un solo Cristo, alguien que nada tuviera que ver con los demás. Y observad que Pedro tiene un ánimo óptimamente dispuesto desde el primer momento a creer y obedecer. Inmediatamente, sin ninguna vacilación, echó a correr. Y —dice el evangelista— *lo llevó hasta Jesús*. Que nadie le reproche una excesiva credulidad porque prestó fe a lo que le fue dicho sin informarse de más detalles. Es verosímil que su hermano le hubiera hablado ya extensamente e informándole de los particulares del caso. Pero los evangelistas acostumbran a resumir hechos y palabras, movidos por el deseo de ser breves y concisos. Sea de ello lo que fuere, san Juan no dice que Pedro creyera sin más, sino que Andrés *lo llevó hasta Jesús* para confiárselo, para que de Él aprendiera toda la doctrina. Tanto más cuanto que había junto a Él otro discípulo que había acudido con el mismo fin.

San Juan Bautista, tras haber dicho: *He ahí al Cordero que bautiza en el Espíritu*, dejó que sus discípulos aprendieran más claramente de Él mismo cuanto concernía a la verdad referente a Aquél. Lo mismo hizo Andrés: considerándose incapaz de explicar todo por sí mismo, llevó a su hermano hasta el manantial de la luz con tanta insistencia y firmeza que venció cualquier duda y todas las pegas. Narra el evangelista que Jesús le miró y le dijo: *Tú eres Simón, el hijo de Jonás, pero te llamarás Pedro, que significa piedra*⁴. Y desde ese momento comenzó a hacer revelaciones a propósito de su divinidad y a manifestarla poco a poco mediante profecías. Lo mismo hizo con Natanael y con la mujer samaritana.

2. Ciertamente, las profecías tienen el mismo poder de conmover que los milagros, pero son menos espectaculares.

Los milagros, a veces, pueden ser malinterpretados por personas insensatas: *En nombre de Belcebú arroja los demonios*⁵, decían algunos de ellos. Nada semejante, en cambio, se oyó decir nunca a propósito de las profecías.

Por eso, el Señor recurrió a este último medio para instruir a Pedro y a Natanael. No hizo, sin embargo, lo mismo con Felipe y Andrés. ¿Por qué? Porque ellos habían escuchado el testimonio del Bautista y con ello tenían ya una iniciación suficiente. A Felipe le bastó con ver a las personas que estaban en torno al Salvador para recibir una prueba segura para creer en Él sin vacilaciones. *Tú eres Simón, el hijo de Jonás, pero te llamarás Pedro, que significa piedra*. Hace creíble el futuro, garantizándolo con lo que al presente sucede. Quien tan bien conoce el nombre del padre de Pedro demuestra claramente que conoce también el futuro. Además, aquí acompaña a la profecía un elogio, que no proviene del deseo de adular, sino que tiene por objeto subrayar lo que había de venir, cosa que en este pasaje aparece con evidencia. Recordad con cuanta energía corrige el Señor a la samaritana dándole a entender que, en virtud de su poder profético, conoce toda su vida pasada. *Has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es tu marido*⁶.

También el Padre adopta un hablar profético cuando quiere denunciar el culto a los ídolos: *Que os sea anunciado lo que está por venir*. Y también: *Os lo he predicho, os he salvado y no había entre vosotros extranjero*⁷. Y en todos los escritos proféticos trata de ese asunto. La capacidad de predecir el futuro es privilegio exclusivo de Dios, y los demonios no pueden imitarlo por mucho que lo intenten. En los milagros, tal vez la apariencia pueda inducir a error, pero la exacta previsión de los acontecimientos futuros sólo

puede ser hecha por aquella única naturaleza inmortal. Cuando los demonios tratan de hacer lo mismo, quizás consigan engañar a los más insensatos, pero con el paso del tiempo sus vaticinios siempre se han revelado falsos.

Nada respondió Pedro a lo que se le dijo. Como aún no conocía bien esta doctrina, se contentaba con aprenderla. Reparad, además, en que todavía no se dice la profecía completa. No dijo Cristo: «Te llamaré Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», sino: *te llamarás Pedro*. La primer frase deja entender una autoridad y un poder mayores. Pero Cristo no quiere revelar desde el primer momento todo su poder y, por ahora, habla con gran humildad. Sólo cuando haya demostrado su divinidad asumirá un tono de mayor autoridad y dirá: *Bienaventurado tú, Simón, porque mi Padre te lo ha revelado; y Yo te digo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*⁸.

A él le dio ese nombre. A Santiago y a su hermano, el de *hijos del trueno*. ¿Por qué hizo eso? Para demostrar que Él es el mismo Dios que estableció la Antigua Alianza y cambió muchísimos nombres, pues llamó Abraham a Abram, a Saray, Sara y a Jacob, Israel. A otros muchos les impuso sus nombres ya desde el nacimiento, como a Isaac, a Sansón y a aquéllos de que nos hablan Isaías y Oseas. Otros hubo también a quienes les cambió el nombre que habían recibido de sus padres, como sucedió con esos de quienes hemos hablado antes y con Jesús, el hijo de Nave. Era costumbre de los antiguos imponer los nombres atendiendo a los acontecimientos, como vemos por Isaías. Lo cual no se hacía sin motivo, sino pretendiendo que los así llamados guardaran memoria del beneficio de Dios y para que también quienes los oían llamar con esos nombres conservaran en su memoria las profecías en ellos contenidas.

Por eso Dios impuso el nombre de Juan antes de su nacimiento: quienes desde su nacimiento debían brillar por su dignidad, ya desde ese momento recibían de Dios sus nombres. Quienes sólo más tarde, mediante el progreso, alcanzarían la virtud, recibían sus nombres siendo ya adultos.

3. Entonces cada uno recibía un nombre distinto. Ahora, en cambio, todos tenemos un único nombre, el mayor de todos, pues nos llamamos cristianos, hijos de Dios, sus amigos y partes de su cuerpo místico. Ese nombre, más que cualquier otro, ha de incitarnos y hacernos más despiertos para el ejercicio de la virtud. No cometamos acciones indignas del honor de ese nombre, sino que demos a entender cuánta es la estima en que tenemos ser llamados *los de Cristo*. Así nos llamó Pablo. Meditemos y reverenciemos la majestad de este título. Si quien es conocido por formar parte del séquito de un general famoso, o de cualquier otro personaje ilustre, se siente importante cuando oye que uno u otro hablan de él, y tiene por gran honor disfrutar de esa fama, y pone cuanto está de su parte para que no quede deshonrado por su culpa el nombre del personaje a cuyo séquito pertenece, nosotros, que no nos titulamos sólo siervos de un general o de cualquier otro poderoso de la tierra, ni tampoco de un ángel, un arcángel o uno de los serafines, sino del mismo rey de todos ellos, ¿no deberemos poner en peligro nuestra vida antes que permitir que sea ofendido quien así nos ha honrado? ¿Desconocéis, acaso, cuán alto honor es considerado por las unidades de escuderos o lanceros imperiales el hecho de formar parte de la guardia personal del emperador? También nosotros, que hemos sido considerados dignos de estar al lado de nuestro rey y mucho más próximos a Él que esos de quienes hemos hablado, pues estamos tan cercanos como lo están el cuerpo y la cabeza, hagámoslo todo por imitar a Cristo.

¿Qué dice Cristo? *Las raposas tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*⁹. Si os exigiera eso mismo, probablemente parecería a muchos algo imposible de soportar. Por respeto a vuestra debilidad no he de pedir os tanta perfección, pero sí os exhorto a no estar demasiado apegados a las riquezas. Mas si, por causa de la debilidad de muchos, no pretendo yo de vosotros la perfección en la virtud, esforzaos, al menos, por evitar los excesos del vicio.

No acuso a quienes poseen casas, tierras, siervos y dinero, pero sí quiero que lícita y decorosamente poseáis tales bienes. ¿Qué significa «decorosamente»? Que debéis ser señores y no siervos de ellos, de suerte que ejerzáis vuestro derecho a usar y disponer de ellos, pero sin terminar por convertirlos en sus esclavos. Las riquezas son llamadas así porque debemos emplearlas en servicios y obras necesarias, no para que las tengamos guardadas en nuestras arcas. Hacer esto es propio de siervos, mientras que aquélla es una acción digna de señores. Montar guardia conviene a un siervo. Gastar es lo condigno del dueño que tiene autoridad.

Tú que eres rico no has recibido los bienes que posees para tenerlos escondidos bajo tierra, sino para distribuirlos. Si hubiera sido voluntad de Dios que permanecieran acumuladas las riquezas, no las habría confiado a los hombres, sino que habría dispuesto que quedaran custodiadas en las entrañas de la tierra. Mas, como quiso que se dispusiera de ellas, nos permitió poseerlas para que gustosamente nos las comuniquemos. Si las retenemos para nosotros, no somos sus dueños, sino esclavos suyos. Y si quieres aumentarlas y con tal fin las conservas, sábetes que el mejor sistema de todos para conseguir eso es el de invertir las y colocarlas un poco en cada lado. Sin gasto no es posible obtener prove-

cho, y nadie se enriquece si no invierte adecuadamente su dinero, cosa que puede comprobarse en las diversas actividades de producción. Eso hacen el comerciante y el agricultor, derramando éste la semilla y aquél el dinero. Uno emprende viajes por mar a fin de gastar su dinero y cerrar tratos. El otro se afana todo el año en la siembra y en las demás labores de la tierra.

En nuestro caso no hay necesidad de ese tipo de cosas. No necesitamos armar naves, ni uncir bueyes, ni arar la tierra, ni preocuparnos por los fenómenos meteorológicos, ni temer los daños del granizo. No hay aquí marejadas temibles ni arrecifes. Esta navegación, esta siembra requieren una sola cosa: que cada uno reparta generosamente cuanto tiene. De todo lo demás se ocupará Aquel labrador al que Cristo se refiere cuando dice: *mi Padre es el labrador*. ¿Acaso no sería absurdo que disponiendo de la posibilidad de tenerlo todo sin fatiga, continuáramos preocupados y afanosos, poniendo el mayor empeño en negocios que llevan consigo sudores, fatigas e innumerables preocupaciones y que, al final, no ofrecen el fruto esperado? Os exhorto a que no nos comportemos de forma insensata cuando está en juego nuestra salvación, sino que, despreocupados de lo que nos es más pesado, nos apresuremos a obtener lo que es a la par más llevadero y ventajoso, para que podamos alcanzar el gozo de los bienes futuros, por la gracia y la benignidad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 20

Al día siguiente fue a Galilea. Encontró allí a Felipe y le dijo: Sígueme. Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro

1. Se lee en los Proverbios que *todas las fatigas obtienen su recompensa*². Pero Cristo dijo algo más: *Quien busca encuentra*³. Me maravillo al considerar cómo Felipe comenzó inmediatamente a seguir a Jesús. Andrés se fue con Él tras haber escuchado al Bautista. Pedro, tras escuchar a Andrés. Pero Felipe, sin haber oído nada de nadie, por el mero hecho de que Cristo le dijera *sígueme*, obedeció inmediatamente y ya no se echó atrás, antes bien, se puso a predicarlo a los demás. Pues se llegó presuroso a Natanael y le anunció: *Hemos encontrado a Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas*⁴. ¿No adivináis por estas palabras cuán preparada tenía su alma y cómo continuamente meditaba los escritos de Moisés y aguardaba la venida de Cristo? La expresión «hemos encontrado» es propia de quien siempre buscó.

Al día siguiente, Jesús se fue a Galilea. Antes de contar con discípulos no llamó a nadie. Y obró así movido por la sabiduría y la prudencia que le eran propias. Si cuando nadie

había acudido a Él por su propia voluntad se hubiera atraído a algún seguidor, tal vez éste habría cambiado enseguida de idea. Mas quienes libremente lo eligieron como maestro, permanecieron ya para siempre firmes en su propósito. Después llamó a Felipe, a quien conocía más que a los demás, porque, habiendo Él nacido y crecido en Galilea, no era la primera vez que lo veía. Llevando consigo a sus discípulos, partió a la búsqueda de otros nuevos y se ganó a Felipe y a Natanael. A este propósito diré que no es tan admirable que la fama de Jesús se divulgara por toda Siria, cuanto el hecho de que Pedro, Santiago y Felipe creyeran en Él antes de que hubiera obrado ningún milagro, máxime cuando habían nacido en Galilea, de donde no podía surgir ningún profeta ni nada bueno. Aquella gente era, en efecto, ruda, inculta y grosera. Pero Cristo manifestó su poder, precisamente, al elegir sus mejores discípulos en una tierra que no producía ningún fruto.

Es verosímil que Felipe lo siguiera tras haber visto a Pedro y oído a san Juan. Pero es también muy probable que la voz de Cristo ejerciera en su alma una atracción irresistible, pues Él sabía quien estaría dispuesto a seguirlo. En cualquier caso, el evangelista narra todo esto muy sumariamente. Sabía Felipe que el Cristo debía venir, pero ignoraba que ése era el Cristo. En mi opinión, eso lo aprendió de Pedro o de Juan. El evangelista menciona el nombre de la aldea de la que provenía para que aprendáis que Dios eligió como instrumentos suyos a las criaturas más débiles que había en el mundo.

Felipe encuentra a Natanael y le dice: Hemos encontrado a Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, Jesús, el hijo de José de Nazaret. Dijo eso para hacer más creíble su anuncio al citar a Moisés y a los profetas y para infundir un sentido de reverencia en el ánimo de su interlocutor. Como Natanael era un hombre docto y apasionado buscador de la verdad, como atestiguó el mismo Cristo y luego los hechos confirmaron, con acierto citó a Moi-

sés y a los profetas, para que de ese modo diera buena acogida a lo que se le anunciaba. Y no os turbe oír que lo llama hijo de José, pues como tal era tenido todavía.

Pero ¿qué pruebas tienes, Felipe, de que ése sea quien tú dices? ¿Qué signo puedes darnos de ello? No basta simplemente con afirmarlo. ¿Qué visión sobrenatural has tenido? ¿A qué milagro has asistido? Es peligroso prestar fe con precipitación a cosas tan grandes. Por consiguiente, ¿qué prueba tienes? La misma que Andrés, responde él. Éste, no sabiendo describir adecuadamente el tesoro que había encontrado ni explicarlo con sus palabras, llevó a su hermano hasta Aquel al que había encontrado. Tampoco Felipe explica por qué razón es ése el Cristo ni cómo lo anunciaron los profetas. Se limita a llevar a Natanael hasta Jesús, a sabiendas de que, una vez gustada la fascinación de sus palabras y su doctrina, ya nunca se apartaría de Él.

*Y Natanael le responde: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Felipe le dice: Ven y verás. Jesús, viendo llegar a Natanael, dice: he ahí a un verdadero israelita, en quien no hay engaño*⁵. Mientras que él decía: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?*, Jesús lo elogiaba con admiración. Alguno tal vez diga: Y ¿no debería más bien maldecírsele por sus palabras? De ningún modo. No eran palabras de alguien que no creyera, y por lo mismo no merecían maldiciones, sino alabanzas. ¿Cómo y por qué razón? Porque éste conocía los libros proféticos mejor que Felipe y en la Escritura había aprendido que Cristo vendría de Belén, esto es, de la misma ciudad en la que había nacido David. Era ésta una opinión muy divulgada entre los judíos, y el profeta la había formulado mucho tiempo antes de este modo: *Y tú, Belén, no eres la más pequeña de las ciudades de Judá, pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel*⁶. Por eso,

cuando Natanael oyó hablar de Nazaret, se confundió y quedó dudoso, porque no veía cómo podían concordar las palabras de Felipe y el vaticinio profético.

Considerad, sin embargo, su prudencia y su modestia incluso cuando duda. Pues no dijo a las primeras de cambio: «Me engañas, Felipe, mientes. No creo, no iré a verle. He aprendido en los profetas que Cristo debe venir de Belén y tú dices que éste viene de Nazaret. Por consiguiente, éste no es Mesías». No dijo eso. ¿Qué hizo? Tras haber mostrado su profundo conocimiento de la Escritura al rechazar que proviniera de Nazaret, y habiendo probado que no tenía por costumbre dejarse engañar, acudió donde Jesús, haciendo patente, al no despreciar a quien le anunciaba tales cosas, el intenso deseo que sentía de la venida del Cristo. Tal vez en el fondo abrigara la sospecha de que Felipe se había equivocado de ciudad.

2. Observad, además, con qué moderación se niega a creer en las palabras de su amigo y en qué modo le pregunta. No dijo que de Galilea no pudiera salir nada bueno, sino: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* También Felipe, por su parte, se mostró muy prudente. Aunque molesto, no se irrita ni da signos de impaciencia, sino que insiste en conducir a Jesús a su interlocutor, mostrando desde el principio una constancia verdaderamente apostólica.

Y Cristo dice a Natanael: *He ahí a un verdadero israelita, en quien no hay engaño.* Un israelita puede ser mentiroso, pero no es éste el caso. Su juicio es recto, y al hablar no se deja ganar por simpatías o antipatías personales. También los judíos, cuando se les preguntó dónde debía nacer el Mesías, respondieron: *En Belén*, y adujeron el siguiente testimonio: *Y tú, Belén, no eres la más pequeña entre las ciudades de Judá.* Citaron esas palabras antes de verlo, y cuando lo vieron, por envidia, no prestaron atención a esa profecía y dijeron: *De éste no sabemos de dónde*

*viene*⁷. No hizo lo mismo Natanael. Al contrario, conservó la misma opinión que se había formado de Él desde el comienzo, a saber, que Cristo no podía ser originario de Nazaret. ¿Por qué, entonces, los profetas lo llamaron nazareno? Porque iba a ser educado y a vivir mucho tiempo en Nazaret.

Para no hacer surgir dudas en su ánimo, Cristo no quiso precisar en este momento: «No soy de Nazaret como te dijo Felipe, sino de Belén». Además, aunque le hubiera convenido de ello, ésa no es razón válida para demostrar que Él era verdaderamente el Mesías. ¿Qué impedía que, aun habiendo nacido en Belén, no hubiera sido el Cristo, como tantos otros que habían nacido allí? Por eso, dejando de lado esa cuestión, recurrió a un procedimiento más hábil para atraerlo, y fue el de demostrarle que Él estaba presente en la conversación que ellos habían tenido. Pues, cuando Natanael le dijo: *¿De qué me conoces?*, repuso: *Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi*⁸.

Notad la firmeza y la constancia de este hombre. Cuando Cristo le dijo: *He ahí a un verdadero israelita*, no se emocionó por el elogio, ni se ensoberbeció a causa de la alabanza, sino que continuó indagando con cuidado y quiso agotar la verdad. Pero él buscaba la verdad de un hombre, y Cristo le contestaba como Dios al decirle: *ya te he visto antes*. Verdaderamente conocía de sobra su rectitud moral, no como quien le hubiera observado con anterioridad, sino como quien es Dios. Añadió: *Te he visto hace poco, bajo la higuera*, aunque allí no había ningún otro, aparte de Felipe y de Natanael, que trabaron conversación. Por eso cuenta el evangelista que Jesús, al ver lo desde lejos, dijo: *He ahí a un verdadero israelita*, dando a entender que pronunció tales palabras antes de que Felipe llegara, a fin de que no

resultara sospechoso el testimonio. Por lo mismo precisó también la hora, el lugar y el árbol. Si hubiera dicho solamente: te he visto antes de que Felipe te llamara, la cosa hubiera resultado sospechosa, pues podría parecer que había sido Él quien había enviado a Felipe, y, en tal caso, nada de extraordinario habría en todo ello. En cambio, al describir la hora en que habló con Felipe, el lugar, la especie del árbol y el momento en que aconteció el coloquio, no dejó ninguna duda sobre el valor de la profecía.

Y no lo instruyó sólo así, sino también de otro modo. Evocó las palabras que habían cruzado: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?*, y de esta suerte le convenció más, porque, en vez de reprochárselo, le dirigió palabras de alabanza y admiración. Así reconoció Natanael al verdadero Cristo, tanto por la profecía, cuanto porque interpretó con exactitud lo que Él quería decir, demostrando de ese modo que también era capaz de leer sus más íntimos pensamientos. Y además, porque no le reprochó haber expresado libremente su parecer, sino que lo alabó por ello. Cristo le profetizó que Felipe le había llamado, pero omitió referirse a los argumentos que habían tratado, remitiendo el juicio a su conciencia y no queriendo hacerle ningún reproche.

3. Pero ¿quiere ello decir que el Señor vio a Natanael sólo cuando lo llamó Felipe? ¿Acaso no le había visto ya antes, con sus ojos, que no descansan? Ciertamente sí. Nadie podrá dudar de ello. Pero en esa circunstancia debía decirse sólo lo estrictamente indispensable.

¿Qué hizo entonces Natanael? Como había recibido una prueba patente de su presciencia, llegó a la pública confesión de su fe, luego de haber mostrado su prudencia mediante la incertidumbre que al principio tuvo, dando muestras de su sabiduría merced al reconocimiento que hizo. Pues narra el evangelista que respondió con estas palabras:

*Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel*⁹. ¿Veis como de pronto su alma se llenó de gozo y qué apego a Cristo revelan sus palabras? Dice: Tú eres el que esperábamos y buscábamos. ¿Advertís su sorpresa y maravilla, su exultación y la plenitud de su felicidad?

También nosotros debemos alegrarnos así, pues hemos sido considerados dignos de conocer al Hijo de Dios. Digo que nos alegremos, y no sólo con la mente, sino que es además menester que llevemos nuestra alegría a nuestras acciones. ¿Qué debemos hacer quienes participamos en esta alegría? Creer en Aquel a quien hemos conocido. Deber de quien cree es hacer lo que Él quiere, pues si hacemos lo que le desagrada, ¿cómo podremos probar que es sincero nuestro gozo? ¿No veis cómo, cuando alguien recibe en su casa a un amigo suyo, todo lo hace con alegría, corriendo de un lado a otro, sin cuidarse de economizar, dispuesto a acabar con sus provisiones con tal de dar gusto a su huésped? Suponed, por el contrario, que este tal no es de su agrado y que, por ello, no haga todo lo posible por agradarle. Por mucho que hubiera manifestado alegría por su venida, no lograría ganarse la confianza de su huésped. Y con razón, porque a las palabras han de seguir los hechos.

Por eso, manifestemos nuestra alegría por haber venido Cristo hasta nosotros y no cometamos acciones que puedan desagradarle. Adornemos la casa a la que ha venido. Eso mostrará nuestra alegría. Preparémosle los alimentos mejores y así demostraremos nuestra satisfacción.

¿Cuáles son esos alimentos mejores? Él mismo nos lo dice: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado*¹⁰. Si lo vemos hambriento, alimentémoslo. Si sediento, démosle de beber. Aunque sólo le des un vaso de agua fresca, movido por el cariño que siente por ti, lo aceptará

gustoso. Entre personas que se quieren, incluso los más pequeños regalos, por causa del afecto que se profesan, parecen grandes a quien los recibe. No seas, por tanto, perezoso: aunque pongas en sus manos sólo dos moneditas, no las rechazará, sino que las estimará como si fueran un gran tesoro. Él nada necesita, no acepta esas ofrendas porque las necesite, y por eso medirá las cosas no por sus dimensiones, sino según el cariño de quien se las ofrezca. Basta con que muestres que lo quieres cuando se entretiene contigo, que tienes para con Él toda suerte de cuidados y que te alegras con su presencia. Mira lo bien dispuesto que está hacia ti: por ti vino, por ti dio su vida y, además, no cesa de exhortarte continuamente. Dice el Apóstol: *Nosotros somos los mensajeros de Cristo, como si Dios no dejara de exhortarnos por medio de nosotros*¹¹.

Pero —dirá tal vez alguno— ¿quién hay tan insensato como para no querer a su Señor? También yo digo lo mismo, y sé bien que ninguno de nosotros es del parecer contrario, al menos de palabra y en lo más íntimo. Pero el amado quiere que el cariño se manifieste no sólo de palabra, sino con los hechos. Si hablando así no hacemos lo que agrada a las personas a las que queremos, pareceremos ridículos a los ojos de Dios y a los de los hombres.

Porque hacer profesión de fe sólo de palabra, mientras se obra de modo incompatible con ella, no sólo es insensato, sino perjudicial, os suplico que hagamos nuestra profesión de fe con las obras, para que también nosotros podamos recibir de Él el solemne reconocimiento aquel día en que en presencia del Padre proclamará quiénes han sido dignos de Él, Jesucristo nuestro Señor.

HOMILÍA 21

Le responde Natanael: Rabbí, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el rey de Israel. Jesús le dice: ¿Porque te he dicho que te he visto bajo la higuera crees? Verás cosas mayores que ésa

1. Cualquier avance en la investigación de la profundidad de las divinas Escrituras es fruto, queridos hermanos, de muchas fatigas y desvelos. No es tan sencillo aprehender su significado, ni es posible hacerlo mientras dormimos, sino que sólo tras una cuidadosa investigación y asiduas plegarias puede penetrarse en el santuario de la palabra divina. Hoy nos es propuesta una ardua cuestión, que requiere mucha diligencia y estudio. Cuando Natanael dice: *Tú eres el Hijo de Dios*, Cristo le responde: *¿Porque te he dicho que te he visto bajo la higuera crees? Verás cosas mayores que esa*. Pues bien: ¿por qué Pedro, que confiesa su fe al decir *Tú eres el Hijo de Dios* sólo después de muchos milagros y enseñanzas, es declarado por ello bienaventurado porque el Padre le ha revelado tales cosas, mientras que Natanael no escucha nada parecido, aunque dijo lo mismo antes de haber visto milagros, antes de haber aprendido su doctrina y, por el contrario, como si hubiera dicho algo completamente normal, se le avisa de que debe aperar cosas mucho mayores? ¿Cuál es la razón de esa diferencia?

Sin duda, Pedro y Natanael han pronunciado una frase completamente idéntica. Mas para cada uno de ellos tenía un significado distinto. Al proclamarlo Hijo de Dios, Pedro lo reconoció como Dios verdadero, mientras que Natanael se reduce a considerarlo simplemente un hombre. ¿De dónde sacamos esto? De lo que ahora vamos a decir. Después de haber proclamado: *Tú eres el Hijo de Dios*, Natanael añade: *Tú eres el rey de Israel*. Pero el Hijo de Dios no sólo es rey de Israel, sino de todo el mundo. Prueba ésta a la que se añade otra, sacada también del mismo contexto. A la respuesta de Pedro, Cristo no replicó nada, sino que, como su fe era perfecta, dijo que construiría su Iglesia sobre esa confesión. No hace lo mismo en el caso presente. Advertid que Jesús añade todavía algo, como si a esa confesión le faltara lo más importante. ¿Qué añadió? *En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre*².

¿Percibís cómo poco a poco eleva a sus discípulos desde la tierra y los conduce a lo más alto, para que no lo consideren solamente un hombre? Por tal razón dijo: *Verás cosas mayores que ésta*, refiriéndose a los ángeles, dedicados a servirle. Es como si dijera: Natanael, esto te ha parecido algo grande, y por eso has declarado que soy el rey de Israel. ¿Qué dirás cuando veas a los ángeles subir y bajar sobre mí? Con esas palabras lo convence para que lo proclame también Señor de los ángeles. Pues, en efecto, esos servidores de la corte celestial descendían y subían sobre el Hijo de su rey en la crucifixión, en la resurrección, en la ascensión y ya antes, cuando se acercaron para servirlo, cuando anunciaron su nacimiento, cuando cantaron: *Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra*³, cuando se presentaron a María, cuando se aparecieron a José.

En fin, el Salvador se comporta aquí como ya ha hecho muchas otras veces. Anuncia dos sucesos, y de uno de ellos da pruebas de que ya se ha cumplido, asegurando así que el otro se cumplirá también. Una de las dos cosas dichas se propuso como realmente sucedida ya, como sucede con la frase: *Antes de que Felipe te llamara, te he visto debajo de la higuera*. Otra estaba todavía por suceder, aunque ya había sucedido en parte, como es el descenso y la subida de los ángeles con ocasión de la crucifixión, la resurrección y la ascensión. Y hace ésta creíble antes de que se cumpla por lo ya dicho. Evidentemente, quien sabía de su capacidad de adivinar lo ya sucedido, estaba más inclinado a creer en sus predicciones cuando hablara de los acontecimientos futuros.

¿Qué hace entonces Natanael? No respondió nada. Por lo cual también Cristo interrumpió en ese punto la conversación que con él había comenzado. Lo deja reflexionar por su cuenta sobre lo dicho y no quiere profundizar demasiado pronto en toda su doctrina. Lanzada en tierra buena la semilla, con toda tranquilidad deja que dé retoños a su tiempo. Para esclarecer esa idea dijo en otra ocasión: *El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla. Y mientras dormía vino un enemigo suyo que sembró cizaña en medio del grano*⁴.

*Tres días después hubo una boda en Caná de Galilea. Fue invitado Jesús, y también su madre y sus discípulos estaban allí*⁵. Os he dicho ya que Él era muy conocido en Galilea, por lo que lo invitan a una boda y acude. No se cuidaba de su dignidad, sino que pretendía sólo hacer el bien de cualquier modo posible. Quien no tuvo a menos asumir la naturaleza de siervo, con mayor razón no tendría inconveniente en asistir a los desposorios de unos siervos. Quien frecuentaba a los publicanos y a los pecadores, con mayor

razón no rechazaría tomar parte en un convite nupcial junto a otros invitados. Sin embargo, quienes lo habían invitado no tenían de Él la alta opinión de que era merecedor, y no lo habían invitado como a un personaje importante, sino como a uno de tantos, como a un conocido más. A eso alude el evangelista cuando dice: *también la madre de Jesús y sus hermanos estaban allí*. Igual que la invitaron a ella y a sus hermanos, invitaron también a Jesús.

Faltó el vino, y su madre le dijo: No tienen vino. En este punto parece razonable que nos preguntemos por qué la madre llegó a formarse tan alta opinión de su hijo. Hasta ese momento Él no había obrado ningún milagro, pues dice el evangelista que *con esto dio comienzo Jesús a sus milagros en Caná de Galilea*⁶.

2. Si alguien objeta que no es ésa prueba suficiente para demostrar que entonces empezaron los milagros, porque la especificación de *en Caná de Galilea* tiene allí, pero no el absolutamente primero, pues es probable y verosímil que hubiera hecho otros ya antes en otros lugares, respondemos, igual que antes, con palabras del propio san Juan: *Yo no lo conocía, pero he venido a bautizar con agua para que fuera manifestado a Israel*⁷. Si desde su niñez hubiera sido un taumaturgo, no habrían tenido los israelitas necesidad de que otro se lo revelara. Quien en su madurez alcanzó tan gran fama a causa de sus milagros no sólo en Judea, sino también en Siria y más lejos, y adquirió tal celebridad en el breve espacio de tres años, e incluso de menos, pues desde que hizo su primer milagro, inmediatamente se divulgó su fama por doquier, quien en tan poco tiempo llegó a ser tan ilustre por el elevado número de sus prodigios que todos le conocían al menos de nombre, con mucha mayor razón no

habría podido permanecer oculto de haber obrado milagros siendo aún niño. Es más: si los milagros hubieran tenido lugar a esa edad, habrían suscitado una admiración todavía mayor, como obrados por un niño y porque el plazo para que su fama se divulgara habría sido el doble, el triple o muchas veces mayor de lo que en realidad fue. Sin embargo, siendo niño no hizo ningún prodigio, si se exceptúa el narrado por san Lucas, según el cual a la edad de doce años se sentó en medio de los doctores, que lo escuchaban, y los admiró con las preguntas que les hacía.

Por lo demás, es cosa muy en su punto que no comenzara a obrar prodigios desde la infancia, a fin de que no llegara a pensarse que se trataba de apariencias vanas. Si fueron muchos quienes abrigaron esa sospecha ante los milagros que realizó siendo adulto, con mucho mayor motivo se habrían mostrado escépticos de haber obrado Él prodigios cuando todavía era un niño. E incluso, movidos por la envidia, lo habrían clavado en la cruz demasiado pronto, anticipándose al tiempo preestablecido, de suerte que no habrían sido creídas las verdades concernientes a la Encarnación. Pero entonces —diréis— ¿cómo es que su madre lo tuvo en tanto? Porque Jesús desde hace ya algún tiempo comenzaba a ser conocido por el testimonio de Juan y por cuanto Él mismo había dicho a sus discípulos. Pero, por encima de todo ello, fue su propia concepción y los acontecimientos que acompañaron a su nacimiento lo que movió a la madre a formarse una opinión tan alta de su hijo. Porque, como narra san Lucas, ella escuchaba cuanto se decía del niño y *lo conservaba en su corazón*⁸. Y —me diréis— ¿por qué no habló de ello? Porque, como ya he dicho, sólo entonces comenzó Él a manifestarse en público. Hasta entonces se comportaba como otro cualquiera del pueblo, y por

eso su madre no osaba decir nada. Pero cuando supo que el Bautista había venido por Él y que había dado testimonio de Él y de su grandeza y que Él mismo habla reclutando discípulos, se decidió a dirigirle confiadamente una petición y, dado que se había acabado el vino, le dijo: *No tienen vino*. Su intención era bien la de dejar a sus anfitriones obligados para con su hijo al hacerles ese favor, bien la de manifestarse espléndida ella misma. Probablemente también ella cedió a un sentimiento humano⁹, como sus hermanos cuando le decían: *Muéstrate al mundo*¹⁰, pretendiendo que la gloria que provenía de sus milagros redundara sobre ellos. Por lo cual Él le respondió en tono severo, diciendo: *Mujer, ¿qué hay entre tú y yo? No ha llegado todavía mi hora*¹¹.

Sin embargo, para haceros idea de cuánta veneración sentía por su madre, leed el pasaje en que san Lucas cuenta cómo estaba sometido a sus padres, y aquel otro del Evangelio de san Lucas en el que aparece la preocupación que mostró por ella incluso en la cruz. Cuando los padres no obstaculizan la voluntad de Dios ni se oponen a ella, la sumisión a ellos es un deber necesario, y los hijos que no la muestran se exponen a un gran peligro. Mas si los padres pretendieran de sus hijos cosas imposibles o se opusieran en cosas tocantes a la vida espiritual, lo que no estaría exento de peligro sería prestarles obediencia. Por ese motivo le respondió Él así en esta ocasión, y en otra dijo: *¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?*¹². Todavía no tenía de Él la opinión adecuada y, como lo había dado a luz, creía, como es costumbre de las demás madres, que podía mandarle lo que quisiera, cuando, en realidad, debería haberlo venerado

y adorado como a su Señor. Razón por la cual hubo de escuchar esa respuesta.

Os ruego que ahora tratéis de imaginar cómo, mientras la multitud se apiña en torno a Jesús y una muchedumbre se afanaba en escucharlo para aprender su doctrina, su madre se acerca, abriéndose paso entre la multitud, para interrumpir sus palabras y hacer con Él un aparte, no contentándose con que eso suceda en casa, sino pretendiendo que salga afuera para hablar a solas con ella. Fue en tales circunstancias cuando Él gritó: *¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?* No pretendía ofender a su madre, sino todo lo contrario: quería preocuparse de ella del mejor modo posible, no permitiendo que ella alimentara, respecto a Él, un sentimiento bajo y mezquino. Si se preocupaba de los demás y no perdonaba medio alguno para lograr que tuvieran de Él la opinión adecuada, con mucha más razón debía preocuparse también así por su madre. Es, además, algo probable y verosímil que, a pesar de aquellas respuestas, su madre no se conformara y pretendiera aún imponerle su autoridad materna, razón por la cual Él tuvo que replicar así a quienes le estaban hablando de ella. Por último, no habría podido elevarla desde las ideas vulgares que tenía hasta otra más alta si ella hubiera debido esperar que la honrara siempre como un hijo y que nunca se comportara con ella como su Señor. Por lo que en esa ocasión le respondió: *Mujer, ¿qué hay entre tú y yo?*

Hay aún otra razón no menos importante: que los milagros cumplidos por Él no resultaran sospechosos. Debían rogarle no su madre, sino quienes se hallaban necesitados. ¿Por qué? Porque lo que se obtiene gracias a la petición hecha por los padres, aunque sea mucho, por lo común no es agradecido por los beneficiados. Pero si son los mismos necesitados los que suplican, queda el milagro por encima de toda sospecha, es grande la alabanza y muy notable el provecho que de él se sigue.

3. Si, por poner un ejemplo, un médico excelente, al llegar a una casa donde hubiera varios enfermos, no escuchara ni a los enfermos ni a sus familiares y se dejara aconsejar sólo por su propia madre, se haría sospechoso a los enfermos y malquisto de ellos, y ni los menesterosos ni quienes los asistieran pensarían poder obtener de él ninguna cosa importante. Para enseñarle que en adelante no debía comportarse de ese modo, Jesús le dijo: *Mujer, ¿qué hay entre tú y yo?* Se preocupaba así, ciertamente, del honor de su madre, pero más aún de la salvación de su alma y del bien de tantos en razón de los cuales había asumido la condición carnal. Por consiguiente, esas palabras no eran las de un hijo que respondiera con arrogancia a su madre, sino que, muy por el contrario, estaban inspiradas por su deseo de hacer el bien también a su madre y del de proveer a que sus milagros tuvieran la dignidad conveniente. Por lo demás, que Él tenía en gran honor a su madre es cosa que puede probarse, entre otros muchos, por el hecho de que, mientras parece querer censurarla, a través incluso de su indignación aparece la reverencia que siente por ella. Esto lo explicaremos mejor en el próximo discurso.

Reflexionando sobre todo, cuando oigáis que una mujer exclamó: *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron*¹³ y cómo Él repuso: *Bienaventurados, más bien, quienes cumplen la voluntad de mi Padre*¹⁴, pensad que también esas palabras fueron pronunciadas con la misma intención. No era ésa la respuesta de alguien que rechazaba a su madre, sino la de quien enseñaba que para nada le habría servido a ella el haberlo dado a luz si no hubiera sido virtuosa y fiel a la voluntad de Dios. Si en nada hubiera aprovechado a María dar a luz a Cristo, de no haber estado interiormente llena de gracia, tanto menos nos apro-

vechará a nosotros, tan faltos de virtud, el tener padre, hermano o hijos virtuosos. Pues dice David: *El hermano no rescata a su hermano. ¿Podrá rescatarnos un hombre?*¹⁵. En nada deben ponerse las esperanzas de salvación sino en las propias buenas obras y en la gracia de Dios. Si haber dado a luz a Cristo hubiera sido cosa ventajosa para la Virgen, por sí mismo, habría aprovechado también a los judíos, pues Cristo, según la carne, estaba emparentado con ellos. Habría, además, beneficiado a la ciudad en la que nació y a sus propios hermanos. Y, sin embargo, de no haberse preocupado Él por sus almas, no habrían sacado ningún provecho del honor que para ellos suponía ese parentesco, sino que, muy por el contrario, habrían sido condenados como el resto del mundo. Sólo se hicieron admirables cuando brillaron por su propia virtud. Su ciudad fue arrasada y pasada a fuego, así es que no obtuvo ningún beneficio. Muchos de sus parientes según la carne fueron, incluso, asesinados y perecieron miserablemente, de suerte que no alcanzaron ningún provecho para su salvación en razón de su parentesco, porque estaban faltos de virtud.

Y en cambio, aparecen los apóstoles como los mayores de todos, porque siguieron el procedimiento correcto e infalible para hacerse sus parientes, esto es, la obediencia. Aprendamos de estos ejemplos cuán necesarias nos son la fe y una vida resplandeciente de virtudes. Sólo eso podrá procurarnos la salvación. Verdad es que, durante mucho tiempo, sus parientes vivieron rodeados de admiración y fueron conocidos con el título de *Desposynos*. Sin embargo, no conocemos sus nombres, mientras que los nombres y las vidas de los apóstoles por doquier son celebrados. Por eso no hemos de vanagloriarnos demasiado de la nobleza según la carne sino que, aunque tuviéramos miles y miles de an-

tepasados célebres, tratemos nosotros de superar su virtud, sabedores de que en el juicio futuro no podremos obtener provecho de la virtud ajena, sino que, mas bien, ésta puede redundar en perjuicio para nosotros, pues, contando con padres excelentes y gozando en nuestra propia familia de ejemplos magníficos, no hemos seguido sus huellas.

Digo todo esto porque veo que muchos paganos, cuando les animamos a abrazar nuestra fe y el cristianismo, se escudan en sus parientes, antepasados y familiares, y dicen: «Todos mis parientes, amigos y familiares son fieles cristianos». ¡Ay, mísero! ¡Infeliz! Y a ti ¿qué? Esa circunstancia se vuelve contra ti, pues no has elegido el camino de la virtud ni siquiera con el ejemplo que los tuyos te han dado. También son muchos los fieles perezosos que responden a quien los estimulan para que se esfuercen: mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo fueron siempre piadosos y muy virtuosos. Eso será el agravante de vuestra condena, porque, siendo descendiente de tales hombres, habéis cometido acciones indignas de vuestro linaje. Escucha lo que el profeta dice a los judíos: *Por una mujer fue hecho esclavo Israel y será salvado por una mujer*¹⁶. Y Cristo dice: *Abraham, vuestro padre, exultó al ver mi día. Lo vio y gozó*¹⁷. A menudo aparecen citados los méritos y virtudes de los antepasados, no como título de alabanza, sino como agravante de la culpabilidad.

El conocimiento de estas verdades nos exhorta a que con nuestras obras nada descuidemos de cuanto puede conseguirnos la salvación, para que no nos ocurra que, tras haber puesto una vana esperanza en las virtudes de los demás, caigamos en la cuenta de que nos hemos engañado, cuando ya no nos sirva eso para nada. Dice la Escritura: *¿Quién te alabará en el infierno?*¹⁸. Arrepintámonos ahora para poder

conseguir los bienes eternos que todos nosotros esperamos poder alcanzar un día, por la gracia y la bondad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 22

Mujer, ¿qué hay entre tú y yo? Todavía no ha llegado mi hora

1. Fatiga predicar. El propio san Pablo así lo reconoce con estas palabras: *Los presbíteros que gobiernan bien sean recompensados con doble honor, especialmente quienes se fatigan en la predicación y la enseñanza*². De vosotros depende hacer esa fatiga pesada o ligera. Si rechazáis cuanto se os dice o, sin llegar a rechazarlo, no lo ponéis en práctica, será mi fatiga pesada, al saber que trabajo inútilmente. Pero si prestáis atención y ponéis en práctica lo que escucháis, ni me daré cuenta del sudor que todo esto me cuesta. La abundancia de frutos de mi fatiga me la hará parecer ligera. Por eso, si queréis estimular mi celo y no apagarlo ni sofocarlo, os ruego que mostréis frutos, para que, viendo la buena cosecha, confortado por la esperanza de prosperidad y calculando ya los buenos resultados que se lograrán, no sea timorato a la hora de entregarme a una tarea tan decisiva. Tampoco es de poca importancia la cuestión que nos disponemos a tratar hoy. La madre de Jesús le dijo: *No tienen vino*. Y Cristo repuso: *Mujer, ¿qué hay entre tú y yo? Todavía no ha llegado mi hora*. Mas, después de haber respondido así, hizo lo que su madre le había pedido. Esta

cuestión no es menos difícil ni menos importante que la anterior. Por eso, invocando la ayuda de quien hizo ese milagro, intentemos llegar pronto a la solución.

Notemos, para empezar, que esa expresión no es éste el único lugar en que aparece. El mismo evangelista dice más adelante: *Nadie le echó mano porque todavía no había llegado su hora*³. Y también: *Nadie lo detuvo porque aún no había llegado su hora*⁴. Y, por fin, dice el Salvador: *Ha llegado mi hora, glorifica a tu Hijo*⁵. He consignado aquí todos estos pasajes, extraídos del Evangelio, para darles a todos una única solución. ¿Cuál es el significado de esas expresiones? Desde luego, Cristo no estaba sometido a las leyes del tiempo y, por consiguiente, no decía *aún no ha llegado mi hora* porque debiera someterse a las exigencias de una hora determinada. ¿Cómo habría podido padecer tal necesidad del autor del tiempo, el Creador de las eras y los siglos? Al expresarse así pretende sólo darnos a entender que realiza cada cosa en el momento oportuno y no todas al mismo tiempo. Pues si se hubiera determinado un momento para cada una de sus obras, el nacimiento, la resurrección, el juicio deberían mezclarse unos con otros, de donde se seguiría confusión y desorden.

Fijaos bien: era conveniente que hubiera creación, pero no toda de una vez. Era conveniente que fueran creados el hombre y la mujer, pero no los dos al mismo tiempo. Conveniente fue la condena a muerte del género humano y su posterior resurrección, pero dejando un largo intervalo entre ambos decretos. Oportuno fue que la ley se diera, pero no que se diera al mismo tiempo que la gracia. A cada cosa convenía un momento particular. Cristo, por tanto, no estaba sometido a las necesidades de los tiempos,

sino que fue Él quien asignó un orden a los tiempos y quien los creó.

Por eso, cuando san Juan recoge aquí la frase de Cristo: *Todavía no ha llegado mi hora*, quiere significar que Él era todavía un desconocido para muchos y que ni siquiera contaba aún con el número completo de sus discípulos. Sólo le seguían Andrés y Felipe. Ningún otro. Y esos ni siquiera lo conocían de modo adecuado, como tampoco su madre y sus hermanos. Así lo prueba lo que refiere el evangelista a propósito de sus hermanos cuando ya habían tenido lugar muchos prodigios: *Ni siquiera sus hermanos creían en Él*⁶. Menos aún lo conocían los invitados a la boda. De lo contrario, al verse necesitados, ellos mismos se le habrían acercado y le habrían pedido aquello de que habían menester. Por eso dice: *Aún no ha llegado mi hora*, o sea, todavía no soy conocido por éstos y ni siquiera saben que falta el vino. Deja, al menos, que lo adviertan. Además, no eres tú quien debe pedir eso, porque, siendo mi madre, haces sospechoso el milagro. Habría sido mejor que los mismos que se encuentran necesitados hubieran acudido a hacerme esta petición. No porque eso sea para mí una condición imprescindible, sino para que ellos adviertan el milagro que yo tendré la satisfacción de realizar. Pues quien se sabe menesteroso, cuando obtiene lo que desea lo estima como una gran gracia. Pero si todavía no ha advertido su necesidad, ni siquiera tendrá clara y plena conciencia del beneficio recibido.

Pero —me preguntaréis— entonces ¿por qué, después de haber dicho *Aún no ha llegado mi hora*, cumplió lo que su madre le había pedido? Para demostrar a sus enemigos y a cuantos lo consideraban sometido a la hora y al tiempo que no lo estaba en modo alguno. De haberles estado sometido, ¿cómo habría podido realizar esa obra si aún no había

llegado su hora? Quiso, además, honrar a su madre para que no pareciera que se le resistía tajantemente, para que no tomara cuerpo la calumnia de que era incapaz de hacer nada extraordinario y no avergonzarla en presencia de tantas personas, pues ella, de hecho, le había enviado ya a los siervos. También cuando dijo a la cananea: *No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los cachorros*⁷, conmovido luego por su insistencia, le concedió lo que pedía. Y aunque al principio le había dicho: *Yo no he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*⁸, liberó a su hija.

2. De estos ejemplos debemos extraer la enseñanza de que, a menudo, la perseverancia nos hace dignos de recibir las gracias, aunque seamos indignos de ellas. También por eso esperó su madre y, sabiamente, le envió a los siervos, para que fueran más los que le suplicaran. Añadió: *Haced lo que Él os diga*⁹. Sabía que Él no la había rechazado porque no fuera capaz de obrar lo pedido, sino porque huía de la vanidad y, para evitar cualquier apariencia de precipitación en el cumplimiento de este milagro, hizo que se le acercaran los siervos.

*Había allí seis tinajas para las purificaciones de los judíos, con una capacidad de dos o tres metretas cada una. Jesús les dijo: Llenadlas de agua. Y las llenaron hasta arriba*¹⁰. El evangelista no precisó sin motivo eso de *para las purificaciones de los judíos*, no fuera a ser que algún incrédulo pensara que se había quedado en su interior alguna hez de vino que, al mezclarse con el agua vertida en ellas, habría producido una especie de vino ligerísimo. Por eso dice *para las purificaciones de los judíos*, para precisar que en aquellas tinajas jamás se había guardado vino. Pues como Palestina pa-

dece escasez de agua y siendo raros allí los manantiales y fuentes, los judíos tenían tinajas llenas de agua para no verse en la obligación de acudir al río cuando quedaban impuros y para tener a mano el medio de purificarse.

¿Por qué no cumplió el prodigio sin necesidad de que fueran llenadas las tinajas, cosa que habría sido aún más maravillosa? Pues cosas distintas son cambiar en otra sustancia una materia de la que ya se disponía y crear una sustancia anteriormente inexistente. Esto último es mucho más prodigioso. Ciertamente, pero eso no habría parecido del todo creíble a la multitud. Por eso, para facilitar la fe de los presentes, Jesús no duda incluso en manifestar con menor magnificencia la grandeza de sus milagros.

Y me preguntaréis: ¿por qué no trajo Él mismo el agua para luego cambiarla en vino, sino que ordenó que lo hicieran los siervos? Por igual motivo, y también para que los mismos servidores que habían traído el agua pudieran atestiguar lo sucedido y que no se trataba de una ilusión de la fantasía. Pues si alguien, imprudentemente, se hubiera atrevido a negar el milagro, los siervos habrían podido decirle: «Nosotros mismos hemos traído el agua». Además, de ese modo redujo al silencio las herejías que enseguida surgieron contra la Iglesia. Como hay quien sostiene que hay otro creador del mundo y que las cosas visibles no han sido creadas por Él, sino por otro dios, contrario a éste, para refutar tan insensatas teorías, Cristo hizo la mayor parte de sus milagros sirviéndose de sustancias que estaban ya a su disposición. Si el creador de las tales hubiera sido adversario suyo, no habría podido servirse de medios que no le pertenecen para demostrar su propio poder. Por eso, para demostrar que es solo Él quien, en las vides que la absorben, transforma en vino el agua de lluvia, milagro éste que se repite en esa planta desde tiempo inmemorial, obró ese mismo prodigio en un solo instante en el banquete nupcial.

Después de que los servidores han llenado las tinajas, les dice: «*Sacadlo ahora y llevadlo al maestresala*». Y se lo llevaron. Apenas el maestresala hubo probado el agua convertida en vino (él no sabía de dónde venía, pero lo sabían los servidores que habían llevado el agua), llama el maestresala al esposo y le dice: «*Todos sacan primero a la mesa el vino bueno y sólo cuando ya están bebidos saca el peor. Tú, por el contrario, has guardado el mejor vino hasta ahora*»¹¹. Tampoco aquí faltan quienes formulan conjeturas equivocadas diciendo: así pues, los convidados estaban ebrios. El gusto de quienes emitieron su juicio estaba alterado, siendo incapaces de darse cuenta de lo que sucedía y de juzgar los hechos, al punto de no saber distinguir si se trataba de agua o de vino. Su ebriedad la confiesa al hablar el propio maestresala. Eso es absolutamente ridículo.

Por otra parte, el evangelista se cuida mucho de desmentir esa insinuación. Pues no dice que fueran los comensales quienes expresaron su opinión sobre lo sucedido, sino el maestresala, quien, hasta ese momento, se había mantenido sobrio y, lo que es más, ni siquiera había probado nada. Bien sabéis todos que aquellos a quienes se confía la supervisión de los banquetes se mantienen perfectamente sobrios, debiendo ocuparse sólo de que todo suceda en perfecto orden. Por eso precisamente Cristo llamó como testigo de su milagro a aquel hombre, cuyo gusto estaba en condiciones del todo normales. No dijo: «*Servid el vino a los comensales*», sino: *Llevadlo al maestresala*. Y apenas el maestresala hubo gustado el agua convertida en vino, sin saber de dónde venía, aunque lo sabían los siervos, el maestresala llama al esposo. ¿Por qué no llamó a los servidores? Porque inmediatamente habría quedado descubierto el milagro. No quería Cristo revelar lo sucedido, sino dar a

conocer poco a poco, gradualmente, su poder taumatúrgico. Si se hubiera divulgado entonces el milagro, cuando los siervos lo contaran no habrían sido creídos. Es más, se les hubiera tenido por locos de haber atribuido tan gran poder a un hombre que, en opinión de los más, era sólo uno del pueblo. Verdad es que ellos, por propia experiencia, sabían bien lo sucedido y no podían por menos de prestar fe a lo que sus propias manos habían tocado. Sin embargo, no contaban con la capacidad de hacer creer a los demás. Por lo cual, Jesús no lo reveló a todos, sino sólo a quien podía percibir mejor lo sucedido, reservándose el derecho de darlo luego a conocer más ampliamente. Después de haber sido obrados los demás milagros, también éste resultaría creíble. De hecho, cuando más tarde Jesús sana al hijo enfermo de un oficial real, el evangelista, por el modo en que narra ese acontecimiento, da a entender que el milagro de las bodas era ya de dominio público. Si el oficial real llamó a Jesús fue porque ya le era conocido ese milagro, y refiriéndose a eso dice san Juan: *Fue Jesús a Galilea, donde había cambiado el agua en vino.* Y no sólo en vino, sino en un vino exquisito.

3. Los milagros de Cristo son tan grandes que exceden con mucho la perfección de las obras de la naturaleza. En muchos de ellos, cuando sana un miembro enfermo lo hace más vigoroso que los demás. Que lo resultante era vino, y vino de la mejor calidad, lo atestiguaron los servidores, el esposo y el maestresala. Que eso sucedió por obra de Cristo, habrían podido testimoniarlo quienes llevaron el agua. Por eso, aunque no se reveló entonces el milagro, no podía permanecer oculto para siempre, siendo tantos y tan fiables los testimonios que habrían podido aducirse para confirmar lo sucedido. Contó con los siervos como testigos de haber convertido el agua en vino. Y al maestresala y al esposo, para dar testimonio de la exquisitez del vino. Es verosímil

que, a la pregunta del maestresala, el esposo contestara comentando lo sucedido. Pero el evangelista, que tiene prisa por hablarnos de cosas más importantes, contó este milagro muy sumariamente, dejando de lado los detalles. Era necesario que se supiera que Jesús habla convertido el agua en vino, pero no consideró imprescindible detallarnos lo que respondió el esposo al maestresala. Muchos milagros que, en un primer momento, quedaron en la sombra, fueron iluminados con una luz más viva con el paso del tiempo, gracias a una descripción más precisa que de ellos hicieron quienes asistieron a su cumplimiento.

Jesús cambió entonces el agua en vino, pero tanto entonces como ahora no deja de cambiar a mejor las voluntades débiles y flacas. Hay, por desgracia, quien no se diferencia del agua, tanta es su frialdad, su flaqueza e incoherencia. Llevemos hasta el Señor a quienes se encuentran en ese estado para que Él transforme sus voluntades y las haga generosas como el vino, convirtiéndolas de volubles en firmes, para que así sean capaces de darse gozo a sí mismas y a los demás.

¿Quiénes son esos hombres fríos, sino aquellos que sólo se ocupan de las efímeras cosas de la vida terrena, no desprecian los placeres mundanos y aman el poder y la gloria? Todo eso pasa rápidamente. Estos tales son arrastrados por una corriente constante, que no les da reposo, sino que los lleva consigo velozmente. Quien hoy es rico será mañana pobre. Quien hoy sale a la calle precedido de heraldo, la espada ceñida, el yelmo y numerosos líctores, probablemente mañana será puesto en prisión y, muy a su pesar, habrá de dejar a otros todo ese fasto. Quien está entregado a la glotonería y a las delicias de la gula, arruinada la salud por el deseo de contentar su vientre, no puede perseverar mucho tiempo en vivir con tanto dispendio y, consumida, además, su fortuna, se ve obligado a acumular otras riquezas, en nada diverso de un torrente. Porque igual que en éste, luego de

pasada la primera oleada estruendosa, otra le sucede, también nosotros, después de consumir una comida abundante, sentimos de nuevo necesidad de otra. Tal es la naturaleza de este linaje de cosas: nunca pueden permanecer estables, sino que son siempre arrastradas por una corriente incesante. La gula, además, no sólo es cosa que pase y se desvanezca enseguida, sino que su paso impetuoso se lleva consigo el vigor del cuerpo y la salud del alma. Las embestidas de un río impetuoso no causan tanto daño como los excesos y la falta de moderación, que minan los fundamentos mismos de nuestra salud. Si acudes a un médico y le preguntas, aprenderás que casi todas las enfermedades son causadas por estas cosas. La mesa simple y frugal es, por el contrario, la madre de la salud.

Por eso, médicos hijos de médicos dijeron que la salud está en nunca saciarse de comida. La sobriedad en la comida es la salud, y la frugalidad de la mesa, la madre de la salud. Si la frugalidad es madre de la salud, evidentemente la intemperancia es madre de la enfermedad y la falta de salud, y engendra males contra los que nada puede la ciencia médica. Las enfermedades de los pies, de la cabeza, de los ojos, de las manos, los temblores, parálisis, ictericia, las fiebres persistentes y altísimas y muchas otras enfermedades que no tenemos tiempo de enumerar aquí, no son causadas por la frugalidad o el ascetismo de los filósofos, sino por la falta de templanza y por los excesos en el comer. Si queréis informaros también sobre las enfermedades del alma que derivan de ese vicio, sabréis que nacen de él la avaricia, la tibieza, la irritabilidad, la pereza, la lujuria y todo género de ignorancia. Las almas de quienes se entregan a la destemplanza en el comer y se abandonan a todas estas cosas, parecen bestias salvajes, asnos.

No callaré tampoco los fastidios que deben soportar quienes se dejan dominar por este vicio, aunque no sea yo capaz de recordarlos todos. Os ilustraré sobre el más grave

de todos ellos: ninguno de ellos disfruta de las delicias de la mesa de que hablamos. La frugalidad, igual que es madre de la salud es madre de la alegría, mientras que la destemplanza, al ser raíz y fuente de enfermedades, lo es del fastidio. Donde hay saciedad no puede haber deseo, y donde no hay deseo, ¿cómo podrá haber placer? Vemos que los pobres no sólo son más sensatos y sanos que los ricos, sino que, además, experimentan gozos más intensos.

Así pues, conscientes de todo esto, evitemos la ebriedad y la falta de moderación. Y no sólo en los placeres de la mesa, sino en toda suerte de placeres materiales. En su lugar, dediquémonos a los placeres del espíritu y regocijémonos con el Señor como quiere el profeta: *Regocíjate en el Señor y Él escuchará los deseos de tu corazón*¹², para que de ese modo podamos gozar de los gozos presentes y futuros por la gracia y la bondad del Señor nuestro.

HOMILÍA 23

Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus prodigios

1. El diablo da vueltas rabiosamente en torno nuestro y de modo constante trama contra nuestra salvación. Por lo cual debemos vigilar y permanecer sobrios, para así poder cerrarle el paso por cualquier parte. Pues, apenas se le presenta la menor ocasión, se abre hueco por allí y en breve penetra con todo su maléfico poder. Por eso, si tenemos el más mínimo interés por nuestra salvación, no le permitamos entrar ni siquiera cuando se trate de pequeñas cosas, para así prevenirnos contra mayores tentaciones. Pues sería por nuestra parte un comportamiento del todo insensato que, mientras él se esfuerza con todo su empeño en arrastrar a la perdición nuestras almas, nosotros no le opusiéramos el mismo esfuerzo por ganar nuestra salvación.

No digo todo esto sin fundamento, sino porque temo que ese lobo se esconda en medio del rebaño y robe las ovejas que, por pereza o por haber prestado oídos a un mal consejo, se alejan de la grey formada por quienes me escuchan. Si las heridas que causa pudieran ser percibidas por nuestros sentidos o si fuera el cuerpo lo que recibiera sus golpes, no sería difícil caer en la cuenta de sus celadas. Mas como el alma

es invisible y ella es la que recibe las heridas, es menester mucha vigilancia y debemos examinar atentamente nuestra conciencia. *Nadie como el espíritu que está en el hombre conoce las cosas del hombre*². Mis palabras se dirigen a todos y ofrecen el mismo remedio a cuantos tienen necesidad de Él. A cada uno de los oyentes toca elegir el remedio que su mal requiere. No conozco yo quiénes de entre vosotros están enfermos y quiénes sanos. Por eso os hablo un poco de cada cosa e indico los remedios necesarios para todas las enfermedades, tratando cuándo de la avaricia, cuándo de la intemperancia o también de la lujuria. Luego alabo la limosna y os exhorto a que la hagáis, y así procedo con el resto de las buenas obras. Si sólo me ocupara de un asunto, correría el riesgo de tratar aquella enfermedad que no padecéis. Si tuviera solamente un oyente, no sería necesario considerar argumentos diversos en mis discursos. Pero como, habida cuenta de la multitud que se halla presente, es natural que se den en ella toda suerte de enfermedades, parece oportuno que en mi predicación pase de un argumento a otro. Sólo así podrá resultar provechoso el sermón que a todos se dirige.

También la Sagrada Escritura es variada y nos habla de innumerables cosas, precisamente porque se dirige a todo el género humano. Dada la diversidad de los oyentes, es muy probable que se den aquí todas las enfermedades del alma, si bien no todas en cada uno de los presentes. Tras habernos purificado de estos vicios, escuchemos ahora con ánimo atento las palabras divinas que nos han sido leídas hoy.

¿Cuáles son esas palabras? *Así, en Caná de Galilea dio Jesús comienzo a sus prodigios*. Ya antes dije que algunos prestan atención sólo al principio de esas palabras, y dicen: ¿No podría ser que se refieran sólo a Caná de Galilea? Porque el evangelista dice: *dio comienzo en Caná...* No quiero

andarme con sutilezas en la explicación de este asunto. Ya he demostrado que Jesús comenzó sus milagros sólo después del bautismo, y que antes de él no había realizado ninguno. Por eso me parece que no merece la pena entretenerse en examinar si fue éste o algún otro el primero de los milagros obrados tras el bautismo.

Y manifestó su gloria. ¿Cómo y de qué modo? No fueron muchos quienes asistieron al prodigio, sino sólo los siervos, el maestresala y el esposo. ¿Cómo se manifestó su gloria? Cumpliendo lo que estaba en su mano cumplir. Aunque no entonces, enseguida se oyó hablar de este milagro, que permanece célebre incluso en nuestros días y no ha sido olvidado. Por lo que sigue, resulta evidente que aquel día no todos los presentes se dieron cuenta del milagro que se había obrado. En efecto, después de decir: *y manifestó su gloria*, el evangelista añade: *y sus discípulos* —que antes de ese prodigio ya sentían por Él una gran admiración— *creyeron en Él*. ¿Advertís la conveniencia de que fuera entonces cuando comenzaran los prodigios? Se hallaban presentes hombres que ya lo estimaban y prestaban atención a lo que hacía. Ellos habrían de observar cuidadosamente los acontecimientos en todos sus detalles y así habrían de creer en Él.

¿En qué medida le habría sido posible darse a conocer incluso sin milagros? Ordinariamente, bastaban la doctrina y las profecías de Jesús, unidas a sus milagros, para convencer a las almas de sus oyentes y, una vez familiarizados con esos acontecimientos, llevarlos a seguirlo con el ánimo siempre bien dispuesto. Motivo por el cual los evangelistas dicen que en muchos casos Jesús no obró ningún prodigio, por la perversidad de la gente que habitaba en aquellos lugares. *Después de esto, Él, su madre, sus hermanos y sus discípulos fueron a Cafarnaúm y allí permanecieron unos días*³. ¿Por qué

va ahora con su madre a Cafarnaúm? Allí no hizo, por el momento, ningún milagro, pues los habitantes de Cafarnaúm no estaban nada bien dispuestos hacia Él, sino todo lo contrario, estaban muy corrompidos. Es el mismo Cristo quien así lo declara cuando dice: *Y tú, Cafarnaúm, ¿te alzarás hacia el cielo? Caerás hasta el infierno*⁴. ¿Por qué, entonces, fue allí? Me parece a mí que, como poco más tarde saldría hacia Jerusalén, fue a Cafarnaúm para no llevar siempre consigo a su madre y a sus hermanos. Retirado allí, se detuvo un poco por respeto a su madre y luego, dejándola en esa ciudad, volvió a obrar milagros. Por eso dice el evangelista que, no muchos días más tarde, *subió a Jerusalén*⁵. De donde resulta que fue bautizado pocos días antes de la Pascua. ¿Qué hace al llegar a Jerusalén? Algo que revela su gran autoridad. Expulsó a los mercaderes, cambistas y vendedores de palomas, bueyes y ovejas que allí hacían negocios.

2. Otro evangelista cuenta que Jesús, al expulsar a toda aquella gente, les dijo: *No hagáis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones*⁶. El nuestro, sin embargo, habla de *casa de comercio*⁷. No dicen cosas contradictorias, sino que nos dan a entender que Él hizo aquello una segunda vez, pero no en un breve espacio de tiempo, sino una vez al comienzo de su predicación y la otra cuando ya se aproximaba su Pasión. En esta segunda ocasión fue cuando, usando palabras más fuertes, la llamó «cueva», mientras que al principio de sus milagros no dijo eso, sino que les reprochó con palabras más moderadas, circunstancia ésta por la que se llega a deducir también que realizó dos veces esta misma acción.

Me preguntaréis: ¿por qué Cristo obró de esa manera y demostró con éstos severidad y dureza tales como en nin-

guna otra ocasión, ni siquiera cuando fue insultado, cuando se burlaron de Él o le llamaron «samaritano» y «endemoniado»? Pues, no contentándose con las palabras, hizo un látigo de cuerdas y los echó por ese medio. Cuando Jesús hace el bien a sus hermanos, los judíos protestan y se enfadan. En cambio, cuando les riñe con aspereza, no se enfurecen, como sería de esperar, ni pronuncian palabra injuriosa ninguna al ver aquello, sino que se limitan a preguntarle: *¿Qué signo nos das para comportarte así?*⁸. Tanta era su envidia que no podían soportar los beneficios a otros concedidos. Por lo que hace al Salvador, una vez dijo que habían convertido el templo en una cueva de ladrones, queriendo indicar así que todo lo allí vendido era fruto del robo, de rapiñas y de especulaciones ilícitas. La otra vez, por el contrario, dijo sólo que habían convertido el templo en una casa de comercio, denunciando con sus palabras la bajeza de sus negociaciones.

Pero ¿qué le movió a obrar así? Como se disponía a sanar enfermos en sábado y a hacer otras cosas que eran consideradas por éstos transgresiones a la ley, para no aparecer como enemigo de Dios y como si hubiera venido a obrar todo eso como rival del Padre, el Salvador se comporta desde el primer momento de manera que claramente refute una idea tan desatinada. Jesús, que tanto celo demostraba por el honor del templo, no podía ser adversario del dueño del templo, de quien era adorado en él. Bastaban, por otra parte, los años ya pasados, durante los cuales Él había vivido en un absoluto respeto a la ley, para demostrar su obediencia y reverencia al autor de la ley y que no había venido para combatir ésta. Pero como probablemente aquellos años serían olvidados, porque no eran conocidos a todos, pues Él se crió en una familia humilde y modesta, en

presencia de todos realizó esta obra, no sin grave peligro, en presencia de la multitud que allí se hallaba presente porque habla acudido a la fiesta. No se limitó a echarlos, sino que, además, volcó sus mesas y derramó por tierra el dinero para convencerla de que quien corría tales riesgos por defender el honor de aquella casa, ciertamente no podía ser que despreciara a su dueño. Si al obrar así estuviera fingiendo, se habría contentado con amonestarlos, pero exponerse a tanto peligro es, en verdad, una gran muestra de valor. No era cosa pequeña exponerse a la furia de los mercaderes y exponerse a provocar la reacción de una muchedumbre de hombres embrutecidos de alguien que quiere disimular, sino el de quien está dispuesto a padecer y correr peligros por defender el honor del templo.

De ese modo, demuestra el Salvador que está completamente de acuerdo con el Padre tanto con las palabras como con las obras. No llamó al templo «casa santa», sino *casa de mi Padre*. Llama a Dios su Padre y, al principio, los judíos no reaccionan ante esto, pues no entienden que haya que dar importancia especial a esas palabras. Pero como luego, a lo largo de su discurso, se expresó más claramente, llegando a declarar su perfecta igualdad con el Padre, se enfurecieron. ¿Qué le preguntaron entonces?: *¿Qué signo nos das para comportarte así?* ¿Qué desatada locura! ¿Qué necesidad había de un signo para que dejaran de obrar y librarán el templo de tanta vergüenza? El gran celo por la casa de Dios de que hizo gala, ¿no era ya, acaso, un signo evidéntísimo de que era sobrehumana su virtud? Así lo reconocieron los más prudentes, incapaces de engañarse sobre este particular. *Sus discípulos recordaron entonces lo que está escrito: el celo de tu casa me devora*⁹. Los judíos, en cambio, no se acordaron de la profecía y preguntaron: *¿Qué*

signo nos das?, pues les afligía la pérdida de su indigno negocio y esperaban evitar su pérdida invitándolo a darles un signo que luego pudieran rebatir. Por lo cual, Él no les dio signo ninguno. Cuando por primera vez se le acercaron para solicitar de Él una señal, les dijo: *Esta generación perversa y adúltera pide una señal, pero no les será dada otra que la de Jonás*¹⁰. En esa ocasión se pronuncia más claramente, mientras que aquí lo hace con cierta reserva, y ello en razón de su ignorancia. Quien socorría al que nada le había pedido y quien por doquier hacía prodigios no habría rechazado su solicitud de no haber comprendido cuán perversa y fraudulenta era el alma de aquéllos.

Querría que ahora penséis cómo es, en efecto, pérdida su demanda. Deberían haber alabado su diligencia y su celo y admirarse ante tal prueba de amor por la casa de Dios. Sin embargo, lo acusan y pretenden defender la licitud de vender y hacer tratos en ese lugar, requiriéndole que dé una señal. ¿Qué les responde Cristo? *Destruid este templo y lo reconstruiré en tres días*¹¹. Es frecuente que Cristo diga cosas de este género, incomprensibles para sus oyentes, pero que llegarán a hacerse claras a quienes vivan en épocas posteriores. ¿Por qué? Porque cuando se viniera a cumplir lo predicho por Él, se haría también evidente que Él había conocido ese hecho desde hacía tiempo. Tal sucede con esa profecía. Dice el evangelista que *cuando resucitó, sus discípulos recordaron que Él había dicho esto y creyeron en la Escritura y en la palabra dicha por Jesús*¹². En cambio, en el momento en que fueron pronunciadas esas palabras, algunos se quedaron desconcertados sin saber su verdadero significado y otros le contestaron diciendo: *Han hecho falta cuarenta y seis años para construir este templo, y ¿tú lo vas a recons-*

*truir en tres días?*¹³. Al hablar de cuarenta y seis años se referían a la última reconstrucción del templo, pues para la construcción originaria sólo hicieron falta veinte años.

3. ¿Por qué no resolvió este enigma? ¿Por qué no dijo: «No hablo de este templo, sino de mi cuerpo»? ¿Y por qué, si Él calló entonces sobre el significado de sus palabras, lo explicó el evangelista al escribir su Evangelio mucho tiempo después? ¿Por qué calló? Porque no habrían dado crédito a sus palabras. Los propios discípulos eran incapaces de entender lo que decía, y mucho más incapaz aún era la multitud. Pero —dice el evangelista— *cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron y creyeron en la Escritura y en la palabra dicha por Jesús*. Dos eran las verdades que en aquel momento fueron propuestas a su fe: primero, la resurrección, y luego, lo que es todavía mayor: la inhabitación de Dios en Él. A ambas alude cuando dice: *Destruid este templo y lo reconstruiré en tres días*.

También san Pablo advierte que es éste un signo, y no pequeño, de su divinidad: *Él fue establecido por Dios con gran poder, según el espíritu de santificación, mediante la resurrección de la muerte. Digo Jesucristo, Señor nuestro...*¹⁴. Pues Él aquí, y en otro lugar y por doquier, propone éste como el signo por excelencia, ora diciendo: *Cuando sea levantado*, ora: *Cuando levantéis al Hijo del Hombre entenderéis quién soy yo*¹⁵, ora: *No se os dará ningún signo, sino el de Jonás*¹⁶, y, en nuestro caso, *en tres días lo reconstruiré*. Y hace esto porque con este argumento, más que con ningún otro, se demuestra que no era un simple hombre, pues podía triunfar sobre la muerte y poner así término a su larga tiranía y a aquella difícil guerra. Por eso dice: *en-*

tonces entenderéis. ¿Cuándo? Cuando después de haber resucitado atraiga a mí a todo el mundo, entonces sabréis que yo, Dios y verdadero Hijo de Dios, he hecho todo eso para vengar la ofensa infligida al Padre. ¿Por qué no dijo qué signos eran menester para exterminar el mal, aunque dijo que daría una señal? Porque de haberlo hecho les habría irritado más, mientras que obrando como lo hizo, los dejó temerosos. Ellos no respondieron nada. Les parecía estar escuchando algo imposible, y no quisieron preguntarle más, sino que, considerando que se trataba de algo inverosímil, evitaron en adelante tocar ese asunto. Aunque por entonces todo eso les parecía imposible, si hubieran sido prudentes le habrían preguntado y le habrían rogado que resolviera sus dudas, al menos cuando vieron que había obrado ya muchos prodigios. Pero como eran unos insensatos, no prestaron atención a algunas de las cosas que dijo, y otras las malinterpretaron, escuchándolas con malas disposiciones. Por eso Cristo les habló de ese modo tan enigmático.

Propongámonos ahora otra cuestión: ¿cómo es que los discípulos no sabían que Él resucitaría de entre los muertos? Porque todavía no eran dignos de recibir la gracia del Espíritu. Por eso, aunque a menudo oían hablar de la resurrección, no entendían nada, y daban vueltas en su interior acerca de qué podría significar. Lo que se decía, que uno podía resucitarse a sí mismo, era, desde luego, una cosa sobremanera extraordinaria e inaudita. A este propósito, y por causa de su ignorancia respecto a la resurrección, el propio Pedro fue reprobado cuando dijo: *Nunca te suceda eso*¹⁷. Por otra parte, tampoco Cristo se la reveló claramente antes de que se cumpliera, para no escandalizar a quienes, al principio, experimentaban dificultades para aceptar las verdades que se les decían, porque les parecían sorprendentes y ni si-

quiera sabían a ciencia cierta quién era Él. Nadie se habría negado, desde luego, a creer en palabras avaladas por los hechos. Pero era de esperar que algunos permanecerían incrédulos ante afirmaciones que se basaran sólo en palabras. Por eso, al principio permitió Él que las cosas siguieran ocultas. Cuando confirmaba con hechos la veracidad de sus palabras, entonces les concedía comprender las palabras y tanta abundancia del Espíritu, que ellos inmediatamente captaban su significado de modo pleno. Está escrito que *Él os desentrañará todo*. Quienes en una sola noche perdieron la alta estima en que le tenían, huyeron y negaron que lo hubieran conocido nunca, ni siquiera de vista, difícilmente se habrían acordado de todo lo sucedido y de cuanto había sido dicho mucho tiempo antes, a no ser que hubieran alcanzado con abundancia la gracia del Espíritu. Me preguntaréis, sin embargo: si debían ser instruidos en todo por el Espíritu, ¿qué razón había para que convivieran con Cristo, cuando no entendían lo que les decía? La respuesta estriba en el hecho de que el Espíritu no les enseñó todas esas cosas, sino que se limitó a evocar en su memoria las verdades dichas por Cristo. Además, contribuía, y no poco, a la gloria de Cristo el hecho de que les enviara al Espíritu Santo para que les desentrañara cuanto Él había enseñado anteriormente.

Es verdad que, al principio, por especial disposición de Dios, la gracia del Espíritu se derramó con gran abundancia. Mas luego es debido a su virtud el que hayan conservado ese don. Fue la vida suya de una resplandeciente santidad, manifestaron gran sabiduría, afrontaron enormes fatigas y despreciaron esta vida terrenal, sin tener para nada en cuenta las cosas humanas y mostrándose superiores a todas ellas. Volando hacia lo alto cual ligerísimas águilas, tocaron el mismo cielo con sus obras, y por eso recibieron la gracia sobrenatural del Espíritu. Imitémoslos también nosotros: no permitamos que nuestras lámparas se apaguen.

Mantengámoslas siempre encendidas mediante la limosna. Sólo así continuará siempre brillando la luz de ese fuego. Recojamos aceite en nuestros vasos para poder vivir, porque tras nuestra partida no podremos ya comprarlo, y no lo recibiremos de otras manos que no sean las de los pobres. Recojámoslo, repito, con abundancia aquí abajo si es que queremos entrar en compañía del esposo, pues, de lo contrario, deberemos permanecer fuera de la casa donde las nupcias se celebran. Es imposible, repito, imposible, entrar en el umbral del reino de los cielos si no hemos hecho limosnas, aunque hayamos cumplido otras innumerables obras buenas.

Por lo cual, hagamos con abundancia generosas limosnas, para así poder gozar de los bienes inefables que esperamos alcanzar todos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 24

Durante su estancia en Jerusalén por la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en Él

1. De los hombres que entonces vivían, muchos continuaron en el error, mientras que otros aceptaron la verdad. De estos últimos, algunos, tras haberla aceptado algún tiempo, al final la rechazaron. A éstos se refiere Cristo cuando habla de las simientes sólo por la superficie de la tierra y dice que, por eso, están abocados a perecer enseguida. A hombres de ese género alude aquí el evangelista: *Durante su estancia en Jerusalén por la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en Él al ver los prodigios que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos*². Los discípulos más firmes eran quienes se le habían acercado atraídos por su doctrina, no por los milagros. Los milagros atraían a los más groseros, y las profecías y enseñanzas, en cambio, despertaban un vivo interés en los más inteligentes. Quienes se habían dejado fascinar por su doctrina fueron, por eso, más constantes que quienes lo siguieron por los milagros. El propio Cristo los declaró bienaventurados, diciendo: *Bienaventurados quienes sin ver creyeron*³. Que los otros no eran discípulos auténticos lo prueba el añadido: *pero Jesús no se fiaba de ellos*.

¿Por qué? *Porque los conocía a todos y no necesitaba que otro le diera testimonio del hombre, pues conocía qué había en el hombre*⁴. Lo que dice el evangelista significa: quien escudriña los corazones y los pensamientos, no reparaba en lo que las palabras expresaban y, sabiendo cuán efímero era su fervor, no se fiaba de ellos como de discípulos perfectos, ni les revelaba todas las verdades, cosa que hacía sólo con quien le era firmemente fiel.

Conocer lo que hay en el corazón del hombre corresponde sólo a quien *ha hecho los corazones uno a uno*⁵, o sea, Dios, pues está escrito: *Tú eres el único que conoce los corazones*⁶. No necesitaba Cristo informadores para conocer los pensamientos que Él mismo había hecho. Por lo cual, no se fiaba de su fe, que no era perdurable. Los hombres, ignorantes del presente y del futuro, a menudo hablan y confían todo a quien se les acerca con intención de engañarlos y traicionarlos inmediatamente después, sin que pongan para nada en tela de juicio la buena fe de estos tales. Cristo, sin embargo, no se comportaba así, porque conocía todos los secretos de los hombres. Verdaderamente, también ahora muchos hombres están hechos así: tienen el nombre de fieles, pero son mudables e inconstantes, por lo que Cristo no se fía de ellos y mantiene escondidas para ellos muchas inspiraciones. Lo mismo que nosotros no nos fiamos de cualquier amigo, sino sólo de los verdaderos, lo mismo hace Dios. Escuchad lo que Cristo dice a los discípulos: *Ya no os llamo siervos, sino amigos. ¿Por qué? Porque todo lo que he oído del Padre os lo he dado a conocer*⁷. A los judíos que le solicitaban prodigios no se los concede precisamente por eso, porque se los pedían para tentarlo. Igual que entonces, también ahora es costumbre de los tentadores pedir

milagros. Pues, en efecto, también ahora hay quienes los pretenden y dicen: ¿por qué actualmente no suceden milagros? Si crees como se ha de creer, si amas a Cristo como debe ser amado, no necesitas milagros, pues los milagros son para los incrédulos. Y dirás: «¿Por qué no se les dieron a ver a los judíos?» No es así la cosa. La mayoría de los milagros fueron obrados ante sus ojos, y si no los obtuvieron cuando los pedían fue porque pedían prodigios, no para salir de la incredulidad, sino para permanecer más obstinados en su perversidad.

Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, jefe de los judíos. Acudió a Jesús de noche⁸. Más adelante vemos cómo ese hombre defiende a Jesús diciendo: Nuestra ley no juzga a nadie sin haberlo escuchado antes⁹. Y se encontró con que los judíos se levantaron contra él diciendo: Investiga y verás que de Galilea no sale ningún profeta¹⁰. Tras la crucifixión, fue él quien más se preocupó por dar sepultura al cuerpo del Señor. Dice el evangelista que fue también Nicodemo, el que antes había acudido de noche al Señor, llevando una mixtura de mirra y áloe, de cerca de cien libras¹¹. Este personaje estaba ya bien dispuesto hacia Cristo, si bien su fe era todavía débil y tan grosera como la de todos los judíos. Por eso, porque tenía miedo de hacerlo en pleno día, se acercó a Él de noche. Mas Dios, benévolo siempre hacia los hombres, no lo rechazó por ser como era, ni lo riñó ni se negó a ponerlo al tanto de su doctrina, sino que conversó con él con muchísima amabilidad y le reveló los misterios más sublimes: en forma alegórica, ciertamente, pero se los reveló. En realidad, éste es el más excusable de cuantos, por malicia, observaban una conducta parricida. Éstos no tienen justificación ninguna, mientras que

Nicodemo merece desaprobación, pero sólo en parte. ¿Por qué, entonces, el evangelista no dice respecto a éste lo que hubo de decir a propósito de los demás? Porque en otro pasaje dice que muchos de los jefes de los judíos creyeron en Cristo, si bien, a causa de los judíos, no lo reconocieron públicamente para no ser expulsados de la sinagoga¹². En cambio aquí, al hablarnos de esta visita nocturna, se hace sólo una vaga alusión a todo esto. ¿Qué le dice éste? *Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro. Nadie puede hacer los prodigios que tú haces si Dios no está con él*¹³.

2. Nicodemo se mueve aún a ras de tierra, tiene de Cristo un concepto humano y habla de Él como de un profeta, sin que los milagros que ha visto le sugieran ideas mayores. *Sabemos –dice– que has venido de Dios como maestro*. ¿Por qué, entonces, acudes tú de noche y a escondidas a quien habla cosas de Dios y ha venido de Él como maestro? ¿Por qué no te comportas confiadamente con Él? Pero Jesús nada de eso dice. No le riñe. *No arrancarás la caña quebrada –dice le profeta– ni extinguirás la mecha que aún humea*¹⁴. Y también: *No discutirá ni gritará*¹⁵. Y, por su parte, Jesús dijo también: *No he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo*¹⁶.

Nadie puede hacer los prodigios que tú haces si Dios no está con él. Nicodemo habla todavía según el concepto de los herejes, quienes afirmaban que Cristo recibía un impulso exterior a Él y que necesitaba de la ayuda externa para cumplir milagros. ¿Qué le responde Cristo? Apreciad su gran condescendencia. No dijo: «No tengo necesidad de ayuda de nadie, sino que todo lo hago con mi poder, pues

soy el verdadero Hijo de Dios, igual en potencia a quien me engendró». Se reserva aún todo eso, para así poder ponerse en el mismo plano que su interlocutor. Siempre he dicho, y lo repito ahora, que Cristo no buscaba revelar su grandeza personal, sino mostrar al pueblo que Él no hacía nada que fuera contrario a la voluntad del Padre. De ahí la humildad que a menudo aparece en sus palabras y que no siempre se encuentra en sus actos.

Cuando obra milagros, lo hace con autoridad: *Quiero, queda limpio*¹⁷; *Talita, levántate*¹⁸; *Extiende tu mano*¹⁹; *Te son perdonados tus pecados*²⁰; *Calla, enmudece*²¹; *Toma tu lecho y vete a tu casa*²²; *A ti te lo digo, espíritu inmundo: sal de ése*²³; *Que se haga según tú quieres*²⁴; *Si alguien os dice algo, decid que el Señor necesita esas cosas*²⁵; *Hoy estarás conmigo en el paraíso*²⁶; *Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás. Pero yo os digo: quien se atra sin razón contra su hermano será sometido a juicio*²⁷; *Seguidme y os haré pescadores de hombres*²⁸. En todas esas ocasiones muestra una autoridad plena. Nadie podía oponer nada a los actos de Jesús. ¿Cómo podría hacerlo? Pues si las palabras que decía no hubieran hecho efecto y no hubieran alcanzado su fin, habría podido decirse que tales mandatos eran fruto de su arrogancia. Pero como se cumplían, la verdad de los hechos forzaba a sus oponentes a callar, muy a su pesar. Sin embargo, en lo que hace al modo de hablar del Divino Maestro, eran tan necios que a menudo le acusaron de faltar al respeto a sus interlocutores.

Por eso, al hablar ahora con Nicodemo, no le dice nada demasiado elevado, sino que, mediante palabras veladas y por comparaciones, a partir de las ideas vulgares llega a demostrar que es capaz de hacer milagros por sí solo. Pues el Padre le engendró perfecto, autosuficiente y sin ninguna imperfección. Veamos cómo procede en esto. Aquél le dice: *Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro. Nadie puede hacer los prodigios que tú haces si Dios no está con él.* Sin duda Nicodemo pensaba estar diciendo algo muy grande de Cristo. ¿Cómo le responde Cristo? Demostrándole que ni siquiera se ha acercado al umbral de la verdadera sabiduría, que ni siquiera está en el atrio, sino que anda vagando en la oscuridad, fuera de su corte, y que tanto él como cualquier otro que dijera las mismas cosas, jamás podría acercarse a la verdad mientras siguiera manteniendo esa opinión sobre el Hijo Unigénito. ¿Qué dice? *En verdad, en verdad te digo: quien no nace de lo alto no puede ver el Reino de Dios*²⁹. En otras palabras: si no naces de lo alto y no adquieres un completo conocimiento de la verdad, siempre vagarás fuera y estarás lejísimos del Reino de los cielos. Pero no lo dice claramente. Para que sus palabras parezcan menos duras no se dirige directamente a él, sino que habla de forma genérica: *Quien no nace de lo alto...* Como diciendo: tú y quien quiera que tenga esa opinión de mí está fuera del Reino. Si no fuera éste su significado, la respuesta de Jesús estaría fuera de lugar. Si los judíos hubieran oído semejante respuesta, se habrían ido, riéndose de Él. Para Nicodemo, sin embargo, constituyó un pretexto para aumentar su deseo de aprender. Cristo se expresa a menudo de forma oscura para estimular a sus oyentes a que le hagan preguntas y para hacerlos más diligentes en el actuar. Porque cuando algo se dice claramente suele suceder que quien

lo escucha rehúye prestarle atención, mientras que un discurso oscuro y arduo hace al oyente más atento y curioso.

Esa respuesta, por tanto, significa: si no naces de lo alto, si no recibes al Espíritu a través del baño de la regeneración, no podrás llegar a tener un concepto acertado de mí. La opinión que ahora tienes no es espiritual, sino carnal. Jesús no se expresó con esas palabras para no asustar a su interlocutor, que hablaba según su capacidad. Lo que está claro es que le animó a buscar un conocimiento más completo cuando le dijo: *Quien no nace de lo alto...* Según unos, la expresión «de lo alto» significa «del cielo». Según otros, «desde el principio». Quien no nazca así, dice Cristo, no podrá ver el Reino de Dios. Expresión esta última con la que se refería a sí mismo y apuntaba a la necesidad de no detenerse en lo que de Él era visible, sino que son menester otros ojos para ver a Cristo. Al oír tal respuesta dijo Nicodemo: *¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo?*³⁰. ¿Cómo? Le llamas maestro, dices que ha venido de Dios, ¿y no aceptas sus palabras, sino que pronuncias una frase que puede molestar muchísimo? La palabra «cómo» expresa la duda de quien no cree mucho, sino que permanece apegado a las cosas terrenas. También Sara rió diciendo «cómo». Y muchos son quienes, formulando de ese modo sus preguntas, perdieron la fe.

3. También los herejes, por emplear demasiado esa palabra, permanecen en la herejía. Dicen unos: ¿«cómo» se ha encarnado? Otros: ¿«cómo» ha nacido? Y así someten la sustancia infinita a la debilidad de sus elucubraciones. Sabedores de eso, debemos evitar toda curiosidad impertinente. Quienes formulan tales preguntas nunca sabrán «cómo» han sucedido esas cosas y acabarán por abandonar la verdadera fe. Por eso, mientras, dudoso, Nicodemo pregunta el

«cómo», pues había entendido que lo dicho por Cristo se refería también a él, está turbado, perdido, se siente a disgusto. Había acudido a Cristo convencido de que era un simple hombre, y escucha ahora de Él cosas demasiado grandes para que puedan provenir de un simple hombre, cosas que nadie oyó jamás. Trata de elevar su mente a la altura de esas palabras, pero se encuentra en tinieblas, no halla reposo, se ve desbordado y a cada momento se viene abajo su fe. Por eso, pretendiendo lo imposible, insiste para convencer a Cristo de que hable más claramente. Dice: *¿Puede acaso un hombre volver a entrar en el seno materno y volver a nacer?* Notad cómo, cuando interpreta las cosas espirituales con el propio raciocinio, dice ridiculeces y parece delirar como un borracho cuando investiga demasiado curiosamente y contra el beneplácito divino las verdades que le han sido dichas, no resignándose sencillamente con prestar confianza a la fe. Nicodemo oyó hablar de nacimiento y no entendió que se trataba de uno espiritual. Rebajó las palabras de Cristo al nivel de la carne e intentó constreñir una verdad tan grande y sublime dentro del orden natural de las cosas. Por eso anda ahora tras espejismos y dice cosas ridículas. A ese propósito decía san Pablo: *El hombre carnal no entiende las cosas del espíritu*³¹. A pesar de lo cual, Nicodemo conserva el debido respeto por Cristo. No se rió de lo oído y, considerando imposible la cosa, calló. Dos cosas, sobre todo, debían dejarle perplejo: semejante nacimiento y el Reino de Dios. Hasta ese momento, entre los judíos nunca se había oído hablar de «Reino» y menos aún de un tal nacimiento. Nicodemo se detuvo especialmente en este último, porque le había impresionado de modo particular.

Sabiendo esto, no queramos juzgar con nuestra razón las cosas divinas, no las rebajemos al nivel del orden natural ni

las tengamos por sometidas a la necesidad de la naturaleza. Creamos en lo afirmado por la Escrituras y sean piadosos todos nuestros pensamientos. Quien pregunta con demasiada curiosidad no obtendrá ningún provecho, y no sólo no encontrará lo que busca, sino que cargará con los más graves castigos. Has escuchado que Cristo nos regenera. Cree lo que has oído y no preguntes el «cómo», no sea que así te cierres la posibilidad de esa regeneración. Verdaderamente, eso sería el colmo de la ingratitud. Si Nicodemo, al oír hablar de generación, no de la del Verbo, sino de la que tiene lugar por la gracia, no logró formarse de ella un concepto suficientemente alto, sino que la juzgó con medidas propias de las cosas humanas y terrenas, precipitándose así en la oscuridad y la duda, ¿qué castigo no merecerán quienes indaguen y preguntan curiosa y presuntuosamente sobre aquella otra generación superior a ésta, la divina, que trasciende cualquier razonamiento y supera todo entendimiento? Nada provoca tanta confusión como el que el raciocinio humano pretenda tratar todo con el rasero de las cosas terrenas, sin aceptar limitaciones celestes. El terreno en que se mueven esos razonamientos es muy fangoso. Por eso necesitamos las fuentes de agua celeste, para que, purificada del barro, sea la mente llevada hasta lo alto con cuanto hay de puro en ella y allí se llene de la verdad divina. Eso sucederá sólo cuando acreditemos buena voluntad y una vida honrada. Porque nuestra mente puede permanecer entre sombras no sólo por una curiosidad excesiva, sino también por la corrupción de costumbres. Por eso decía san Pablo a los corintios: *Os he dado a beber leche y no alimento sólido. Entonces no erais aún capaces, como no lo sois tampoco todavía. Porque sois del todo carnales. Si existen entre vosotros rivalidades y disputas, ¿no sois carnales?*³². También en la

Carta a los Hebreos y en otros muchos lugares puede verse cómo san Pablo repite con frecuencia que tal es la causa de los errores más perniciosos. Cuando el alma se halla dominada por las pasiones, no acierta a distinguir lo que es más puro y noble, sino que, como ofuscada por sus tendencias, está sumergida en profundas tinieblas.

Purifiquémonos, por tanto, dejémonos iluminar por la luz de la sabiduría, si es que no queremos ser echados entre las zarzas. Sabéis bien, aunque quizá no las hayáis visto nunca, cómo son esas grandes matas de zarzas. Cristo designó muchas veces con el nombre de espinas a las preocupaciones de este mundo y a la solicitud por las riquezas. Y eso con razón. Igual que aquéllas, estas cosas no producen ningún fruto. Como aquéllas, hieren las pasiones a cualquiera que las toque. Y como fácilmente destruye el fuego las espinas y son éstas odiadas por el campesino, así sucede también con las cosas de este mundo. En medio de las zarzas se esconden animales dañinos, víboras y escorpiones, y así sucede también con la solicitud por las riquezas. Encendamos, pues, el fuego del Espíritu para destruir las espinas y poner en fuga a las bestias, para limpiar el campo para el agricultor. Y tras dejarlo bien limpio, reguémoslo con las aguas vivas espirituales. Plantemos allí el fructífero olivo, el árbol humilde y siempre verde que nos aporta luz y alimento y tanto contribuye a nuestra salud. Ese árbol es la limosna, sello precioso para quien habitualmente la practica. Cuando la muerte llegue no podrá secar este árbol. Permanecerá en pie, iluminando siempre la mente, dando vigor al alma y conservando y robusteciendo las fuerzas. Si continuamente lo tenemos al alcance de la mano, podremos esperar confiados al esposo y entrar en el banquete de bodas. Quiera el cielo que todos nosotros podamos llegar allí, con la ayuda de la gracia y de la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 25

Respondió Jesús: en verdad te digo que quien no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios

1. Los niños acuden a diario a sus maestros para aprender las lecciones y repetirlas, sin tomarse descanso en esa tarea. A menudo deben prolongar su estudio hasta entrada la noche, y sois vosotros, padres, quienes, con miras a un efímero fin terreno, les forzáis a hacerlo. Pues bien: pretendo yo de vosotros, que ya sois todos adultos, la misma fatiga que pretendéis vosotros de vuestros hijos. Sólo que yo no os pido que vengáis a escuchar mis palabras todos los días, sino sólo dos veces a la semana y por un breve espacio de tiempo, a fin de hacer más llevadera vuestra tarea. Por eso os comento la Escritura poco a poco, en breves pasajes, para que más fácilmente podáis entenderlos y guardarlos en vuestra cabeza, y también para que os esforcéis en aprenderlos de memoria al objeto de que podáis participarlos a otros. A menos que alguno de vosotros sea más dormilón, perezoso y movido que un niño.

Retomemos ahora el hilo de nuestro discurso. Veamos cómo, habiendo cometido Nicodemo el error de medir con el rasero del nacimiento humano aquel otro del que oía hablar y habiendo afirmado la imposibilidad de que un anciano

no volviera a nacer, Cristo explica más claramente la naturaleza de ese nacimiento y, a pesar de las dificultades naturales en una inteligencia cuyas ideas eran enteramente carnales, logra elevarlo un poco de su tan bajo modo de pensar. ¿Qué le dice?

En verdad te digo: quien no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Dices que eso es imposible, y yo digo que es perfectamente posible, incluso que es necesario, pues de otro modo sería imposible salvarse. En efecto, Dios nos ha puesto las cosas sobremanera fáciles. El nacimiento terreno, según la carne, proviene del barro, y por eso le están cerradas las puertas del cielo. Porque ¿qué tienen en común la tierra y el cielo? Pero el otro nacimiento, como es obra del Espíritu Santo, nos franquea sin dificultad las puertas del cielo. Escuchad, por eso, cuantos aún no estáis bautizados: temblad, llorad. Es terrible el castigo, tremenda la sentencia que os aguarda. *Quien no nace del agua y del Espíritu* —dice Cristo— *no puede entrar en el Reino de los cielos.* Ese tal lleva todavía las vestiduras de la muerte, de la maldición y de la corrupción. No ha recibido aún el sello del Señor, es un forastero, un extraño. No tiene el signo distintivo regio.

Quien no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Ni siquiera así entendió Nicodemo. Nada hay peor que confiar al raciocinio humano las cosas espirituales. Eso fue lo que impidió a Nicodemo pensar nada grande o sublime. Nosotros los fieles hemos sido llamados a fin de que, despreciando la debilidad del humano raciocinio, ascendamos hasta la sublimidad de la fe y hagamos consistir toda nuestra felicidad en la profesión de esa doctrina. Si también Nicodemo hubiera hecho eso, en modo ninguno le habría parecido imposible. ¿Qué hace entonces Cristo? Para arrancarle de los pensamientos terrenos y demostrarle que no está hablando del nacimiento humano, dice aquí la frase: *Quien no nace del agua y del Espíritu no puede*

entrar en el Reino de Dios. Se pronunció así pretendiendo arrastrarlo a la fe mediante el temor que suscitaría una amenaza tal y para convencerlo de que no considerara eso imposible, separándolo de sus pensamientos en el nacimiento terreno. Nicodemo —dice Cristo—, yo hablo de otro nacimiento. No lleses mis palabras hacia las cosas terrenas. ¿Por qué quieres que ese nacimiento se someta a las leyes de la naturaleza? Este modo de nacer está muy por encima de los partos mencionados. Nada tiene de común con vosotros. Es verdad que también se le llama parto, pero con los vuestros tiene en común sólo el nombre, siendo en lo demás completamente diferente. Sepárate de lo vulgar, de lo común. Traigo yo al mundo un parto que es de un género nuevo. Quiero que los hombres nazcan de diferente modo. He venido a traer una nueva forma de generación. Yo os hice de tierra y agua, pero la forma resultante no salió buena, revelándose una vasija defectuosa. Ya no quiero formaros de tierra y agua, sino de agua y Espíritu Santo.

Y si alguno me pregunta: ¿Cómo ha de engendrar con agua?, le preguntaré yo a mi vez: ¿Cómo nos hizo Dios de la tierra?, ¿cómo pudo el barro formar sus distintas partes?, ¿cómo explicar la unidad del principio empleado? La materia usada era de una sola especie, sólo tierra, y las cosas formadas con ella son de especie y naturaleza diversas. ¿De dónde provienen los huesos, los nervios, las arterias y las venas?, ¿de dónde las membranas, las vísceras, los cartílagos, los tuétanos, el hígado, el riñón y el corazón?, ¿de dónde la sangre, la hiel, las mucosas y la bilis?, ¿de dónde tantos órganos y humores?, ¿de dónde la variedad de colores, que no son ni de la tierra ni del barro? ¿Cómo es posible que la tierra haga germinar la semilla recibida, si la carne la pudre? ¿Por qué la tierra nutre las semillas que recibe, mientras que la carne, en vez de nutrirlas, se alimenta de ellas? Por poner sólo un ejemplo: la tierra recibe agua y la convierte en vino. La carne, por el contrario, por mucho

que sea el vino recibido, siempre lo convierte en agua. ¿Cómo demostrar que todos esos órganos provienen de la tierra si, como acabamos de ver, el comportamiento de la tierra es exactamente el opuesto al de la carne? No puedo explicar todo con la razón; lo acepto sólo por la fe. Ahora bien, si los hechos que a diario suceden y pueden ser tocados con nuestras manos tienen necesidad de la fe, ¿cuánto más tendrán necesidad de ella cosas tan arcanas como las espirituales! Igual que la tierra inanimada, inmóvil, recibió de Dios la capacidad de hacer nacer de su seno tantas criaturas maravillosas, así, por la venida del Espíritu Santo junto con el agua, nacen con facilidad prodigios semejantes que sobrepasan nuestra capacidad intelectual.

2. No niegues fe a esas cosas por el mero hecho de no verlas. Tampoco ves el alma y crees en su existencia, y tienes certeza de que el alma es distinta del cuerpo. Verdad es, sin embargo, que Cristo no puso a Nicodemo ese ejemplo, sino otro. No le puso el ejemplo del alma, aunque sea incorpórea, porque Nicodemo era aún demasiado grosero. Le puso como ejemplo otra cosa que, aun sin elevarse a la inmaterialidad de los seres incorpóreos, tampoco tiene nada en común con la pesadez de los cuerpos. A saber: el sople del viento. Primero habla el Salvador del agua, el elemento más ligero de la tierra, aunque más pesado que el viento. Del mismo modo como al principio subsistía como elemento fundamental la tierra y todo fue obra del creador, así ahora el elemento fundamental es el agua y todo es obra del Espíritu. Fue el hombre entonces creado *alma viviente*². Ahora es regenerado en el Espíritu vivificador. Pero aún es mucho mayor la diferencia que media entre ambas cosas. Pues el alma no puede dar la vida a los demás, mientras que

el Espíritu vive por sí y vivifica también a otros. De ese modo pudieron los apóstoles resucitar muertos. Entonces, cuando todas las demás criaturas había sido ya creadas, fue creado también el hombre. Ahora sucede lo contrario: el nuevo hombre es formado antes que la nueva creación. Él es regenerado en primer lugar, y después será transformado el mundo. Igual que al principio Dios creó íntegramente al hombre, también ahora lo recrea por completo.

Sin embargo, entonces dijo Dios: *Démosle una ayuda*³. Ahora no dice nada parecido. Quien ha recibido la gracia del Espíritu Santo ¿de qué otra ayuda puede tener necesidad? Quien forma parte del cuerpo de Cristo ¿qué otro socorro habrá menester? Entonces fue hecho el hombre a imagen de Dios. Ahora ha sido unido a Dios mismo. Dio entonces al hombre el dominio sobre los peces y los animales terrestres. Ahora asume a las primicias de la Humanidad llevándolas más allá de los cielos. Concedió entonces al hombre el paraíso terrenal para que habitara, mientras que ahora le abre las puertas del cielo. Fue entonces formado el hombre al sexto día, porque debía cumplirse el tiempo. Ahora ha sido creado el día primero, al comienzo de la nueva era, junto con la luz. Por todo lo cual resulta evidente que todas esas obras debían encontrar su perfección en una vida mejor y en un estado de cosas que habría de durar para siempre.

La primera creación, la de Adán, fue hecha a partir de la tierra. Vino luego la de Eva, a partir de la costilla y, por fin, la de Abel, ya de semen. Sin embargo, y a pesar de que se trata de generaciones materiales, no podemos indagar a fondo ninguna de ellas, ni describirlas adecuadamente con palabras. ¿Cómo, entonces, podremos expresar la generación espiritual por medio del bautismo, incomparablemen-

te más elevada que éstas, o describir con exactitud el modo en que tiene lugar tan admirable y extraordinario nacimiento? También los ángeles han asistido a ese nacimiento y ninguno de ellos conseguiría exponer adecuadamente el modo en que sucede esa admirable regeneración mediante el bautismo. Asisten los ángeles en calidad de espectadores que se limitan a contemplar lo que sucede. Pero todo es obrado por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Por eso, aceptemos lo que Dios nos ha revelado, que es mucho más creíble que lo que vemos con nuestros propios ojos. Pues la vista nos engaña con frecuencia, mientras que la palabra de Dios nunca yerra. Obedezcámosla, pues. Ella es la que creó de la nada todas las cosas, y por eso merece ser creída cuando habla de su naturaleza. ¿Qué nos dice? Que lo aquí cumplido es una verdadera regeneración. Si alguno pregunta: ¿cómo?, reducidlo al silencio con la palabra de Cristo, que es la demostración más clara y eficaz. Y si alguno pregunta por qué se ha elegido precisamente el agua, le preguntaremos nosotros a nuestra vez: Y ¿por qué se empleó la tierra para formar al hombre por primera vez? Es obvio para todos que Dios habría podido crear también al hombre sin servirse de la tierra. No preguntes con curiosidad excesiva.

Por otra parte, que el agua es realmente necesaria podéis colegirlo por el siguiente episodio: una vez que el Espíritu había descendido sobre personas que no habían recibido las aguas del bautismo, el Apóstol no se quedó impasible, sino que para demostrar que éstas no eran superfluas, sino necesarias, dijo lo siguiente: *¿Quién puede negar las aguas del bautismo a quienes han recibido, junto con nosotros, el Espíritu?*⁴. ¿Qué necesidad había ya de agua? He de mostrároslo ahora, revelándoos este escondido misterio.

Sobre este episodio se podrían hacer muchas consideraciones de carácter místico, mas por el momento os haré una sola, eligiéndola entre muchas. ¿Cuál es?: que el bautismo con agua simboliza muchas cosas sagradas, como la muerte y la sepultura, la resurrección y la vida, cosas todas ellas que real y simultáneamente suceden en un solo acto. Igual que al sumergir en el agua nuestra cabeza, se sepulta y entierra al hombre viejo como en un sepulcro y desaparece de una vez para siempre, así también, cuando sacamos la cabeza, resucita el hombre nuevo. Igual que es fácil dejarnos sumergir y emerger luego de nuevo, así es fácil para Dios sepultar al hombre viejo y resucitar al nuevo. Tres veces se repite ese gesto para que se comprenda que es la potencia del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo lo que le confiere su eficacia.

Para que nos demos cuenta de que todo esto que digo no es una opinión mía personal, escuchemos a san Pablo: *Seamos sepultados junto con Él en su muerte por medio del bautismo*⁵. Y también: *Nuestro hombre viejo ha sido crucificado junto con Él*⁶. Y por fin: *Hemos padecido con Él una muerte semejante a la suya*⁷. No sólo es que el bautismo sea llamado «cruz», sino que la propia cruz es llamada «bautismo». *Con el bautismo con que seré bautizado, seréis bautizados también vosotros*⁸. y luego: *Debo ser bautizado con un bautismo que vosotros no conocéis*⁹. Con la misma facilidad con que somos sumergidos y luego tornamos a emerger del agua, también Él, después de muerto, resucitó cuando quiso. Es más: resucitó con una facilidad incomparablemente mayor, si bien el cumplimiento del misterio de la redención requirió que permaneciera tres días en el sepulcro.

3. Hechos dignos de conocer tan grandes misterios, vivamos de modo conforme a la gracia recibida, observando una conducta ejemplar. Quienes aún no habéis sido hechos dignos de conocerlos, haced todo lo que podáis para haceros dignos, para que todos lleguemos a formar un solo cuerpo y seamos todos hermanos. Mientras haya entre nosotros divisiones en este punto, aunque uno sea padre, hijo, hermano u otra cosa parecida, no será verdaderamente pariente si su parentesco carnal está separado del espiritual. ¿Qué aprovecha estar unidos con vínculos de barro cuando no lo estamos espiritualmente? ¿Qué provecho sacaremos de los lazos de parentesco terrenos, si en el cielo no seremos extraños? Qué extraños son entre sí el catecúmeno y el fiel. No tienen la misma cabeza, ni el mismo padre, ni la misma ciudad, ni el mismo alimento, el mismo vestido, la misma mesa, la misma casa, sino que todo es diverso para cada uno de ellos. Para el primero, cuanto hay se halla en la tierra. Para el fiel, por el contrario, todo se encuentra en el cielo. Para el fiel, el rey es Cristo; para el otro, el pecado y el diablo. Uno tiene alegría en Cristo, el otro dispone sólo de corrupción y perdición. Lo mismo sucede en lo tocante al vestido: el del catecúmeno es digno de los gusanos, mientras que el del fiel se halla revestido del Señor de los ángeles. Éste tiene por ciudad el cielo, y el otro la tierra.

Así pues, si nada tienen en común, dime, por favor, cómo será hacedera una unión entre ellos. ¿Acaso porque han nacido en el mismo parto, o de un mismo seno? ¡Eso no basta para establecer un verdadero parentesco! Así pues, esforcémonos por convertirnos en ciudadanos de la ciudad celeste. ¿A qué querer seguir en este destierro si tarde o temprano habremos de retornar a nuestra antigua patria? No es de poca monta lo que nos exponemos a perder. Si —Dios no lo quiera— nos sobreviniera un fin inesperado y debiéramos abandonar este mundo sin haber llegado a ser fieles, por muchas que fucran nuestras buenas cualidades,

nos esperarían sólo la Gehenna y el gusano venenoso, el fuego inextinguible y las cadenas que no es posible romper.

¡Quiera el cielo que ninguno de cuantos me oís haya de verse en ese trance! Lograremos evitarlo si, una vez hechos dignos de conocer los sagrados misterios, ponemos como fundamento de nuestra vida oro, plata y piedras preciosas. Cuando dejemos este mundo podremos aparentar ser ricos si no hemos dejado aquí nuestro dinero, sino que lo hemos llevado a las segurísimas arcas celestes a través de las manos de los pobres: sí, a cambio de Cristo, todo lo hemos dado. Tenemos con Él deudas gravosas, no de dinero, pero sí de pecados.

Por ello, démosle el dinero a cambio, para obtener la remisión de nuestros pecados. Él ha de ser quien nos juzgue. Cuando lo encontremos hambriento aquí, no lo desprecie-mos, para que Él, a su vez, nos alimente cuando nos encuentre allí arriba. Vistámoslo, si la ocasión se nos presenta, para que Él no nos deje desnudos de su defensa. Si aquí le hemos dado de beber no llegará a sucedernos un día lo que a aquel rico: *Manda a Lázaro que moje en agua la punta de su dedo para que refresque mi lengua abrasada*¹⁰. Si lo acogemos en nuestra casa, Él nos preparará en el cielo espléndidas moradas. Si lo visitamos cuando esté en la cárcel, Él nos librará de todas las cadenas. Si como a nuestro huésped lo acogemos, no nos despreciará Él cuando nos presentemos como peregrinos en el Reino de los cielos, sino que nos admitirá como ciudadanos de la ciudad celeste. Si lo visitamos cuando esté enfermo, Él habrá de librarnos pronto de todas nuestras enfermedades. Puesto que hemos de recibir de Él grandes dones a cambio de las pequeñas cosas que le ofrezcamos, démosle, al menos, ese poco, para poder así conquistar tan preciosos beneficios.

Mientras estamos en el tiempo sembramos lo que luego recogeremos. Cuando venga el invierno, cuando el mar no sea ya navegable, no podremos cambiar nada con él. ¿Cuándo llegará el invierno? Cuando llegue aquel día grande y tremendo. No podremos navegar ya en este gran mar anchuroso, que a eso se parece nuestra vida presente. Es éste tiempo de sembrar y aquél lo será de cosechar y de sacar provecho de lo recogido. Si alguien que no quiso sembrar en el tiempo de la sementera pretende hacerlo en época de siega, no sólo no conseguirá beneficio alguno, sino que será para todos objeto de burla. Al tiempo de la siembra debemos sembrar, no recoger. Hagamos obras de generosidad para que, en su momento, podamos recoger. Si no queremos que la mies se pierda, no pretendamos cosechar ahora. Como he dicho ya, ésta es la estación de la siembra, de la limosna, no la de recoger y atesorar. No desperdiciemos esta ocasión: lancemos en abundancia la semilla. No queramos ahorrar nuestros bienes si queremos recuperarlos luego con grandísimo provecho por la gracia y la bondad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 26

Quien nace de la carne, carne es. Y quien nace del Espíritu, es espíritu

1. El Hijo Unigénito de Dios se ha dignado darnos a conocer grandes misterios. Éramos indignos de ellos, pues tal es su majestad, que era a la dignidad de Dios a quien correspondía revelarlos. Quien quiera que reflexione sobre nuestros méritos comprobará que no sólo éramos indignos de esa gracia, sino que merecíamos castigo y reprobación. Mas Él, sin reparar en ello, no se contentó con librarnos del infierno, sino que, además, nos ha concedido una vida mucho más espléndida que la que nos pertenecía antes. Nos ha creado en otro mundo, ha formado una nueva criatura: *Quien está en Cristo, es una nueva criatura*², dice san Pablo. ¿Qué nueva criatura? Escucha al propio Cristo: *Quien no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*. Un día nos fue confiado el paraíso terrenal, con nuestro comportamiento nos hicimos indignos de habitarlo y, a pesar de ello, Él nos ha llevado hasta el cielo. No fuimos fieles en lo que una vez nos fue confiado y, con todo, nos han sido confiadas cosas mayores y más importantes. Incapaces de abstenernos de un árbol, se nos han ofrecido delicias celestiales. A quienes fueron inconstantes y mudables

en el paraíso terrenal les ha abierto Él las puertas del cielo. Con razón decía san Pablo: *¡Oh, insondable profundidad de la riqueza, la sabiduría y la ciencia de Dios!*³. No hay ya maternidad, ni parto laborioso, ni ayuntamiento de cuerpos ni abrazos. En adelante, nuestra naturaleza es concebida en el cielo, con Espíritu Santo y agua. Ha sido elegida el agua y cumple funciones de generación para el fiel. Lo que el útero es al feto, lo es el agua al fiel. En ella es éste formado y modelado. En la primera creación se dijo: *Bullan las aguas de reptiles y de animales vivientes*⁴. Pero desde que el Señor entró en las aguas del Jordán, el agua no produce ya bullir de reptiles y animales vivientes, sino de almas dotadas de razón, en las que habita el Espíritu Santo. Aquello que se dijo del sol, *como esposo que sale de la alcoba nupcial*⁵, puede ahora repetirse, y con mayor propiedad, a propósito de los fieles. Pues éstos irradian rayos mucho más espléndidos que los del sol.

Pero, a diferencia del feto, que necesita tiempo para constituirse, en el agua bautismal no sucede lo mismo, sino que todo tiene lugar en un momento. Como la vida física es efímera y tiene su origen en los cuerpos corruptibles, el feto se desarrolla lentamente, pues la naturaleza de los cuerpos es tal que sólo con el tiempo alcanza su perfección. No sucede así con la vida espiritual. ¿Por qué? Porque los seres espirituales nacen ya perfectos desde el primer momento de su vida. Pero como Nicodemo, oyendo hablar de estas cosas repetidamente, quedaba perplejo, Cristo le reveló este misterio iluminando lo antes oscuro mediante estas palabras: *Quien nace de la carne, carne es. Quien nace del Espíritu, es espíritu*. Lo desgajó de cuanto se somete a nuestros ojos terrenos y no permitió que, en adelante, pretendiera seguir

investigando los misterios con estos ojos corporales. Es como si le dijera: «Nicodemo, no estamos discutiendo de la carne, sino del espíritu». Así lo encaminó hacia las cosas celestes. No busquéis, por eso, en estas palabras nada que caiga bajo nuestros sentidos, porque no son estos ojos los que pueden captar al Espíritu. Y menos aún penséis que el Espíritu engendrará un ser de carne.

Pero —preguntará quizás alguno— ¿cómo fue entonces dada a luz la carne del Señor? Ésta, ciertamente, nació del Espíritu, pero también de la carne. Así nos lo confirma san Pablo cuando dice que Cristo es *nacido de una mujer, nacido bajo la ley*⁶. Así es como ha formado su carne el Espíritu. No la creó de la nada. De haber hecho eso, ¿para qué se requería el seno de una mujer? La sacó de la carne de una virgen. Cómo haya podido ser ello, es cosa que no acierto a explicar ni siquiera yo. Lo que sí es cierto es que las cosas sucedieron así para que nadie pudiera pensar que aquel parto fuera algo extraño a nuestra naturaleza. Si habiendo sucedido todo eso algunos no creen en tal parto, de no haber participado de la carne virginal, ¿hasta dónde no habría llegado la impiedad de esos mismos?

Quien nace del Espíritu, es espíritu. ¿Veis la dignidad del Espíritu? Aparece con quien cumple la obra de Dios. Poco ha el evangelista decía: *Han nacido de Dios*. Y aquí dice que los engendra el Espíritu: *Quien nace del Espíritu, dice, es espíritu*. O sea, quien nace del Espíritu es espiritual. No se trata aquí de una generación según la sustancia, sino según el honor y la gracia.

Pero si el Hijo ha nacido en este mundo, ¿qué tiene de más sobre el resto de los hombres, que también han nacido así? ¿Por qué es Unigénito? También yo he nacido de Dios, ciertamente, pero no de su sustancia. Si tampoco el

Hijo ha nacido de su sustancia, ¿en qué se diferencia de nosotros? Resultaría, incluso, inferior al Espíritu, pues la generación de la que hablamos es por la gracia del Espíritu. Si para seguir siendo Hijo necesita la ayuda del Espíritu Santo, no veo en qué se distinguen estas ideas de las equivocadas ideas judaicas.

Cristo, tras decir: *Quien ha nacido del Espíritu, es espíritu*, como viera que su interlocutor se hallaba de nuevo confuso, puso un ejemplo sacado de la realidad sensible. Dice: *No te extrañes de que haya dicho que es necesario que nazcáis de lo alto. El espíritu sopla donde quiere*⁷. Al decir *no te extrañes*, alude a la turbación de su ánimo y recurre al ejemplo del más ligero de los cuerpos. Con las palabras: *Quien nace del Espíritu es espíritu*, le había prevenido contra los pensamientos corpóreos. Pero como Nicodemo seguía sin entender el significado de esas palabras, Jesús pone ante sus ojos la imagen de algo que, si bien no padece ya la pesadez propia de los cuerpos, no es todavía algo del todo espiritual, cosa que, por otra parte, él habría sido aún incapaz de entender. Recurriendo a algo intermedio entre lo corpóreo y lo espiritual, el ímpetu del viento, se sirve de ello para aclarar su pensamiento. Dice del viento: *Oyes su soplo, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va*. Cuando dice que *sopla donde quiere*, no pretende afirmar que el viento goce de una especie de libre arbitrio, sino que se refiere a su fuerza natural, que no puede someterse ni resistirse. Suele, en efecto, la Escritura hablar de ese modo incluso refiriéndose a cosas inanimadas, como cuando dice: *Lo creado quedó contra su voluntad sometido a la caducidad*⁸. La expresión «sopla donde quiere» significa, por tanto, que nadie puede detenerlo, que se extiende por doquier y que nadie es dueño de imponerle una u otra di-

rección, sino que sopla con violencia sin que nadie pueda someter su ímpetu.

2. *Oyes su soplo*, el rumor, el silbido, *pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es también quien nace del Espíritu*⁹. Ahí quiere llegar el Salvador. Si no puedes explicar el ímpetu del viento que captas con tus sentidos, con el oído y el tacto, y no sabes qué dirección seguirá, ¿por qué preguntas con curiosidad por la acción del Espíritu divino, cuando no comprendes la causa de la fuerza del viento, aunque oyes su silbido? Por consiguiente, las palabras «sopla donde quiere» han de entenderse referidas a la potencia del Paráclito. Su significado es éste: nadie puede detener el viento, que sopla donde quiere. Con mayor motivo no podrá ser detenida la acción del Espíritu Santo ni por las leyes de la naturaleza, ni por la limitación inherente a la naturaleza corporal, ni por cualquier otra cosa de ese tenor. Y, a su vez, las palabras «sientes su soplo» se dicen a propósito del viento. Hablando con un incrédulo, que no sabía nada de la acción del Espíritu, el Salvador no habría dicho *oyes el soplo*. Como no es posible ver el viento, aunque se oiga su soplo, tampoco es visible para los ojos del cuerpo la generación espiritual. El viento es un cuerpo, aunque muy sutil: cuanto es perceptible a los sentidos es corporal. Si niegas que algo sea corpóreo por el hecho de que no lo ves, ¿por qué te turbas cuando oyes hablar del Espíritu y pretendes tantas explicaciones, mientras que no haces lo mismo a propósito de algo que es corporal?

¿Qué hace entonces Nicodemo? A pesar de que le han puesto un ejemplo tan claro, persiste aún en la grosería de los errores judiegos. Cuando, dudoso, pregunta: *¿Cómo puede ser eso?*, Cristo le replica con energía: *¿Eres maestro*

*en Israel y no lo sabes?*¹⁰. Advertid que no lo acusa de maldad, sino más bien de torpeza y de mente simple. Pero —podría alguno objetar— ¿qué tienen en común esta regeneración y la historia de los judíos? ¿Qué no tienen en común?, preguntaré yo a mi vez. La creación del primer hombre, la de la primera mujer, que salió de la costilla de aquél, las aguas estériles del Antiguo Testamento¹¹ y cuantas cosas extraordinarias acontecieron por medio del agua, como el episodio de la fuente de Eliseo¹², el del mar Rojo que atravesaron los judíos¹³, el de la piscina que agitaba un ángel¹⁴, el de Naamán el sirio, purificado en las aguas del Jordán¹⁵, todos ellos son hechos que prefiguraban la regeneración y purificación venideras. Por otra parte, también las palabras de los profetas apuntaban a una regeneración de esa índole, como por ejemplo las que siguen: *Por lo que el Señor ha hecho, la futura generación seguirá al Señor y anunciará su justicia al pueblo que nace*¹⁶; *Se renovará como la del águila tu juventud*¹⁷; *Alégrate, Jerusalén, mira que viene tu rey*¹⁸; *Bienaventurados aquellos a quienes les han sido perdonados los pecados*¹⁹. También Isaac era una prefiguración de este nuevo nacimiento. Porque, dime, Nicodemo: ¿cómo nació Isaac? ¿Fue, acaso, según la ley de la naturaleza? En modo ninguno. Su nacimiento fue un término medio entre el espiritual y el ordinario. Este segundo procede del ayuntamiento carnal, y el primero, de orígenes muy distintos que los de la carne.

Me atrevo, incluso, a afirmar, que no sólo el nacimiento espiritual, sino incluso el de una virgen estaban ya prefigurados en esas imágenes. Puesto que nadie hubiera fácilmente

te creído que una virgen pudiera dar a luz, antes de eso mujeres estériles tuvieron hijos y luego no sólo mujeres estériles, sino también avanzadas en edad. Aunque, a decir verdad, más sorprende todavía el hecho de que una mujer saliera de la costilla de un hombre. Pero como podía pensarse que eso era algo demasiado antiguo, se dio una nueva manera de dar a luz, la de las mujeres estériles, que, a su vez, precedió e hizo verosímil el alumbramiento de una mujer virgen. Cristo, pretendiendo hacer que Nicodemo recordara todos esos hechos, le dijo: *¿Eres maestro en Israel y no lo sabes? Hablamos de lo que conocemos y lo que hemos visto atestiguamos y nadie acepta nuestro testimonio*²⁰. Cristo añadió todo eso para hacer aún más creíbles sus palabras y para conformar el razonamiento a la debilidad de su interlocutor.

3. ¿Qué significa eso de *hablamos de lo que conocemos y de lo que hemos visto damos testimonio*? Como quiera que nosotros nos fiamos de la vista más que de cualquier otro sentido y cuando deseamos convencer de algo a alguien decimos: «No es que se lo haya oído decir a otros, lo he visto con mis propios ojos», por eso Cristo habla a Nicodemo de modo humano para hacer creíbles sus palabras. De lo que sigue resulta la evidencia de que ésa era su intención y que no pretendía ninguna otra cosa, sino que se refería a la vista humana. Después de haber dicho: *Quien nace de la carne, carne es y quien nace del Espíritu es espíritu*, añade: *Hablamos de lo que conocemos y de lo que hemos visto damos testimonio*. Pero el nacimiento espiritual no había sucedido aún. ¿Por qué, entonces, dice: *lo que hemos visto*? ¿No es claro que se refiere a un conocimiento preciso, que no puede incurrir en error? *Y nadie acepta nuestro testimonio*. Las palabras: *lo que sabemos*, el Salvador las dice a propósito del

Padre y de sí mismo, o quizá sólo de sí mismo. Las otras: *nadie acepta*, en este momento no son tanto las palabras de un alma desdenada, cuanto las de quien se limita a hacer una constatación. No dijo: «¿Quién puede haber más necio que vosotros que no aceptáis lo que con tanta certeza os anuncio?», sino que, mostrando en sus palabras y hechos una perfecta mansedumbre, se reduce a anunciar con antelación y usando palabras sosegadas lo que más tarde vendría a suceder, enseñándonos así a comportarnos con la mayor humildad, sin dejar que se adueñe de nosotros el desdén cuando hablamos con alguien y no conseguimos persuadirlo.

Quien se enfada porque no le escuchan, lejos de lograr que por ese medio le atiendan, pierde todavía más crédito. Debemos, por eso, evitar la ira y hacer verosímil lo que decimos, y no sólo porque sorteamos la cólera, sino porque, además, evitamos los gritos. Gritar hace que la ira salga. Damos rienda suelta al caballo y hacemos caer al jinete. Cortemos las alas a la ira para que no sea mayor el mal. Es la ira una enfermedad grave que se insinúa en nuestra alma de forma artera. Por lo cual hemos de cerrarle cualquier posible entrada. Sería ridículo que, siéndonos posible amansar a las mismas fieras, descuidáramos domeñar nuestra alma cuando es presa de la ira. Es ésta un fuego violento que todo lo consume: arruina el alma, corrompe el cuerpo y hace al hombre desagradable para los demás y de aspecto repugnante. Si el iracundo pudiera verse, no habría menester de más reproches. Nada es más desagradable que un rostro airado. La cólera es una suerte de ebriedad, pero más perniciosa que la ebriedad común y peor que el demonio. No gritemos desaforadamente y encontraremos el camino de una filosofía perfecta. Por eso dispone san Pablo que, además de la cólera, evitemos los clamores: *Lejos de vosotros la ira y todo clamor*²¹.

Obedezcamos a este maestro de toda sabiduría. Cuando nos airemos contra uno de nuestros criados, pensemos en nuestros propios pecados y enrojeceremos de vergüenza ante su mansedumbre. Cuando lo cubres de insultos y él soporta en silencio tus ultrajes, te comportas de manera vergonzosa, y él, como un filósofo. Que eso te sirva de aviso. Pues aunque sea un criado, es un hombre, tiene un alma inmortal y ha recibido los mismos dones que tú de Aquel que es Señor común de todos. Si aun siendo igual a nosotros en los dones más importantes, mansamente soporta, por un beneficio humano y sin importancia, los ultrajes que le hacemos, ¿qué perdón, qué defensa podremos merecer cuando no sabemos, o no queremos, comportarnos como filósofos por temor a Dios, a diferencia de éstos, que se contienen ante el temor que les inspiramos? Reflexionando en nuestro interior sobre tales cosas y meditando sobre nuestros pecados y sobre la naturaleza que en común tenemos con los demás hombres, esforcémonos por hablar siempre con humildad para que, hechos humildes de corazón, podamos encontrar la paz para nuestras almas, ahora y para el futuro. Aquella paz que todos esperamos alcanzar por la gracia y la bondad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 27

Si no creéis cuando os hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo creeréis cuando os hable de las del cielo? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo

1. Lo que ya tantas veces he dicho voy a repetirlo ahora, y nunca me cansaré de hacerlo: cuando Jesús se dispone a hablar de cosas sublimes, habitualmente se adapta a la debilidad de sus oyentes y no usa las palabras que su majestad exigiría, sino otras extremadamente sencillas. Habría bastado un solo parlamento, pero sublime y grandioso, para transmitirnos, en cuanto es posible a nuestra capacidad, un adecuado concepto de su dignidad. Pero si no hubiera hablado repetidamente de manera humilde y acomodada a las inteligencias de sus oyentes, no habría podido, en tan breve tiempo, elevar a cosas tan sublimes a un interlocutor que era tan grosero. Por eso sucede que en sus palabras se encuentren razonamientos sencillos y humildes más que grandes y elevados discursos. Mas para evitar que al ser adoc-trinado en un nivel demasiado bajo, fuera perjudicado el discípulo, Jesús no expone los conceptos más simples sin haber explicado antes la razón por la cual recurre a ellos. Eso es lo que hace en este caso. Tras haber hablado del bautismo

y de la regeneración que por obra de la gracia tiene lugar en la tierra, queriendo ahora hablar de su generación arcaica e inefable, calcula la dificultad y explica la razón por la que no trata ese asunto. ¿Qué razón? La torpeza y debilidad espirituales de sus interlocutores. A eso, evidentemente, está aludiendo cuando dice: *Si no creéis cuando os hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo creeréis cuando os hable de las del cielo?* Por consiguiente, cuantas veces dice Él algo muy simple y común, ha de tenerse presente que ello es debido a la debilidad e ignorancia de sus oyentes.

Hay algún comentador que mantiene que las palabras «cosas terrenas» se refieren al «viento» del que ha hablado poco antes. El sentido sería el que sigue: si habiéndoos puesto un ejemplo extraído de las cosas terrenas no habéis creído, ¿cómo vais a recibir enseñanzas más elevadas? No os extrañe el que aquí se llame «terreno» al bautismo. Lo califica así, bien porque se recibe en la tierra, bien porque lo contrapone a su generación misteriosa e inefable. Pues, si bien la generación del bautismo es también celestial, cuando se la compara con la generación de la sustancia del Padre, con razón puede llamársela «terrena». No dijo, además, «no entendéis», sino *no creéis*. Quien se negare a aceptar verdades que pueden ser comprendidas por nuestra inteligencia, merecerá ser calificado de necio. Pero quien no acepte las verdades que no pueden ser demostradas con la razón, sino que deben ser aceptadas por fe, no podrá ser tildado de necio, sino de incrédulo. Buscando separar a Nicodemo de su pretensión de entender con su inteligencia lo que el Salvador estaba diciendo, éste le reprueba severamente y lo acusa de incredulidad. No debiendo dudar en creer en nuestra regeneración espiritual, ¿cuál ha de ser el castigo de quienes osan indagar con la razón acerca de la generación del Unigénito? Tal vez alguno pregunte: ¿por qué dijo todas esas cosas, si quienes las escuchaban no iban a ser capaces de creer en ellas? Porque aunque éstos no creyeran, si lo

harían en el futuro otros hombres, que de ellas sacarían provecho espiritual.

Continúa Jesús argumentando enérgicamente contra Nicodemo y afirma ahora que no sólo conoce esas verdades, sino también otros muchos misterios mucho más profundos. Ésa es la razón de que añada: *Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo*. ¿Qué tiene esto que ver con lo anterior?, preguntaréis. Muchísimo: estas palabras son perfectamente coherentes con las que antes se han dicho. Como Nicodemo había dicho: *Sabemos que has venido de Dios como maestro*, corrige ahora con sus palabras este pensamiento, como diciendo: no penséis que Yo soy un maestro al estilo de tantos profetas, que eran terrenos. Yo vengo del cielo. Ninguno de los profetas ha bajado del cielo y Yo, en cambio, habito allí. Considerad aquí cómo incluso lo que parece más elevado es absolutamente inepto para representar su majestad. Porque, en efecto, Cristo no habita en el cielo solamente, sino en todo lugar y llena el universo. Habla aquí teniendo presente la debilidad de su interlocutor y pretendiendo elevarlo gradualmente cada vez más alto. Se llama a sí mismo *Hijo del hombre*, comprendiendo dentro del nombre de su naturaleza inferior no sólo su carne, sino, por así decir, la totalidad de su persona. A menudo tituló su persona con apelativos que se reclamaban a su divinidad, y otras muchas veces, con nombres que denotan su humanidad.

*Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre*². Estas palabras aparentan también ser por completo ajenas a los conceptos expuestos anteriormente, aunque en realidad unos y otras están vinculados por un nexo muy estrecho. Habiendo dicho a los hombres que el bautismo es la mayor de las gra-

cias que les ha sido concedida, añade cuál es la causa de ello, que consiste en otra gracia no menor, a saber, la de la cruz. También san Pablo, en la Carta a los Corintios, habla al mismo tiempo de ambos beneficios: *¿Ha sido acaso Pablo el crucificado por vosotros? ¿Habéis sido bautizados, tal vez, en el nombre de Pablo?*³. Estos dos beneficios son los que, de un modo especialísimo, revelan el inefable amor de Dios por nosotros: que sufrió por sus enemigos y que, tras haber muerto por ellos, les otorgó una completa remisión de sus pecados mediante el bautismo.

2. ¿Por qué no predijo con claridad su crucifixión futura, al modo como evocó la figura antigua? Ante todo, para que comprendieran que entre las cosas antiguas y las nuevas existía una relación y que aquéllas no son ajenas a éstas. Luego, para que sepáis que voluntariamente fue a su Pasión. Y, además, para que aprendáis que aquella prueba no le causó daño alguno, sino que por su virtud nos fue dispensada la salvación a muchos. Y para que nadie dijera: ¿cómo es posible que obtengan la salvación los creyentes en el crucificado, cuando Él mismo quedó sometido a la muerte?, evoca la antigua historia. Si los judíos escapaban a la muerte mirando a la serpiente de bronce, mucho mayor ha de ser la gracia recibida por quienes creen en quien fue crucificado. Pues la crucifixión aconteció no por debilidad del crucificado o por la fuerza de los judíos, sino porque Dios *tanto amó al mundo* que fue crucificado su templo viviente. *Para que quien cree en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna*⁴.

¿Veis cuál es el fin de la cruz y cómo de ella ha nacido la salvación? ¿Apreciáis la conformidad existente entre la figura y la realidad representada en ella? En el primer

caso los judíos escapaban a la muerte, pero a una temporal. En el nuestro, los creyentes evitamos la muerte eterna. Allí curaba la serpiente a los mordidos por la serpiente. Aquí Cristo crucificado cura las heridas causadas por la serpiente espiritual. Eran allí curados quienes miraban con los ojos del cuerpo. Aquí, quien mira con los del alma se cura de todos sus pecados. Allí fue suspendida una figura de bronce con forma de serpiente. Aquí, el cuerpo del Señor formado por el Espíritu Santo. Allí una serpiente mordía y otra curaba. Aquí la muerte hizo percer y ha salvado la muerte. La serpiente que allí salvaba era portadora del veneno, y estaba libre de él la que devolvía la salud. Lo mismo ocurre en nuestro caso: la muerte que muerte daba, tenía consigo el pecado, igual que la serpiente el veneno. Y libre de todo pecado fue la muerte del Señor, como libre de veneno estaba la serpiente de bronce. Dice la Escritura que *no cometi6 pecado y en su boca no se encontró enga6o*⁵. Lo mismo dice tambi6n san Pablo: *Despojados principados y potestades, los sometió a sí con poder, triunfando sobre ellos por medio de ésta*⁶. Pues al igual que un atleta valeroso alcanza una espl6ndida victoria si primero levanta a su adversario y luego lo tira por tierra, así tambi6n Cristo derrot6 a los poderes adversos a la vista de todo el mundo. Despu6s de haber curado a todos los heridos en el desierto, clavado sobre la cruz los libert6 de todas las bestias feroces. No dijo Jes6s: «el Hijo del Hombre deber6 ser suspendido», sino *deber6 ser elevado*, para emplear una expresi6n que sorprendiera menos a su interlocutor y que, por otra parte, evocaba la empleada en el caso de la figura.

Dios am6 tanto al mundo que entreg6 a su Hijo Unig6nito para que no perezca quien cree en El, sino que tenga

*vida eterna*⁷. O sea: no os sorprendáis de que yo haya de ser elevado para que obtengáis la salvación. Ha sido el Padre quien así lo ha decidido. Y tanto os ha amado que entregó a su Hijo por los siervos, y, aún más, por siervos ingratos. Nadie haría eso ni siquiera por un amigo, ni siquiera por un hombre justo, como dice san Pablo: *Apenas hay quien muera por un inocente*⁸. El Apóstol, como se dirigía a creyentes, se extendió más sobre este particular. Cristo, sin embargo, como hablaba con Nicodemo, fue más breve. Pero se expresó de un modo más impresionante, como puede percibirse en cada palabra pronunciada por Él. Por las palabras: *Tanto amó Dios al mundo* se pone de relieve la grandeza y la intensidad de ese amor. Grandísima era, en verdad, e infinita la distancia entre Dios y el mundo. El inmortal, sin principio e infinitamente grande, nos amó a quienes estamos hechos de tierra y cenizas, cargados de innumerables pecados porque continuamente le ofendemos, y llenos de ingratitud. También las palabras que siguen son igualmente impresionantes: *Entregó a su Hijo Unigénito*. No a un siervo, a un ángel o un arcángel. Ningún padre ha sentido tanto amor por sus propios hijos como Dios por sus siervos ingratos.

Vemos, pues, que aquí Jesús predice su Pasión, pero no abiertamente, sino velándola con metáforas y, sin embargo, predice clara y abiertamente el provecho espiritual que de su Pasión se seguirá, mediante estas palabras: *para que quien crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*. Como había dicho que debería ser elevado y había aludido a su muerte, para que tales palabras no entristecieran a su interlocutor o le hicieran sospechar algo demasiado humano, pensando, tal vez, que con su muerte llegaría el final de su existencia, corrige esas ideas diciendo que quien es entrega-

do es el Hijo de Dios, el mismo autor de la vida y aun de la vida eterna. Quien mediante su muerte habría de dar a los demás la vida, no era posible que estuviera sometido a la muerte largo tiempo. Si no perecen quienes creen en el crucificado, ¿cómo habría de perecer Él mismo, por muy crucificado que fuera? Quien es capaz de librar a los demás de la destrucción, con mucho mayor motivo será fuente de vida para sí mismo. Comprobad que la fe es siempre indispensable. Dice aquí Jesús que la cruz es fuente de vida, pero la razón no acierta a comprenderlo. Así lo confirman actualmente los paganos que ridiculizan esa afirmación. Pero la fe, al superar la debilidad de los razonamientos, la acepta y con facilidad se adhiere a ella. ¿Por qué motivo amó tanto Dios al mundo? Por ningún otro que no fuera su bondad infinita.

3. Inclinémonos, pues, ante su caridad. Avergoncémonos de nosotros mismos ante tal exceso de bondad. Para salvarnos, no perdonó a su propio Hijo. Nosotros, por el contrario, nos mostramos avaros y remisos para hacer donación, incluso de nuestros bienes materiales, y ello para daño nuestro. Por nosotros entregó Él a su propio Hijo, a su Unigénito. Nosotros no sabemos despreciar el dinero ni por agradecimiento hacia Él ni con miras a nuestro propio provecho. ¿Cómo podrá alcanzar perdón ese modo de comportarse? Si viéramos que alguien por nosotros arrostra sufrimientos y la muerte, lo preferiríamos a cualquier cosa, lo contaríamos entre nuestros amigos, le confiaríamos todo lo nuestro y le diríamos que todo es más suyo que nuestro. Y ni aún así lograríamos tratarlo del modo a que se habría hecho acreedor. Cuando se trata de Cristo, sin embargo, no le demostramos así nuestra gratitud. Dio su vida por nosotros, por nosotros derramó su preciosa sangre. Por nosotros, que ni éramos buenos ni se lo íbamos a agradecer. Y, por nuestra parte, no queremos ni siquiera privarnos de un

poco de dinero, aun sabedores del provecho que de ello se seguirá a nuestras almas, sino que, cuando nos lo tropezamos desnudo o peregrino, despreciamos a Aquel que por nosotros murió. ¿Quién podrá librarnos de los castigos futuros? Si no fuera Dios, sino nosotros mismos quienes debiéramos castigarnos, ¿no es verdad que deberíamos dictar contra nosotros un veredicto condenatorio? ¿Acaso no condenaríamos a las llamas del infierno a quien hubiera despreciado a alguien que por Él hubiera dado su vida, sólo porque lo hubiera visto necesitado y hambriento? Pero, ¿por qué hablo de dinero? Si tuviéramos mil vidas, ¿no deberíamos darlas todas por Él? Ni siquiera así podríamos equilibrar el bien que Él nos ha hecho. Quien se adelanta a beneficiar a otro, da con ello muestras de su bondad. El beneficiado, en cambio, haga lo que haga, no muestra su bondad, sino que cumple un deber al que está obligado por la gratitud. Todo lo cual se cumple, especialmente, si quien hizo primero el bien benefició a su enemigo, y quien corresponde no hace sino devolver a su benefactor los bienes que de él recibió y sigue, además, gozando de ellos.

A pesar de lo cual, nosotros no nos sentimos conmovidos en lo más profundo de nuestro ser al considerar todos esos beneficios. Es más: hasta tal punto llega nuestra ingratitud que somos capaces de revestir de libreas y gualdrapas de oro a nuestros criados, a nuestros mulos y caballos, y despreciamos a nuestro Señor desnudo y vagabundo, cuando mendiga de puerta en puerta o, en las esquinas de las plazas tiende su mano. Llegamos, incluso, a mirarlo muchas veces con ojos torvos y enfadados. Él, por el contrario, quiso someterse a sufrir tanto por nosotros. Voluntariamente padece hambre para que tú puedas alimentarte. Va desnudo para otorgarte el derecho a que te revistas de incorruptibilidad. Y, sin embargo, jamás le ofrecéis nada de lo que poseéis. Algunos de vuestros vestidos se los come la polilla, o permanecen encerrados en vuestras arcas, o cons-

tituyen un molesto estorbo, sin que sepáis qué hacer con ellos. Y, mientras tanto, quien os dio todo eso y el resto de las cosas, camina desnudo. Tal vez me contestéis que no es verdad que dejéis vuestros vestidos en las arcas, sino que os los ponéis para presentaros con elegancia. ¿Esperáis, por ello, alcanzar gracia? ¿Queréis que la gente que pasa por la calle os contemple admirada? Sabed que la gente no os admirará tanto si vais así vestidos, cuanto si entregáis parte de vuestros bienes a los menesterosos. Si lo que pretendéis es ser admirados, vestid a los demás y recibiréis mil aplausos. Y entonces, junto con los hombres, os alabará el mismo Dios. Si no obráis así, nadie os alabará: os detestarán todos al ver que cuidáis de vuestro cuerpo y lo vestís con elegancia mientras dejáis descuidada y desaliñada vuestra alma. Ese género de vestidos es propio de prostitutas. Ellas son las que casi siempre se presentan con trajes espléndidos y costosos. Quienes viven virtuosamente se ocupan de cuidar de la belleza de su alma. Digo muchas veces estas mismas cosas, y no dejaré de repetirlas, porque me preocupo no sólo de los pobres, sino también y especialmente de vuestras almas. Aquéllos acabarán por encontrar consuelo siempre, si no en nosotros, en otros. Y si no hallaran remedio y llegaran, incluso, a morir de hambre, no les produciría ello mayor daño. ¿Fue perjudicado Lázaro por la pobreza y el hambre? En cambio, nada os librára del infierno si no ayudáis a los pobres con vuestras riquezas. Os veréis forzados a decir lo mismo que aquel rico atormentado eternamente por las llamas, sin ningún consuelo. Quiera el cielo que nadie deba pronunciar esas palabras, sino que todos sean acogidos en el seno de Abraham, por la gracia y la bondad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 28

Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo

1. Muchos de los más deshonestos, abusando de la bondad de Dios para con el género humano, a fin de cometer más pecados y sumergirse cada vez más en la pereza, hacen razonamientos como el que sigue: el infierno no existe, no hay castigos, Dios nos perdona todos los pecados. Mirad cómo los hace callar un sabio: *No digáis: su misericordia es inmensa y perdonará la muchedumbre de mis pecados. Tiene piedad e ira, pero hacia los pecadores sólo siente desdén*². Y luego: *Grande es su misericordia y grandes también sus castigos*³. Pero —me preguntaréis— ¿dónde queda su bondad hacia los hombres, si recibimos el castigo que por nuestros pecados merecemos? Por lo que hace a que recibiremos lo que hayamos merecido, escuchad lo que dicen el profeta y san Pablo: *Das a cada uno según sus obras*⁴. Y: *Dará a cada uno según su obrar*⁵. A pesar de lo cual es evidente que la misericordia de Dios hacia los hombres es grande, por lo que sigue: al dividir nuestra existencia en dos épocas, la presente y la futura, una de ellas reservada a las luchas y prue-

bas y la otra a la recompensa, demostró Dios una inmensa bondad para con nosotros. ¿Cómo es ello? Porque después de haber cometido muchos y graves pecados y de haber manchado nuestra alma con multitud de delitos desde nuestra juventud hasta el final de la vida, nos ha concedido el perdón mediante el baño de la regeneración, otorgándonos a la par con Él la justicia y la santidad. Y preguntaréis: ¿Qué pasa con quien, habiendo tenido la gracia de participar en los misterios desde su primera juventud, recae luego en el pecado? Le está reservado un castigo aún más grave. Aun tratándose de los mismos pecados, no seremos castigados con las mismas penas, sino con otras mucho más severas si, luego de haber sido iniciados, incurrimos en faltas graves. san Pablo explica esto del modo que sigue: *Quien viola la ley de Moisés, con el testimonio de dos o tres testigos es condenado a muerte sin misericordia. ¿Cuánto más grave calcularéis haya de ser el castigo merecido por quien haya sido infiel al Hijo de Dios, considerando profano el pacto de sangre en que ha sido santificado y haya ultrajado la gracia del Espíritu?*⁶. Por tanto, el castigo por éste merecido será mucho más severo.

A pesar de lo cual, Dios ha abierto también a ese hombre las puertas de la penitencia y le ha ofrecido muchos modos de purificarse de sus pecados si así lo desea. Querría que pensarais en cuán grandes pruebas de bondad y clemencia son el que por medio de la gracia nos perdone los pecados y el que no castigue a quien, tras la gracia, incurre nuevamente en pecado haciéndose merecedor de un castigo más grave, sino que a ambos concede ocasión de enmienda. Por eso dice Cristo a Nicodemo: *Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo.* Dos serán las venidas de Cristo. Una ya se ha producido,

la otra sucederá en el futuro. La primera fue no para castigar nuestros pecados, sino para perdonarlos. La segunda, por el contrario, no será para perdonar, sino para juzgar el mal que hayamos cometido. Él dice de la primera: *No he venido para juzgar, sino para salvar al mundo*. Y de la segunda, en cambio: *Cuando venga el Hijo en la gloria de su Padre pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda*⁷. *Los unos irán a la vida, los otros al suplicio eterno*⁸. También la primera venida habría podido tener como fin el juicio, en estricto rigor de justicia. ¿Por qué? Porque antes de su primera venida estaban la ley natural, las profecías, la ley escrita, las enseñanzas, las mil promesas, los prodigios, los castigos y tantas otras cosas que ayudan a la enmienda. De todo ello debería haber rendido cuenta el hombre. Mas, siendo indulgente, no quiso pedir cuentas, sino que ofreció el perdón. Si entonces hubiera hecho justicia, todos habrían sido castigados: *Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios*, dice el Apóstol⁹. ¿Veis, así, cómo resplandece la infinita grandeza de la misericordia de Dios en orden al género humano?

*Quien cree en el Hijo no es juzgado: pero quien no cree ya está juzgado*¹⁰. Mas si el Hijo no vino para juzgar al mundo, ¿cómo es que quien no cree ya está juzgado cuando aún no es el tiempo del juicio? El Salvador dice eso porque la misma incredulidad es ya un castigo, cuando es obstinada y sin ninguna reconsideración, por cuanto el hecho mismo de estar privado de la luz constituye ya un grave castigo. Y también porque prefigura un hecho venidero. El incrédulo es como el homicida, quien, aunque no sea castigado por el juez, lo es por la propia naturaleza de su delito. En ese sentido, Adán murió el mismo día en que comió

del árbol. La pena con que fueron amenazados era: *el día que comáis del árbol moriréis*¹¹. Y en realidad continuó viviendo. ¿En qué sentido estaba muerto? Por la fuerza de la pena con que se les había amenazado y por la misma naturaleza de su transgresión. Quien se ha hecho merecedor de un castigo, está ya abocado a él desde el primer momento. Aunque de hecho no lo padezca entonces, la sentencia siempre le acompaña. Para que nadie, al oír las palabras: *no he venido a juzgar al mundo*, pensara que podía pecar impunemente y se hiciera, por ello, más negligente que antes, Cristo nos previno contra la tentación de abandonarnos a tal extremo de relajación añadiendo que, quien hace eso *está ya condenado*. En verdad fue un acto de extrema benevolencia por parte de Dios el de no contentarse con habernos entregado a su Hijo, sino llegar a retrasar la hora del castigo para que los pecadores e incrédulos puedan purificarse de sus pecados. *Quien cree en el Hijo no será juzgado*. Quien cree, no quien curiosamente pregunta. Quien cree, no quien investiga demasiado y con impertinencia. ¿Cómo podrá nadie evitar el juicio si no es pura su vida y buenas sus acciones? De esos dice san Pablo que no son verdaderos fieles: *Afirman conocer a Dios, pero lo niegan con los hechos*¹². En ese pasaje dice san Pablo que éstos no serán juzgados por su incredulidad, sino que serán castigados, y más gravemente, por la maldad de sus acciones. No serán castigados por su incredulidad porque, de hecho, habrán creído.

2. ¿Advertís que el Señor, después de haber empleado palabras amenazadoras, termina su intervención en los mismos términos? Al comenzar había dicho: *Quien no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios*. Y

concluye diciendo: *Quien no cree en el Hijo está ya juzgado*. Es como si dijera: por el retraso, no penséis que quedará impune el pecador o que esté dispensado de arrepentirse. Cuantos no crean padecerán la misma suerte que los hombres ya condenados y castigados. *Éste es el juicio: la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz*¹³. La causa del castigo de los hombres es que no quisieron abandonar las tinieblas para acogerse a la luz. Con sus palabras arrebató Cristo a los incrédulos toda posibilidad de excusarse. Dice: si yo hubiera venido para pedirles cuentas de sus obras y castigarlos, habrían podido decir: por eso nos hemos alejado. Pero he venido para librarlos de las tinieblas y llevarlos a la luz. ¿Cómo tener piedad de hombres que rechazan ir de las tinieblas a la luz? Se alejan de mí a pesar de que nada pueden echarme en cara, pues los he beneficiado de mil modos distintos. En otro lugar, cuando algunos pusieron una excusa semejante, dijo: *Me odian sin motivo*. Y también: *Si no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían culpa*¹⁴. Quien, falto de luz, habita en las tinieblas, quizás pueda obtener el perdón: pero quien, después de venir la luz, permanece en las tinieblas, levanta contra sí mismo un testimonio de la perversidad y obstinación de su voluntad.

A continuación, como lo que decía les parecía a muchos inverosímil, porque nadie prefiere las tinieblas a la luz, explica la razón por la que esos tales se comportan así: *Porque sus obras eran malas. Quien obra el mal odia la luz, para que sus obras no queden al descubierto*¹⁵. Ciertamente no vino Él para juzgar o pedir cuentas, sino para conceder el perdón y la remisión de los pecados y para ofrecer la salvación mediante la fe. ¿Por qué, entonces, algunos le rehú-

yen? De haberse presentado como juez en un tribunal, habría habido alguna justificación. Quien se sabe culpable procura huir lejos de quien ha de juzgarlo. Pero todos los delincuentes acuden a quien va a perdonarles. Si vino para otorgar perdón, lo lógico hubiera sido que acudieran a Él todos, pero especialmente quienes se sabían cargados de delitos innumerables. Así lo hicieron muchos: sabemos que los publicanos y los pecadores solían sentarse a la mesa con Jesús. ¿De quiénes se habla en la frase que acabamos de citar? De los pecadores que decidieron perseverar en su estado de pecado.

Jesús vino para perdonar los pecados pasados y para dotarnos de fuerza ante futuras recaídas. Mas como hay algunos que son tan blandos y débiles para arrostrar fatigas, por causa de la virtud, que prefieren continuar pecando hasta el momento mismo de exhalar su último aliento, y no quieren apartarse nunca de su perversión, quiso el Salvador dirigirse a ellos. El cristianismo exige una fe ortodoxa y una vida limpia. Vosotros, les dice, teméis agregaros a nuestro número porque no queréis observar una vida virtuosa. Nadie se propone refutar los errores de quien vive en el paganismo. Quien adora dioses de tal especie y celebra fiestas tan indecentes y ridículas como los mismos dioses a los que adora, se comporta de acuerdo con las creencias que confiesa profesar. Pero si quienes son adoradores del Dios verdadero viven entregados a los vicios, serán despreciados y acusados por todos. Tan admirable es la influencia de la verdad incluso sobre sus enemigos.

Notad cuán preciso es el Señor al hablar. No dijo: «quien hace malas acciones no viene a la luz», sino: «quien continuamente hace el mal, o sea, quien quiere revolverse siempre en el fango del pecado y desprecia someterse a mis leyes, y permaneciendo fuera se entrega sin medida a la fornicación y comete todo género de cosas prohibidas, ése, de venir a la luz, quedaría inmediatamente desenmascarado, como un

ladrón al que la luz de repente sorprendiera. Es por ello por lo que evita mi ley». También actualmente vemos cómo algunos paganos no quieren acercarse a nuestra fe porque no logran evitar la embriaguez, la fornicación o cualquier otro vicio. Pero —podrías contestarme— ¿acaso no hay cristianos que se comportan de manera indecente y paganos que observan una vida virtuosa? También yo conozco muchos cristianos que viven en el mal, pero no estoy seguro de que haya paganos que lleven una vida honesta. No me habléis de quienes por naturaleza son modestos y mesurados. Eso no es virtud. Ponedme ejemplos de alguien que, a pesar de sentirse arrastrado violentamente por la fuerza de las pasiones, resiste a ellas y logra vivir como un filósofo. No podréis encontrar un caso así. Si la promesa del Reino, la amenaza del infierno y tantas otras cosas de ese mismo tenor a duras penas logran mantener a los hombres en el ejercicio de la virtud, qué no sucederá con quienes no creen en nada de eso. Si algunos simulan virtud, lo hacen por vanidad. Y cuantos practican la virtud por vanagloria, si tienen ocasión de hacerlo a escondidas, no se resistirán a satisfacer sus malas pasiones. Mas para que no aparezcamos como parciales, admitamos que haya entre los paganos algunos que vivan con rectitud. Eso no quitaría fuerza a lo que decimos. Aquí se habla no de algo que sucede por excepción, sino de lo que habitualmente ocurre.

3. Y luego, caed en la cuenta de que el Señor quita también a éstos la posibilidad de justificarse, por otro concepto, cuando dice que *la luz vino al mundo*. Es como si dijera: ¿la han buscado?, ¿se fatigaron por alcanzarla? Viene la luz a ellos ¿y ni siquiera se dignan acercarse a ella? En cuanto a la objeción de que no faltan cristianos que vivan en el mal, responderemos que aquí no se considera a quienes nacieron cristianos y recibieron de sus antepasados la religión y la piedad, desviándose luego ellos de la doctrina de la ver-

dad por culpa de una vida perversa. Aquí no se trata de éstos, sino de paganos o judíos que estaban aún por convertirse a la verdadera fe. Lo que aquí se dice es que nadie que vive en el error quiere acercarse a la fe si antes no se impone un modo de vida irreprochable. Y que nadie persevera en la incredulidad sin haber hecho antes voto de perseverar en una vida malvada. No vengáis ahora a decirme que éste o aquél es continente y que no roba. La virtud no consiste sólo en eso. ¿De qué les sirven esas buenas costumbres si luego son esclavos de la vanagloria o perseveran en el error para hacerse agradables a sus amigos? Todo eso no es vivir de modo irreprochable. El esclavo de la vanagloria no peca menos que quien comete fornicación. Al contrario, comete pecados más numerosos y graves. En suma: ponedme un ejemplo de un pagano que esté por entero libre de cualquier pecado o vicio. No lo encontraréis. Incluso los más afamados de entre ellos, aunque desprecien las riquezas y los placeres del vientre, si nos atenemos a lo que dicen, han sido más que ningún otro esclavos de la ambición. Y, como es sabido, la ambición es la raíz de todos los males. También los judíos se obstinaron en su iniquidad, cosa que hizo que Cristo dijera para reprocharles: *¿Cómo podéis creer si recibís la gloria de los hombres?*¹⁶.

Mas ¿por qué el Señor no habló a Natanael de todo esto, si les predicaba la verdad, y por qué no le dirigió un discurso más prolongado? Porque Natanael no se le presentó con esas disposiciones de ánimo, mientras que Nicodemo, por el contrario, puso gran empeño en acudir a escuchar al Señor y empleó para ello el tiempo que correspondía al descanso. Natanael fue sólo por un consejo que le habían dado. Y Jesús no lo despreció, sino que le dijo: *Verás los cielos abiertos y a los ángeles de Dios subir y bajar*¹⁷. Nada de eso

le dice a Nicodemo, sino que le habla de la Encarnación y de la vida eterna, pues acomoda sus palabras de modo diverso según los sentimientos y las disposiciones de cada uno. Al primero, que conocía bien a los profetas y estaba lleno de ardor, le bastaban unas pocas palabras. Al segundo, en cambio, que todavía era presa del miedo, el Salvador no le reveló de pronto toda su doctrina, sino que espoleó su inteligencia y le arrancó un miedo con otro, diciéndole, para ello, que quien no cree está ya juzgado y que la incredulidad proviene de la mala conciencia. Como Nicodemo tenía en mucho la gloria de los hombres, lo que le hacía temeroso de sus castigos (pues dice el evangelista que *muchos de los jefes creyeron en Él, pero por miedo a los judíos no lo confesaban*¹⁸), el Maestro le ataca por ese lado y le demuestra que la única razón de la incredulidad se halla en una vida perversa. Más tarde dirá: *Yo soy la luz*¹⁹. Y aquí se contenta con afirmar: *la luz vino al mundo*. Habla primero veladamente, para hablar después con toda claridad. Sin embargo, Nicodemo estaba aún sometido al temor de la opinión de la multitud. Por lo cual su conducta no se regulaba según una libre franqueza.

Huyamos, por tanto, de la vanagloria. Éste es el más violento de todos los vicios. De la vanidad nacen la avidez de dinero, los odios, las guerras y querellas. Quien desea en demasía, jamás podrá detenerse. Y nada ama sino en razón de su vanidad. Decidme: ¿por qué hay tantos que hacen ostentación de su cortejo de eunucos, de la muchedumbre de sus esclavos? Porque quieren tener numerosos testigos de su lujo sin medida. Si arrancamos esta pasión, al arrancar su cabeza, echaremos también de nosotros los miembros de la iniquidad, y nada, en adelante, nos impedirá vivir en la tierra como si habitáramos el cielo. La vanidad no se conten-

ta con empujar al mal a aquéllos de quienes se apodera, sino que, además, se mezcla insidiosamente con la virtud, causa a ésta gran daño porque nos obliga a soportar muchas calamidades y, a la par, nos roba el fruto de nuestras fatigas. Quien pretende la vanagloria, aunque practique la oración, el ayuno y la limosna, pierde toda recompensa. ¿Qué habrá más triste que esto? Que tras atormentarse y padecer fatigas, acabe uno siendo ridículo por haberse cerrado las puertas del cielo. No pueden desearse al mismo tiempo las dos cosas, la vanagloria y el cielo. Mas nos es posible alcanzar gloria y cielo si no buscamos las dos, sino sólo la segunda. Quien ambas ama, ambas perderá. Por eso, si queremos alcanzar la verdadera gloria, rehuyamos la gloria humana y pretendamos sólo la que de Dios proviene: así alcanzaremos ambas. Quiera el cielo que verdaderamente podamos gozar un día de ambas, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 29

Después de esto, Jesús fue con sus discípulos a Judea, y allí estaba con ellos y bautizaba

1. Nada hay más claro y fuerte que la verdad, nada más débil que la mentira, aunque se cubra de oropeles. Incluso adornada así, la mentira es fácilmente desenmascarada y reducida a nada. La verdad, en cambio, se ofrece sin velos a cuantos quieren admirar su belleza. No quiere esconderse, no teme peligros ni infortunios. No busca la gloria que proviene del pueblo, ni se somete a cosa humana. Se mantiene por encima de todo y, aunque se le tiendan mil celadas, permanece invencible. Merced a su poder incomparable, protege, como guardándolos dentro de altísimos muros, a quienes en ella se refugian. Desarbola las más insidiosas trampas y abiertamente despliega su esplendor a la vista de todos. Tal es lo que Cristo quiso enseñar a Pilato, diciendo: *Yo he enseñado siempre públicamente y nada he dicho en secreto*². Lo que entonces dijo lo pone en práctica ahora.

Después de esto, Jesús fue con sus discípulos a Judea, y allí estaba con ellos y bautizaba. Con ocasión de las fiestas solemnes, subía a Jerusalén y allí impartía sus enseñanzas públicamente a los judíos presentes, autorizando su doctrina con milagros. Pasados los días de fiesta, regresaba junto

al Jordán, pues era grande la multitud que allí acudía. Buscaba siempre los lugares más frecuentados, mas no por ostentación o deseo de gloria y honores, sino porque quería reportar beneficio a cuantos fuera posible. Más adelante dice el evangelista que no era Jesús, sino sus discípulos quienes bautizaban. Razón por la cual también en este pasaje ha de sobreentenderse que eran ellos los que bautizaban. Y —me dirás— ¿por qué no bautizaba Él, si el Bautista había predicho que *Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego*? Sí, pero Jesús no había derramado aún el Espíritu Santo. Por lo cual se explica que no bautizara Él, sino sus discípulos, para así poder Él atraer el mayor número posible de gente a su doctrina de salvación. Pero ¿por qué, si bautizaban los discípulos de Jesús, continuó también bautizando Juan hasta ser puesto en prisión? El evangelista, tras decir: *Juan se encontraba bautizando en Ennon*, añade: *Juan no había sido hecho prisionero todavía*³, probando así que no dejó de bautizar hasta su encarcelamiento. ¿Por qué bautizó hasta el último momento? Si hubiera dejado de bautizar cuando aquéllos comenzaron a hacerlo, eso habría constituido, por su parte, un claro reconocimiento de que los discípulos de Jesús tenían mayor dignidad que los suyos. ¿Por qué siguió bautizando? Para no suscitar en sus discípulos sentimientos de oposición y celos. No habiendo logrado convencer a sus discípulos de que se fueran con Jesús, a pesar de haber proclamado y reconocido tantas veces la primacía de Jesús y su propia inferioridad respecto a Él, si hubiera puesto fin a su bautismo, los habría hecho más proclives a la infidelidad. También por eso comenzó Cristo a predicar con mayor empeño sólo cuando Juan desapareció. Pienso yo, además, que ese prematuro fin de Juan fue permitido por Dios para que los ánimos de todos se volvieran a Cristo y para que no hu-

biera divisiones por seguir a uno o a otro. El Bautista, por su parte, aunque continuó bautizando, nunca dejó de enseñar y anunciar la grandeza de Cristo. Bautizaba sólo en atención a quien debía venir tras él, para que los bautizados creyeran en Jesús.

Quien eso predicaba ¿cómo habría podido demostrar la superioridad de los discípulos de Cristo por dejar de bautizar? Más bien habría conseguido lo contrario: que muchos pensarán que por envidia o resentimiento había dejado de bautizar. Sin embargo, si seguía bautizando, podía proclamar esas verdades con mayor vigor cada vez. No pretendía gloria para su propia persona, sino que remitía a sus oyentes a Cristo, sin distinguirse en esto de los discípulos de Jesús, antes bien, superándolos por cuanto su testimonio era menos sospechoso y, ante todos, gozaba de una mayor reputación que aquéllos. Tanto, que el evangelista dice: *De Judea y de todas las regiones en torno al Jordán el pueblo acudía para hacerse bautizar por él*⁴. Por eso, aunque bautizaban los discípulos, muchos continuaban haciéndose bautizar por Juan. Y si alguno nos pregunta qué añadía el bautismo de los discípulos de Jesús sobre el de Juan, responderemos que nada. Tanto un bautismo como el otro carecían de la gracia del Espíritu Santo, y ambos tenían como único objeto atraer a los bautizados a la fe de Cristo. Como no querían estar siempre de viaje a la busca de nuevos creyentes, como sucediera con Simón y su hermano y con Natanael y Felipe, resolvieron bautizar, para así poder reunir fácilmente a todos los discípulos del Señor y disponerlos a recibir la fe. Las palabras que siguen confirman que su bautismo nada añadía sobre el otro. Dice el evangelista: *Se originó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío sobre el asunto de la purificación*⁵. Los discípulos de

Juan alimentaban cierta envidia respecto a los de Cristo, e incluso para con el mismo Cristo. Y viendo que aquéllos bautizaban, comenzaron a discutir con los bautizados por ellos, tratando de demostrarles que el bautismo de Juan daba algo más que el de los discípulos de Jesús. Dirigiéndose a uno de los bautizados por los discípulos de Cristo, intentaron, sin conseguirlo, convencerle de esto. Advertid cómo el evangelista subraya que fueron los discípulos de Juan, y no el judío, quienes comenzaron la discusión. No dice que un judío les preguntó, sino que los discípulos de Juan comenzaron una discusión con un judío sobre el asunto de la purificación.

2. Querría que contemplarais ahora la delicadeza del evangelista. En relación con este tema no emplea duras expresiones de repulsa, sino que, en la medida de lo posible, atenúa su culpabilidad diciendo simplemente que surgió una discusión. Y sin embargo, por las palabras que siguen, y a pesar de que también en ellas el evangelista usa de gran moderación, se advierte claramente que aquéllos actuaron movidos por los celos. Dice el evangelista que *fueron a Juan y le dijeron: Rabbí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, Aquel de quien diste testimonio, bautiza ahora y todos acuden a Él⁶. Aquel de quien diste testimonio*, o sea, al que tú bautizaste. Diciendo eso ellos quieren dar a entender: Aquel a quien tú has señalado como un personaje ilustre y que, por consiguiente, a ti te debe su fama, osa hacer lo mismo que tú. No dijeron abiertamente «al que tú bautizaste» porque se habrían visto forzados entonces a recordar la voz del cielo y el descenso del Espíritu Santo. ¿Qué dicen? *El que estaba contigo más allá del Jordán y del que has dado testimonio*. O sea: el que tenía el rango de discí-

pulo tuyo y en nada nos era superior, ahora se ha apartado de ti y bautiza. Y además de eso, éstos pretendían suscitar su inquina contra Jesús haciéndole notar que, en adelante, su gloria se vería disminuida: *Todos* –le dicen– *acuden a Él*. Por donde se saca que no consiguieron convencer tampoco a aquel judío con el que trabaron discusión. Decían todo eso porque eran imperfectos y no se habían librado de la ambición. ¿Qué les responde san Juan? No les reprueba con aspereza, por temor a que lo abandonen y acaben por cometer alguna otra mala acción. ¿Qué les dice? *Nadie puede recibir nada que no le haya sido dado del cielo*⁷. No te extrañes de que hable de Cristo tan humildemente. No podía enseñarse todo, desde el principio, de una sola vez, a quienes estaban dominados por tales sentimientos. Por el momento le basta con intimidarlos haciéndoles comprender que, al oponerse a Cristo, en realidad se estaban oponiendo a Dios. Lo mismo dice también Gamaliel: *No podréis destruir esto a no ser que queráis exponeros a encontraros luchando contra el mismo Dios*⁸. Es lo mismo que, veladamente, se dice aquí. Las palabras: *Nadie puede recibir nada que no le haya sido dado del cielo* no significan sino que pretendían algo imposible y que tal vez estuvieran comportándose como adversarios del mismo Dios. Pero, ¿cómo? ¿Acaso Teuda no se atribuyó a sí mismo su misión? Sí, más enseguida sucumbió miserablemente. No sería ése el caso de Cristo.

Al mismo tiempo busca el Precursor consolarles, explicándoles que quien le superaba en gloria no era un simple hombre, sino Dios. Por lo cual no debían sorprenderse de que sus hechos fueran ilustres y de que todos acudieran a Él, porque propio es de las acciones divinas ser admirables, pues es Dios mismo quien las dispone Si no hubiera sido

Dios no habría poseído tamaña influencia. Todo lo humano presenta un aspecto débil y defectuoso y es de breve duración y sometido a perecer. Pero las obras de Cristo no eran así y, por ende, no eran humanas. Notad, además, que las palabras de los discípulos que dicen *aquel del que tú diste testimonio*, que ellos pensaban podían emplearse para arruinar a Cristo, fueron usadas contra ellos por el Precursor. Habiendo ya antes declarado san Juan que no era su testimonio el fundamento de la gloria de Cristo, les riñe ahora diciendo: *Nadie puede recibir nada que no le haya sido dado por el cielo*. ¿Qué quiere decir? Si aceptáis sin reserva mi testimonio y lo consideráis verdadero, sabed que, precisamente en razón de ese testimonio, no deberíais considerarme superior a Cristo, sino a Cristo superior a mí. ¿Cuál, sino éste, ha sido mi testimonio? A vosotros os pongo por testigos. Y por eso añade: *Vosotros mismos sois testigos de que yo he dicho: yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de Él*°. Si os basáis en que yo he dado testimonio de Él y así me lo recordáis, Cristo, lejos de aparecer despreciable a vuestros ojos por ese testimonio, debe pareceros mucho más grande que yo. Por lo demás, ese testimonio no era mío, sino de Dios. Por consiguiente, si es que os parezco digno de fe, recordaréis que, entre otras cosas, he declarado yo haber sido enviado delante de Él. ¿Veis como, poco a poco, con estas palabras les convence de su divinidad? En el fondo, éste es su pensamiento: yo no soy más que un servidor que habla en nombre de quien le ha enviado. No busco lograr el favor de los hombres, sino cumplir la misión que me ha encargado el Padre, que es quien me ha enviado. Si doy testimonio, no es un testimonio sin fundamento. No digo sino lo que tenía encargo de decir. No me consideréis grande por ello. Es la grande-

za de Cristo lo que en todo resplandece. Él es el Señor de todo.

Tales verdades las vemos nuevamente expresadas en lo que sigue: *El esposo es quien tiene a la esposa. El amigo del esposo, que está cerca, se alegra cuando oye la voz del esposo*¹⁰. ¿Por qué se llama ahora su amigo quien en su momento dijo que él *no era digno de desatar la correa de sus sandalias*? No habla así para exaltar sus propios méritos y gloriarse de ellos, sino para dar a entender cuánto le interesa su obra, para dar a entender que no se siente ofendido o triste, sino que deseaba ardientemente verla cumplida y que tal era el fin de toda su conducta anterior. Expresa ese pensamiento de un modo muy original, con esta comparación del amigo y del esposo. Los siervos del esposo no se comportan como sus amigos, no se alegran ni hacen fiesta en una ocasión semejante. No pretende enseñar que sea igual a él en dignidad, ¡lejos de su intención tal doctrina!, sino que, queriendo expresar la magnitud de su alegría y debiendo acomodarse a la debilidad de sus discípulos, se titula amigo suyo. Habiéndose referido antes al hecho de que no era digno un servidor de Cristo, cuando dijo: *yo he sido enviado delante de Él*, y temiendo que sus discípulos se sintieran humillados por lo que sucedía, se llamó amigo del esposo para demostrar que lejos de sentirse humillado, se alegraba mucho. Como he venido al mundo para desempeñar esta misión, lejos de apesadumbrarme por estos hechos, me entristecería que no se hubieran cumplido. Si la esposa no hubiera acudido a encontrarse con el esposo, me habría afligido mucho. Más no me duelo, porque mi misión está terminada. El éxito de la obra de Cristo es el éxito de mi propia obra. Ha sucedido lo que deseaba: que la esposa ha reconocido a su esposo. Vosotros mismos sois testigos, al

decir: *todos acuden a Él*. Eso era lo que yo deseaba ardentemente que sucediera y a ese fin he hecho cuanto me ha sido posible. Por lo cual, viendo todo cumplido, me alegro y exulto.

3. Y ¿qué significan las palabras: *el amigo que le escucha se alegra sin medida por la voz del esposo*? De la parábola pasa ahora a la cuestión principal. Habiendo el Precursor evocado al esposo y la esposa, explica ahora cómo tiene lugar el desposorio, por medio de la palabra y la doctrina. Es así como la Iglesia se hace esposa de Dios. Por eso san Pablo decía también: *La fe proviene de oír y oír la palabra de Dios*¹¹. Yo me alegro por esa voz. No empleó por casualidad la expresión «el amigo», sino para indicar que él ya había cumplido su misión y que no le quedaba sino permanecer quieto escuchando la voz del esposo, una vez que le había entregado a la esposa. Y que, además, él era un ejecutor y un siervo, y que lo que había constituido el motivo de su gozo y su esperanza había venido a cumplirse. Por lo que añade: *Este gozo mío se ha cumplido ya*. La obra que yo debía cumplir la he llevado a cabo, y ya nada me queda por hacer en el futuro. Luego, para impedir que sus discípulos se entristecieran más y buscando calmar su ardor, profetiza acontecimientos futuros confirmando sus palabras con lo que ya había anunciado y que había sucedido. *Es necesario que Él crezca y yo disminuya*¹². O sea: «Mi función ha terminado. Su labor, por el contrario, ha de afirmarse cada vez más. Por eso, lo que teméis no ha de cumplirse sólo ahora, sino que en el futuro se realizará con mayores dimensiones. Y eso es, precisamente, lo que presta a nuestra obra su mayor esplendor. A eso vine, y me alegra que su obra crezca cada vez más y que se cumpla aquel fin al que

estaba ordenada toda mi actividad». Notad con qué mesura y sabiduría remedia su dolor, amortigua sus celos y les demuestra que pretenden un imposible, argumento éste que, más que ningún otro, hace que depongan su maldad. Si se decretó que tales acontecimientos sucedieran estando todavía vivo Juan y bautizando, fue para que, ante sus discípulos, Juan diera testimonio de la superioridad de Jesús y aquéllos no tuvieran pretexto ninguno para no creer en Él. Cuando aquí les habla, no lo hace por propia iniciativa, ni porque algún extraño le hubiera preguntado, sino que quienes le interrogaban y le escuchaban eran sus propios discípulos. Por lo demás no le hubieran creído tanto si hubiera hablado así por propia iniciativa como deberían creerle si les hablaba para satisfacer sus demandas. Los judíos se hicieron indignos del perdón por haber persistido en su incredulidad tras haber enviado a algunos de confianza a preguntar a Jesús y tras haberles respondido éste lo que les dijo.

¿Qué hemos de sacar de todo esto? Que la vanidad es la causa de todos los males. Ella fue la que suscitó los celos de los discípulos del Bautista. Tanto les incitó que acudieron al mismo Jesús y le preguntaron: *¿Por qué tus discípulos no ayunan?*¹³. Huyamos, queridos hermanos, de este vicio. Si nos mantenemos alejados de él, escaparemos al infierno. Es este vicio el que, más que el resto, atiza el fuego. También hoy ejerce su maléfico poder, que rompe la Iglesia, hace vacilar las instituciones civiles, corrompe las familias, las ciudades, los pueblos y las naciones. ¿Por qué os sorprendéis de lo que os digo, cuando sabéis que ese vicio llegó, incluso, hasta el desierto y allí desplegó su gran poder? Quienes habían renunciado a las riquezas y a toda vanidad mundana y a cualquier forma de humana convivencia, quienes habían vencido las más violentas pasiones del cuerpo, a

menudo acabaron presas de la vanidad, y todo con ella lo perdieron. Por causa de este vicio, aquel fariseo que tantas fatigas se había tomado por la virtud, fue superado por el publicano, quien, sin haberse fatigado, reconoció sus pecados humildemente. Nada nos cuesta señalar este vicio, pues todos están de acuerdo en condenarlo. Pero de lo que se trata es de encontrar el modo de vencerlo. ¿Cómo lo derrotaremos? Oponiendo gloria a gloria. Igual que cuando despreciamos las riquezas terrenas elevamos nuestra mirada a las del cielo y despreciamos esta vida cuando meditamos sobre la otra, que tanto la supera, así podremos despreciar la gloria de este mundo dirigiendo nuestra mirada a aquella otra gloria incomparablemente más espléndida y que es la verdadera. Esta de que hablamos es vana e infructuosa, sólo un nombre vacío. La celeste es la auténtica y se fundamenta, no en las alabanzas de los hombres, sino en las de los ángeles, las de los arcángeles y las del Señor de los arcángeles. Y, además, recibe también, incluso, alabanzas de los hombres. Si os acostumbráis a contemplar aquel teatro y a desear esas coronas, si acudís a aplaudir ese espectáculo, ya no os atraerán las cosas terrenas, no daréis importancia a las cosas de la vida presente y no buscaréis aquello que ha de faltarnos un día. En la corte del rey de los cielos, ningún cortesano, ninguno de cuantos se cuidan de impenetrar el favor de quien lleva la diadema y se sienta sobre el trono, imita la voz de las cigarras o el zumbido de las moscas o de los tábanos cuando vuelan. No más que eso son las alabanzas de los hombres. Reconociendo la vanidad de todo lo humano, depositemos todos nuestros haberes en las segurísimas arcas celestiales y busquemos la gloria duradera y eterna que todos esperamos conseguir por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.